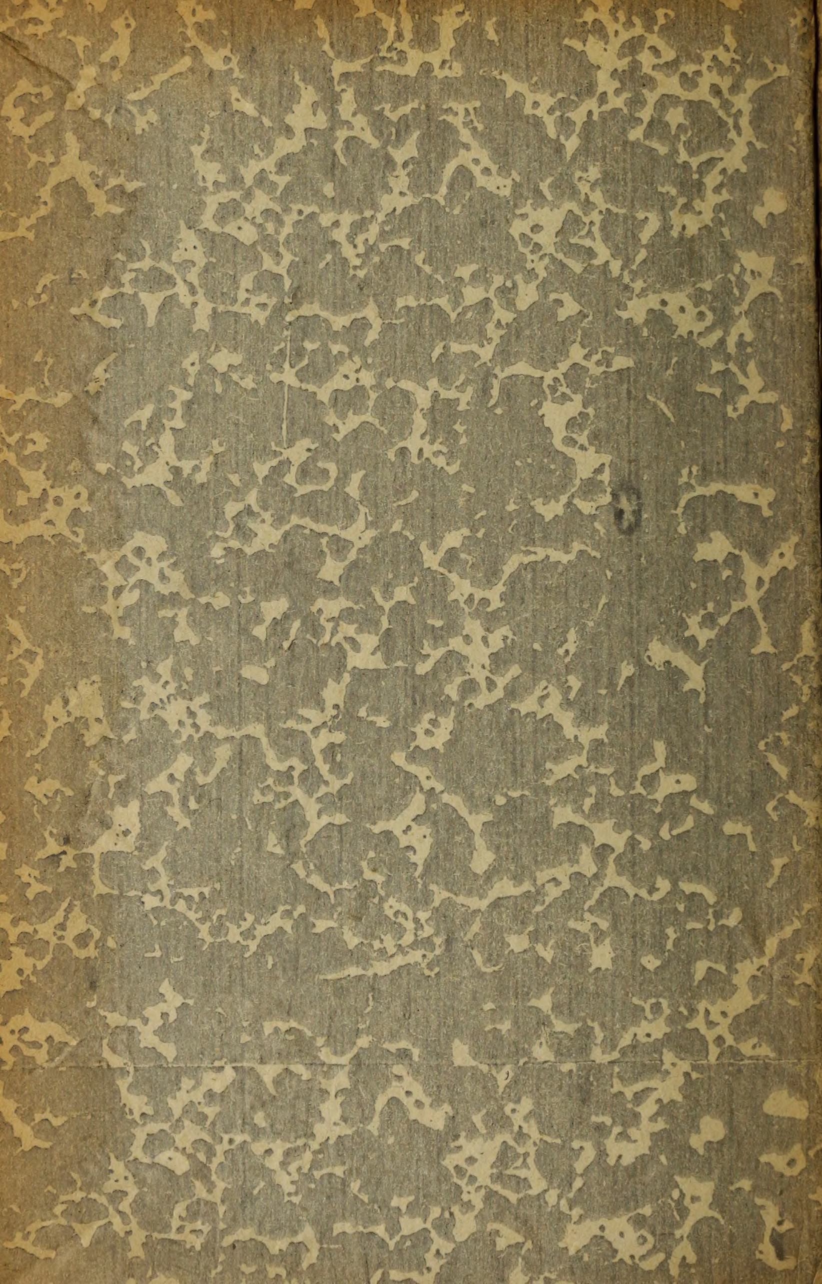
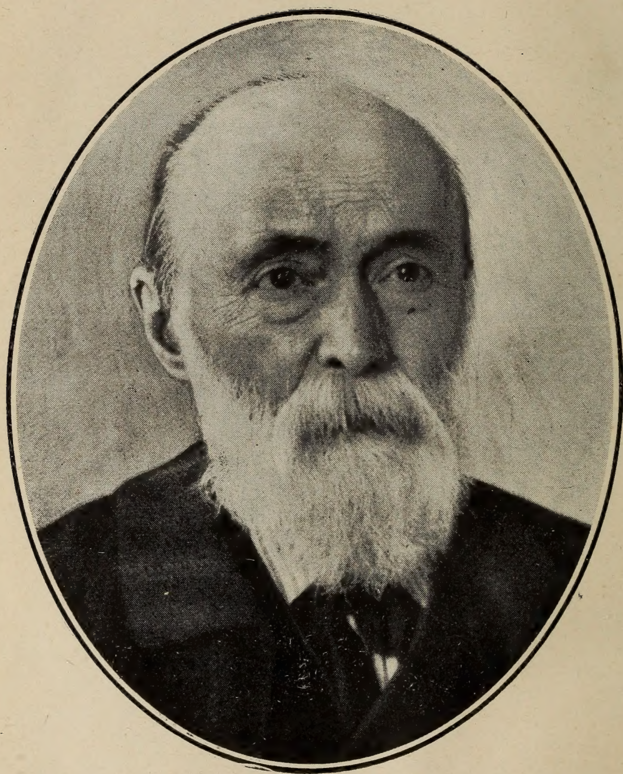

3 1761 09545999 6



IMPRESIONES Y RECUERDOS



IMPRESIONES Y RECUERDOS

DE

JULIO NOMBELA

TOMO PRIMERO

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
Casa editorial de "La Ultima Moda,,
Velázquez, 42, hotel.



IMPRENTA PARTICULAR DE
«LA ULTIMA MODA», 1914.



PREÁMBULO

Hay que perdonar á los viejos que conmemoren sus buenos ó malos tiempos, como á los desdichados que cuenten sus desdichas. Los recuerdos de los ancianos forman el melancólico crepúsculo de una existencia que se acaba: más ó menos accidentada, más ó menos interesante; pero siempre motivo de enseñanza ó aliciente de curiosidad, que si para los seres observadores es grato y útil conocer y estudiar las vidas ajenas, curiosearlas es sabroso manjar de la flaqueza humana.

En mi más voluntario que forzoso retiro, pues aunque setentón, ni me falta energía para el cotidiano trabajo, ni se ha secado mi corazón dispuesto siempre á amar y enaltecer cuanto en lo humano hay de divino, he ocupado mis ocios y distraído mis penas confiando al papel las im-

presiones y los recuerdos de mi azarosa vida, y empiezo á publicarlos en este tomo.

Cuando escribo estas líneas, hace cincuenta y cinco años, que sin más oficio que escribir para el público, ni más beneficio que el que me ha procurado una asidua labor; poco á poco, por sus pasos contados, luchando sin cesar, desde la pobreza vergonzante de la clase media á que he pertenecido y pertenezco, he llegado á conseguir el apacible bienestar que ofrece una modesta fortuna, honrada y laboriosamente adquirida.

Durante ese largo período de tiempo, he penetrado en las intimidades del teatro, de la literatura, del periodismo, de la vida social y algo también de la vida política; he conocido y he tratado á escritores, artirtas, eclesiásticos, militares y políticos que alcanzaron celebridad; á damas y galanes que han figurado en la comedia social de mi tiempo, y es posible que los pormenores, anécdotas y sucesos con ellos relacionados que me propongo referir, interesen ó siquiera distraigan al curioso y benévolo lector.

No sólo los que han desempeñado papeles más ó menos importantes en el teatro de la vida, sino hasta los espectadores más humildes y más felices por carecer de historia, deberían consignar

sus impresiones, sus recuerdos, sus observaciones y sus juicios sobre lo que han visto y sabido á su paso por el mundo. Estas revelaciones ingénuas, sinceras, sin artificios retóricos, constituirían una lectura curiosa, útil, á veces agradable, y prestarían servicios importantes á los psicólogos y á los historiadores. Por algo las *Memorias*, las *Confidencias*, las autobiografías han sido en todo tiempo y más que nunca en el actual, los libros predilectos de los que han deseado conocer á fondo el pasado, ó pura y simplemente escudriñar los misterios de la conciencia humana.

Una existencia, por insignificante que sea, es siempre una novela, y las novelas vividas distraen y sobre todo enseñan más que las imaginadas.

El lector juzgará la mía, y sentenciará.

Madrid, Marzo de 1909.





LIBRO PRIMERO

1836 á 1850.

I

Según oí decir en mi niñez y luego he visto confirmado por mi fe de bautismo, nací en Madrid el día 1.º de Noviembre de 1836, en la calle de la Justa, hoy llamada de Ceres, siendo bautizado en la Parroquia de San Martín; pero no adquirí la noción de mi existencia hasta que, no sin cierta sorpresa, me encontré cuatro años después en un paraje que no era semejante al que estaba acostumbrado á ver á todas horas y entre personas á quienes conocía de vista, pero que no eran las que siempre me habían rodeado satisfaciendo mis deseos naturales y atendiendo á mis también naturales é inconscientes caprichos y exigencias.

El mundo es para el recién nacido lo que sería una habitación completamente oscura para el ciego de nacimiento que lograra curarse la ceguera. Primero el caos; después, poco á poco, sus ojos se darían cuenta de la oscuridad, los objetos irían destacándose lentamente, la mancha se transfor-

maría en dibujo y al cabo de algún tiempo la sorpresa y la admiración sucederian al caos.

Creo que no se nace verdaderamente, hasta que la ceguera innata desaparece. Circula la sangre, la materia se agita, alega sus derechos á vivir, los defiende, lucha por ellos; pero no se vive hasta que el espíritu ilumina al barro, aunque la luz que llene el cerebro sea pequeña, más penumbra que luz.

Esta teoría será seguramente muy estimada por los que, incauta é inútilmente, se complacen en quitarse años al llegar á la edad madura y á ellos se la regalo.

Diga y alegue en juicio mi fé de bautismo lo que tenga por conveniente, no nací hasta el año 1840 ó, para hablar con más exactitud, hasta ese año no me dí cuenta de que yo era *algo*.

La casa de mi abuelo materno es el recuerdo más remoto de cuantos se complace en evocar mi imaginación en el ocaso de mi larga y accidentada vida.

Obligados mis padres á ausentarse de Madrid, me confiaron al bondadoso anciano, que con su cariñosa debilidad me convirtió en un caprichoso tiranuelo, haciéndome creer que era el protagonista en la contínua fiesta que constituía mi infantil existencia y desarrollaba mi voluntad á expensas de mi entendimiento.

No paso por la calle de la Luna sin dirigir una mirada afectuosa á la casa marcada con el número 10, en cuyo piso segundo habitaba mi abuelo; y

cuando veo papeles en los balcones, lo que no es muy frecuente, penetro en el estrecho portal donde no sé cómo ha podido instalarse una portería-casi un nicho; peregunto por mera fórmula el precio del cuarto desalquilado, pido la llave para verle, subo, recorro aquellas habitaciones, hoy modestísimas; pero en aquellos tiempos lo suficientemente decorosas para albergar á todo un señor Intendente jubilado, y... ríanse los lectores, si quieren, de mi pueril candidez, experimento una emoción penosa y agradable que hace asomar algunas lágrimas á mis cansados ojos.

Allí nació la voluntad que pudo hacerme desgraciado, si en vez de ser la fuerza ciega que empuja al ser humano hacia el abismo de los vicios, de las soberbias, de las maldades, no hubiera sido para dicha mía, la fuerza que impulsada por el deber, me ha servido para luchar, vencer obstáculos y llegar al final de mi larga y trabajosa marcha por el mundo, con la conciencia libre de los remordimientos que laceran el alma en las postrimerías de la vida.

II

El cuarto está actualmente, con muy ligeras modificaciones, como en aquel lejano tiempo. Un reducido y oscuro recibimiento pone en frente una de otra las puertas de la escalera y de la sala. A la izquierda de esta última, un gabinete comunica con una alcoba, en donde dormía mi abuelo.

Mi dormitorio era un cuarto contiguo al comedor, al que también daba ingreso un pasillo que comenzaba en el recibímiento. Otro cuarto, con un ventanillo cerca del techo, servía de despacho, y desde el comedor se pasaba á la cocina, á la alcoba de la criada y á la despensa.

La sala tenia las paredes pintadas al temple, y por todo mobiliario, entre los dos balcones que daban á la calle, una consola de caoba, sobre la que aparecían dos florereros hechos con diminutas conchas y en el centro, bajo un fanal, un templario de barro cocido con su larga capa blanca, ostentando la cruz de Malta; un sofá y ocho sillas de enea blanca con dibujos negros; descansando sobre la consola un espejo con marco dorado, y en los otros lienzos de pared seis cuadros, también con sus marcos dorados, representando escenas de la Corte de Versalles en la época del apogeo de Madame Lavalliere, de los amores de Abelardo y Eloísa, sin olvidar al trisfe Chactas y á la sentimental Corina, personajes de las novelas que más fama gozaron en las primeras décadas del siglo.

Completaba la ornamentación de aquel cuarto, que era mi Paraíso, un tambor de granaderos, que gracias á un sencillo mecanismo de alambre, movía los brazos y redoblaba con los palillos sobre el parche; haciendo mis delicias cuando me permitían cogerle de la consola, que era donde lucía su marcial continente, y jugar con él, lo que no sucedía con frecuencia, porque era un juguete de precio, producto de una carisosa calaverada

de mi abuelo, y yo gozaba fama de ser un destructor de juguetes, ávido siempre de descubrir sus interioridades.

Mi Paraíso tenía, como se ve, su correspondiente fruto prohibido, y aprovechaba los descuidos de la antigua doméstica para penetrar en aquel oasis, que estaba siempre muy aseado y muy en orden. Puede decirse que era una habitación de respeto, porque mi abuelo solo recibía á personas de confianza, que entraban de rondón en el comedor y allí conversaban de día ó pasaban la velada en tertulia.

El gabinete estaba separado de la sala por dos puertas vidrieras con visillos de seda encarnada y en él no había más muebles que cuatro sillas, que con las de la sala componían la docena, una cómoda en cuyos cajones guardaba mi abuelo su ropa blanca y de vestir, sobre el hule que cubría la tabla superior un molde en el que todas las noches dejaba su peluca, y un diminuto caballete de metal dorado con un colgadero en el que ponía su reloj, aquel reloj de repetición cuyas tenues campanadas me gustaba tanto oir. En el centro de la pared que ocupaba la cómoda había en un marco de caoba de gran tamaño una imagen grabada en cobre del Cristo de la Fe ó de los *Guardías de Corps*, como le llamaban vulgarmente, que aún se venera en una capilla de la iglesia parroquial de San Sebastián, y de cuya cofradía era mi abuelo por aquel tiempo no sé si contador ó tesorero.

La alcoba en donde dormía era espaciosa, y contenía la cama de matrimonio que había compartido con su primera esposa, que falleció á los pocos meses de casada, y con la segunda, mi abuela doña Justa Argüelles, de quien conservo un recuerdo muy vago, porque pasó á mejor vida dos años antes de que me hospedase en la calle de la Luna.

En una de las paredes había una percha con su correspondientes guarda-polvo y cortina; en uno de los ángulos se hallaba otra, portátil, con cuatro brazos horizontales para la capa y los gabanes y en el centro uno vertical para el sombrero.

Por una estrecha puerta se pasaba á mi alcoba, en la que había una cama de tablado pintada de verde con toques dorados y mi camita, verde también, con barandilla de madera para que no rodase al suelo; porque, según parece, hasta durmiendo era yo revoltoso.

En la otra cama dormía la María, una antigua criada que rivalizaba con mi abuelo en satisfacer mis caprichitos y á quien yo quería mucho, no sin martirizarla con frecuencia; porque considerándome amo del cotarro, era un empedernido tiranuelo.

Una puerta vidriera daba desde mi dormitorio acceso al comedor, que por un amplio balcón recibía la luz de un patio no muy grande ni tampoco muy limpio. En la parte fronteriza al balcón había un sofá de Vitoria con un almohadón forrado de paño, frente al sofá una camilla con falda de

bayeta verde y sobre la tabla superior un hule negro ribeteado con cinta gris oscuro. Completaban el ajuar un reloj de pared en su caja de pino pintado, muy cerrada siempre para que yo no tocase la péndola ni subiera ó bajase las pesas, y unas cuantas sillas, también de Vitoria. Ni aparador, ni trinchero, ni platos repujados en las paredes, ni bodegones, ni ninguno de los accesorios que adornan en la actualidad los comedores de los más modestos funcionarios del Estado.

A la derecha del sofá, también por una puerta de dos hojas vidrieras, se entraba en un cuarto, blanqueado como el comedor y las alcobas, que recibía la luz por un alto ventanillo y servía de escritorio á mi abuelo, sin más muebles que un bargueño, un sillón de baqueta y dos sillas como las del comedor.

Este cuartito era también para mí otro Paraíso cuando no podía disfrutar del que me ofrecía la sala, porque abrir y cerrar los numerosos cajoncitos del bargueño, obligar á mi abuelo á que me enseñara cuantas baratijas y menudencias en ellos encerraba y, sobre todo, coger la pluma de ave, mojarla en el tintero de metal dorado, hacer garrapatos sobre el papel de barbas y vaciar la salvadera sobre el papel pintarrajeado, era una delicia para mi ratonil actividad. La escribanía se completaba con una obleera, y sacar las obleas y pegar con ellas papelitos unos sobre otros, era otro de mis entretenimientos favoritos.

En algo había de emplear los largos días, y

cuando me quedaba á solas con la criada, aprovechaba sus descuidos para enredar á mi placer, sin miedo á reprimendas y mucho menos á castigos, porque mis mayores diabluras parecían á mi abuelo y á la doméstica genialidades y lindezas que referían á los contertulios, no sin asegurar que yo era un diablillo, pero muy listo y de pasmoso ingenio; con lo que, sin darse cuenta de la semilla que sembraban en mi inconsciente cabecita, iban haciéndome creer que todo cuanto me rodeaba estaba hecho para mi diversión y regalo.

Me he detenido más de lo necesario á mi propósito al describir la vivienda de mi abuelo, para que los lectores de *hoy* puedan formarse idea de cómo vivía *ayer* un intendente jubilado; es decir, un alto funcionario del Estado, que paso á paso, desde meritorio sin sueldo, había llegado á la cumbre de la burocracia. Todavía en mis mocedades oí hablar de D. Manuel Tabares y Medina, que así se llamaba, con gran respeto y consideración, no sólo por su inteligencia, sino por su probidad.

Durante la guerra de la Independencia administraba tres provincias, si no recuerdo mal, Guadalajara, Cuenca y Soria, y se contaba que para salvar de las garras de los franceses los caudales que custodiaba, disfrazado de arriero y vestida su esposa como una simple aldeana, con un fiel servidor y llevando en borricos, en el fondo de las aguaderas, todo el dinero que pudo recoger,

bien disimuladas las talegas, esquivó durante algún tiempo la persecución de los intrusos, teniendo que pasar algunos días en una cueva próxima á Arbeteta, donde mi abuela, que estaba en cinta de mi madre, dió á luz con toda felicidad.

Después de correr grandes riesgos pudo salvar los fondos confiados á su honradez, y aunque no fué de los afrancesados y se mantuvo fiel á la dinastía borbónica; mientras el rey intruso estuvo en España, hasta sus adversarios le hicieron justicia, ni un solo día estuvo cesante y no le faltó nunla la consideración y el aprecio de sus jefes y compañeros.

Aquel funcionario de tanta categoría, cuya segunda esposa estaba emparentada con el gran orador liberal á quien llama la historia *el divino Argüelles;* aquel hombre relacionado con personas de la más alta consideración en la magistratura, en las letras y en la administración, tenía por todo lujo una consola de caoba, unas sillas de enea, un sofá de Vitoria, una camilla de blanco pino y un antiguo bargueño que era la joya de la casa.

Eso sí, no debía ni un maravedí á nadie; su vida estaba sometida á un régimen del que no salía, y por todo desahogo y recreo se permitía ir por las tardes al café de Levante, donde se reunía con algunos antiguos amigos, tomaba su café con leche y me traía un microscópico pilón que le servían con los terrones de azúcar.

Constituía, además, su lujo personal una gran

cadena de oro con su pasador, el magnífico cronómetro, y era su debilidad no querer envejecer por completo, á cuyo fin todas las mañanas después de asearse, se encasquetaba la peluca entre cana, con más cabellos rubios que blancos; peluca que dos veces por semana iba el peluquero á rizar, y que él peinaba diariamente con el mayor esmero.

III

¿Qué hacía yo durante el día? No lo recuerdo bien; pero puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que mi labor se reducía á inventar diabluras y á ejecutarlas. Por las noches llegaban al período álgido mi tiranía y las bondades de mi abuelo y de sus contertulios.

Al anochecer volvía á casa el anciano, y poco después acudían á pasar la velada en su compañía dos hermanas solteras, Ignacia y Juliana Calvo, ya quintañonas, que se querían entrañablemente y jamás estaban de acuerdo. Una modesta horfandad les permitía atender á sus exiguas necesidades; su padre había sido benemérito empleado, compañero de mi abuelo, que las había conocido en la infancia y constituían para él y sus hijas una de las amistades que por aquellos tiempos se veían con más frecuencia que en los actuales, y que rayaban poco menos que en parentesco espiritual.

Figuraban también entre los contertulios un

D. Ramón Rero y un D. Esteban Peña, cuyo recuerdo, como el de las hermanas Calvo, como el de las personas, impresiones y objetos que eran todo mi mundo, se me aparecen á pesar de los sesenta y cinco años transcurridos, y no como una mancha borrosa, sino como un dibujo detellado, perfecto, con todo su claro oscuro.

D. Ramón Rero contaba de treinta y cinco á cuarenta años. En los comienzos de su juventud, y cuando por su inteligencia, su laboriosidad, su esmerada educación y su carácter dulce y obsequioso podía prometerse un lisonjero porvenir en la oficina de que era jefe mi abuelo, se quedó ciego de resultas de una enfermedad tífica, y poco después, huérfano y sin recursos. Una tía suya, señora anciana y rica, puesto que tenía carretela para pasear, lo que entonces era un lujo, compadecida de su pobre sobrino, le señaló una pensión, le sentaba diariamente á su mesa, y cuando salía á pasear en su carruaje le llevaba en su compañía. Al volver, una criada le conducía á la casa de huéspedes de la calle de Tudescos, donde habitaba, y poco después D. Esteban Peña, huésped también, venía con él á casa de mi abuelo.

El Peña, ó mejor dicho, el Peñita, como le llamaban familiarmente, era alcarreño, pariente en tercero ó cuarto grado de la antigua criada de mi abuelo, que sin ser muy vieja había entrado á servir en la casa cuando mi madre y su hermana Luisa eran aún unas niñas. No tenía oficio; pero sí beneficio, aunque corto, porque del pro-

ducto de unas tierras situadas en Marchamalo vivía modestamente, y era lo que solía llamarse por entonces paseante en corte. Feo de cara, ganaba las voluntades con su gracejo y oportunidad para contar chascarrillos y con su carácter servicial. Tocaba la guitarra, cantaba con donaire alegres tonadillas y no se desdeñaba, á pesar de su jovialidad, de entonar las melancólicas canciones que por entonces gozaban de boga, y que había enseñado á mi madre, al mismo tiempo que á acompañar su canto con la guitarra.

Las canciones á que aludo eran el *Triste Chactus, Madama Lavalliere* y el *Paracleto,* mezclando con ellas las patrióticas, entre las que figuraba en primer término *Zaragoza inmortal por su nombre,* y las románticas, como el *Pirata* de Espronceda, que era la última novedad poética y musical.

Habiendo descrito el escenario, he creído oportuno dar á conocer á los actores, tales como eran, según más tarde he podido considerarlos y apreciarlos. Por entonces sólo eran para mí unos dóciles esclavos de mis caprichos, que por verdadero afecto hacia mi microscópica persona ó por complacer á mi débil y cariñoso abuelo, me mimaban, fomentando ese feroz instinto humano que, al concedernos la dominación, engendra en nuestro ánimo la tiranía y hasta la crueldad.

Al anochecer, cuando llegaban mi abuelo y sus puntuales contertulios, por regla general me encontraban cenando. La criada me auxiliaba en esta tarea, no sin sufrir las consecuencias de mis

caprichitos, de que no hago mención porque eran muchos, muy variados y muy impertinentes. El anciano llegaba á tiempo para darme el piloncito de azúcar que traía del café, y mientras se despojaba de la ropa de calle para ponerse la bata y las chinelas, sin olvidar el gorro griego de terciopelo negro con la borlita de oro que caía á uno de los lados, iban llegando antes ó después la Ignacia y la Juliana, Rero y Peñita. Todos me besuqueaban, la María les contaba mis últimas fechorías, que ellos reían y celebraban, y yo me pavoneaba, sintiéndome algo así como un héroe, como un *superniño,* que diríamos hoy.

Daba las buenas noches cuando los contertulios, después de confiarse lo que habían hecho durante el día y de comentar las noticias que traían Rero y Peña, por haberlas oído leer ó leído en el *Diario de Avisos* ó el *Eco del Comercio,* se disponían á jugar una partida de brisca, un tute ó un tresillo, y mientras la criada me desnudaba y me hacía rezar unas cuantas oraciones, que yo mascullaba entre bostezos y preguntas, que nada tenían que ver con el rezo, todo marchaba á las mil maravillas. Pero á continuación pedía indefectiblemente el cuento indispensable para permanecer callado, quieto y dormirme.

La criada sabía muchos cuentos; pero como no consentía yo que los repitiese, como siempre los quería nuevos, la infeliz por más que ponía en prensa su magín no lograba darme gusto, y entonces la llenaba de improperios, la pegaba y to-

maba rabietas que obligaban á los contertulios á venir, unos tras otros, á calmarme.

Para lograrlo era preciso contarme un cuento nuevo y que me gustase; de lo contrario, echaba con cajas destempladas lo mismo á mi abuelo que al pobre ciego que también contribuía á mi solaz; lo mismo á la Juliana que á la Ignacia. Al Peñita no podía resistirle, porque los chascarrillos no me gustaban: yo quería cosas tremebundas, sobrenaturales, cosas de ogros, de duendes, de princesas encantadas, de pastores convertidos en reyes y así por el estilo.

Por regla general me dormía antes de terminar el primer cuento; pero cuando me desvelaba, todos los contertulios, por turno, tenían que entrar en mi alcoba, sentarse á la cabecera de mi camita y contarme aventuras tras aventuras. Mientras me gustaba el cuento todo iba bien; pero si no pasaba lo que á mi me parecía que debía pasar, echaba á gritos al cuentista y otro tenía que acudir á reemplazarle.

Como se vé, sin darse cuenta de ello, mi abuelo y sus amigos cultivaban mi imaginación, fortalecían mi voluntad y hacían de mi un déspota, que de seguir por aquella peligrosa senda, habría acabado pronto y mal.

IV

Los cuentos surtían su efecto. Los domingos por la tarde iban á comer á casa de mi abuelo

dos pobres ancianas que habían sido sirvientes y solían quedarse á guardar la casa mientras que la criada en activo servicio salía á paseo para descansar de sus diarias faenas. Algunas tardes me llevaba; pero yo prefería quedarme en casa con la Gertrudis y la Pepa, las dos viejas que continuaban la obra de los que me rodeaban.

Sabían muchas historias de brujas y de duendes; una de ellas, la Pepa, había perdido á su esposo el año del cólera, y refería, con los más minuciosos detalles, los estragos que causó la terrible epidemia; la otra, la Gertrudis, había tenido por consorte á un zapatero, más aficionado al río revuelto de la política que á remendar zapatos; y enemigo declarado de los serviles, de los apostólicos, de los frailes, fué uno de los que con más furia, trabuco en mano, contribuyeron al ataque del convento de la Trinidad, pereciendo en la lucha; porque, como era natural, los venerables padres se defendieron infringiendo el quinto mandamiento, á imitación de sus encarnizados enemigos.

Cuando las dos ancianas hablaban de sus respectivos esposos y por ende de los sucesos que ocasionaron su muerte, las escuchaba yo con asidua atención, no sin introducir en su relato preguntas más ó menos insidiosas, cuyas respuestas, por lo visto, me interesaban para esclarecer los hechos que no me parecían muy claros. Porque eso, sí; á preguntón nadie me ganaba. Deseaba saber, pero sin trabajar por cuenta mía; quería que todo me lo dieran hecho.

Con los cuentos fantásticos de mi abuelo y de sus amigos, y con las narraciones dominicales de las dos viejas, seguía mi infantil imaginación desarrollándose, hasta el punto de producirme pesadillas en el sueño y de convertirme en sonámbulo.

Pero todo aquello me deleitaba, y en vez de amedrentarme, me hacía desear tomar parte activa en sucesos como los que no me cansaba de oir referir y en las extraordinarias aventuras de los personajes de los cuentos.

Por regla general, las narraciones dominicales terminaban con ejercicios militares. Las dos pobres viejas que tanto me mimaban, ya lo sabían: iban cada una á buscar una escoba, yo cogía uno de los bastones de mi abuelo ó la vara de sacudir el polvo de la ropa, formaba en fila á mis dos víctimas, les ordenaba lo que yo veía hacer á los soldados cuando me llevaban á paseo; las ponía de centinela; si tardaban ó ejecutaban mal mis órdenes de mando, las pegaba, como tantas veces había visto pegar á los soldados en aquellos tiempos en que la más cobarde é inicua de las crueldades arreglaba todas las cosas militares á palos, que no sin gusto daban á sus compañeros los famosos cabos de vara. Otras veces las hacía que se peleasen las dos viejas como si fueran dos ejércitos beligerantes, y recordando la descripción de la matanza de los frailes, que con tanto lujo de detalles conocía, formaba con las sillas un convento, ponía dentro á la Pepa en calidad de fraile, hacía

que la Gertrudis, en recuerdo de su marido, atacase al convento, animaba con mis gritos el combate y la Gertrudis y la Pepa tenían que figurar que se mataban, cayendo al suelo, sin lo cual no terminaba á mi gusto la función.

Después recogían las sillas, lo ponían todo en orden, y cuando llegaban la criada ó mi abuelo y preguntaban si yo había sido bueno ó revoltoso, aseguraban las buenas mujeres que había sido poco menos que un santo.

Con estos entretenimientos y otros análogos llevaba yo aquella regalada vida, creyéndome cada día más dueño de la situación y figurándome que el mundo era mío; por lo menos aquel reducido mundo en cuyo seno me agitaba.

Muchas veces en mi vida he recordado á aquellas pobres viejas á quienes mi abuelo socorría, y á aquellos bondadosos contertulios que á fuerza de cariño desarrollaban los peores instintos de mi sér, dejando abandonados y en la inacción los que después han logrado sobreponerse en mí y ofrecerme las mayores y más nobles satisfacciones.

V

Algo extraordinario pasaba en la apacible vida de mi abuelo. Oía yo conversaciones muy animadas entre el anciano y la antigua criada; por la noche entre los contertulios; algunas mañanas venía el Peñita y hablaba con mi abuelo, que se

mostraba muy incomodado. Notaba yo que cuando á estas conversaciones se entregaban, hacían caso omiso de mi persona y esto no me parecía bien.

Después supe el motivo de aquella agitación. Mi abuelo tenía dos hijas: la mayor, Eusebia, era mi madre; la menor, mi tía Luisa. Esta última, se había casado contra la voluntad de su padre con un hombre á quien quería entrañablemente. Consejos, amenazas, todo fué inútil. Pertenecía su esposo á una buena familia; su madre, viuda, poseía una casa en Madrid y tierras en la provincia de Guadalajara: era el hijo mimado, inteligente, bueno para con su familia; pero dominado por el más funesto de los vicios, el juego.

Quería entrañablemente á la que, contra la voluntad de su padre, fué su esposa, y accediendo á sus ruegos prometió enmendarse y desempeñar un empleo para atender á sus obligaciones.

Su hermana mayor había casado con un rico hacendado de Horche, un señor Catalina, padre de los que luego fueron célebres actores, Manuel y Juan, y de Eduardo, que habiendo estudiado la carrera de leyes, entró en la Magistratura y murió en Filipinas de una manera trágica.

La influencia de su cuñado y el buen recuerdo que se conservaba de mi abuelo en las oficinas de la Hacienda, aunque sin su intervención proporcionaron un empleo á mi tío Pepe, y su mujer, que aunque había desobedecido á su padre era muy buena hija, puso en juego todas las relacio-

nes, sin olvidar á mi madre, para obtener la reconciliación que deseaba.

Mi abuelo se obstinaba en no querer recibir en su casa á la hija ingrata que había acibarado los años de su ancianidad; pero la antigua criada, los amigos, el buen Rero, las incansables Ignacia y Juliana, que abogaban como dos taravillas, el insinuante Peña, que con sus chistes solía desarrugar el ceño del irritado padre, las cartas que desde Almería escribía mi madre, que siempre había sido un modelo de hijas, acabaron por vencer al anciano, y una mañana entró la pródiga sola, puesto que nada más para ella se abría la puerta de la casa, se acercó temblando al anciano, se arrodilló ante él, besó su mano balbuceando palabras mezcladas con sollozos, el viejo se ablandó, la estrechó entre sus brazos con efusión, lloró con ella; la criada, que presenció aquel acto, lloraba también, y yo, que desde un rincón asistí á aquella hermosa escena, me eché á llorar recordando que en otro tiempo había visto algunas veces la cara de aquella mujer, que me había acariciado, que había consentido mis caprichos; y cuando separándose de mi abuelo me cogió en brazos y cubrió mi rostro de besos y de lágrimas, experimenté una emoción que aún la recuerdo. En aquel momento, sin que me diera cuenta de ello, se agitó en mi corazón una fibra que hasta entonces había estado inactiva, y que después fué desarrollándose al mismo tiempo que mi voluntad.

¡Pobre tía Luisa! Fué á un tiempo la mujer más feliz y más desgraciada del mundo; su marido, adorándola siempre, volvió al juego, y con intervalos de fugaces prosperidades y de largas temporadas de escasez, de pobreza y de horribles penalidades, defendiendo á su esposo y ocultando sus miserias, pasó una vida de contínuo martirio, sin más instantes de ventura que los que le ofrecia la corta é inconstante vena del jugador y el amor que le inspiraba el único hijo que tuvieron, mi primo Manuel, que ha muerto hace poco después de una vida no menos desdichada que la de su madre.

Lo que frecuentemente oía contar de las desdichas ocasionadas por el juego á que vivía consagrado mi tío Pepe, por lo demás hombre simpático en extremo, fué para mí, inconscientemente, motivo de aversión hacia ese vicio que tantas desdichas proporciona y á tantas familias sume en la miseria y la desesperación.

La Providencia ha querido que al ver de cerca desde los más tiernos años los deplorables efectos de los vicios, ocasionando pesadumbres á mis padres por ser parientes suyos cercanos los causantes, me haya librado de la dominación de esos enemigos del hombre, que después de destruir cuanto hay en torno suyo, aniquila á sus víctimas.

Las visitas de mi tía á su padre duraron poco. El jugador volvió á las andadas; y para ver si quitando la ocasión cesaba ó por lo menos dismi-

nuía el peligro, fué trasladado á una capital de provincia de las más humildes.

Volví á quedar dueño del campo; pero mi tiránica dominación sufrió un inesperado y rudo golpe.

Después de haber traído el cartero una carta de las que costaban ocho cuartos y medio, oí decir á mi abuelo que mi padre iba á llegar muy pronto. ¿Quién era mi padre? ¿Qué significaba aquella noticia, que como una cosa satisfactoria para mí y con rostro alegre, me comunicaban mi abuelo y la criada y los amigos repetían, añadiendo que me traería algún juguete y que ya vería como me quería y me colmaba de besos y caricias? ¿Había algo superior á lo que á todas horas me sonreía? ¿Podía ensancharse todavía la esfera en que mi caprichosa voluntad dominaba á sus anchas?

Esperé con mi natural impaciencia y no sin gran curiosidad la llegada de aquella *cosa* que prometía por lo menos una novedad en mi existencia, y una mañana, estando todavía en mi camita, entró en la alcoba un desconocido acompañado de mi abuelo y de la criada, me cogió en brazos y me besó al mismo tiempo que sus acompañantes me decían que era mi padre.

La criada me vistió á toda prisa y el recién llegado, que ya se había quitado la gorra y el abrigo, me colocó sobre sus rodillas, me hizo muchas preguntas, á las que no contestaba entre avergonzado y receloso, limitándome á mirarle como queriendo recordar algo que había visto antes, mien-

tras que mi abuelo y la criada referían mis gracias y ponderaban mis cualidades.

Poco después desapareció mi timidez y acabé por ser el inquieto, el revoltoso, el charlatán y el preguntón de siempre.

Mi padre no cesaba de mirarme, mezclando con sus frases cariñosas advertencias y reprimendas que no eran de mi agrado.

Solía desayunarme con chocolate; pero al ver que á mi padre le sirvieron huevos fritos, no quise ser menos, y rechazando el chocolate pedí un huevo. Se opuso el autor de mis días, insistí y mi abuelo dió ordén á la criada para que me complaciese.

Algo hablaron mi padre y mi abuelo que no me gustó mucho; pero vino el huevo frito y me dispuse á comerlo, cuando noté que la clara y la yema se habían juntado formando una especie de tortilla embrionaria; y rechazándolo, pedí que me sirvieran otro huevo.

—De ningún modo—dijo mi padre.

Insistí, gritando y pataleando; mi abuelo terció abogando en favor mío; mi padre pronunció algunas palabras que me indignaron, porque atentaban á mi soberanía, y cogiendo yo el plato que contenía el huevo, le tiré al suelo con violencia.

Mi padre se indignó, alzó la mano para castigarme, mi abuelo se interpuso y después de un corto altercado, dijo mi padre á la criada:

—Coja usted ese huevo, póngalo en otro plato y hasta que se lo coma no comerá otra cosa.

En aquel momento comenzó una lucha entre el principio de autoridad y el espíritu de rebelión, que debía ser funesto para el último.

Mi abuelo se fué á un gabinete, la criada á la cocina, y yo me alejé, porque no quería estar cerca de aquel opresor que había venido á alterar mi marcha triunfal á través de la vida.

Poco después se vistió para salir de casa, y se fué con gran contento mío, no sin anunciar antes que si me daban para comer algo que no fuese el huevo que yo había arrojado al suelo, aquel mismo día me separaría de mi abuelo y me llevaría con él á una casa de huéspedes.

Me guardé muy bien de pedir nada. Tenía yo mi geniecillo y ni aquel endemoniado huevo ni nada comería. ¡No faltaba otra cosa! Mi voluntad antes que todo.

Fuí á buscar á mi abuelo, y con mucha seriedad me dijo que mi padre mandaba en mí, que debía obedecerle, que si me reprendía era por mi bien y añadió muy compungido que, si le quería, debía ser bueno, obediente y hacer cuanto mi padre me ordenara.

No me agradaron los consejos y me acerqué á la criada, esperando otro lenguaje más grato; pero me habló en el mismo sentido que mi abuelo.

Aquel día fué para mí una sorpresa y un tormento. ¿Había alguien más fuerte, más poderoso que yo? Sentía hambre, pero no pedía nada. Si me ofrecían el empecatado huevo, le rechazaba.

Mi padre volvió á la hora de la comida, me lla-

maron y no quise ir; mi abuelo fué á buscarme y no logró convencerme. ¡Pobre señor! Cuántas veces al recordar aquel primer contratiempo de mi existencia, he pensado en lo que le hice sufrir. Pero se puso al lado de mi padre, me ví solo y en aquellos momentos le consideré como otro enemigo.

A la hora de la cena, comenzó á debilitarse mi terquedad. Pedí chocolate, y mi padre mandó que me trajeran el huevo... Resistí; pero al ver que se lo llevaban y que mi padre daba orden á la criada para que me desnudase y me acostase, cedí á la fuerza, la materia necesitada triunfó sobre el espíritu rebelde, me sometí y comencé á comer el malhadado huevo.

Desde aquel día halló mi voluntad un contínuo freno. Mi padre puso coto á mis caprichos, me privó del postre y me encerró en el tradicional cuarto oscuro para castigar mis desobediencias; y aunque mi abuelo y la criada salían á mi defensa, cuando estaban conmigo á solas insistían en asegurarme que á mi padre era á quien debía obedecer y respetar. Todo esto me llenaba de confusiones, de temores, de rabia y, sin embargo, como sucede en el mundo según he visto después, aquel dominador, aquel tirano que rechazaba mi dominación y castigaba mis tiranías, me atraía, sentía hacia él temor y cariño, reconocí su superioridad y la acaté.

VI

A los pocos días de aquel cambio tan radical operado en mi existencia, dispuso mi padre volver á Almería, donde había dejado á mi madre para venir á buscarme. Juntos emprendimos el viaje, con gran contento mío, porque la idea de pasar unos cuantos días en coche y la no menos grata de ir á ver á mi madre, de quien conservaba un recuerdo confuso, eran alicientes poderosos para halagar á mi imaginación, ávida siempre de movimiento y novedad.

Por aquel tiempo había tres clases de vehículos para viajar: las sillas de posta, las diligencias y las galeras aceleradas. Las primeras constituían el gran lujo: sólo las ocupaban personajes ó empleados de correos, que iban gratis en ellas cuando había asientos vacantes. Por regla general, hacían el servicio de comunicaciones, y también las había á la orden de los que querían y podían alquilarlas. Una silla de posta en estas condiciones costaba un dineral.

Seguían en importancia las diligencias, coches de gran tamaño divididos en tres compartimentos: berlina, el preferente, interior y rotonda. Algunos tenían *coupé* en la parte superior delante de la baca, que era donde se colocaban los equipajes. Los asienlos de *coupé* eran los más baratos. Todos los de las diligencias estaban numerados y había que pedir los billetes con bastante anticipación.

En cuanto á las galeras aceleradas, era tan re-

lativa su celeridad, que para ir de Madrid á Zaragoza empleaban siete ú ocho días, y diez ó doce para recorrer el trayecto de Madrid á Sevilla.

Ya hablaré de estos coches-tortugas, que merecen un recuerdo detallado.

Mi padre y yo hicimos el viaje en la rotonda de una diligencia, que al cabo de tres días debía trasladarnos á Granada.

Apenas nos instalamos en nuestros asientos, los seis viajeros que iban en nuestra compañía empezaron á hablar con mi padre, y algo de lo que oí produjo en mi ánimo una inquietud que me duró todo el viaje.

Hablaron de los frecuentes robos de que eran objeto las diligencias, sobre todo en Despeñaperros; indicaron que viajaban con nosotros en la baca dos escopeteros de los mejores, y todos anunciaron que iban provistos de armas por si acaso teníamos un mal encuentro.

Cada cual refirió algún robo de que había sido víctima en sus viajes ó de que había tenido noticia, y dada mi afición á los cuentos melodramáticos y terroríficos, lo que oía debía ser interesante y hasta divertido para mí; pero el efecto que producían aquellas narraciones en mi ánimo no era nada agradable y sí penoso.

Instintivamente me acercaba á mi padre, oía con medrosa atención cuanto hablaban, y menos mal mientras la luz mortecina de la caída de la tarde penetraba por las ventanillas de nuestro compartimento. Cuando llegó la noche y sólo se

veían, como sombras que cruzaban rápidamente, los árboles de la carretera, las ventas para refugio de los caminantes y las chozas de los pastores, se apoderó de mi un verdadero pánico y estrujaba á mi padre al acercarme á él, único medio de salvación que esperaba ante el temor de oir los tiros que dispararían los escopeteros á los ladrones cuando tratasen de asaltar á la diligencia.

Con la oscuridad de la noche callaron todos, y el silencio aumentó mi pavor. Algunos se durmieron y mi padre me dijo que apoyase mi cabeza sobre su hombro y me durmiese. Por supuesto... para dormir estaba mi ánimo. Miraba por la ventanilla y cerraba los ojos. A cada instante esperaba la aparición de los ladrones que nos quitarían cuanto llevábamos y que después nos matarían. No podría ver á mi madre, lo que tanto deseaba. Tampoco volvería á ver á mi abuelo. Lo que mi imaginación trabajó aquella noche, es un recuerdo que todavía me estremece.

Por la fuerte respiración de unos y los ronquidos de otros, no había duda de que todos los viajeros, incluso mi padre, dormían con la mayor tranquilidad. En vano cerraba los ojos para imitarlos: no podía coger el sueño, miraba por la ventanilla y observé que el cielo, poco antes estrellado, se cubría de sombras que agitaba el viento haciéndolas tomar formas de fantasmas que se deshacían para adquirir el aspecto de mónstruos. Una luz viva y rápida rasgó aquellos crespones y sonó una espantosa detonación.

Todos se despertaron asustados. Había estallado una tempestad, y con el ruído de los truenos y el resplandor de los relámpagos, alternaban los gritos del mayoral animando á las mulas. Todo aquello me horrorizó, y según he oído contar á mi padre varias veces, parece ser que estrechándole con mis brazos y gimoteando, le dije muy bajito: —«No quiero que nos mate la tormenta. Yo seré bueno. Que se vayan los truenos y los relámpagos.»

La impresión que experimenté aquella noche no se ha borrado de mi memoria y siempre que he asistido á alguna de esas convulsiones meteorológicas que tanto atemorizan y tantos estragos causan, algo he sentido de aquel terror, que los años han ido amortiguando.

Mientras duró la tormenta todos callábamos. Al cabo de un buen rato los truenos tardaban más en resonar y parecían alejarse; pero los relámpagos continuaban brillando, rápidos, como un chisporroteo.

Paró la diligencia para mudar de tiro y el mayoral recorrió los compartimentos, preguntando á los viajeros si les había ocurrido algo. Según oí decir, una señora que iba en el interior se había desmayado. El mayoral nos refirió también que había visto caer un rayo sobre un arbol á muy poca distancia del carruaje.

—De esta ya hemos salido con bien—añadió riéndose, con gran asombro mío.—Hasta otra, porque en este tiempo suelen repetirse las tormentas.

No fué adivino: el cielo se despejó, las estrellas brillaron de nuevo y proseguimos la marcha sin que yo pudiera dormir, temeroso de que se realizara el augurio del mayoral.

Cuando amaneció perdí el miedo y me resarcí de la noche de insomnio; pero hasta que llegamos á Granada, mortificó á mi imaginación el temor de que estallara otra tempestad ó de que nos sorprendieran los ladrones.

Mi valentía de general en jefe de las huestes que en la sala de casa de mi abuelo representaban la Pepa y la Gertrudis, perdió gran parte de su intensidad. Mi padre había quebrantado mi voluntad; la tempestad y el anuncio de que podían asaltar á la diligencia unos bandidos debilitaron mi valor. Había en el mundo sustos, contrariedades, peligros, con los que no había contado y con los que, por lo visto, era necesario contar.

Los efectos del miedo que experimenté produjeron en mí una fiebre que se declaró cuando llegamos á Granada; pero no podíamos detenernos, porque mi padre había tomado los asientos en la galera que debía conducirnos á Almería, y además, si se me declaraba una enfermedad, lo más prudente era que la pasase en nuestra casa.

Sólo permanecimos en Granada unas cuantas horas en la posada de donde debía salir la galera de *Juan y medio*, célebre galerero de la provincia de Almería, hombre de gran corpulencia, de quien hablaré en otra ocasión, porque uno de sus hijos, digno por todos conceptos de ser conocido y esti-

mado, fué después y ha sido hasta su muerte uno de mis mejores amigos.

VII

El mes de Septiembre estaba en sus postrimerías, ya no era cosa de viajar por las noches y la galera, atestada de viajeros, salió de Granada en las primeras horas de la tarde. Para recorrer el trayecto hubiera tardado un día la diligencia: la galera necesitaba tres; pero no había otro medio de locomoción.

Después de estar bien repleta la amplia bolsa de la galera con equipajes y bultos de mercancías, se colocaban sobre esta especie de cama uno ó más colchones, según el número de los que llevaban los viajeros para su comodidad, favoreciendo los poseedores de ellos á los que carecían de tan necesario adminiculo. Entraban por delante los viajeros, porque la zaga estaba ocupada por bultos y baules, y sobre los colchones iban sentándose unos enfrente de otros. Con pretexto de que las señoras no debían bajarse, se las relegaba al fondo, cuidándose de colocar al marido al lado de su mujer, á la hija al lado de su padre y así por el estilo, de modo que entre cada dos personas introducían sus piernas las que estaban enfrente. Las cestas con merienda, los paquetes pequeños, las botas de vino, las alcarrazas con agua y las guitarras, que nunca faltaban una ó dos en estas expediciones, colgaban del techo atadas del mejor

modo posible á los arcos y tiras de madera que servían de armazón al encerado toldo. A los lados exteriores de la galera, para aprovechar el espacio y hacer contrapeso, iban también muy bien atados y cubiertos con lona ó hule negro, equipajes y mercancías.

Al terminarse aquel depósito de seres humanos, que más parecían arenques en tonel, se encontraba el pescante, donde tomaban asiento el mayoral, alguna señora si se mareaba, algún viajero de los más cucos ó amigo del mayoral, y el zagal, que se bajaba á cada instante para arrear á la *Zagala*, á la *Polinaria*, á la *Generala* ó á la *Coronela*, acompañando sus voces con gritos salvajes para ayudar á las mulas á subir las cuestas y con palabrotas y maldiciones, que yo aprendí, no sin que mi padre, que tenía el genio vivo, dijese al mayoral, al zagal y á cuantos quisieron oirle, que aquello era una bestialidad, que España era un país de cafres y otras lindezas por el estilo, en lo que todos los viajeros estaban conformes; pero el mayoral pretendía que sin aquel lenguaje, al que estaban acostumbradas las mulas, no llegaríamos nunca y que el que no quisiera oir, que se tapase los oídos.

Al anochecer se aumentó mi fiebre, y no hacía más que pedir agua. Iban dos señoras en la galera y me ponían en la cabeza paños mojados en agua y vinagre que me consolaban al pronto, pero en seguida se secaban y se me caían.

No recuerdo bien si fué en la tarde del primer

día del viaje ó en la del segundo, cuando el mayoral dijo que íbamos á subir una cuesta muy penosa, y que los hombres, por lo menos, harían muy bien én bajarse, seguir un atəjo que indicaría y esperar en una venta á la galera.

Unos accedieron, otros se negaron, y mi padre, creyendo que me sentaría bien el aire fresco de la tarde, fué de los primeros que echaron pie á tierra al llegar al atajo.

Los otros viajeros que se apearon, prefirieron ir al lado de la galera para montar de nuevo cuando terminase la cuesta: mi padre, que conocía muy bien el camino, pensó que la galera tardaría lo menos dos horas en llegar á la venta, y que por el atajo podía estar lo menos hora y media bajo techado, permaneciendo yo aquel tiempo en una cama.

La galera tenía que atravesar después de la cuesta una de las varias ramblas que había en el camino, creo que la de Gorman. En toda aquella comarca pasan meses y á veces años, sin llover; pero de pronto, cuando menos se espera, cae el agua á torrentes y las ramblas se convierten en caudalosos ríos.

Poco antes de que mi padre, llevándome en brazos, pudiera llegar á la venta donde debíamos aguardar á la galera, cayó una lluvia torrencial. No había medio de realizar su propósito sin que nos calara el agua, y descubriendo á poca distancia una cueva, corrió conmigo hasta su abertura y allí nos guarecimos.

Otra impresión que no he olvidado nunca recibí en aquel asilo.

Se penetraba en la cueva por una abertura que á las personas de menor estatura obligaba á doblarse y hasta á gatear para introducirse en aquel antro.

La cueva tenía dos departamentos, digámoslo así; el que se hallaba al entrar en ella, bastante amplio, y otro en el fondo, más reducido, donde había una cama de tablado y colgados de la bóveda que formaba el techo, cestas y sacos repletos.

Poco antes que nosotros entraron en la cueva dos hombres y una mujer que llevaban cestos, llenos de uvas, como vimos después. En la primera habitación había un hogar en el que ardían dos ó tres leños animados por ramas secas. Una claraboya, ó mejor dicho, un agujero, dejaba salir el humo; pero cuando nosotros entramos, la lluvia lo rechazaba y la humareda llenaba toda la estancia.

Mi padre habló con aquella gente, y ví que pusieron buena cara. La mujer me cogió en brazos, me besuqueó y me llevó al otro cuarto, echándome en la cama.

Entonces me fijé en otra mujer que estaba sentada en el arcón y que se levantó, hablando con la que me llevaba en brazos. Poco después me cogió, me besuqueó también y lanzó gritos como los que después he oído á muchas madres andaluzas al acariciar á sus hijos.

Me asusté, comencé á llorar, entró mi padre corriendo, me arrojé en sus brazos mirando horrorizado á la que últimamente me había acariciado, oí que la otra la reñía y resultó, según supe después, que estaba loca, aunque no hacía daño á nadie.

Al cabo de sesenta y seis años que han transcurrido, veo con todos sus detalles la cueva, la gente que había en ella y, sobre todo, á la loca que me devoraba con sus ojos saltones, procurando dar á su rostro una expresión cariñosa.

—No te asustes. Es que te quiere, que desearía tenerte en brazos, cantarte y dormirte—me decía la otra mujer.

Claro es que ciertos detalles de los que refiero los oí contar á mi padre, no una, sino muchas veces. Pero aquel cuadro, aquella noche, aquellas mujeres los recuerdo, como también recuerdo que me abrasaba la canlentura, y que cuando accediendo al consejo de aquella pobre gente me permitió mi padre comer uvas, muchas uvas de las que acababan de coger, experimenté un bienestar que me permitió dormir y amanecer muy mejorado de la fiebre.

Mi padre envió á uno de los dos hombres á averiguar si la galera había podido atravesar la rambla y llegar á la venta. Al amanecer volvió el mensajero, diciendo que la galera estaba detenida al principio de la rambla, y que lo mejor que podíamos hacer era ir á esperarla en la venta, donde

nos darían un buen desayuno, porque ellos no tenían más que uvas y pan de centeno.

Parece que me despejé y que hasta pude andar algunos ratos. Cuando me cansaba me cogía en brazos la mujer de la cueva que nos acompañó; no la loca, que quiso darme un beso antes de marcharnos, quedándose gritando y pataleando porque no se lo permitieron, si no la otra, que era su madre, según explicó á mi padre, contándole por el camino cómo la infeliz había perdido la razón. Se le dió una buena propina y nos colmó de bendiciones.

El sueño de la noche, el fresco de la mañana y sobre todo la voluntad de Dios, me mejoraron. Al llegar la galera á la venta, en donde la esperámos más de dos horas, refirió mi padre á sus compañeros de viaje las peripecias que nos habían ocurrido y uno de ellos, que era médico, aseguró después de tomarme el pulso que la fiebre que me había molestado el día anterior había remitido por completo.

Montamos en la galera; sin ninguna novedad importante, al día siguiente bien entrada la tarde, llegamos á Almería y cerca de la puerta de Purchena, donde *Juan y medio* tenía su domicilio, terminó nuestro viaje.

VIII

Mi madre nos esperaba y la reconocí á pesar de hacer cerca de un año que nos habíamos separa-

do. Como es de presumir, me estrechó en sus brazos, me colmó de besos, y experimenté un placer tan grande al recibir sus caricias, que me olvidé de todas las molestias y terrores del viaje.

Hasta entonces no había podido darme cuenta de los lazos que á ella me unían. No sé si por la novedad, que siempre ha tenido atractivos para mí, ó por ese instinto inexplicable que es la primera manifestación del amor filial, lo cierto es que desde aquel instante sentí hacia mi madre un cariño, que ni durante su vida, ni después de su muerte, se ha extinguido un instante en mi corazón. Hoy viejo, muy viejo, la amo con la misma intensidad, y puedo asegurar que este amor me ha librado de muchos peligros y me ha fortalecido en las adversidades.

Durante el tiempo que permanecimos en Almería, escasamente medio año, ni siquiera me apercibí de lo que era aquella población.

Una enfermedad en los ojos que se me declaró poco después de mi llegada, me tuvo recluído en casa y durante mi estancia en aquella capital solo me preocupé de mi padecimiento, del cariño que me demostraba mi madre y del respeto que me infundía mi padre. Veía en él una fuerza superior, que me imponía y me subyugaba; pero quizás por lo mismo le quería. La segunda virtud cardinal, la justicia, brotó en mi corazón desde la más tierna infancia, y no me ha abandonado después en mi estado normal. Ante lo justo he bajado la cabeza; ante la injusticia he sido siempre

rebelde. Así es que cuando mi padre con su entereza aniquiló mi poderío en casa de mi abuelo, comprendí que eran justas sus observaciones, sus reprimendas y sus castigos.

Alguna que otra vez mi natural inquieto, mis resabios, mis caprichos retoñaban, y acto continuo salía mi padre á su encuentro. Mi carácter vehemente y el padecimiento que sufría, me hacían perder momentáneamente el espíritu de justicia. Pero mi madre, procurando calmarme, me aseguraba que si mi padre corregía mis defectos, era por mi bien; me refería ejemplos de niños malos que habían sido hombres perversos, de niños buenos que habían sido hombres respetados y queridos; me enseñaba oraciones que me encantaban; me hablaba de los ángeles, sobre todo del de mi guarda, que todas las noches cuando me dormía bajaba del Cielo y se colocaba al lado de mi camita para librarme de todo mal; de la Virgen, madre de todos los niños y más aún de los que habían perdido á la suya, y con este constante y acertado cultivo de los buenos sentimientos que hay en todas las almas, apaciguaba mi inquieto espíritu, destruía suavemente mis mañas de niño mimado, y con ligeras intermitencias, vivía sometido y contento, hallando consuelo á mi dolencia en el cariño de mis padres, formándome á mi modo una idea de Dios, de un Dios misericordioso, justiciero, pero amable, bondadoso, más propicio á perdonar y á amar que á perseguir y castigar, y á este Dios que me mostró mi

madre es al que siempre he adorado, al que adoro, en el que creo y espero, y al que debo la fuerza con que he resistido á los malos instintos que en la vida íntima y en la vida social asaltan y pervierten á los seres humanos.

IX

Creo oportuno hacer alguna indicación respecto de mi padre. Primogénito de una familia de la clase media; hijo de un empleado de Hacienda que se veía obligado en su calidad de administrador de rentas á vivir en poblaciones donde á lo sumo había escuelas de primeras letras; con poco sueldo y más aficionado á lucir su ameno ingenio y el rico repertorio de cuentos y chascarrillos que poseía en el trato social que á compartir las estrecheces de la vida con la familia, apenas se cuidaba de la educación de sus hijos. Tuvo varios, de los que sólo he conocido á cuatro: mi padre, el mayor, sus hermanas Joaquina y Ramona y el benjamín de todos, Fernando, sordo-mudo de nacimiento, á quien debí mis aficiones poéticas, porque cuando le ví y le traté, por señas, en Almería, donde fué á visitarnos, era un poeta conocido y estimado en Ronda, Osuna y Sevilla, donde sucesivamente había residido con sus padres. En esta última ciudad publicaba un semanario titulado *La Jovialidad*. ¡La jovialidad de un sordo-mudo! Era preciso una bondad de alma y una resigna-

ción como las que él tenía para soportar *alegremente* la falta de voz y de oído. Murió poco después de conocerle yo; pero no he olvidado su carácter, vehemente y apacible á la vez, ni su entusiasmo por la poesía.

Mi abuela paterna, doña Juana Pérez Calderón de la Barca, á quien tuve ocasión de tratar en el año 1853 mientras permanecí en Sevilla, era una santa mujer educada á la antigua, muy cristiana, muy casera, muy madraza; pero sin gran cultura. Apenas sabía leer, y en cuanto á escribir, eran tales los garrapatos que hacía, que según oí contar á mi abuelo su esposo, un día se vió sorprendido al examinar la cuenta de los gastos que garrapateaba mi abuela, con una partida que decía: *Perlas al burro, dos reales*. La buena señora había querido escribir: *pelar al burro*.

Toda la instrucción que pudo proporcionar su padre al mío, se limitó á la de la primera enseñanza, dándole plaza de escribiente en su oficina en cuanto pudo prestar los servicios de tal con la clara y buena letra que tuvo siempre.

Cuando el general Riego se sublevó en las Cabezas de San Juan, mi padre que pertenecía á una familia de liberales, que era liberal de corazón y que quería ver mundo y hacerse hombre, á pesar de su corta edad, pues había nacido en Murcia el año 1804, fué uno de los que acudieron al llamamiento del general rebelde, tomó parte en los combates que libró con las fuerzas del ejército sumiso á Fernando VII, y cuando triunfó el movimien-

to revolucionario, ingresó como sargento en el Cuerpo de Carabineros, no tardando en llegar á Alférez de la compañía de que á la sazón era teniente D. Francisco Serrano, después Duque de la Torre y uno de los personajes más importantes de la política española en el pasado siglo.

Allí hizo gran amistad con el que, andando el tiempo, había de ser árbitro de los destinos de España, y he leído y conservo algunas cartas dirigidas á mi padre por su inmediato jefe, que se complacía en llamarle camarada, que revelan lo franco y resuelto de su carácter, la viveza de su imaginación, la ciencia de la vida que poseía en alto grado; en fin, las cualidades que necesariamente debían elevarle entre sus contemporáneos.

Mi padre continuó en el Cuerpo de Carabineros, y Serrano prosiguió ganando ascensos, primero en el mismo Cuerpo y después en el Ejército con su valor, su pericia y las irresistibles simpatías que despertaba en cuantos le trataban.

Riego murió en el patíbulo, los liberales quedaron vencidos, y fueron varias las tentativas que algunos arrojados militares hicieron para restablecer la Constitución.

Una de ellas fué la del general Torrijos, que como es sabido, cayó en poder de los realistas y fué fusilado con otros de sus compañeros en la playa de Gardamar. Gisbert, el correcto y celebrado pintor de quien hablaré á su tiempo, ha representado en un notable cuadro este terrible y doloroso episodio.

D. Francisco Serrano fué quien personalmente comunicó al gobierno la noticia de aquella hecatombe, saliendo á caballo con su ordenanza, y ganando tiempo para que cuanto antes supieran el rey déspota y sus ministros reaccionarios, que se habían librado de uno de los más bizarros militares, de uno de sus mayores enemigos, de uno de los más entusiastas adalides de la libertad.

Mi padre no perdonó nunca á su jefe y amigo que aceptase aquella triste misión. Serrano era liberal como él, y sin duda alguna se habría alegrado del éxito de la empresa acometida por Torrijos; pero al mismo tiempo era listo, ambicioso, había nacido para ser político, comprendía que ser portador de tan buena nueva algo podía favorecer á su medro, aceptó el encargo y, en efecto, sus esperanzas no quedaron defraudadas.

He dicho que mi padre no perdonó á Serrano aquel acto. Tampoco Serrano, general, ministro universal, dueño y señor de España, y muy digno por sus cualidades de ser todo esto; tampoco Serrano, repito, perdonó á mi padre que no quisiera firmar un comunicado en que se negaba que hubiese sido portador de la noticia del fusilamiento de Torrijos y sus compañeros, cuando le convino aparecer ante el país como el más constante y entusiasta defensor de la libertad.

Tenía el general Serrano una madre á quien ví una ó dos veces en mi casa, doña Mariquita, mujer muy viva, de gran inteligencia, sugestionadora, idólatra de su hijo. Me parece verla: baji-

ta, de fisonomía expresiva, de ojos penetrantes, inquietos, dominadores y dulces á la vez. Ya era mujer de edad cuando la conocí; pero agradable, insinuante, irresistible.

Esta buena señora fué á ver á mi padre para pedirle que firmase el comunicado á que he aludido, á fin de contrarrestar los ataques que los periódicos moderados dirigían á su hijo negándole que fuese liberal, toda vez que había hecho valer como un mérito ser portador de la noticia del fusilamiento de Torrijos.

En aquel momento era Serrano ministro universal, favorito de la reina Isabel, dueño de España y podía haber pagado con creces á mi padre el sacrificio de la verdad. Doña Mariquita le daba á entender que aquella firma podía ser su fortuna. Un acomodado trajinero á quien los carabineros conocían y estimaban, porque era muy rumboso, firmó el famoso comunicado que publicaron los periódicos y fué después gran amigo del general Serrano, cambió de aspecto en su traje y costumbres, desempeñó altos cargos en la Adminirtración, fué diputado, senador, y al morir en edad avanzada, dejó una regular fortuna. Pero mi padre, que era de la raza de los progresistas, muy respetables y muy desdichados para sí y los suyos, negó rotundamente su firma; y cuando por la muerte de mi abuelo materno, sin apoyo cerca de los altos empleados de Hacienda, fué declarado cesante, en esta situación permaneció cerca de treinta años con seis mil reales de cesantía, hasta que

al ser ministro de Hacienda del primer gobierno de la Revolución que triunfó en Septiembre de 1868 D. Laureano Figuerola, enterado por mí de la situación de mi padre y dándome una prueba del afecto que me profesaba, le otorgó un empleo en el Tribunal de Cuentas, con lo que mejoró su suerte, y sobre todo realizó su más constante aspiración de ser repuesto en la carrera administrativa. No he olvidado ni olvidaré mientras viva este favor que debí al gran hacendista liberal.

Durante los treinta años de cesantía, escribió muchas veces al general Serrano para que le recomendase á los ministros de Hacienda. Más de un centenar de cartas del ilustre duque de la Torre he roto al examinar los papeles de mi padre. En todas ellas, muy afectuosamente, le ofrecía interesarse por él; pero jamás hizo nada en su favor.

Andando el tiempo, conocí al general Serrano, y en mi calidad de redactor del *Diario Español*, tuve ocasión de prestarle algunos servicios. En las pocas entrevistas que celebré con él, jamás le hablé de mi padre. Un día, algunos meses antes de la batalla de Alcolea, en un momento de la expansión más ó menos estudiada que solía tener, me indicó que en sus mocedades había conocido á un D. Joaquín Nombela.

—Es mi padre—le interrumpí.

—Buena persona—añadió—pero si quiere usted hacer carrera en política, sea usted más flexible que él.

—No me propongo ser político de profesión—contesté—y pasamos á otro asunto.

Activo, laborioso y necesitado, obtuvo mi padre, de tarde en tarde, comisiones de apremio, agregaciones ó empleos en empresas particulares, con lo que lograba atender á las necesidades de su familia.

Una de las primeras comisiones que desempeñó fué en Almería, á donde llevó á mi madre. Algo inteligente en negocios de minas, pensó que en aquella provincia podría encontrar una ocupación más segura y lucrativa que la de las comisiones, y quería saber si el clima y las costumbres le permitirían establecerse, esperando, en vista de las buenas relaciones que sostenía con algunas personas importantes de la localidad, encontrar un empleo bien remunerado.

Confiado en amables ofertas, al terminar su comisión regresó á Madrid á dar cuenta de sus gestiones y á buscarme, para quedarnos definitivamente en Almería.

Las promesas no se realizaron, yo caí enfermo de la vista, los médicos aseguraron que la proximidad del mar sostenía mi enfermedad, y á los pocos meses de mi llegada regresé con mis padres á Madrid.

X

Cuatro años después volvimos á Almería, aumentada la familia con mi hermana Dolores y

llevando en nuestra compañía á un profesor de primera enseñanza y á nuestro servicio á una criada montañesa, de quienes tendré que hablar alguna que otra vez en el transcurso de la narración de mis recuerdos.

Durante el tiempo que permanecimos en Madrid, ó sea desde los cuatro á los ocho años de mi edad, poco de notable me aconteció. Sin embargo, en este tiempo se despertó mi afición al arte escénico.

Apenas llegamos á la Corte nos instalamos en el piso bajo de la última casa de la acera de la derecha, entrando por la Puerta del Sol, de la calle del Carmen, donde á poco de dejarle nosotros se estableció una bollería, que aún subsiste y tiene cierta notoriedad por las llamadas pastas del Consejo que fabrica, las arcaicas magdalenas y, sobre todo, por las almendras y avellanas tostadas que expende.

Aunque mi madre me había enseñado las letras en una cartilla y era uno de mis infantiles goces reconocerlas en las muestras de las tiendas y en el *Diario de Avisos* ó en el *Panorama*, una de las primeras revistas literarias con grabados que se publicaron en España, á que estaba suscripto mi padre; según oía decir en torno mío, era una vergüenza que hallándome á punto de cumplir el primer lustro, no hubiera ido á una escuela para aprender las nociones que constituyen la primera enseñanza.

En casa de mi abuelo, la criada y los contertu-

lios al acercarse á mi cama para darme las buenas noches, pretendían enseñarme algunas oraciones: por lo menos, el Padre Nuestro, el Ave-María y la Salve; pero yo pedía cuentos y no había medio de que aprendiese lo que poco después me enseñó mi madre, despertando en mi alma el sentimiento religioso que no me ha abandonado un solo instante durante mi vida.

Era preciso ponerme en un colegio, tanto para instruirme como para contener algunas horas al día mi viveza ratonil.

De este propósito no me enteré hasta que una mañana me vistió mi madre como para salir á la calle, y con cara risueña y acento cariñoso, me dijo:

—Tu papá va á llevarte á una casa en donde conocerás á muchos niños que pronto serán amiguitos tuyos, donde un señor muy amable te enseñará á leer, á escribir, la doctrina cristiana y otras muchas cosas que te gustarán.

La noticia me llenó de júbilo. Deseaba jugar con chicos como yo: la Pepa y la Gertrudis, que vinieron á visitarnos, no me bastaban. Los niños que veía en la calle ó en el paseo debían ser mejores soldados que las dos viejas y emprender batallas más complicadas que las que yo organizaba y dirigía en la sala de casa de mi abuelo. Pero todavía me halagaba más la esperanza de aprender á leer y á escribir.

Siendo ya hombre, he visto que el anuncio de ir á una escuela asusta á los niños hasta el punto de

causar á algunos verdaderas enfermedades y de producir en todos llanto, rabietas y formidables rebeldías.

Por regla general, cuando son traviesos, revoltosos é indómitos, no por culpa suya, sino por los mimos que han inspirado sus infantiles gracias y monadas, que pronto se cambian en reprimendas y castigos, lo primero que se ocurre al papá ó á la mamá es decir enfadados:

—No se puede hacer carrera de este niño. Es necesario ponerle en un colegio para que le domen.

El colegio aparece entonces á la infantil imaginación como un castigo superior á los que el niño sufre en su casa; y cuando la amenaza se cumple, se subleva, se irrita, llora, patalea, y ó cejan en su empeño los padres temerosos de que caiga enfermo, en cuyo caso el rapaz se sale con la suya, ó es llevado á la escuela á viva fuerza con intermedios de pescozones, dando lugar á un deplorable escándalo.

Las escuelas de mi tiempo y aun algunas de las actuales, en las que todavía es un axioma que la letra con sangre entra, ó en las que no se conocen más que de oídas los progresos de la pedagogía, justificaban entonces y justifican ahora los temores de los pequeñuelos.

Mi padre y mi madre, que resolvieron con buen acierto el problema que por regla general suele resolverse tan torpemente, lograron con su inesperado anuncio y las promesas que entrañaba,

cambiar en agradable esperanza lo que para tantos niños es motivo de espanto y desesperación.

Era por entonces uno de los colegios más acreditados de Madrid el de D. Pantaleón Cayetano Martín y Aguado, establecido en la calle de la Cruz, y á pesar de la distancia, porque como antes he indicado vivíamos al final de la calle del Carmen, resolvieron mis padres confiar mi instrucción á aquel profesor, joven, inteligente, celoso cumplidor de sus deberes y más adelantado que sus colegas en el conocimiento de la buena pedagogía.

Bajo su dirección aprendí las primeras letras, al mismo tiempo que por segunda vez fué derrotado mi espíritu rebelde, encontrando mi alma infantil en la nueva derrota la dulce, noble y hermosa noción de la amistad.

Antes de que terminara el primer mes leía yo de corrido, habiendo sido durante aquel tiempo juicioso y aplicado. Como, según indicó á mi padre el profesor, tenía yo buenas disposiciones, creyó oportuno ponerme á hacer palotes y á estudiar el Catecismo y la Gramática, sin olvidar para la lectura el *Amigo de los niños*, de Martínez de la Rosa, libro infantil que por entonces estaba en todo su apogeo.

Dadas mis aficiones, estimuladas por mi inquieta imaginación, me engolfaba leyendo el *Amigo de los niños;* y aunque del Catecismo y la Gramática sólo me señalaban cuatro ó cinco líneas para que me las aprendiese de memoria y las dijese de

carretilla, como estudiaba poco y mal, no daba pie con bola y el maestro me reprendía y avergonzaba delante de los otros niños, que olvidando que tenían el tejado de vidrio, se reían de mí, cosa muy natural como he visto después, dada la condición humana.

Sólo otro niño de mi misma edad, que había entrado en el colegio dos ó tres días antes que yo, parecía condolerse de mí, y como salíamos de clase en amigable compañía con los respectivos criados, censuraba á los camaradas y me animaba á estudiar para que no se burlasen de mí.

Se llamaba Luis y era hijo de D. Ginés Bruguera, comerciante de los más afamados que había en Madrid. Tenía en la calle de Espoz y Mina un establecimiento, el más suntuoso y mejor surtido en tejidos de lujo; por su amabilidad, su inteligencia, su probidad y su buen gusto era muy estimado; formaba su clientela la aristocracia madrileña y á estas cualidades unía la de querer con delirio á su hijo.

Cuando salíamos del colegio, por la Carrera de San Jerónimo nos dirigíamos á la calle de Espoz y Mina y tanto nos queríamos Luis y yo, que nos costaba trabajo separarnos. Así es que le acompañaba hasta su casa y su papá, á quien me parece estar viendo, de mediana estatura, de rostro noble y franco, de facciones de gran movilidad, de expresión bondadosa, solía hacerme alguna caricia y darme alguno que otro caramelo de los de la famosa confitería de la calle de Majaderitos.

Por más que deseaba aprender las lecciones, no me era posible. La viveza de imaginación es enemiga de la memoria y del entendimiento. Cuando aspiraba á incrustar en mi cerebro las líneas del Padre Ripalda ó las del Epítome de la *Gramática Castellana*, se me aparecían las escenas del *Amigo de los niños*, y al tomarme la lección el maestro me quedaba callado ó decía disparates.

No era D. Pantaleón de los dómines que arreglaban las deficiencias de sus discípulos á fuerza de palmetazos. Más adelantado que sus colegas, suponía que para corregir á los holgazanes de alguna inteligencia lo mejor era herir su amor propio, poniéndolos en ridículo ante sus compañeros. A los díscolos, los castigaba encerrándolos en el cuarto oscuro, que era la despensa, ó enviando un recadito de atención á los papás para que los dejasen sin postre y á veces sin comer.

Para los primeros, había mandado construir con tiras de pleita una corona y una banda. Además había encargado á un pintor de brocha gorda que en una tabla de escasas dimensiones pintase un borriquito. A los desaplicados les ponía la banda y la corona, y si aquellas irrisorias insignias no bastaban para avergonzar al delincuente, le colgaba del cuello la tablita con el asno.

Los niños me habían hablado de aquellos adminículos que aparecían en la pared de la sala de la escuela; pero no había visto castigar con ellos á ningún camarada.

Seis días seguidos me preguntó D. Pantaleón las

cuatro ó cinco primeras líneas de los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia y otras tantas del capítulo de la *Gramática* dedicado á los artículos. Tarea inútil. Callaba ó disparataba.

Perdió la paciencia y sin enfadarse, porque era muy sereno y muy correcto, con una sonrisita burlona y una amabilidad desesperante, descolgó la corona y la banda, me mandó arrodillarme, puso sobre mi pecho la banda, colocó la corona sobre mi cabeza y dándome el *Catecismo* y la *Gramática*, me dijo:

—Ahora estudia lo que no has aprendido en tantos días. Hasta que lo sepas estarás así, y si al acabar la clase no lo sabes, te llevarán á tu casa con esos arreos para que la gente se ría de tí en las calles y tus papás sepan que eres un mal estudiante.

Me dejé adornar y al ver que los otros chicos se reían, me reí también para no dar mi brazo á torcer.

Entonces el maestro descolgó la tablita con el burro y la colgó de mi cuello. Aquello colmó la medida de mi paciencia. En un abrir y cerrar de ojos me descolgué el borriquito, me quité la banda y la corona, lo tiré todo al suelo, y levantándome y corriendo hacia la puerta, grité llorando á lágrima viva:

—¡Me voy... no quiero estar aquí... Malos todos!

Antes que el maestro pudiera levantarse de su asiento para detenerme, los chicos, ¡mísero corazón humano! corrieron tras de mí y me sujeta-

ron; todos no, mi camarada Luis salió á mi defensa, él y yo comenzamos á repartir cachetes á los oficiosos, que nos los devolvían multiplicados; se armó un escándalo y entonces mi defensor y yo fuimos encerrados en la despensa.

Al cabo de un buen rato cesé de llorar, comencé á percibir en medio de la oscuridad los objetos que nos rodeaban, entre los que se hallaban un fusil, un morrión y todo el correaje que usaban los milicianos nacionales. Descolgué el morrión, me lo puse, se lo encasqueté á mi compañero, pasado el susto y el enfado charlamos, reímos, y descubriendo una caja con higos secos, nos merendamos unos cuantos.

Cuando vinieron los respectivos criados á buscarnos, el profesor nos llamó á parte, elogió el compañerismo de Luis al acudir en mi auxilio, declaró que había visto con gusto que tenía buen corazón; pero de todos modos había faltado á la disciplina y por eso le había castigado.

En cuanto á mí, después de anunciarme que si seguía siendo desaplicado no tendría más remedio que despedirme para que no diera mal ejemplo, me indicó que si no estudiaba como los demás, aconsejaría á mi padre que me dedicara á un oficio. Nos exigió propósito de enmienda, hizo que le besáramos la mano y acabó por darnos, á su vez, un beso á cada uno.

Esta escena nos conmovió, y Luis y yo nos echamos á llorar.

Primero con el castigo y después con la bondad,

se apoderó de mí ánimo el bueno de D. Pantaleón y desde aquel día no dejé de estudiar las lecciones. Pero lo que aprendí muy bien, fué que lo mismo en mi casa que fuera de ella, había algo superior á mi voluntad.

El primer amigo que había encontrado en el mundo, no necesitó el mismo estímulo que yo. Era aplicado, juicioso, bueno en toda la extensión de la palabra.

Mientras asistí al colegio de la calle de la Cruz, Luis y yo éramos inseparables, nos queríamos entrañablemente y todo hacía creer que andando el tiempo continuaría aquella sincera amistad. Pero no sucedió así. Tres años después de conocernos, nos separamos y desde entonces no volvimos á vernos. Siempre le he recordado con afecto y he sabido, con gran satisfacción, que ha disfrutado de una brillante posición, de un hogar feliz y de la estimación de la alta sociedad madrileña. Muchas veces he deseado verle, recordarle aquel idilio infantil; pero mi azarosa vida me lo ha impedido y ahora que podría tener ese gusto, sé con pena que ha pasado á mejor vida. Fué mi primer amigo. ¿Cómo no honrar su memoria con este recuerdo de la nobleza de su corazón?

XI

Después del episodio que he referido, permanecí tres años en el colegio de D. Pantaleón y alcancé algunos premios, que en aquella época consis-

tían en orlas en las que el profesor, con clara y perfilada letra de Iturzaeta, inscribía el nombre del alumno y la nota que había alcanzado en la asignatura á que se refería el premio.

Sobresaliente en lectura, no pasaba nunca de *bueno* en Doctrina é Historia sagrada y de *mediano* en gramática. De aritmética, jamás alcancé premio. Las *cuentas* son enemigas de los *cuentos.*

Como mi maestro, mis padres y cuantos me pedían que leyese las páginas del *Amigo de los Niños* ponderaban mis cualidades de lector, llegué á engreirme y á figurarme que era cosa importante y transcendental lo que hacía con tanta facilidad.

El profesor dispuso que aprendiera de memoria algunas fábulas, que recitaba en clase, y por último resolvió que estudiase un fragmento de *El Trovador,* drama de García Gutiérrez que tanto entusiasmaba al público por entonces, para recitarlo en el solemne acto de los exámenes que se celebraban poco antes de las fiestas de Navidad.

El fragmento que eligió fué el sueño que refiere Manrique á Leonor:

«Soñaba yo que en silenciosa noche...»

Contaba á la sazón siete años recién cumplidos, y en vez de intimidarme la idea de tener que declamar ante un público de alumnos, de papás y mamás, me halagó en extremo aquel propósito, y al llegar el momento, sin cortarme, dije con mucho desparpajo la relación, que es preciosísima.

Así al menos opinó el auditorio, que me aplaudió; á mis padres se les cayó la baba seguramente; el maestro me abrazó, asegurándome que podía llegar á ser un cómico consumado; todos me felicitaron; las señoras me llamaron, me colmaron de besos, y aunque vagamente recuerdo la impresión que me causó aquel incipiente triunfo escénico, llamémosle así, experimenté una gran satisfacción.

Con sus bondadosos aplausos, despertó en mí aquella tarde el amable auditorio el amor propio y la afición al teatro, que me apartó de los estudios útiles y difíciles para entregarme más tarde á los fáciles y agradables del arte escénico; es decir, de los que por entonces me parecían agradables y fáciles.

Algunos días después se representó en el teatro de la Cruz un domingo por la tarde el drama de García Gutiérrez y mi padre decidió llevarme á ver aquella obra, lo que me llenó de alegría.

No podía formarme una idea de lo que era un teatro. Suponía que sería un paraje más amplio que la sala donde se habían verificado los exámenes, con muchas filas de sillas para que se sentasen los que asistieran á la función, y que serían hombres y mujeres, en vez de niños como los que habíamos tomado parte en la fiesta del Colegio, los encargados de recitar los versos.

Mi deseo de ver si la realidad era lo que me figuraba, iba acompañado de una inconsciente vanidad infantil. Quería oir á un hombre recitar la

relación de *El Trovador*, no sin presumir que quizás el actor de verdad no lograse eclipsarme.

Pero mi interesada y raquítica presunción quedó relegada al olvido ante el efecto que produjo en mi ánimo el espectáculo teatral á que asistía por primera vez.

No se ha borrado de mi mente la impresión que me causaron la sala con sus palcos, sus lunetas, sus galerías llenas de gente; la gran araña que pendía del techo; el telón que ocultaba algo que no podía adivinar, pero que debía ser muy interesante, porque todos miraban esperando con ansia ver lo que había detrás de aquel gran lienzo; la orquesta que comenzó á tocar llenando el espacio de sonidos que llegaban al alma.

Después, cuando se levantó el telón, no apartaba mis ojos del escenario, oía con avidez sin comprender lo que oía, y ante aquel cuadro magnífico que no había podido ni siquiera soñar, me olvidé por completo del objeto que en primer término me había incitado á ir al teatro, y sin sin explicarme lo que veía, lo que oía, admiré como mi alma podía admirar entonces, el teatro, ese grandioso cuadro donde el arte reune y combina todos sus elementos, todos sus encantos, todas sus bellezas; y sorprendido, asombrado, supuse con mi infantil inexperiencia que nada había en el mundo superior al actor, ni siquiera los reyes, y que ni los más espléndidos palacios podían compararse al teatro, con los dorados que adornaban los palcos, la gran araña que pendiente del techo inun-

daba de luz la sala, las decoraciones que aparecían en el escenario, los trajes... en fin, aquel conjunto maravilloso.

De tal modo me entusiasmó aquel espectáculo, que durante mucho tiempo fué una verdadera obsesión para mí. Al volver á mi casa referí á mi madre cuanto había visto, y ni despierto ni dormido se apartaban de mi imaginación las escenas, los personajes, aquel grandioso é inesperado conjunto de impresiones á cual más sugestivas. Por la noche soñaba en alta voz pronunciando los nombres de Leonor, de Manrique, de D. Guillén, del pícaro Conde de Luna; repetía los versos que recordaba y pedía á mis padres que me llevasen al teatro, á lo que no accedían, porque según don Miguel Coll, que era nuestro médico, más que excitar mis nervios convenía apaciguarlos, trocando las lecturas que tanto me deleitaban en esponjazos de agua fría en la espina dorsal y en largos y distraídos paseos.

—Cuando sea grande seré cómico—pensaba yo. Y este deseo, que tuve que ocultar, porque mi madre cariñosamente y mi padre con severa actitud procuraron quitármelo de la cabeza en cuanto me atreví á confiárselo, vivió y creció en mi espíritu con gran vigor por ser fruto prohibido, siendo la causa principal de mi falta de aplicación cuando antes de cumplir los diez años empecé á cursar en Almería la segunda enseñanza.

XII

Dominado por mi nueva afición, seguía siendo en el seno de la familia poco aplicado, caprichoso, preguntón, sobre todo preguntón.

Mi abuelo, á quien veía con frecuencia, continuaba mimándome; mi madre aumentaba mi cariño haciá ella con la gratitud que despertaba en mi alma al notar que ocultaba á mi padre, que era á quien yo temía, las picardihuelas que solía hacer cuando él no estaba en casa. A la María, aquella criada de mi abuelo tan afectuosa, había sucedido cerca de mi persona otra, que había sido mi niñera, y que al regresar de Almería volvió á entrar á nuestro servicio *para todo,* como suele decirse, porque en aquellos tiempos eran contadas las familias de la clase media que se permitían el lujo de tener cocinera y doncella.

Se llamaba Luisa, era de Vallecas y permaneció en casa hasta que mi padre resolvió que nos trasladásemos á Almería, prometiéndose aumentar su presupuesto de ingresos y hasta llegar á ser rico con las minas de plomo argentífero, que por aquel tiempo quitaban el sueño á los que se prometían hallar en la famosa Sierra de Almagrera y sobre todo, en el Barranco del Jaroso, una nueva California.

Mi madre temía que mi padecimiento de la vista, completamente curado en Madrid, retoñase en la orilla del mar; pero era posible que siendo yo á aquellas fechas un mozo de ocho años y estando

bastante desarrollado y muy saludable, respetasen las olas mis ojos, siquiera para que me fuese posible admirarlas.

El viaje se resolvió, y mi padre que estaba muy contento con D. Pantaleón porque había logrado con su habilidad, dominar mi innata desaplicación, pensó que debía continuar instruyéndome, y que un profesor como él llegaría á ser el primero en Almería, mientras que en Madrid era uno de tantos. En esta creencia, le propuso que fuese con nosotros á la ciudad andaluza, asegurándole que sus muchos amigos le confiarían la educación de sus hijos.

La indicación suscitó en el ánimo de mi maestro una lucha terrible. En el año 1844 todavía imperaba el romanticismo, y D. Pantaleón era uno de los exaltados románticos de aquel tiempo, en el que ya había sido relegado al olvido lo de *Contigo pan y cebolla,* sustituyendo un símbolo tan poco nutritivo, por otro un tanto ecléctico y de más alimentación.

Los románticos de 1844 amaban como Werther, como Antony, como Larra; pero empezaban á enterarse de que para alcanzar la felicidad, tal como la comprendían, no bastaba el amor: era necesario el vil metal, y las minas de Sierra Almagrera ofrecían á los románticos los medios de decir á sus adoradas deidades: «Contigo palacios, coches, galas y billetes del Banco de San Fernando.

D. Pantaleón tenía una amada con quien deseaba unirse; pero el colegio no producía lo bastante

y él era ante todo y sobre todo hombre de orden, incapaz de contraer deudas y resuelto á sacrificar sus más dulces esperanzas para no exponer á la señora de sus pensamientos á tener que conformarse con la simbólica cebolla mandada arrinconar.

Trasladar su colegio á Almería, foco de la minería andante en aquellos momentos, montar allí un colegio al que llevarían sus hijos los mineros ricos, poder él, á su vez, encontrar un filón que le permitiera realizar sus ensueños amorosos, era tentador.

Felisa, que así se llamaba su adorada: lo recuerdo muy bien, porque D. Pantaleón fué padrino de mi hermana, del mismo nombre, nacida en Almería, y quiso que con él fuera llamada en recuerdo de la que llenaba su pensamiento; Felisa, repito, aceptó el sacrificio de quedarse en Madrid, mientras Pantaleón partía en busca de los medios para alcanzar la deseada felicidad, y con este motivo, á los pocos días de proponerle el viaje, traspasó la escuela, y con mis padres, mi hermana Dolores, que ya tenía cuatro años, la criada montañesa Manuela de la Serna y mi persona, emprendimos la caminata del mismo modo que mi padre y yo la habíamos realizado cuatro años antes, aunque sin la tempestad desde Madrid á Granada y sin la cueva, mi fiebre, la loca y las uvas, desde Granada á Almería.

Juan y medio fué también nuestro galerero, y entre los compañeros de viaje figuraba un señor

Cachapero, que iba á desempeñar un modesto empleo en el gobierno político, á quien acompañaban su esposa y una hermana de ésta. Los cito, porque algunos meses después fueron los protagonistas de un drama pasional, como se dice ahora, que hizo mucho ruido en Almería y que podría figurar en una colección de causas célebres, si es que ya no figura.

Al cabo de algunos años supe que aquellas damas y aquel galán, que durante el viaje me dieron golosinas y me colmaron de caricias, habían desaparecido: la esposa para dormir el sueño eterno y el marido y su hermana política para pasar el resto de su vida, él en un presidio y ella en una galera, como epílogo del crimen que de mutuo acuerdo habían cometido envenenando lentamente á la infeliz que estorbaba á lo que sin duda consideraban su felicidad los culpables, porque nada hay más relativo que la felicidad.

Mi cariñoso abuelo sintió mucho nuestra separación. Presentía que no volveríamos á vernos, como así fué. Acudieron á despedirnos á la administración de la Diligencia las cariñosas Ignacia y Juliana, el ciego Rero, el decidor y alegre Peña y un D. Rafael Pretel, antiguo amigo de mi padre, que tocaba la guitarra como el famoso Aguado; es decir, admirablemente; temperamento musical, lo que me hace creer que la famosa tiple del mismo apellido, que tanto brilla en la escena desde hace algunos años, debe ser nieta ó por lo menos tener parentesco con aquel maravilloso artista.

XIII

Desde las postrimerías del año 1844 hasta el comienzo del 1849 residí en Almería, excepto un mes en 1848, que permanecí en Madrid con mi madre, á donde nos trasladamos con motivo de una grave enfermedad de mi excelente abuelo, á quien no pudimos dar el último adiós, porque falleció tres días antes de nuestra llegada.

En la ciudad andaluza, que tan gratos recuerdos tiene para mí, pasé mi adolescencia, período de la vida en que el espíritu aprovecha todas las impresiones que recibe.

Mi familia se instaló en una casa de la calle de Panaderos, paralela á la calle Real y contigua á la Cárcel, que por entonces estaba en la calle últimamente citada, próxima á la Puerta del Mar.

Desde nuestra azotea podía pasarse á la de la prisión y asistir, como asistí muchas veces, al espectáculo que, hacinados en el amplio patio, ofrecían los presos que allí sufrían el castigo de sus culpas, alegres unos, tristes otros, todos de un aspecto que me atemorizaba; á pesar de lo cual siempre que podía burlar la vigilancia de mis padres franqueaba, no sin algún riesgo, el pretil que separaba las dos azoteas, y colocándome de bruces miraba á aquellos hombres con medrosa curiosidad.

También el mar en su inmensa extensión se descubría desde la azotea de mi casa, y yo que durante mi anterior estancia en Almería no me

había fijado en su sorprendente grandeza, pasaba largos ratos contemplando el unas veces tranquilo y otras agitado y furioso oleaje, las lanchas pescadoras que surcaban la costa, las embarcaciones que aparecían á lo lejos como un punto negro y que poco á poco iban transformando la mancha en correcto y magnífico dibujo, hasta aparecer á la vista con su elegante corte y su vistosa arboladura.

Las dos semanas que tardó D. Pantaleón en instalar el colegio con todos los enseres y elementos de enseñanza que había adquirido en Madrid y que en galera acelerada habían recorrido el trayecto en doce días, los aproveché en meditar á mi manera sobre el efecto que producían en mi espíritu la grandiosidad del mar y la pequeñez de los seres humanos que purgaban en una prisión sus maldades; porque á fuerza de preguntas obtuve algunas explicaciones de mis padres sobre aquellos presos á quienes veía tan tranquilos, charlando unos con otros, jugando á las chapas en algún rincón del patio, paseándose como las fieras que había visto en lo reservado del Retiro de la Villa y Corte, tirados á la larga sobre el duro suelo ó acurrucados en un rincón en actitud melancólica.

Pero quien ahondó más en sus respuestas á mis preguntas, fué la criada montañesa al indicarme los delitos que aquellos desdichados habían podido cometer.

Por sus explicaciones me enteré de que había chicos y grandes que se apoderaban de lo ajeno,

seres desalmados que quitaban la vida á sus semejantes desobedeciendo el quinto mandamiento de la Ley de Dios, que yo me figuraba que por ordenarlo el Catecismo nadie le infringiría; amantes que habían matado á sus amadas, maridos que habían asesinado á sus esposas, y los protagonistas de aquellos actos estaban allí tan tranquilos, se parecían á los otros hombres y á los otros chicos que andaban sueltos por las calles. No tenían el aspecto terrible que durante mi primer viaje imaginaba yo que deberían tener los ladrones que asaltaban á las diligencias y cuyas fechorías habían referido los viajeros.

No se me alcanzaba cómo en un mundo, que tan hermoso y tan interesante me parecía, podía haber tan mala gente; y me explicaba á mi manera la necesidad de los soldados, de los escopeteros, de los alguaciles, de los jueces y hasta de la prisión cuyo espectáculo me aterraba y me atraía.

Pasaba del horror á la admiración, y como sabía, por haberlo aprendido en el Catecismo del Padre Ripalda, que Dios había hecho el mundo y que la campiña que me deleitaba y el mar que me admiraba y me imponía eran obra suya, no acertaba á comprender cómo existían hombres tan malos, que habiendo visto el campo, el mar y el cielo, que habiendo tenido una madre y habiendo rezado y amado á la Virgen como creía que todos debían rezar y amar, hubieran podido cometer tan horrendas maldades.

Entre los presos había mozalbetes, algunos poco

mayores que yo, y aquel espectáculo atormentaba mi cabecita revoltosa y escudriñadora.

XIV

Por fin se inauguró el colegio, y con los hijos de algunos amigos de mi padre y otros que enterados de los propósitos y de las cualidades de don Pantaleón le confiaron la educación de los suyos, asistí por mañana y tarde al nuevo centro de enseñanza, que se estableció en una casa de la plaza de San Francisco, plaza que según creo se llama ahora glorieta, y donde continuó durante muchos años, porque mi excelente maestro logró realizar todas sus esperanzas.

Mientras permanecí sin ir á la escuela, fuí con mis padres á hacer visitas, recorrí en su compañía la población, frecuenté los paseos, las iglesias y especialmente la Catedral; alguna que otra tarde franqueábamos las puertas de la ciudad y contemplábamos la hermosa y feraz vega ó la playa que me atraía, y cuando iba sólo con mi padre ó con la criada subíamos á la alcazaba desde donde la vista del mar era extraordinariamente admirable. Particularmente los crepúsculos vespertinos me encantaban.

En estas correrías conocí á varios tipos que á través de los años no he podido olvidar. Uno de ellos era *Miguelito el de los guiñapos*, un pordiosero que iba cargado de ropas viejas y sucias, amarradas con cuerdas y cuyo rostro surcado

por arrugas y ornado con una cabellera, un bigote y una barba grises, que no tardaron en ser blancos, parecía arrancado de un cuadro del Veronese. Solía andar por los alredores de la Catedral, se le veía en la puerta del templo ó en la plaza de Santo Domingo, cerca del Instituto, donde los estudiantes se burlaban de él, pero le socorrían.

No era menos pintoresca una familia compuesta de marido, mujer y un hijo zagalón llamado Orlando, que desgarbado, harapiento y poco aficionado á tratar con el agua, tenía unos ojos de un azul tan hermoso, que se hacía simpático á pesar del resto de su catadura. Su madre, la Orosia y él, se embriagaban con frecuencia, y cuando esto pasaba y recorrían las calles, los chicos y los perros iban detrás de ellos, insultándolos los primeros, ladrándoles los segundos, promoviendo entre todos verdaderos escándalos.

El padre estaba tullido y su especialidad era amaestrar perros de agua para venderlos; pero á pesar de su estado valetudinario, daba sendas palizas á su cara mitad y á su vástago, quienes sin duda para olvidar las caricias conyugales y paternales y para compensar los ratos tristes con los alegres, se dedicaban á la bebida.

Vivían, ó mejor dicho reñían, porque su vida era una contínua pelea, cerca de mi casa. Si no recuerdo mal, á pesar de su mala conducta, les daba habitación y los socorría en sus necesidades un bondadoso y caritativo señor Casinelo, que tenía una fábrica de pastas para sopa en un callejón

cuyo nombre he olvidado y que desde una plazoleta contigua á la calle de Panaderos abría paso á la calle Real, formando un recodo y un arco.

Han transcurrido tantos años, que no deben extrañar los lectores almerienses de mis tiempos que aún vivan, que incurra en algunos errores al describir el escenario de los sucesos que me impresionaban y que conserva en parte mi memoria.

En otro orden social, podían considerarse también como tipos característicos, un caballero joven llamado D. Félix Baltasar Silvent, pulcro, correcto, fino, de andar acompasado y que para pensar y hablar parecía obedecer á un mecanismo; y un niño que podría contar siete ú ocho años, reviejete, menudo, vivaracho, desvergonzado, sobrino de un comerciante de la calle Real llamado Roura, quien parecía complacerse en que el rapaz escandalizase á sus amigos y á cuantos pasaban por la calle, con la retaila de groseras palabrotas que yo había oído proferir al mayoral y al zagal de la diligencia, y que como un papagayo endilgaba con el mayor descoco á cuantos querían oirle. El desparpajo del chicuelo hacía gracia, los contertulios de su tío le excitaban y algunas veces formaba corro la gente, celebrando la desvergüenza del muchacho.

Le ví y le oí yendo con la criada montañesa, quien refirió á mis padres cuando volvimos á casa la desenvoltura y el gracejo del precoz chicuelo, considerándole como portento de precocidad y de gracia. La reprimenda que la echó mi padre

la hizo llorar, y á mi parecer fué muy justa; porque sin darme exacta cuenta de lo que había visto y oído, por instinto me avergonzé y no podía explicarme por qué reían y celebraban aquella impertinencia y grosería de un niño mal criado.

Apunto estas nimiedades, porque las impresiones que se reciben en la edad en que el libro de la vida de cada cual tiene las páginas en blanco, influyen poderosamente en el modo de ser y en el porvenir de los individuos.

El niño de Roura, como le llamaban, era por entonces una de las celebridades de Almería. Ignoro que habrá sido de él. Acaso moriría de tristeza al ver que de hombre, eran considerados sus gracias y sus fáciles triunfos como resabios despreciables de una pésima educación.

No ya en el caso de inconsciente y precoz depravación que refiero, sino hasta en los que manifiestan talento, aplicación, habilidad, los niños precoces me han inspirado siempre indiferencia y lástima, porque ó los echan á perder con los lisonjeros y prematuros aplausos que les otorgan y son toda su vida unos desdichados, ó sucumben en flor por abusos fisiológicos, malográndose la planta que ofrece al parecer sabrosos frutos.

Todas las reglas tienen excepción, y de la que insinúo lo ha sido el gran violinista Jesús Monasterio, quien contando á lo sumo ocho ó nueve años, dió dos ó tres conciertos en el teatro de Almería, siendo objeto de justísima admiración y entusiastas aplausos.

Su padre, que le acompañaba, fué recomendado al mío por su amigo Pretel, y por esta circunstancia pude hablar algunas veces con el niño portento, no sin admirarle y hasta envidiar su genio artístico.

Después hemos sido en Madrid buenos amigos, hemos recordado sus triunfos infantiles en Almería; y aunque su naturaleza no adquirió gran desarrollo, su genio, amaestrado por el estudio y la experiencia, le permitió llegar á edad avanzada, siendo una gloria del arte. Su nombre ilustre figurará en la historia de la música entre los de los más insignes violinistas y compositores.

XV

Con todas las impresiones que recibía, iban desarrollándose mi imaginación y mi sensibilidad, formando poco á poco el carácter impresionable, que los años no han podido modificar en mí por completo.

Después de recitar en el colegio de Madrid el fragmento del *Trovador* y de asistir á la representación de este drama en el teatro de la Cruz, mi mayor deseo fué ser actor.

En Almería visité con mi padre y algunas personas de las más importantes de la población un barco de guerra francés, que permaneció dos ó tres días anclado á la distancia de la orilla que permitía su calado. Todo en él lo examinamos y hasta lo escudriñamos, porque el capitán,

hombre arrogante, de expresión enérgica y afable á la vez, nos recibió con la mayor amabilidad y dió órdenes para que nos enseñaran los camarotes, el comedor, el gabinete de lectura, la cocina, el armero; en una palabra, todas las dependencias que formaban un edificio y una fortaleza en la fragata de su mando, provista de los adelantos conocidos por aquel tiempo en las construcciones navales.

Cuanto ví me sorprendió y me admiró. Los hombres habían podido fabricar casas movibles, vivir en medio del mar, desafiar sus furores. Ser marino debía constituir la más brillante posición de cuantas en el mundo podían ocuparse. El uniforme del capitán tan lleno de galones dorados, las condecoraciones que lucía en su pecho, el respeto que todos le guardaban, los uniformes de los oficiales y de los guardias-marinos; el aspecto rudo y á la vez humilde de los marineros, todo aquello me impresionó y al volver en la lancha á la playa y después hasta llegar á mi albergue, no hablé nada, fuí meditando á mi manera en lo que había visto, y al preguntarme mi madre si me había gustado el barco, exclamé con la más profunda convicción:

—¡Quiero ser marino!

Algunas semanas después hubo un terrible temporal en la costa. Las azoteas se llenaron de curiosos que, provistos de anteojos de larga vista, observaban la lucha que sostenían con el vendabal y el oleaje algunos buques mercantes que, á

pesar de su magnitud, eran zarandeados por las olas como débiles plumas.

Dos de ellos se fueron á pique, las tripulaciones pudieron salvarse en los botes, algunos náufragos cogieron las cuerdas que los que tripulaban las lanchas les tendían; las olas arrojaban á la playa cajas, barricas, restos del cargamento, y aquel terrible espectáculo que presencié desde la azotea de mi casa con mi padre y mi madre, la conmiseración que ésta sentía hacia los infelices que luchaban entre la vida y la muerte, los temores que mi padre expresaba por los náufragos, las pérdidas que aquella catástrofe representaba, enfriaron en sumo grado mis novísimas aficiones náuticas.

Pero si no militar de mar, podía serlo de tierra: sobre todo general. Los galones dorados, los sombreros de tres picos con plumas, las cruces y veneras, la reluciente espada, me entusiasmaban ejerciendo en mi ánimo la influencia que estas exterioridades producen en casi todos los niños.

Pero para ser general era preciso ser antes soldado, oficial, capitán; y una escena á que asistí en una de mis excursiones con la criada montañesa, puso fin para siempre á mis instintos bélicos.

Era una mañana de Primavera, salí con la criada á la compra y antes de llegar al mercado, una conocida la dijo que iba á ser apaleado un soldado y que la gente que se encaminaba hacia la playa se disponía á presenciar el apaleamiento.

Curiosa la criada y no menos curioso yo, nos dirigimos á donde todos iban presurosos y no tardamos en formar parte de un numeroso grupo que fijaba su atención en el cuadro que aún reproduce mi memoria con todos sus horribles detalles.

Unos treinta ó cuarenta soldados estaban formados cerca de la orilla del mar casi enfrente de la puerta que desde la calle Real daba acceso á la plâya. Dos soldados en traje de cuartel abrían en la arena un hoyo lo suficientemente ancho y hondo para que en él cupiera el medio cuerpo inferior de un hombre. El oficial que mandaba el retén presenciaba impasible la faena. Los demás circunstantes contemplaban con ansiedad aquella labor, que yo supose al pronto que era una diversión ó por lo menos un entretenimiento.

Cuando el hoyo estuvo terminado y uno de los que lo habían cavado se metió dentro para probarlo, dió una orden el oficial y dos cabos, de los que entonces se llamaban de vara, condujeron á un soldado que podría tener á lo sumo veinte años, lívido el rostro y con los ojos bajos, no atreviéndose á mirar en torno suyo.

Los cabos le quitaron el capote y la camisa, dejando al descubierto el busto desde la cintura. Aquel era el reo. Le mandaron colocarse en el hoyo, cara al mar, y rellenaron el espacio libre con arena para que no pudiera moverse. Terminada esta operación, se situaron detrás de él los dos cabos y con unas varas ó vergajos comenzaron uno

después de otro y acompasádamente á apalear la espalda del infeliz soldado.

Una exclamación de horror se escapó de los labios de los circunstantes; pero el mismo horror que experimentaban, hacía que á pesar suyo mirasen con avidez á los ejecutores del suplicio y al reo. La espalda del último no tardó en cubrirse de rayas azuladas, la sangre brotaba en distintos sitios, yo veía aquello y lloraba, decía que eran muy malos los que pegaban á aquel hombre que no podía defenderse y pedía que cesasen de martirizarle. La criada y las demás personas que formaban con nosotros el grupo me mandaban callar. Al fin, todos gritaron á una:

—¡Basta ya! ¡Basta! ¡Piedad! ¡Que le perdonen!

Pero la Ordenanza era inflexible: había sido condenado á recibir cuarenta palos y tenía que sufrirlos.

En aquellos momentos, á pesar de mi poca edad, me sentí rebelde. Imaginaba que no me habría dejado castigar de aquel modo; habría preferido morir luchando; mi indignación, á pesar de ser inconsciente, era grande, profunda, insubordinada.

Cuando estuve á punto de tener que servir al Rey, como se decía en mi tiempo, detalle de mi vida del que hablaré más tarde, lo que me hacía temer ser soldado era la idea de que podían castigarme con la crueldad, el refinamiento, y ¿por qué no decirlo? con la perversidad con que solían

ordenarse y ejecutarse los castigos en aquella lejana época.

¡La disciplina! ¡Qué gran cosa! Con ella se han realizado heroísmos, se han alcanzado glorias inmarcesibles; pero también á su sombra, se han cometido iniquidades... Necesarias, he oído decir, y no lo dudo... Pero si yo hubiera tenido que vivir sometido á la disciplina que suponía el cruento castigo que he relatado y que presencié cuando contaba ocho años, habría sucumbido en lucha, porque me habría resistido á una corrección tan inhumana y que, sin embargo, parecía y era realmente el cumplimiento de un deber—quizás doloroso, quizás no—para los cabos de vara encargados de realizarla.

Por fortuna han variado los procedimientos, y los castigos que hoy se infligen son más humanos. Pero horroriza y subleva pensar las iniquidades y los crímenes que se han cometido por jurisdicciones reconocidas y hasta santificadas, unas en nombre de un Dios todo amor, todo bondad, todo misericordia, y otras en nombre de una Disciplina, militar ó política, inspirada en la fuerza, en el egoísmo, en el atavismo de la barbarie y, sobre todo, en la más cobarde de las crueldades, cuando debieran haber tenido por fundamento la justicia, la equidad y el cristiano precepto de amar al prójimo.

No perdonaron ni uno sólo de los cuarenta palos al desdichado culpable, cuyo delito ignoré; pero debió ser formidable como el castigo. Cuando la

sangre corría por la espalda del reo á través de los azules verdugones, le sacaron exánime del agujero, le colocaron sobre un borriquillo que apaciblemente esperaba el momento de ser útil á la humanidad y á su dueño, cubrieron las heridas con la camisa y el capote y, sin duda, los dos cabos que le acompañaban, le llevarían al hospital para que le curasen las heridas.

El piquete mandado por el oficial se puso en marcha, los del grupo desfilamos, y al llegar á mi casa, no sin haber ido antes al mercado y oir comentar el suceso, prorrumpí en denuestos contra los que habían apaleado al pobre joven.

La tardanza y mis exclamaciones, enteraron á mis padres de la escena que la curiosidad de la criada me había hecho presenciar, y sufrió una nueva y fuerte reprimenda.

La influencia de aquel suceso me sirvió de estímulo para odiar todas las tiranías, y admirando y reconociendo las virtudes militares, no sólo acabó con mi entusiasmo inconsciente por la milicia, sino que me incitó durante mi vida á evitar las situaciones en que fuese preciso observar una obediencia ciega. Obedecer lo justo con los ojos muy abiertos, santo y bueno; pero sufrir las consecuencias de la mala digestión de un jefe ó de cualesquiera de los muchos desahogos á que se entregan los fuertes con los débiles, eso no.

He preferido la humilde independencia, á la esclavitud más ó menos disfrazada, cómoda y por lo general lucrativa para los que á ella se someten.

XVI

Otra impresión en el orden, no sé si llamarle religioso ó profano, proporcionó á mi ya casi adolescente imaginación motivo para discernir, aunque con la natural inexperiencia, sobre uno de los problemas que según he visto después, tienen gran transcendencia en la vida de los individuos y de los pueblos.

Falleció un sacardote á quien llamaban el padre Pagan, objeto de gran veneración general y particularmente de las que yo oía llamar beatas, de quienss decían que se comían á los santos y á las que me figuraba dechados de piedad y de virtud.

La muerte de aquel sacerdote ejemplar fué muy sentida; si no recuerdo mal, era párroco de la iglesia de Santo Domingo, ó por lo menos en aquel templo decía misa y confesaba.

Una tarde al salir del Instituto, ya anochecido, después de dos horas de encierro por no haber sabido la lección de Historia, observé que numerosas mujeres bien vestidas ó mal perjeñadas, pero todas con trajes, tocas, ó por lo menos pañuelos negros en la cabeza, conversando con gran animación, se dirigían al templo contiguo al Instituto, al mismo tiempo que las campanas llenaban el espacio con el tañido tétrico que hace pensar á los vivos en los muertos.

Penetré confundido con las que llamaré beatas, y ví en el centro de la iglesia un catafalco rodeado

de blandones, sobre el cual en un negro ataúd aparecía el cadáver del Padre Pagán.

Sólo las luces de los blandones iluminaban el reducido espacio donde yacía el virtuoso sacerdote. El resto de la iglesia, completamente á oscuras, infundía pavor.

El fúnebre silencio sólo era ligeramente interrumpido por las exclamaciones á media voz que servían á las mujeres allí congregadas para recordar y exaltar los méritos espirituales del difunto. Casi todas lloraban y sus sollozos se mezclaban con las palabras sueltas de sus oraciones.

Aquella escena sobrecogió mi ánimo. Algunas veces había oído hacer grandes elogios del sacerdote que allí estaba exánime, y la emoción de las devotas me contagiaba. ¡Qué hermoso galardón de las virtudes, el que aquellas mujeres tributaban al santo varón!

De pronto se levantaron las que estaban de rodillas, sacaron de sus respectivos bolsillos ó faltriqueras algo que relució á mi vista y que después ví que eran tijeras, se acercaron al féretro, le rodearon y empezaron á cortar pedacitos de la negra sotana que á manera de sudario cubría el cuerpo del venerado Padre.

Todo fué obra de un momento, y besando cada cual el fragmento que había podido adquirir, salieron del templo llorando de nuevo, enjugando sus lágrimas y exaltando las virtudes del muerto.

En compañía de las piadosas mujeres abandoné la iglesia, sin saber qué pensar de lo que había

visto. ¿No había sido aquello una profanación? ¿Sería costumbre practicar análoga operación con el ropaje de los muertos que habían dado en vida ejemplos de virtud?

Nadie se había opuesto á aquel que me pareció despojo. El sacristán había presenciado la escena y hasta había ayudado, designando trozos de la sotana, para que el cadáver quedara lo suficientemente cubierto.

Aquella noche no me atreví á interrogar á mis padres, porque al ver que no volvía á casa como de costumbre á la hora en que salíamos de clase, enviaron á la criada y supieron por ella que me habían castigado. No era cosa de que á continuación de ser reprendido por mi falta de aplicación, refiriese la escena de que había sido testigo, y en vez de mostrarme resuelto á estudiar las lecciones de Historia, tratase de satisfacer mi curiosidad.

Al día siguiente refiirió la criada á mis padres lo que había oído contar en el mercado, y durante la semana en todas partes se hicieron comentarios sobre el fervor religioso de las mujeres que se habían repartido gran parte de la sotana del Padre Pagán, prometiéndose conservar aquellos pedacitos de fino paño como reliquias del virtuoso varón, que, según aseguraban, había muerto en olor de santidad.

No todas las personas á quienes oí hablar del suceso elogiaban la conducta de las que habían ejecutado el piadoso despojo. Era general la opi-

nión de que el Padre Pagán había sido un excelente sacerdote, de que había cumplido los deberes de su ministerio, de que había sido caritativo y todo lo virtuoso que puede ser el hombre favorecido por la Gracia divina. Pero no faltaba quien insinuase algunas debilidades del finado, quien afirmase que la cosa no era para tanto, y sobre todo quien proclamase que aquello había sido un acto, más de paganismo—sin retruécano—que de cristianismo. Las beatas salían mal paradas de la mayoría de los juicios que se formulaban sobre su conducta, y yo que oía á unos y á otros, estaba sumido en las mayores confusiones.

Para salir de dudas acudí á mi oráculo en cuanto con la Religión se relacionaba, que era mi amadísima madre.

Después de referirle lo que había visto en el templo, la pregunté de pronto:

—¿Habrías tú cortado un pedacito de la sotana?

—No, hijo mío—me contestó.—¡Mala memoria deben tener las que necesitan un pedacito de paño para recordar las virtudes de un sacerdote que ha sido tan bueno como dicen!

Aquellas sencillas palabras formaron mi juicio, embrionario entonces; pero que después la experiencia ha fortificado en mi ánimo, al contemplar esa amalgama entre lo espiritual y lo material que aparece en todas las religiones, mermando gran parte de su pureza y empequeñeciendo su grandiosidad.

No me faltarán en el transcurso de mi relato

ocasiones de demostrar cuánto han influído en mi modo de pensar y de ser, como influyen en todos los seres humanos, las impresiones que en mi niñez y mi adolescencia fueron educando mi inteligencia, despertando mis sentimientos y formando mi carácter.

XVII

A fines de Agosto del año 1845 dió por terminada D. Pantaleón mi instrucción primaria, y como mi padre deseaba que siguiese una carrera para no verme en la necesidad de ser empleado á su imagen y semejanza, me matriculó en el Instituto para que estudiara el primer curso de lo que entonces se llamaba Filosofía.

Me faltaban dos meses para cumplir nueve años, y hay que reconocer que tanto entonces como ahora, que hasta los diez no son admitidos los alumnos á cursar la segunda enseñanza, es un error y una crueldad los que se cometen obligando á inteligencias todavía embrionarias y á naturalezas que se están formando y necesitan amplitud y libertad para su desarrollo, á estudiar nociones de diversa índole, que sólo sirven á la mayoría de los adolescentes para ejercitar su memoria á expensas de sus músculos, convirtiéndolos en papagayos, que hablan sin enterarse de lo que dicen, ó para perturbar su entendimiento y fatigarle estérilmente.

Hay además otro peligro para el novel estudian-

te que desde el círculo reducido y casi familiar de la Escuela primaria penetra en los claustros de un Instituto. Allí se ve de pronto en medio de una sociedad compuesta de numerosos adolescentes como él y de otros mozos más avanzados en la senda de la vida, que se complacen en iniciar á los menores en muchas liviandades y miserias, que se aprenden con más facilidad y fruición que el latín, la moral y la historia.

Tanto en la escuela como en el Instituto, y no digamos en la Universidad, reciben gradualmente el párvulo, el adolescente y el adulto dos enseñanzas que corren paralelas. Cada cual lleva al acerbo común las particularidades de su carácter, de la educación que le dan, de las observaciones que hace, de las costumbres que ve practicar y practica, de las malicias que brotan en su espíritu como la mala hierba en los campos, y el ejemplo cunde con el trato, se desarrollan ciertos instintos como efecto de misteriosas conversaciones, y en los tres mundos relativamente pequeños que son los primeros que conocen los que han de ser en su día hombres de carrera, del mismo modo que los obreros en sus dos etapas de chicos de la calle y aprendices, se reciben impresiones y se adquiere la picardía que más tarde se llama en unos experiencia y en otros gramática parda, enseñanzas que forman el carácter é influyen en la vida física y moral de los individuos.

La en mis tiempos calificada de Filosofía, no era la que podían enseñarnos los profesores en las

aulas, sino la que nosotros aprendíamos ó nos enseñábamos los unos á los otros y cultivábamos al pasear por los claustros del Instituto, entre clase y clase ó antes de que el bedel Oña, de aspecto tremebundo y patibulario, aunque en el fondo era el hombre más bonachón del mundo, tocase la campana que nos llamaba al aula.

En la escuela se amaestra el niño en las travesuras, en el Instituto se malea, en la Universidad se pervierte. Claro es que hay excepciones, índoles privilegiadas, energías naturales que resisten al contagio. Claro es también que tarde ó temprano se van haciendo descubrimientos en la conciencia humana, se va aprendiendo á vivir, ó mejor dicho á malograr los elementos primordiales de vida, sembrando las nuevas semillas que más tarde producen las perturbaciones intelectuales, los vicios y las decrepitudes prematuras, en los que no logran resolver favorablemente la crisis.

Nadie se libra de esta experiencia, y hasta puede afirmarse que es necesaria á la salud del alma como los sueros y las vacunaciones que con tanto éxito emplea la medicina moderna. Pero cada cosa en su tiempo: el adolescente que penetra en el antro donde se esconden las debilidades y las pasiones del hombre, corre un peligro que no ya por caridad y amor, sino por egoísmo, deberían evitar los padres y los gobiernos.

XVIII

Como he indicado antes, sin haber cumplido los nueve años, me hallé de pronto en una esfera desconocida, entre mozalbetes como yo y mayores que yo, unos simpáticos para mí, otros no, hombreándonos todos, envidiando los que todavía iban acompañados por los criados ó los que campaban por sus respetos, juzgando ú oyendo juzgar, no sin risible petulancia, á los profesores, dando ó sufriendo bromas más ó menos pesadas; y como acaece á todos los que se encuentran en caso semejante, aquel contraste entre la vida familiar y la vida social, me transportó á un mundo nuevo para mí, se ensancharon los horizontes de mi limitada existencia, surgieron en mi mente nuevas ideas y me ví sumido en un caos en el que se confundían los áridos conceptos de la enseñanza de los profesores con los más agradables y aperitivos que resultaban de las conversaciones con los condiscípulos.

Era director del Instituto D. Francisco Salmerón y Alonso, y fué nuestro compañero de curso su hermano menor Nicolás, próximamente de mi edad, á quien todos sus condiscípulos profesamos desde el primer momento, respeto porque era hermano del director, admiración por que no tardó en demostrar su superior inteligencia y cariño, por que á pesar de su privilegiada condición, de

sus cualidades y méritos personales se mostró sencillo, afable y excelente compañero.

Ha cumplido con creces lo que entonces prometía. Por su talento, su ilustración, su rectitud, su elocuencia y su austeridad, ha sido uno de los hombres más insignes de la España contemporánea. Como además de condiscípulos entonces, hemos sido después buenos amigos, no me faltarán ocasiones de honrarle como merece en el transcurso de mi relato.

Entre los demás compañeros de aquel tiempo, recuerdo á los Orozco y á los Eraso, hijos de opulentos mineros que á los simples burgueses nos miraban con olímpica indiferencia, sin que esto nos apesadumbrase; á los Iribarne, á los Yanguas cuya bien acomodada familia residía en Lanjarón; á García-López, que más tarde residió en Madrid brillando en el Foro; á Carrascosa, que siguió la carrera eclesiástica y llegó á ser Obispo; á Guillermo Morphi, después conde de Morphi, preceptor primero de D. Alfonso XII y luego secretario del Monarca, entusiasta cultivador del arte musical, de quien más adelante hablaré detalladamente porque en Madrid renovamos las relaciones inauguradas en Almería. También eran condíscipulos míos Joaquín Ramón García, que ha desempeñado altos cargos en la Diputación almeriense, José Gutiérrez, hijo de D. Ramón el profesor de Historia del Instituto, que ha figurado en política, á quien traté en la Corte y por quien conocí á las dos hermanas de Julián

Romea, casadas una con D. Cándido Nocedal y otra con D. Luis González Bravo, las dos separadas de sus maridos y de las que conservo una buena impresión, porque eran señoras de agradable trato, dignas hermanas por su inteligencia del célebre actor, y por último, González Garbín, que siguió con brillantez la carrera del Profesorado y es en la actualidad catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central. Fueron asimismo condiscípulos y después buenos amigos míos, Elías García Quincoces, hijo de un cirujano, alma noble, muy aplicado, muy cariñoso, que residió en Madrid muchos años y prestó importantes servicios en la Administración de los ferrocarriles del Mediodía siendo uno de los jefes del ferrocarril del Tajo hasta su fallecimiento, y José González, el Benjamín del famoso galerero *Juan y Medio,* á quien su excelente y acaudalado padre quiso dar carrera, sin lograrlo, porque su vástago se había aficionado á la azarosa vida de los viajes y al empezar las vacaciones, después del primer curso, deseoso de ver mundo se trasladó á Madrid con la galera de su padre y declaró que sus aspiraciones eran ser mayoral de Diligencias. Lo fué durante algunos años en el trayecto de la Corte á Irún y después desempeñó cargos de confianza en el ferrocarril del Norte. Progresista primero, radical más tarde y por último republicano, prestó arriesgados y confidenciales servicios á los políticos que preparaban la Revolución que al fin triunfó en Septiembre de 1868, y

particularmente á Sagasta y á Prim. Por todo premio logró que le nombrasen gobernadorcillo en un poblado de Filipinas, donde siempre leal á sus amigos, murió poco menos que olvidado de aquellos por quienes tantas veces había expuesto su vida.

Era más conocido que por su nombre y apellido por el apodo de *Mangón*. De clara y viva inteligencia, de una lealtad á toda prueba, de un carácter enérgico, todo lo arriesgaba por sus amigos, siempre se le hallaba dispuesto al sacrificio.

Mientras estuvo en Madrid al servicio de la Compañía del ferrocarril del Norte, le veía con frecuencia, mostrándose siempre igual en el afecto, siempre deseoso de servir con alma y vida á sus compañeros de la infancia, á sus amigos y á los personajes que le utilizaron y después del triunfo, como suele suceder, se limitaron á otorgarle un modesto empleo, á gran distancia, porque le conocían y temían que no se conformase con lo que realizaban en beneficio propio los que tantas promesas de libertad y de progreso habían hecho á cuantos les ayudaban en su empresa, perseguidos por la policía y condenados á muerte en rebeldía, entre los que se halló el bueno, generoso y valiente José González.

Como sucede en todas las agrupaciones, hay siempre uno ó dos compañeros predilectos con los que se establece una verdadera intimidad, que cuando se prolonga constituye la más desinteresada y agradable de las amistades. Mis predilectos

fueron desde que ingresé en el Instituto Ricardo López Vázquez y Juan Macbean, hijo del cónsul inglés en Almería.

Juntos paseábamos por los claustros, nos sentábamos durante las clases en el mismo banco y nos veíamos además en nuestros respectivos domicilios. Nos comunicábamos impresiones, ideas, sentimientos; escudriñábamos el porvenir y nos sonreía la idea de vivir en Granada en el mismo hospedaje, cuando al terminar los cinco años de Filosofía nos trasládesemos á la ciudad de la Alhambra á estudiar la Jurisprudencia.

Cada uno de mis dos íntimos amigos tenía un carácter completamente opuesto el del uno al del otro. Ricardo López Vázquez era enérgico, fogoso, apasionado, valiente y arrojado; Juan Macbean tranquilo, dulce, afectuoso, y si no pusilánime, muy comedido y apocado. Los dos estaban dotados de superior inteligencia, de gran corazón, y como yo participaba de algunas de las condiciones peculiares del uno y del otro, nos entendíamos perfectamente, sobre todo, dada mi impresionabilidad.

Ricardo López Vázquez fué al llegar á la madurez un hombre de carácter; pero templó su fogosidad con el juicio, su apasionamiento con la reflexión, su valentía con la prudencia y fué un perfecto hombre de gobierno al desempeñar el difícil cargo de Secretario de la Presidencia del Poder ejecutivo, en un período de los más difíciles que atravesó la revolución vencedora en Septiembre

de 1868. Nuestra amistad duró hasta su muerte, acaecida cuando aún no contaba cuarenta años.

Los proyectos que acariciábamos para el porvenir Macbean y yo, no pudieron realizarse. Nos separamos cuando regresé á Madrid con mi familia y él fué á Granada á estudiar Jurisprudencia.

En 1855 pasaba las vacaciones en Almería cuando invadió la capital el Cólera, y según me informé con profundo sentimiento, en pocos días sucumbieron sus padres, su hermana, él; toda la familia.

Fué otro de mis mejores amigos, desde que empecé á cursar el tercer año, Javier Márquez y Burgos, hijo del entonces Jefe político de la provincia y nieto del ilustre literato D. Javier de Burgos, célebre traductor de las *Odas*, de Horacio y el primer ministro de Fomento que hubo en España.

Javier Márquez, por su carácter franco y jovial, su viva imaginación, y también por ser hijo del Jefe político, ejercía sobre sus condiscípulos gran ascendiente. Además, llevaba con frecuencia al Instituto dulces y otras golosinas, que repartía generosamente entre sus camaradas y gozaba de cierta popularidad que aceptaba con gratitud, sin darse tono, á pesar de la posición que ocupaba su padre.

En aquel tiempo, sobre poco más ó menos habíamos cumplido ó estábamos á punto de cumplir once años los que cursábamos el tercero de la pretenciosamente llamada Filosofía.

Javier Márquez me dijo un día con cierto misterio al salir de la clase de Retórica y Poética:

—He hecho unos versos.

—Pues dímelos—insinué yo—y después te diré otros que ayer estuve componiendo en la clase de Matemáticas.

Desde el Instituto nos dirigimos al Paseo de Campos en donde no había un alma, y Javier recitó su composición, naturalmente dedicada á Flora, que me pareció preciosísima. A continuación recité yo unos versos, todavía no escritos, que eran un epígrama contra D. Felix García, nuestro profesor de Matemáticas, y que mi condiscípulo encontró admirable. Era de esperar, dado el afecto que nos unía.

—Se me ocurre una idea—añadió Márquez.—¿Quieres que entre los dos redactemos un periódico en verso?

—Me parece muy bien.

—Un escribiente de mi padre, el que mejor letra tenga, copiará en papel del Gobierno las poesías que se nos ocurran, los compañeros se suscribirán seguramente y partiremos las ganancias. Un número semanal y un real al mes la suscripción. ¿Estás conforme?

—Manos á la obra.

Discutimos el título, nos pusimos de acuerdo y ocho días después poseíamos doce copias del primer número del *Jardín Literario*; pero á pesar de la propaganda que hicimos entre los compañeros, no logramos más que tres suscriptores.

La publicación no pasó adelante.

Márquez y yo nos encariñamos con la Retórica y la Poética, y aunque sin esperanza de conseguir lectores, continuamos de vez en cuando llamando en nuestro auxilio á la musa de la poesía.

Ni el latín, ni la Historia, ni la Lógica, y menos aún las Matemáticas me interesaban; ni siquiera excitaban mi curiosidad. Aprendía las lecciones de memoria sin comprender lo que estudiaba, por que todo aquello pugnaba con mis gustos y mis aficiones. Salía del paso y nada más. Bastante lo he sentido en el transcurso de mi vida.

Una feliz coincidencia, contribuyó á abrir nuevos horizontes á mi imaginación.

Llegó á Almería para desempeñar el cargo de Intendente de Hacienda un Sr. Parraverde, casado con una gaditana de singular belleza, de privilegiada inteligencia y de una gran cultura. Era de la edad de mi madre, cuarenta años á lo sumo. Mi padre había conocido en sus mocedades á su esposo, las dos familias se visitaron y llegó á establecerse entre las dos una agradable intimidad.

El Sr. Parraverde era afable, correcto; á través de sus gafas de oro brillaban sus ojos inteligentes y bondadosos. Contaba diez ó doce años más que su consorte. Ella reunía las dos cualidades que constituyen la característica de las gaditanas: la viveza, el ingenio, la gracia de las andaluzas en general y una distinción, una corrección amable algo británica. En el fondo y en la forma realizan un tipo compuesto de lo más bello del Norte y lo

más bello del Mediodía: un poeta diría que son una balada en una oriental.

Aquella señora á quien tanto afecto profesaba mi madre, sin explicarme la causa me fué en extremo simpática y verla y oirla hablar me encantaba.

Entre las condiciones de mi carácter hay dos que han influído principalmente en mi modo de ser.

Las personas á quienes conozco me son simpáticas ó no. En el primer caso no puedo prescindir de ser franco, expansivo, hasta locuaz; mi conversación es animada, ingenua; me presento cual soy y no bastan á contener esta actitud espontánea y sincera, que me ha proporcionado bastantes desengaños y disgustos, ni la reflexión, ni el cálculo, ni siquiera la voluntad, que me ha prestado tantos servicios durante mi vida.

En el caso contrario, enmudezco, estoy en vilo, me cuesta trabajo someterme á las prácticas sociales, guardar las consideraciones que impone la buena educación, y aunque por el bien parecer procuro dominarme, se conoce á la legua que no estoy en mi centro ni á mi gusto.

No he querido ni quiero mal á nadie, siempre he reconocido las cualidades y méritos de las personas que no me han inspirado interés ni simpatía, del mismo modo que los defectos de las que me han sido simpáticas. Lo que no he conseguido es saber fingir, y no me pesa, porque si hubiera poseído esta habilidad me habría avergonzado de mí mismo.

He sido y sigo siendo en la vejez impresionable: á esto obedece que haya pasado de un extremo á otro sin detenerme, como es debido y conveniente, en el justo medio, no siendo extraño que mientras unos me han calificado de insensible, de hurón y de falta de trato, otros hayan juzgado franco y expansivo mi carácter, sincera mi amistad y agradable mi compañía.

En mi niñez se dibujaban ya las dos tendencias. Desde los primeros momentos profesé gran afecto á la señora de Parraverde, me agradaba oirla, le contaba mis impresiones, no le ocultaba mi afición á la poesía y ella, á su vez, parecía complacerse en cultivar en mi espíritu los más delicados sentimientos.

Antes de conocerla sólo había leído por indicación de mi padre el *Eusebio* de Montengón, obra que, como supe después, había sido escrita y publicada para contrarrestar los efectos producidos en la educación por el *Emilio* de Rousseau. Aunque mi padre aplicó á la mía algunos detalles de la obra de este último, prefirió que me impresionasen mejor que los del *Emilio* los ejemplos del *Eusebio*.

Por aquel tiempo discutían todavía acaloradamente los padres sobre las excelencias de las teorías pedagógicas de Rousseau y las de Montengón. No estaba yo en el caso de juzgar á ninguno de los dos autores, y aunque apenas me acuerdo de los pormenores del libro predilecto de mi padre, lo que no he olvidado es que me interesó muy poco su lectura.

Para que me ofreciese más satisfacción, me permitió leer otra obra traducida del inglés titulada *Viaje de Enrique Wangthon al país de las monas.* Volví á hojearla más adelante y ví que era una sátira un tanto candorosa contra los usos, costumbres, ceremonias, debilidades y vicios de los gobernantes y cortesanos. Pero cuando la leí por primera vez, pasaba hojas y hojas, sin que me interesara la lectura y sólo me entretenían los numerosos grabados en cobre que ilustraban el libro.

Ni las dos obras citadas, ni otra en dos tomos titulada *La Floresta Española*, colección de cuentos insustanciales para mí, que en clase de cuentos sólo aceptaba de buen grado los fantásticos y terroríficos como reminiscencia de mi niñez, lograron aficionarme á la lectura.

Defraudaba con esta indiferencia el propósito de mi buen padre, que había querido estimular mi educación con la del *Eusebio*, distraer mi ánimo é iniciarme en las prácticas sociales con el *Viaje al país de las monas*, y calmar mi viveza con los cuentos sencillos, apacibles y anodinos que habían deleitado á los jovenes de la segunda mitad del siglo XVIII.

Ni estudiaba con aplicación, ni leía con interés. Esto disgustaba á mis padres y delante de la señora de Parraverde, que tanto parecía estimarme, se quejaban de mi volubilidad.

La buena señora salía á mi defensa. También ella había leído los libros que había puesto mi pa-

dre en mis manos, y se explicaba que no me interesasen gran cosa.

Pensaba que mi imaginación requería manjares más suculentos, y una tarde que fuí con mi madre á visitarla, me regaló un ejemplar de la novela de Dumas *El Conde de Montecristo*. Indicó que no tenía nada de inmoral, que podían permitirme leerla sin temor alguno; aseguró que con aquel libro no me pasaría lo que con los anteriores, y hasta insinuó que si mi madre le leía, aconsejaría á mi padre que le leyese también y ni uno ni otro dejarían de seguir con el más vivo interés las peripecias de aquella asombrosa fábula.

XIX

Estábamos en el verano de 1847, en plenas vacaciones, y mi querido padre, acordándose de que Rousseau había hecho aprender un oficio á su *Emilio*, y acaso también de que el infeliz monarca Luis XVI se había amaestrado en el de cerrajero, quiso que imitase aquellos buenos ejemplos y me llevó á un taller de carpintería.

Por mañana y tarde iba yo al obrador, donde no me trataban tan salvajemente como he visto muchas veces á maestros y oficiales tratar á los aprendices de diversos oficios. Nunca he sido mañoso, y como es de presumir, no hice grandes adelantos. Aprendí á cepillar madera, á aserrarla, á hacer escopleaduras, no sin detrimento de mis

manos; pero mi padre estaba satisfecho, por que pensaba que si por mi escasa aplicación ó por su falta de recursos tenía yo que renunciar á ser hombre de carrera, por lo menos sabría un oficio y con él atendería á mi subsistencia.

El Conde de Montecristo dió al traste con mi puntualidad para acudir á la carpintería y con los laudables propósitos de mi padre.

La edición que me regaló la señora de Parraverde constaba de cuatro tomos y era una traducción, no sé si publicada por Boix ó por Mellado, los editores que de más boga gozaban en aquel tiempo.

El día en que recibí tan grato obsequio había salido mi padre por la mañana con dirección á Sierra Almagrera, donde pensaba que los asuntos que tenía que evacuar le ocuparían lo menos una semana.

Apenas llegué á mi casa leí algunos capítulos del tomo primero, y de tal modo me interesó la lectura, que fué preciso todo el amor que profesaba á mi madre para que, atendiendo á sus indicaciones, abandonase el libro, cenase y me acostase á la hora de costumbre.

Trabajo me costó coger el sueño. Se me aparecían el *Faraón* llegando al puerto de Marsella, el joven y simpático capitán del buque Edmundo Dantés, el armador Morrell, tan bonachón; el pérfido Danglars; el pobre padre del marino; su prometida la hermosa Mercedes; el primo de la joven, perdidamente enamorado de ella y resuelto á evi-

tar su casamiento con Edmundo. Aquellos personajes, tan hábilmente presentados en escena por el gran maestro de la novela imaginativa, tomaban cuerpo á mis ojos; el marino ganó mi voluntad desde su aparición á bordo del buque; el taimado Danglars me indignó, me figuraba el mar, el muelle, el buque, la situación precaria del viejo Dantés y las esperanzas que le hizo concebir el brillante porvenir que se ofrecía á su hijo. Todo aquello era un mundo nuevo para mí; comparado con el de Marsella, que imaginaba, me parecía pequeño el puerto de Almería; el *Faraón* era á mis ojos más grandioso que la fragata de guerra que había visitado dos años antes, y anhelaba con febril ansiedad saber qué sucedía á aquellos amantes, cuya felicidad deseaba sin comprenderla, cómo se defendía Edmundo de los enemigos de su ventura y cómo realizaban sus infames proyectos Danglars y el primo de Mercedes.

Al fin pude dormirme; pero me desperté temprano y conseguí que mi madre me permitiese faltar al taller para poder saborear aquellos preciosos libros que me había regalado la señora de Parraverde. Alegué que tan excelente amiga desearía saber la impresión que habían producido en mi ánimo los episodios de la interesante novela y que debía leerla lo más pronto posible para corresponder á su bondad y demostrarla que mi poco interés por las lecturas, tan censurado por mis padres, se había trocado por obra y gracia suya, en una extraordinaria y apasionada afición.

Mi madre accedió á mi súplica, me encerré en mi cuarto y con avidez insaciable, continué devorando aquellas páginas, en las que el interés crecía á cada instante.

Tres días tardé en leer los cuatro tomos. Sólo me separaba de los libros para asistir, después de varios recados, á las comidas en familia; y por la noche, en cuanto me acostaba, se llevaba la criada la luz por orden de mi madre, temerosa de que sacrificase el necesario sueño á mi impaciente curiosidad.

Apenas amanecía me levantaba, cogía el libro, me engolfaba de nuevo en la lectura y dejaban en mi ánimo tal impresión los personajes y las escenas, que no podía alejarlos ni un sólo instante de mi mente.

Los que hayan leído el *Conde de Montecristo,* comprenderán el interés que esta novela despertó en mí. Desde las primeras páginas se apodera de la imaginación á la que asocia el sentimiento, y es tal la habilidad del novelista, tan grande y tan intensa la fascinación que ejerce, que lo inverosímil parece verdadero y lo maravilloso natural.

Dos ó tres veces he leído en la edad madura la obra maestra de Dumas, y al descubrir lo que hay en ella de artificioso, de convencional, de fantástico, no he podido menos de admirar el arte con que la acción se desarrolla y la lógica de las situaciones, dados los caracteres, en las que la magia del pintor ofusca hasta el punto de que parezca normal lo extraordinario. Mientras se lee, se

vive bajo la influencia de un encanto que subyuya é impide toda reflexión.

La novela de Dumas fué para mí la revelación de un mundo muy superior al que me ofreció el Instituto, nuevo, grandioso, inesperado, en el que las pasiones que se agitaban me sorprendían, me fascinaban, ponían en movimiento fibras del alma hasta entonces dormidas ó ignoradas. Adquirí la noción de la riqueza como medio eficaz de dispensar el bien y castigar el mal, deséé ser un nuevo Dantés, aun á costa de las persecuciones y martirios de que fué víctima, y al terminar la lectura, me parecieron los tres días empleados en ella muchos años, toda una vida larga y accidentada.

Como consecuencia del exceso que hice, de la tensión en que había estado, de la confusión que quedó en mi espíritu, del trabajo mental y sentimental á que viví entregado; después de dos días de fiebre que me obligaron á guardar cama, se renovó en mis ojos la enfermedad que me atacó durante mi primera estancia en Almería, y cuando regresó mi padre de su viaje me encontró en un estado lastimoso.

Mi buena madre, que conocía su genio violento, se guardó muy bien de decirle la causa que, en su concepto, había motivado mi nueva dolencia. El médico, D. Juan Lavilla, que era un antiguo amigo de mi padre, dispuso que permaneciese en un cuarto complementamente á oscuras, me sometió en las comidas á un régi-

men y recetó medicinas para purificar mi sangre del humor, que á su entender, era la causa del mal.

Durante la enfermedad, mi buena madre sólo me abandonaba para atender á los quehaceres domésticos. Varias veces intenté referirla el argumento de la novela que tanto me había impresionado; pero como observaba mi agitación, pretextando que se proponía leerla y que con mi relato disminuiría el interés que seguramente la inspiraría, procuraba calmarme y distraer mi atención del objeto que la ocupaba.

Con mi padre tampoco podía hablar, porque estaba muy preocupado con las minas, quizás soñando en ser un Montecristo, sin conocer más que de nombre á este personaje; y mi hermana, que también me acompañaba á ratos, tenía cinco años y no le interesaban más que sus muñecas.

Obligado á contener la necesidad de expansión que sentía, los momentos más gratos para mí eran los que pasaba á solas en la contínua noche que necesitaban mis ojos.

En aquellos largos ratos, vivía con los personajes de la novela, ideaba situaciones análogas á las que tanto me habían entusiasmado, analizaba á mi manera los caracteres y los actos de los que consideraba seres reales, y en aquel mes de silencio y de oscuridad germinó en mi espíritu la semilla que, andando el tiempo, había de estimularme á escribir novelas.

XX

A mediados de Agosto, por orden del facultativo, me enviaron mis padres en compañía de la criada montañesa á los baños de Guardia-vieja, próximos al cabo y al castillo del mismo nombre, situados entre el puerto y el castillo.

Según pude enterarme algunos años después, pertenecían á la villa de Dalias, partido judicial de Berja.

Al ver los baños, ó mejor dicho el baño, á la criada y á mí se nos cayó el alma á los pies. Era un pozo de unas diez ú once varas de profundidad, al que se bajaba por una incómoda escalera abierta en la piedra viva.

En aquel baño ó pozo sólo cabían ocho ó diez personas, y siendo de regular estatura, les llegaba el agua á la cintura.

El agua exhalaba un olor repugnante, como de huevos podridos, lo que me disgustó. Pero el médico de los baños y los bañistas, me aseguraron que al tercer baño no haría caso de aquel aroma nauseabundo y que además, por ser las aguas sulfuro-salinas, me sentarían á maravilla.

Ansioso de curarme, me zambullí en el agua con auxilio de uno de los dos bañeros que había al servicio de los bañistas.

Los médicos de los balnearios suelen obtener pingües beneficios durante la temporada; pero el de Guardia vieja no tenía sueldo alguno, limitán-

dose su ganancia á los diez reales que costaba el permiso que otorgaba á los que necesitaban bañarse.

Desde el tercer baño empezó á experimentar mejoría mi mal, y al terminar la novena tradicional y rutinaria, podía soportar la luz y mi estado general era satisfactorio.

Aquellas aguas habían producido muchas y radicales curaciones y gozaban de justa fama.

No sé si habrá mejorado el aspecto del baño de Guardia vieja: cuando yo estuve allí, ofrecía el pozo salutífero un aspecto asqueroso. No había en la proximidad ni una mala casa: sólo unas cuantas chozas formadas por los bañeros, pobres, miserables y sucias, servían de hospedaje á los bañistas que no residían en Dalias ó en Berja y hacían el viaje diariamente.

Recuerdo que la choza que nos sirvió de hospedaje constaba de dos departamentos; uno el que nos cedió su dueño, y otro el que él habitaba con su familia y le servía de comedor, cocina, sala y alcoba.

Ya nos habían anunciado en Almería que nos hospedarían mal y nos darían peor de comer. Para aminorar las molestias, en dos de los cuatro borriquillos que alquilaron mis padres para que nos condujesen á los baños, se cargaron dos colchones, un arca con ocho sábanas y algunas provisiones de boca. En las otras dos pacientes acémilas cabalgamos la criada y yo.

Al ver el sitio donde siquiera por la noche tenía-

mos que refugiarnos, nos horrorizamos. Por las paredes, de tierra, corrían á sus anchas las salamanquesas, y era de esperar que nos acompañasen durante el sueño toda clase de insectos.

La montañesa, que era mañosa, colocó los colchones en el suelo sobre esteras, dispuso que con cuerdas cerca del techo se formase un cuadro y colgó de la cuerda, sugetándolas con alfileres, cuatro sábanas; con otra cubrió el techo, y gracias á esta artimaña, pudimos figurarnos que estábamos en una habitación de blancas paredes, y dormir con algún aseo y tranquilidad.

Las provisiones nos permitieron comer regularmente durante los nueve días que allí permanecimos, porque la Manuela era una buena cocinera.

Sobre poco más ó menos, así vivían los que iban á curar sus dolencias en aquellas aguas, que tan buenos efectos producían, y trazo el boceto de aquel balneario para dar una idea á los lectores de hoy de cómo ayer; es decir, en la primera mitad del siglo XIX, tenían que prescindir, hasta las personas más ricas, de la higiene y las comodidades.

Seguramente habrá cambiado el aspecto de aquel baño ó pozo y el de sus alrededores: si las aguas no han perdido su virtud, se habrá levantado en torno de las rocas que las filtran un establecimiento con los adelantos de la hidroterapia, y en vez de chozas habrá casas, ó por lo menos una fonda con los perfiles que exige el plausible sibaritismo moderno.

Mi primer deseo al regresar de los baños, fué visitar á la señora de Parraverde: necesitaba comunicarle la impresión que había producido en mi ánimo la novela que me había regalado, oir sus comentarios, volver á vivir en su grata compañía con los personajes que tanto me habían interesado; pero su esposo había sido trasladado á otra intendencia de mayor categoría, marido y mujer se ausentaron y no volví á ver más á aquella señora que tanta influencia ejerció en mis inclinaciones al facilitarme el medio de penetrar en los misterios de la literatura.

XXI

Al comenzar el nuevo curso estrechamos más y más nuestra amistad Javier Márquez y yo, porque los dos hacíamos versos que nos comunicábamos en secreto y nos confiábamos proyectos de poemas del género del *Orlando furioso,* que nos había dado á conocer el profesor, y de novelas calcadas en el *Conde de Montecristo,* que presté á mi camarada y que leyó con avidez, proponiéndonos tanto él como yo ser en lo generosos y en lo justos una copia de nuestro ídolo Edmundo Dantés.

Poseer la fortuna que á él se le vino á las manos era difícil; pero ¡quién sabía lo que podía suceder! De todos modos lo principal era ser ricos, y Márquez ya tenía fortuna, ó por lo menos su padre, que poseía pingües bienes en Motril; pero yo ne-

cesitaba esperar á que las minas convirtiesen en realidad las ilusiones del autor de mis días.

A fines de Febrero del año 1848 recibieron mis padres una carta de mi tía Luisa, que estaba en Madrid con su marido, cesante y tan engolfado como siempre en el juego. En aquella epístola comunicaba que mi inolvidable y bondadoso abuelo estaba enfermo de bastante gravedad, y como su edad era muy avanzada, D. Miguel Coll, su médico, abrigaba el temor de no poder sacarle á flote.

En vista de tan alarmante noticia, dispuso mi padre que mi madre y yo fuésemos á Madrid sin pérdida de tiempo, trasladando mi matrícula para que no perdiera el curso, y dos días después emprendimos el viaje.

De Almería á Granada sólo se podía viajar en galera, tres días mortales, y otros tres tardamos en diligencia desde Granada á Madrid.

Cuando llegamos y nos trasladamos al núm. 10 de la calle de la Luna, hacía tres días que el enfermo había pasado á mejor vida y en la casa, teatro de mis primeros triunfos, todo era llanto y tristeza.

Mi tía Luisa y su marido habían asistido hasta el último momento al venerable anciano y se habían quedado con la antigua criada María al cuidado de la casa. A visitarnos acudieron las hermanas Ignacia y Juliana Calvo, que nos abrazaban y lloraban al mismo tiempo que encomiaban las cualidades del finado y los buenos amigos Rero y Peña. Durante algunos días viví en una atmós-

fera de tristeza, que calmó un tanto mi imaginación para ocupar mi ánimo con el sentimiento que veía reflejarse en mi madre y en su hermana.

Pasada la primera semana, fué preciso arreglar el asunto de mi matrícula, y por indicación de Peña, me llevó mi madre á un colegio establecido en la calle de Fomento, esquina á la de Torija, incorporado al Instituto del Noviciado y dirigido por un Sr. Macmaol, ya de edad, muy activo y muy amable sin dejar de ser severo, que se encargó de regularizar mi situación de estudiante.

Debíamos permanecer un mes lo menos en Madrid, tiempo necesario para que el Juzgado ultimase el expediente de la testamentaría de mi abuelo, que había muerto abintestato, y se hicieran las particiones del mobiliario y los escasos valores que había dejado; por que el intendente que tan buenos servicios había prestado á la Hacienda, no poseía al morir más que media docena de acciones del entonces Banco de San Fernando, producto de los ahorros que al quedarse viudo le permitió hacer su jubilación, y la paga de Febrero que le llevó el habilitado el 1.° de Marzo, dos días antes del de su fallecimiento.

En el colegio del Sr. Macmaol hice relaciones con algunos compañeros, tres de los cuales fueron, cuando volví después á Madrid, amigos cuyo afecto duró mientras vivieron: Federico Chiva y Gilarte, hijo de un coronel de caballería, quien después de haber terminado la carrera de Leyes, desempeñó un importante destino en la Adminis-

tración del ferrocarril del Norte hasta su muerte, que le sorprendió cuando apenas contaba cuarenta años; Hipólito Araujo, que llegó á ser un ilustrado jefe de Telégrafos, hijo de un notable médico, sobrino de un pintor que gozó de cierta fama, hermano del que más tarde fué notable paisajista y crítico de Bellas Artes, Ceferino, y primo de Rafael Araujo, militar y poeta, que fué profesor en el Colegio de Infantería de Toledo y era muy querido en el Ejército por su carácter bondadoso y franco, la oportunidad y abundancia de los chascarrillos con que animaba su conversación y la ingenuidad y nobleza de sus sentimientos. También conocí á José Jimeno de Lerma, que ha sido durante muchos años uno de los más inteligentes funcionarios del Consejo de Estado, y después Gobernador de varias provincias, diputado y senador, hijo mayor del gran organista D. Román y hermano del compositor D. Ildefonso, director de la Escuela de Música y secretario de la Academia de Bellas Artes hasta su fallecimiento.

De todos estos buenos amigos, tendré ocasión de hablar en el curso de mi relato.

Pero lo más importante que me ocurrió durante mi breve estancia en Madrid en el mes de Marzo de 1848, fué el recrudecimiento, llamésmole así, de mi afición al arte escénico.

El marido de mi tía Luisa, llamado José Rodríguez, era hermano de la madre de Manuel Catalina, quien después de haber estudiado con aprovechamiento la carrera de Leyes, obedeciendo á una

invencible vocación, se había dedicado al teatro y era por entonces un actor aplaudido. Su hermano Juan, menor que él, colgó también la carrera que estudiaba y siguió el mismo camino. Por entonces recorrían algunos teatros de provincias y no pude conocerlos; pero me enteré con verdadera alegría de que aquellos parientes hubieran realizado el propósito que volví á acariciar con el primitivo entusiasmo. Yo también lo realizaría: no abrigaba la menor duda.

Mientras mi madre y yo residimos en Madrid, conocimos y tratamos á la hermana de mi tío, madre de los Catalinas, viuda con siete hijos, tres hembras y cuatro varones, Manuel el mayor, Juan, Vicenta, Rosario, José, Eduardo y Lola, la menor, que andando el tiempo casó con Julianito Romea y aún vive cuando escribo estas páginas.

Habitaban una modesta casa en la calle de Silva al lado de la iglesia de la Buena Dicha y enfrente, cerca del callejón del Perro, vivía la abuela doña Saturnina en una casa propia, donde solían reunirse con frecuencia sus nietos y adonde yo acudía con el mayor gusto, porque representábamos escenas de comedias, no sin desesperar á la anciana, que veía convertido su tranquilo hogar en Campo de Agramante.

Breve me pareció el tiempo que pasé en compañía de los que nos tratamos como primos, á pesar de la lejanía de nuestro parentesco, y más tarde Manuel y Juan Catalina fueron para mí afectuosos parientes.

En los primeros días de Abril, arreglados los asuntos de la testamentaría de mi abuelo y hechas las particiones entre las dos hermanas, regresamos mi madre y yo á Almería, donde completamente bien de mis ojos, porque la estancia en Madrid había acabado de curarme, asistí de nuevo al Instituto, aunque muy resuelto en mi fuero interno á buscar mi porvenir en el teatro.

Me guardé bien de confiar á mis padres mi propósito, porque siempre que en la intimidad de la familia ó en la conversación con los amigos se tocaba este tema, todos hablaban mal de los cómicos, calificándolos de holgazanes y viciosos y repetían que la Iglesia los rechazaba y que la buena sociedad no los admitía en su seno.

Tampoco confiaba mi inclinación á Macbean, ni á Ricardo López Vázquez, porque al oir algunas insinuaciones mías sobre el particular, se expresaron en el mismo sentido que mis padres.

Mi único confidente era Javier Márquez, quien con gran libertad y dinero abundante para complacerme, compraba comedias y me las prestaba para que las leyera de tapadillo ó las leíamos juntos en los paseos que dábamos por la vega.

Fué por entonces á Almería una compañía de la que era director D. José Calvo, un gran artista de quien he de ocuparme oportunamente con el detenimiento que el recuerdo de su mérito exige, padre del inolvidable Rafael y de numerosos hijos más, que han adquirido notoriedad en el teatro y en la literatura.

Márquez, en su calidad de hijo del Gobernador, tenía franco acceso al escenario durante los ensayos y con frecuencia, al salir de clase por las mañanas, como el teatro estaba cerca del Instituto, entrábamos en él y permanecíamos entre bastidores, aunque muy poco tiempo para que no se enterasen las respectivas familias de nuestras escapatorias.

En el teatro conocimos á Rafael Calvo, que era sobre poco más ó menos de nuestra edad; hicimos con él gran amistad, nos dábamos cita para pasear por las tardes; y oirle contar cuanto se relacionaba con el teatro era nuestra delicia.

También él esperaba ser actor en cuanto cumpliera dieciseis ó diecisiete años. Sería aplaudido y rico, porque procuraría trabajar siempre en la Corte y no recorrer provincias con penas y trabajos como su padre. Yo le oía y le envidiaba.

Después, cuando se realizó la primera parte de sus esperanzas, cuando se hallaba en el apogeo de su gloria, hemos recordado muchas veces aquellos coloquios casi infantiles.

La compañía que actuaba en el teatro terminó sus tareas, nos quedamos sin nuestro amigo Rafael Calvo, y poco después me ví privado de la compañía de Márquez, porque hubo un cambio de gobierno, su padre tuvo que resignar el mando y los dos se ausentaron de Almería.

Terminó el curso, y el Verano fué triste y monótono para mí, aunque no por falta de ocupación. Mi padre formaba parte de tres ó cuatro socie-

dades mineras, y para que me acostumbrase á ganarme la vida, me dedicó á escribir los recibos de los dividendos que debían pagar mensualmente los socios y las citaciones á las Juntas.

No bajaban de 500 ó 600 los recibos que tenía que llenar cada mes, y mi remuneración no pasaba de veinte ó treinta reales mensuales.

Al matricularme al cuarto año, continué desempeñando la misma labor, que duró hasta que perdidos ó no hallados los filones que mi padre y sus amigos esperaban, los socios se cansaron de pagar dividendos, fueron abandonadas las minas y las sociedades se disolvieron.

Desengañado mi padre y convencido de que en Almería no podría hacer nada provechoso á sus intereses, resolvió que nos trasladásemos á Madrid en cuanto terminara el curso, y á principios de Junio de 1849, después de los exámenes, realizamos su proyecto.

En Almería se quedó D. Pantaleón, casado ya y en vías de hacer fortuna como minero, llegando su buena estrella y su excelente conducta, según supe muchos años después, á proporcionarle un capital importante, sin que por eso abandonase su colegio, que mientras vivió fué el mejor de Almería.

Con el cuarto año, en el que sólo obtuve la nota de *aprobado*, acabaron mis estudios, sin que por las vicisitudes de mi padre pudiera terminar la Filosofía. tomar el grado de bachiller y seguir una carrera. Poco me aprovechó lo que estudié, ó mejor dicho lo que debí estudiar.

Refractario á las matemáticas y al latín, á pesar de estar en verso las reglas de la Gramática que nos servía de texto, sólo la Religión y Moral dejó impresiones en mi alma de adolescente y algunos episodios de la historia de Grecia y Roma alimentaron mi imaginación curiosa de todo lo extraordinario y lo dramático. La lógica... ¿qué había yo de atender á aquella nebulosa é intrincada serie de preceptos que me hacían aprender de memoria?

En aquel tiempo en que la segunda enseñanza se llamaba Filosofía, no se exigían las asignaturas que después han formado un enmarañado bosque, un verdadero laberinto capaz de destruir, ó por lo menos debilitar, las más privilegiadas facultades intelectuales. Para mí los cuatro años que cursé, fueron un verdadero desierto, en el que sólo me ofrecieron pequeños oasis algunas lecciones de Retórica y Poética y algunos episodios de la historia universal.

Bien es verdad que sobre poco más ó menos me ocurrió lo mismo al terminar las primeras letras: sabía leer y escribir, esto último medianamente; pero ni la Gramática, ni la Aritmética, ni la Geografía dejaron gran caudal de nociones en mi cerebro infantil. El Catecismo me lo sabía de memoria y había obtenido en los exámenes algunos premios de Doctrina cristiana; pero sinceramente declaro que si durante mi vida he sido esencial y profundamente religioso, no se lo debo al Catecismo que aprendí de los cinco á los siete años y repa-

sé á los nueve para hacer mi primera Confesión, sino á mi madre, á mi santa madre que, como todas las madres á sus hijos, me enseñó á rezar, me hablaba por las noches al acostarme de los ángeles para que los imitase, de los santos para que admirase sus virtudes, de Jesús, cuyos ejemplos me refería, para corregir los defectos de mi carácter inquieto y voluntarioso, de la Virgen, sobre todo de la Virgen, á quien me enseñó á venerar y amar con un amor que, formando con el filial un solo y entrañable afecto, ha latido siempre en mi corazón.

Los que recuerden su niñez y sean religiosos en el fondo de su alma, aunque hayan descuidado las prácticas, más sociológicas que psicológicas, reconocerán que no fué el Catecismo lo que les enseñó á conocer y amar á Dios, sino las oraciones, las pláticas de la que les dió el sér y las costumbres adquiridas en su hogar desde la niñez.

Tanto mis hermanas como yo, rezábamos al acostarnos y al levantarnos; por las mañanas al dar los buenos días y por las noches al retirarnos á dormir, besábamos la mano á nuestros padres; después de las comidas dábamos gracias á Dios por habernos proporcionado el sustento, y estas prácticas religiosas y morales, que han desaparecido ó sólo se conservan en el seno de algunas familias á las que se califica de anticuadas, cuando eran sinceras y no se hacía alarde de ellas para ganar hipócritamente una reputación que no se merecía ó para encubrir vicios y pasiones como

las que encubren los que explotan la Religión, tenían una gran influencia en el porvenir moral de las personas.

De mí sé decir, que no habiendo podido en la áspera lucha por la vida que he necesitado sostener hasta hace poco, practicar con asiduidad las fórmulas de la Religión, jamás he faltado á los deberes que la moral impone á la conciencia.

El Catecismo, que siendo hombre he leído varias veces, al lado de alguna hojarasca inútil y en ocasiones contraproducente y peligrosa para las inteligencias infantiles, contiene los fecundos y salvadores principios del Cristianismo, breves, concisos y sencillos, que por sí solos pueden resolver todos los problemas de la conciencia y de las relaciones familiares y sociales.

Quedan las preguntas y las respuestas en la memoria del niño; pero los conceptos no penetran en su inteligencia ni arraigan en su corazón.

Por eso he pensado algunas veces que la Doctrina cristiana, que es lo primero que se enseña al párvulo que después de deletrear puede leer en letras de molde, debería constituir por sí sola una asignatura especial en el año preparatorio para las carreras superiores, ó sea al pasar de la adolescencia á la juventud.

La preparación para este curso, debería hacerla la madre desde que el niño se da cuenta de que es amado por ella y de que necesita amarla.

Creo de verdadera transcendencia en la vida del sér humano el sentimiento religioso y estoy segu-

ro de que sólo la madre en el seno de la familia puede sembrar y cultivar la fecunda semilla en el corazón del niño.

Los que la han perdido al nacer, los que no la han conocido, deben hallar por caridad quien la reemplace, y mejor una mujer que un hombre.

En las Inclusas, en los Asilos, las mujeres, las hermanas que enseñan la Religión, como se enseña á los soldados la Táctica, deberían no ser sólo de nombre sino de hecho, lo que las llaman: madres ó hermanas.

Perdóneseme esta disgresión, una de las que de vez en cuando interrumpirán mi relato, y traslademonos á la Villa y Corte donde mis padres, mis dos hermanas Dolores y Felisa, la criada montañesa y yo, nos instalamos en un mísero albergue de la calle del Salitre, porque la situación pecuniaria era apurada y había que tener algunas reservas por si tardaba mi padre en encontrar colocación.

No ocurrió lo que temíamos, y en breve consiguió un empleo que fué muy de su agrado.

XXII

Primos de mi madre eran Pedro, José y Miguel Mayoral, á quienes los habitantes ancianos de Guadalajara recordarán seguramente. Pedro, el mayor de los tres hermanos, fué un distinguido funcionario de Hacienda, á quien protegió y estimó mucho D. Alejandro Mon; José, el menos

afortunado, dió la suerte á muchos de sus paisanos en calidad de lotero, cargo que desempeñó durante muchos años, y Miguel fué un distinguido médico, muy querido por su ciencia y su carácter bondadoso. Siempre estaba alegre lo mismo de mozo que de viejo, á pesar de una dolorosa enfermedad crónica que le llevó al sepulcro después de defenderse de ella durante muchos años.

El famoso capitalista catalán D. Manuel Safont, era en aquella época un arrendatario de la contribución de Consumos, por el estilo de los que ahora se dedican á este lucrativo negocio y se dedicarán mientras dure tan injusto como odioso impuesto.

Mi tío Pedro Mayoral, que era considerado por los ministros de Hacienda que se sucedían rápidamente en aquellos tiempos, como uno de los más inteligentes empleados, y que también de un carácter franco, servicial y siempre dispuesto á contar cuentos y chascarrillos con gran oportunidad, se hacía simpático á cuantos le trataban, tenía mucha amistad con Safont y le recomendó á mi padre, que condenado á eterna cesantía porque no era santo de la devoción de los moderados amos del cotarro, necesitaba algo más que su sueldo de 6.000 reales, mal pagados, para atender á las necesidades de la familia.

Safont le nombró á principios de Julio de 1849 Administrador de Consumos en Morón de la Frontera, y á esta importante villa andaluza se dirigió

á tomar posesión de su destino y á buscar casa para que lo más pronto posible nos reuniésemos con él.

Un mes después llegábamos en galera acelerada trás un viaje de diez ó doce días, y salieron á caballo á recibirnos á cosa de una legua de la población, mi padre, un cura joven andaluz de pura raza, D. Juan Neponuceno Escacena, que andando el tiempo fué Canónigo de Jaca, y que de haber vivido cuando florecía el Arcipreste de Hita, habría formado parte de la famosa danza macabra.

Seguíalos á corta distancia, en un caballo blanco, un guarda de Consumos llamado Machado, que era ayudante de órdenes de mi padre, hombre de su confianza é inquebrantable en el cumplimiento de sus deberes, servicial y para mí un recuerdo viviente de mi abuelo, de la doméstica María y de las dos viejecitas que formaban los ejércitos beligerantes de mis domingos infantiles.

El caballo blanco fué mi caballo favorito cuando su dueño no estaba de servicio y Machado el gran halagador de mis caprichos, que no eran muchos, porque contaba trece años, era hijo de uno de los personajes del pueblo, nada menos que el Administrador de Consumos, y me las echaba de hombrecito.

La impresión que Morón produjo en mí fué gratísima. Nuestro domicilio era la Casa grande: así la llamaban. Debía haber sido en sus buenos tiem-

pos un palacio, pues contaba numerosas habitaciones, todas grandes, aunque deterioradas. Apenas recuerdo su distribución; lo que no he olvidado es que había un extenso patio y en uno de sus flancos un amplio salón en el que, vencido mi padre por mis ruegos y las indicaciones de varias familias pudientes de Morón, permitió que se construyera un teatro rudimentario para complacer mis aficiones escénicas, y en este improvisado y casero coliseo, algunos jóvenes de mi edad y mayores, representaron conmigo comedias del género andaluz, que por entonces gozaban de gran boga, entre otras *La flor de la canela, El tío Caniyitas, El corazón de un bandido, Diego Corrientes* y algunas más de hombres solos, como *Verdugo y sepulturero*, el indispensable *Puñal del Godo* y *Las elecciones de un pueblo;* esta última, escrita contra los que habían realizado la desamortización de los bienes del clero y de la que recuerdo unos versos que decían:

«Mendizábal... ese hereje,
el que á los frailes echó
quitándoles el sustento,
el que campanas á ciento
de las torres derribó;
el que cerró las ermitas
y mató de hambre á los curas,
el hombre que dejó á oscuras
á las ánimas benditas.»

Pero no anticipemos los sucesos, como decían los novelistas del antiguo régimen.

Mi padre, gracias á su carácter franco y jovial, se había captado la amistad de las principales familias de la población y cuando llegamos mi madre, mis hermanas, la criada montañesa que nos seguía á todas partes y yo, fuimos cariñosamente recibidos.

Entre los más solícitos en agasajarnos figuraba la familia del curita Escacena, nuestro introductor de embajadores, que cuando le conocimos ya tuteaba á mi padre, no tardó en tutear á mi madre, nos comió á besos á mis hermanas y á mí, abrazó á la criada, y á juzgar por sus protestas, á todos nos adoraba ó poco menos.

Vivía con su padre, un señor de edad viudo dos veces, muy pulcro y muy rico, y con una hermana que había nacido de las segundas nupcias del autor de sus días.

La joven se llamaba Carmen, podría tener entonces dieciséis ó dieciocho años y era considerada por su belleza y su fortuna como el mejor partido de la población.

Pertenecía á la aristocracia del pueblo, como la familia Auñón, cuyo jefe era entonces, si no estoy equivocado, el padre del ilustre marino y ex-ministro del mismo apellido, que aún vive y por entonces debía tener escasamente uno ó dos años.

Era el Sr. Auñón persona muy afable, muy ilustrada; y como yo era vivaracho y aficionado á saber, siempre que la sabiduría me costase poco trabajo, me tomó afecto y me dió graciosamente algunas lecciones de francés, que no continuaron

por mi falta de aplicación y mis ocupaciones escenográficas.

Otra familia, no de tanto rumbo, pero sí bien acomodada, era la de los Oliva, que vivían enfrente de la Casa grande y que hicieron gran amistad con nosotros.

El tiempo borra las líneas, sólo deja sombras y luces; impresiones tristes las primeras, dulces y gratas las segundas.

Creo que formaban la familia Oliva los padres, dos hijos varones que se ocupapan de la dirección de las labores del campo, y tres hijas, Dolores, muy guapetona, que se casó con un tal Lavandero dueño de un importante comercio; Antonia, á quien apenas recuerdo, y Encarnación, que era de mi edad y que tomó tanto cariño á mi madre, que no podía vivir sin pasar las tardes en su compañía.

¡Pobre Encarnación! Era tan buena, tan sencilla, tan cariñosa, que no tardé en quererla como á una hermana. Para mi madre era una hija más, y como se hacía tan simpática y era una mujercita que prometía ser una mujer completa por su belleza, su clara inteligencia y su gran corazón, todos en mi casa la queríamos y la considerábamos como de la familia.

Consagrado yo por completo, y con la mayor formalidad juzgando que hacía algo importante, al desempeño de las funciones de director de la compañía que actuaba en mi teatro casero, no hacía más que leer comedias, repartir las que ele-

gía, copiar los papeles, ensayar las obras que debíamos representar, preparar los efectos de nuestra rudimentaria guardarropía, y todo esto llenaba de tal modo mi imaginación que ni sospechar podía que había algo más que fraternal cariño en el que Encarnación me profesaba. No me apercibí de esto, casi sin comprenderlo, hasta mucho después de partir de Morón.

A los trece años, el varón es un niño; la hembra, es ya una mujer, sobre todo en Andalucía. Mi corazón dormía entonces: sólo estaba despierta mi imaginación.

Durante mi vida, en cuantas empresas he acometido he puesto toda mi alma y la vehemencia ha ido unida á la voluntad. En aquella época, mi pasión por el teatro, que no consideraba como una diversión, sino que me parecía tener algo de sacerdocio, me impulsaba á vivir exclusivamente preocupado y ocupado en la tarea que tanto me agradaba.

Era mi consejero aúlico y colaborador en la dirección del teatro de la Casa grande el Secretario de mi padre D. Antonio Ferrer de Couto, que podría tener treinta y ocho ó cuarenta años, militar de reemplazo, hombre de buen talento, gallego aprovechado, hermano del publicista que durante muchos años redactó en Nueva York un periódico contra los filibusteros; y tan listo, que doblando la edad á la bella y rica Carmen Escacena, pocos años después de la época en que viví en Morón, conquistó su afecto y se casó con ella.

Literato de afición, me hacía indicaciones que me parecían excelentes respecto de las comedias que debía elegir y me prestaba muy útiles servicios.

En mi teatro no había ninguna actriz. Las jóvenes á quienes mis camaradas buscaron para que formasen parte de la compañía, se negaron rotundamente á prestarnos su cooperación. ¡Ellas salir al escenario!... Recitar versos ante el auditorio...! Jamás. ¡Se morirían de vergüenza! Fué preciso que uno ó dos de los actores, los más guapos, se prestasen á vestir el traje femenil.

Organizamos unas cuantas funciones, á las que asistieron las familias principales de la población, y en una de ellas hubo la sorprendente novedad de que se decidiera á representar una escena de una comedia andaluza Carmencita Escacena, que era lo que se llamaba un diablillo con faldas. Tocaba el piano, cantaba, montaba á caballo, brillaba en las reuniones por su gracejo, su soltura, su desparpajo, y acompañada por un joven no menos resuelto, agraciado y simpático, Pepe Trechuelo, fueron objeto de una entusiasta ovación.

Morón se animó en aquel Invierno de 1849 á 1850. Cuando muchos, muchos años después tenía ocasión en Madrid de conversar con el abogado y hombre político Ramos Calderón, que había nacido en Morón, hablábamos de aquellos tiempos que dejaron gratos recuerdos en mí alma y en la de algunos habitantes de la agradable ciudad andaluza.

Un año escaso permanecimos en Morón, que pasó para mí con gran rapidez, sin que en todo aquel tiempo hiciera otra cosa que cultivar mi afición favorita y mal rascar el violín para dar gusto á mi padre, que se empeñó en que aprendiera á tocar el más difícil de los instrumentos con un profesor que valía bien poco y que por sus condiciones personales no lograba inspirar ni respeto ni aprecio.

Por las noches salía de la Iglesia el Rosario; las devotas y los devotos acompañaban al cura, que recorría las principales calles mascullando Padrenuestros y Ave-Marías; entre estación y estación, el violinista hacía algunos arpegios y después de la letanía tocaba un vals ó una polka. Cuando, desafinando en grande, pude aprender un vals y una redowa, dispuso el maestro que le acompañase y los dos rascábamos al unísono nuestros respectivos violines.

Entusiasta siempre del divino arte, aquel episodio musical es una nota discordante que he procurado ahuyentar de mi memoria.

Bien nos iba en Morón, mi padre con su sueldo y su cesantía podía atender holgadamente á nuestras escasas necesidades y hasta hacer ahorros, porque la vida era muy barata. Había logrado obtener una buena recaudación y suprimir, ó por lo menos aminorar las defraudaciones; pero se conoce que el arrendatario era insaciable y probablemente acostumbraría á pedir á sus administradores un incesante aumento en los ingresos.

A fines de Junio recibió mi padre una carta suscrita por Safont en la que se manifestaba quejoso por que la recaudación no había llegado hasta donde en su concepto podía y debía llegar. Esperaba más del celo y de la actividad de mi padre, y añadía que de no conseguir en el nuevo año económico lo que se prometía, se vería, con mucho sentimiento, obligado á prescindir de sus servicios.

Leer mi padre la epístola, indignarse por lo injusto de su contenido y anunciar al opulento y desconsiderado capitalista que resignaba la administración en manos del secretario, todo fué uno. Mi padre fué siempre un rebelde contra las injusticias y antes que soportarlas prefería la pobreza. En esto le he imitado dejando, como veremos más adelante, bastantes ocasiones de hacer fortuna.

La noticia de su resolución fué muy sentida; sus amigos le rogaron que desistiera de su propósito, quisieron escribir á Safont; pero mi padre, que cuando se juzgaba ofendido resolvía en seguida, preparó las cosas para que dos ó tres días después nos pusiéramos en camino.

Entregó los fondos que tenía en su poder y la documentación á Ferrer el secretario, que fué confirmado en el cargo de administrador, y nos pusimos en camino, dejando á Encarnación hecha un mar de lágrimas.

Nos prometimos escribirnos y no faltamos á nuestra promesa. En una de sus primeras epístolas me sorprendió confiándome que se había acos-

tumbrado tanto á vivir en nuestra compañía, que estaba segura de que no podría resignarse á nuestra ausencia. Sólo consagrándose por completo á la Religión y profesando en un convento esperaba, si no disipar la tristeza que se había apoderado de su alma, al menos mitigarla; y en la postdata, donde hay que buscar siempre, como he sabido después, el verdadero objeto de las cartas femeniles, me pedía que la aconsejase si haría bien ó no en realizar su propósito.

Valiente consejero podía ser yo con mis catorce años aún no cumplidos; pero la petulancia, que á Dios gracias no ha figurado entre mis defectos, hizo entonces una breve aparición en mi espíritu y contesté á la postdata con ocho ó diez carillas de apiñada letra, que desearía haber vuelto á leer en mi edad madura, seguro de hallar en ellas los más candorosos argumentos para disuadirla de su empeño.

Nuestra correspondencia duró poco. La interesante y mal comprendida joven cayó enferma, su familia no podía explicarse el vivo deseo que sentía de profesar en un convento; menos aún la languidez, la debilidad que se había apoderado de su espíritu con detrimento de su salud; el médico recetaba, y sólo su madre descubrió al fin el secreto que la pobre niña guardaba en su alma.

Las cartas que de tarde en tarde escribía su hermana Antonia cesaron; yo, causante inconsciente de aquella desdicha, me engolfé más y más en mis aficiones escénicas, la correspondencia cesó,

y al fin supimos con verdadera pena que la adorable joven había pasado á reunirse con los ángeles sus hermanos.

Cuando he podido darme cuenta de la pena que acabó con su vida; sin ser culpable por mi voluntad, he sentido un cruel remordimiento. En ese jardín misterioso que todos tenemos en el fondo del alma, he guardado con veneración el recuerdo de aquella adolescente angelical.

XXIII

Al volver á Madrid habitamos un modestísimo cuarto en una no menos modesta casa de la calle de San Cipriano, contigua al caserón llamado de la Patriarcal, en la plaza de los Mostenses, que aún subsiste y en donde á la sazón se hallaba instalado desde su fundación en el año 1830 el Conservatorio de Música y Declamación, que entonces se denominaba todavía de María Cristina, su fundadora.

No podía haber elegido mi padre una vecindad más grata para mí ni menos adecuada á sus propósitos, que eran apartarme de mis aficiones teatrales.

Comenzaba el Verano, y aunque todavía se hablaba en mi casa de hacer un sacrificio para que terminase yo la Filosofía, Conservatorio é Instituto estaban cerrados y antes de resolver el problema que entrañaba la diferencia que existía entre los deseos de mi familia y los míos, teníamos tres meses largos, que empleamos: mi padre en disua-

dirme de mi propósito, y yo en demostrarle que mi porvenir estaba en el teatro.

La estación calurosa no quitaba por entonces animación á la villa y Corte, como sucede desde hace treinta y cinco ó cuarenta años. El Verano se limitaba para los pudientes á trasladarse á los Reales Sitios de San Ildefonso ó del Escorial; algunas familias aristocráticas veraneaban en sus amplias y hermosas quintas de los Carabancheles; los enfermos iban en diligencia ó en otra clase de vehículos á los baños medicinales, que aún dejaban mucho que desear en su ornato y comodidades, y los simples mortales se contentaban con tomar el fresco por las noches en el Prado ó en la plaza de Oriente, mientras que los escasos porteros y el pueblo soberano formaban tertulias en plena calle ante las puertas de las casas, con el socorrido botijo de agua de los antiguos viajes de Madrid, porque la del Lozoya sólo constituía una esperanza.

Las familias de la clase media ocupaban los balcones, y charlando con las vecinas ó los vecinos pasaban el rato, no sin quejarse antes como ahora del calor sofocante y de los insectos que molestaban por las noches á los que todavía no conocían el estuco de las alcobas. Sólo en las casas principales estaban pintados al óleo los dormitorios: en las casas modestas se carecía de comodidades y el aseo era por regla general muy deficiente.

Nosotros teníamos por vecinas en el cuarto principal al lado del nuestro á una señora viuda que vivía con su hija única. Ella era hermana de un

señor apellidado Mayor, servidor de confianza de la Reina madre, como llamaban entonces á doña María Cristina.

Doña Dolores, que este era el nombre de nuestra vecina, era mujer muy expansiva y muy charlatana. No había necesidad de buscar recursos para sostener la conversación con ella: se bastaba y se sobraba, no dejando de ser curiosas las cosas que contaba de la vida interior de Palacio, de los Reyes é Infantes y de los cortesanos.

Micaela, su hija, de la edad de mi hermana Dolores, era también muy expresiva y cariñosa, y las veladas en su compañía resultaban agradables.

Yo salía algunas tardes á recorrer los puestos de libros viejos para comprar comedias y alguna que otra obra de las que se relacionaban con el teatro. Recuerdo que entre otras, adquirí una escrita por un fraile, titulada: *Tratado de las comedias, donde se demuestra que es pecado mortal asistir á ellas,* y no sé qué más, porque aquel libro, para mí precioso, aunque me guardé de que le viera mi padre, lo presté algunos años después á un amigo y sucedió lo que sucede casi siempre: que no me lo devolvió.

De vez en cuando visitaba con mi madre á familias relacionadas con la suya desde tiempo inmemorial, entre las que recuerdo la de D. Eugenio de Tapia, distinguido jurisconsulto y literato muy afamado, individuo de la Real Academia de la Lengua y autor de un poema titulado *El Duende, la Bruja y la Inquisición.* Vivía en casa propia en

la calle de la Puebla con su esposa y una sobrina. Los tres se llevaban admirablemente y formaban un grupo modelo de corrección, de vida apacible, profesándose el más entrañable cariño.

Otra familia de nuestra predilección era la de D. Pablo Cuellar, empleado del gobierno, con muchos hijos, muy padrazo, muy aficionado á la música y de una honradez y una bondad á toda prueba.

Su padre había desempeñado un importante empleo en la Inquisición y había vivido en el edificio que ocupaba aquel tribunal en un caserón, que alcancé á ver, en la calle de Isabel la Católica á mano derecha entrando por la plaza de Santo Domingo.

Antiguo amigo de mis abuelos, mi madre y su hermana, siendo niñas, iban á pasar alguna que otra tarde con Pablito Cuellar y sus hermanas, que eran sobre poco más ó menos de la misma edad que sus amiguitas.

Mi madre conservaba recuerdos terroríficos de lo que veía y oía en sus visitas á las habitaciones que los de Cuellar ocupaban en el mismo local donde se hallaban los calabozos, y contaba que una tarde, las cuatro niñas ávidas de curiosear, se atrevieron á penetrar en los corredores á cuyos flancos estaban las puertas de las prisiones y vieron á un prisionero que había obtenido permiso del alcaide para pasear, acompañado de dos soldados de los que custodiaban el edificio.

Estaba enfermo y era nada menos que el gene-

ral Van-halen, según supo más tarde mi madre, y habló muy cariñosamente con las niñas no sin que ellas experimentasen cierto temor, porque todos los que ocupaban las mazmorras inquisitoriales tenían á los ojos del vulgo y de los niños algo de endemoniados.

El general, que según refiere la historia, más había delinquido á los ojos de Fernando VII como político, que como hereje ó repróbo á los ojos de los inquisidores y que logró escaparse, como también cuenta la historia, dejó un vivo recuerdo en el alma infantil de la que veinte años más tarde fué mi madre, y recordaba la entrevista con una mezcla de terror y de compasión que el tiempo no borraba de su mente.

Cuando desapareció la Inquisición quedó cesante el padre de Pablo Cuellar, y su hijo solía contar episodios de los prisioneros, que como todo lo dramático, me interesaban.

Parece mentira que habiéndose desarrollado en aquella atmósfera, hubiera conservado Pablo Cuellar un alma verdaderamente angelical, un carácter sinceramente bondadoso.

Su esposa y sus hijos eran como él, y les profesábamos verdadero afecto. Creo que uno de sus vástagos ha sido músico muy aventajado: las vicisitudes de la vida entibiaron las relaciones, que al fin se perdieron, y sólo he conservado grata memoria de aquella simpática familia.

Muy viejecitas eran Ignacia y Juliana Calvo, que seguían queriéndose entrañablemente y ri-

ñendo á cada momento; Peña se había ausentado de Madrid, y el ciego Rero, que había perdido á su tía y protectora, vejetaba disfrutando la pensión vitalicia que le había dejado. De vez en cuando nos visitábamos.

También solíamos visitar á una señora gaditana, que me recordaba á la de Parraverde. La llamábamos Mercedes Leblois, apellido de su esposo, general francés que tomó parte en la guerra de la Independencia, fué pescado por la insinuante y bella andaluza, se casó con ella y falleció, dejándola una fortunita y dos hijas, que por raro capricho se llamaban las dos Antonias. Cuando la conocí sería mujer de cincuenta años y habitaba en un caserón de la pequeña plazuela de Trujillo, que debió ser una antigua morada aristocrática. Más adelante hablaré de esta señora, que me presentó á Martínez de la Rosa, su gran amigo entonces.

Llegó el mes de Septiembre, era preciso resolver el problema de mi porvenir, y como los ahorros de Morón se habían consumido y mi padre no había encontrado todavía ocupación lucrativa, cedió á mis insistentes ruegos y al comenzar el año escolar, que en aquella época empezaba á mediados de Septiembre, previo un ligero examen de primeras letras, fuí admitido en el Conservatorio como alumno de la clase de Declamación.

Era gratuíta la enseñanza en aquella escuela artística, y quizás esta circunstancia favoreció mis planes.

Dos profesores de Declamación había por entonces en el Conservatorio, los dos actores de gran celebridad: D. Carlos Latorre y D. José García Luna. En la clase del primero se estudiaban la tragedia y el drama, en la del segundo la comedia y el melodrama.

Era potestativo en los alumnos al comenzar el curso elegir maestro, y como no podía menos de suceder, opté por la clase de Latorre, el Manrique del *Trovador* á quien había admirado en el teatro de la Cruz y cuyas huellas deseaba seguir.

¡Con qué febril afán esperé el día en que debía asistir por primera vez á la clase! La idea de verme cerca de Latorre, de quien todos los aficionados al Teatro aseguraban que nadie igualaba interpretando los dramas de García Gutiérrez, de Hartzenbusch y de Zorrilla, que por entonces, alternando con las comedias de Bretón de los Herreros, eran las obras predilectas del público.

La segunda parte de *El Zapatero y el Rey, Sancho García*, el *Rey loco,* el *Puñal del Godo*, el *Alcalde Ronquillo*, el *Don Juan Tenorio, Los Amantes de Teruel,* el *Trovador,* constituían los grandes triunfos de Latorre.

Los que aún recordaban al gran Máiquez, no consentían que su ídolo fuese considerado inferior á Latorre; pero los admiradores de este gran artista aseguraban que nadie había interpretado el arte escénico con la inspiración y las grandiosas facultades del eminente artista, que compartía el delirante entusiasmo del público con las

famosas actrices Concepción Rodríguez y Bárbara Lamadrid.

Era Latorre un hombre corpulento, alto, esbelto; podría tener por entonces cincuenta y cinco ó cincuenta y seis años; la expresión natural de su rostro acusaba una mezcla de energía y bondad. Si no recuerdo mal, sus ojos eran azules, ó por lo menos de una gran dulzura. Su voz, que en el teatro era insinuante, persuasiva, flexible al mismo tiempo que varonil, en la conversación particular era tranquila, suave, cariñosa. Correcto en sus maneras, en su lenguaje, en su trato, inspiraba á la vez que admiración por los recuerdos de su supremo arte, simpatía y cariño por su sencillez y naturalidad.

Tal fué el efecto que produjo en mí, cuando le ví por vez primera al penetrar en el Conservatorio por la amplia puerta del zaguán, donde numerosos alumnos esperabámos la apertura de las respectivas clases.

—¡Ahí viene Latorre!—dijo uno que le conocía.

Todos nos apresuramos á formar dos filas, y al atravesar con paso lento entre nosotros el portalón, le saludamos quitándonos sombreros y gorras y él, á su vez, correspondió al saludo con una amable inclinación de cabeza.

Los que nos habíamos matriculado en su clase le seguimos hasta un saloncito del piso principal, del que un bedel abrió la puerta.

Cuatro señoritas que allí estaban formando animado grupo, se separaron para dejarle entrar.

Se dirigió á uno de los testeros de la habitación donde había una mesa cubierta con un tapete verde y sobre ella una escribanía de metal dorado. A los lados, en toda la extensión del saloncito, aparecían sillas de las llamadas de Vitoria, como la que delante de la mesa debía servir de asiento al profesor.

Antes de sentarse dirigió una mirada afectuosa á las cuatro señoritas y á los siete jóvenes que nos hallábamos presentes. Algunos que habían sido discípulos suyos en el curso anterior, se apresuraron á colocarse como era antigua costumbre: las señoritas en la fila de sillas de la derecha y los mozalbetes en la de la izquierda.

Los nuevos seguimos el ejemplo de los antiguos, y cuando el profesor dejó el sombrero y el bastón en el alféizar de una ventana que había detrás de la mesa, dijo al mismo tiempo que se sentaba:

—Tomen ustedes asiento.

Todos nos hallábamos algo conmovidos, particularmente los nuevos. Estar cerca del gran artista, oir su voz, aquella voz que había penetrado en nuestra alma al escucharla en el teatro, nos parecía un sueño.

Sobre la mesa había un librito como los llamados de Memorias y un pliego de papel. En este último, como pude enterarme poco después, estaban anotados los nombres de los alumnos que debían formar la clase durante el curso que empezaba.

Pasó lista y todos, á medida que nos nombraba,

nos levantábamos diciendo con voz más ó menos temblorosa:

—Presente.

Terminada esta operación de ritual, pronunció un breve discurso, más para los nuevos que para los antiguos, que el año anterior habían oído otro análogo, manifestando que el estudio que íbamos á emprender era difícil si aspirábamos á ser verdaderos artistas, y que sólo una vocación bien determinada, disposiciones que ya iría examinando en cada cual, una aplicación constante y una asidua atención á las indicaciones y consejos de su larga experiencia, nos ayudarían á vencer los obstáculos.

Como sin las cualidades que indicaba, era de todo punto imposible brillar en la escena, y de no ocupar en ella un puesto preferente mejor era renunciar á un estudio que sería estéril y por lo tanto inútil, á medida que examinase nuestras respectivas cualidades, nos expondría lealmente su opinión, exhortando á los que careciesen de condiciones á buscar un porvenir honroso en otra profesión.

Hojeó el librito y cuando halló las páginas que buscaba, lo dejó abierto.

—Vamos á repasar—dijo—algunas escenas del *Pelayo*, que supongo no habrán olvidado los alumnos presentes que asistieron al curso anterior. Sacando del cajoncito de la mesa el ejemplar impreso de la tragedia de Quintana, buscó la escena sexta del segundo acto en la que Pelayo, acompa-

ñado de Veremundo, se presenta á Hormesinda, y llamando á la señorita Lansac y al Sr. Elers, allí presentes, dispuso que haciendo caso omiso de la figura de Veremundo, recitasen aquel hermoso diálogo entre los dos hermanos, una de las más dramáticas situaciones de la tragedia.

Sabían la escena de memoria los dos alumnos, y un tanto cohibidos por la presencia de los nuevos, desempeñaron sus papeles no muy á gusto del profesor. Entre correcciones y repeticiones transcurrió media hora larga, y Hormesinda y Pelayo volvieron á sus asientos bastante sofocados.

Poco tiempo quedaba para el examen que el profesor se proponía hacer de las facultades de sus nuevos discípulos.

Comenzó por las señoritas que habían ingresado, y como poniéndose muy coloradas manifestaron que no sabían de memoria ningún fragmento de dramas ó tragedias, les dió nuevamente el ejemplar del *Pelayo* para que leyeran las escenas que designó.

Los alumnos, menos tímidos ó más pertrechados, pudimos declamar ante el maestro. Uno recitó las décimas del protagonista en el tercer acto de *D. Alvaro ó la fuerza del sino,* otro las redondillas que dice Diego Marsilla en la escena con Zulima del primer acto de *Los amantes de Teruel*, otro un fragmento del *Macías* de Larra, y yo, que fuí el último, recité el sueño del *Trovador*. Latorre nos escuchaba y nos miraba con la mayor atención y la más completa impasibilidad.

Al terminar aquel ejercicio, sonriente pero al mismo tiempo impenetrable como una esfinge, respecto de la impresión que habíamos producido en su ánimo:

—Mañana—dijo—indicaré á ustedes las obras que deben adquirir, repartiré los papeles con arreglo al juicio que he podido formar de cada cual y veremos quien sigue adelante y quien se queda en el camino.

Se levantó, le imitamos, formamos filas á los dos lados de la sala para despedirle con los honores debidos, y reunidos poco después en el corredor que comunicaba con la clase, alumnas y alumnos nos confiamos nuestras impresiones como si hubiéramos sido antiguos camaradas y cada cual justificó sus torpezas con el miedo que infundía el profesor y la sorpresa que había experimentado al tener que declamar sin estar preparado ni advertido.

Yo era el Benjamín de aquel grupo: de mis compañeros el que menos contaba diez y ocho ó veinte años; las alumnas también eran talluditas y á mí me faltaban dos meses para cumplir catorce otoños, con cuyo motivo, tanto ellas como ellos, mirándome con cierta superioridad, se aprestaron á guiarme y protegerme, lo que no dejó de molestarme un poco.

Me he detenido á describir la primera lección que nos dió el gran Latorre, para que los aficionados á estos estudios retrospectivos puedan formarse una idea de cómo se entendió y practicó la en-

señanza de la declamación desde que se fundó el Conservatorio.

Antes se formaban los cómicos en el teatro, aleccionados por los que dirigían la escena; el que tenía disposiciones ganaba terreno y los torpes eran eliminados ó destinados á desempeñar papeles muy secundarios ó á ser meros comparsas. Cuando se inauguró la nueva escuela, en lo que á la declamación se refería, aunque es seguro que Piermarini, que fué el primer director, conocería la organización de los Conservatorios de París y de Milán, se preocupó más de la música que de la declamación, y los dos primeros profesores se limitaron á convertir el aula en sucursal del escenario.

Según el número de alumnos y las cualidades de cada uno de ellos, se hacía el reparto de dramas y comedias. Cuando no había bastante personal, se prescindía de personajes y de escenas; los alumnos aprendían sus respectivos papeles y el profesor, convertido en director de escena, colocaba las figuras, indicaba los movimentos que debían hacer y hasta la acción que debía acompañar á la palabra, las inflexiones de voz, las modulaciones; todo mecanismo, como si se tratase de muñecos articulados ó de personas faltas de inteligencia.

El gran Latorre, según pude saber cuando me enteré de su historia artística y oí á personas competentes describir cómo estudiaba las obras que ponía en escena y los efectos que con un arte re-

finado y una suprema inspiración producía en el público, era el llamado á iniciar de un modo racional la enseñanza de la declamación, ó lo que con más propiedad puede llamarse la interpretación, la característica de las creaciones de los poetas cómicos ó dramáticos. Pero se limitó, del mismo modo que su colega D. José García Luna, á dirigir ensayos como en el teatro; y si tuvo dos discípulos que le dieron gran honra, Julián Romea y Pedro Delgado, el primero, que en teatros caseros había conquistado gran fama, había nacido artista, desde que apareció en escena como actor tuvo personalidad y se apartó por completo del modo de entender y realizar el arte de su maestro. El segundo, temperamento dramático, con las facultades necesarias para desempeñar los papeles que tanta gloria y tantos aplausos habían conquistado á Latorre, tenía en su alma la semilla del genio artístico y poco trabajo costó á su maestro cultivarla y hacerla producir frutos espléndidos.

No sé por qué me había figurado antes de ingresar en el Conservatorio que era otra cosa la enseñanza de la declamación. Durante mi vida, mi imaginación brindándome ilusiones á *priori*, me ha producido á *posteriori* tristes é inesperados desengaños. Pero sobre este tema hablaré más adelante con la extensión que requiere. Por ahora me limito á consignar, que el profesor repartió los dramas que más boga gozaban: *Sancho García*, *Los Amantes de Teruel*, *El Puñal del Godo*, *El Trova-*

dor, las tragedias *Pelayo* y *Otelo*, apuntó en el librito los nombres de los agraciados con papeles; leyó algunas escenas para que los alumnos se enterasen de como debían interpretarlas cuando las supieran de memoria, y durante la primera semana á esto se redujeron las lecciones.

No sin sorpresa y sin disgusto, observé que en el reparto de papeles había hecho el profesor caso omiso de mí; y como nunca he podido resignarme á soportar con calma las situaciones equívocas, resolví averiguar el motivo de mi preterición.

Al salir de clase me separé rápidamente de mis compañeros, aceleré el paso, me acerqué á Latorre y no sin balbucear, á pesar de mi resolución, le supliqué que me dijera la opinión que había formado de mis disposiciones, para satisfacer á mis padres que deseaban saber á qué atenerse.

Se detuvo, me escuchó y con la mayor amabilidad me dijo que por falta de tiempo no me había llamado para comunicarme lo que había pensado respecto de mí, prometiéndose hacerlo en la primera ocasión oportuna.

Desde luego creía que podía y debía dedicarme al teatro: al recitar el Sueño del *Trovador* había demostrado intuición artística, entusiasmo, pasión; pero era demasiado joven para sentir y expresar los afectos que se desarrollaban en los dramas y más aún en las tragedias. Me preguntó qué edad tenía y al decirle que el día 1.º de Noviembre próximo cumpliría catorce años, añadió que ni mi voz estaba formada, ni podía identifi-

carme con los personajes de las obras que designase para su estudio. Penetrado de mi afición, había pensado aconsejarme que pasase á la clase de García Luna, donde podría ensayarme en la comedia, sin perjuicio de asistir como oyente á su clase, ya que me agradaba el género dramático. Dos ó tres años después podría recibir con aprovechamiento sus lecciones.

Me conformé con su parecer, quedó él mismo en hablar á García Luna, acepté su oferta de admitirme como oyente; y en lo sucesivo seguí su consejo, convenciéndome de que en efecto, ni por mi edad, ni por mi falta de conocimiento de la vida, podía aspirar á realizar mi ideal hasta que transcurrieran tres ó cuatro años.

En la clase de García Luna había más alumnos; en vez de los dramas y las tragedias se ensayaban comedias: el *Sí de las niñas,* el *Barón* y el *Café,* de Moratín; *Marcela, El qué dirán*, el *Pelo de la Dehesa*, *Mi secretario y yo, Los dos amigos y el dote,* de Bretón de los Herreros; el *Amante prestado,* arreglo del francés, también de Bretón, y las comedias del teatro antiguo *El amo criado*, de Rojas; *La verdad sospechosa,* de Alarcón, y otras muchas más, traducidas, de Moliere y de Scribe.

Había mucha animación en la clase, García Luna no imponía el respeto que Latorre, le tratábamos con más familiaridad, su escasa vista permitía á los revoltosos hacer alguna que otra diablurilla; salía durante diez ó doce minutos á tomar un refrigerio, según averiguamos, y en su ausen-

cia formábamos grupos, charlábamos, bromeábamos. Bondadoso en extremo, hacía la vista gorda y aunque le respetábamos poco, le queríamos mucho.

La hora y media ó dos horas que duraba la clase, se nos pasaban sin sentir muy agradablemente entretenidos; y como todos teníamos algún papel más ó menos importante que desempeñar, nos sucedíamos en el espacio que había delante de la mesa del profesor, reducido y desmantelado escenario, y oíamos, sonriéndonos de nuestras torpezas, las correcciones del maestro, que á pesar de sus sesenta ó más años, no podía estarse quieto en su asiento, se levantaba á cada instante, separaba de su sitio al alumno á quien tenía que enmendar la plana, indicaba cómo debía decir bien lo que había dicho mal, hacía otro tanto con las alumnas, se movía, accionaba; y como escaso de dientes y abundante de saliva su boca al hablar parecía un pulverizador, nos salpicaba y esto, por los chistes que nos inspiraba, contribuía también á la alegría que reinaba en aquella clase, contrastando con el orden, la seriedad y la casi religiosidad que era el distintivo de la de Latorre, á la que de vez en cuando asistía yo: no mucho, porque, como es de presumir, dada mi edad, dejé para mejor ocasión mis embrionarias ideas sobre el arte y me encontré á mi gusto entre mis compañeros del uno y otro sexo, no tardando en tutearnos y en tratarnos con franqueza, con demasiada franqueza, según pude observar andando el tiempo.

Lo de sacerdocio, respecto del teatro, se oscureció en mi mente y me aficioné al recreo y jolgorio á que todos contribuíamos.

De los numerosos alumnos que asistíamos á la clase de García Luna, sólo tres adquirieron notoriedad, y no en la escena, pues en ella de los tres sólo brilló como artista de primera fila Pepita Hijosa que entonces era una niña de mi edad, de muy humilde condición, toda vez que su madre, viuda, tenía en el portal de una casa de la calle del Príncipe un puesto de pan, viviendo madre é hija, honradas á carta cabal, de los exiguos productos de la reventa del indicado artículo de primera necesidad.

Pepita, que era muy menuda, de carácter abierto, de viva inteligencia, de una gran flexibilidad, de una gracia natural encantadora y al mismo tiempo muy modosa, era la niña mimada del maestro y de sus condiscípulos.

Su madre la acompañaba, la dejaba en la puerta del Conservatorio, regresaba á su puesto y volvía á buscarla. Por regla general lo mismo hacían las madres de las demás alumnas, y como en su mayoría permanecían en una sala de espera del Conservatorio en animada tertulia mientras duraban las clases, se formó y desarrolló desde entonces el pintoresco grupo de mamás de futuras actrices y futuras cantantes, todas esperando el oro y el moro del talento de sus hijas, acariciando la ilusión de que serían aplaudidas y de que algún noble caprichoso ó algún banquero enamoradizo,

entusiasmados por aquellas nebulosas que llegarían á ser astros en los escenarios, se casarían con ellas y alcanzarían, al convertirse en flores los capullos, gloria y fortuna. ¿Por qué no? De menos nos hizo Dios.

Aquellas casi angelicales y optimistas mamás se han renovado, y según me cuentan, todavía siguen en activo servicio ponderando cada cual los méritos de sus retoños, dirigiéndose maliciosas indirectas, soñando en ovaciones no sin temor de que durante su ausencia del hogar se pegue el mísero puchero con que al volver á casa calmarán el natural apetito en compañía del papá, empleado subalterno, portero de algún ministerio ó menestral laborioso y ordenado, que tarde ó temprano disfrutarán de las migajas de los festines en que sea la niña protagonista.

Pepita Hijosa, admirada por todos sus compañeros, realizó en el teatro lo que prometía en el Conservatorio y fué además buena hija. En cuanto empezó á ganar dinero quitó á su madre del puesto; más tarde casó con Ricardo Morales, otro buen actor injustamente olvidado, y durante treinta años cruzó la escena de ovación en ovación; pero poco previsora, como todos los que ganan fácilmente mucho dinero, vivió bien mientras tuvo contratas. La edad y los achaques la obligaron á bajar la cuesta que tan brillantemente había subido, y la última vez que la ví, poco antes de su muerte, no era ni sombra de lo que había sido.

Nos encontramos en la Carrera de San Jeróni-

mo y apenas la reconocí, porque hacía muchos años que no nos veíamos. La enfermedad que la consumía se reflejaba en su rostro, antes tan vivo, tan insinuante, tan simpático y entonces demacrado, triste, casi cadavérico.

Me contó sus tristezas, sus escaseces, el olvido en que todos la tenían, autores y actores; desahogó conmigo sus penas, esas penas hondas que acibaran las postrimerías de los que han vivido del aura popular, de los que han oído aplausos sinceros y delirantes, de los que han sido objeto de admiración, de lisonjas; de los que han tenido corte y cortesanos y en el ocaso de la vida se ven pobres, enfermos, abandonados, desconocidos, convertido en torcedor del desengaño lo que siempre fué en su alma caricia de la ilusión y esperanza de felicidad.

Los otros dos condiscípulos míos que consiguieron celebridad fueron José Campo y Navas y Eduardo del Palacio. Campo y Navas, que aspiraba á ser un Romea, y que no dejaba de tener facultades para brillar en la escena, al salir del Conservatorio formó parte de algunas compañías dramáticas en las provincias; pero se retiró pronto, se hizo periodista y fué en *La Correspondencia de España* el primer noticiero, como entonces se decía, ó el primer reporter, como se dice ahora. Todavía viven muchos hombres políticos cuyo trato frecuentaba Campo y Navas. No llegaba la indiscreción de los periodistas en su tiempo á donde después ha llegado; pero con mesura, con

tacto, con verdadera vocación periodística, interrogaba á los políticos, escudriñaba los secretos de los prohombres, descifraba los más impenetrables misterios y se valía de todo género de tretas para sorprender los planes fraguados con la mayor cautela.

Si en aquellos tiempos se hubiera dirigido á Narváez, á Posada Herrera, á O'Donnell ó al mismo González Bravo, para preguntarles con la desenvoltura que emplean los actuales reporters sus respectivas opiniones, le habrían echado con cajas destempladas, acusándole de indiscreto, de irrespetuoso ó por lo menos de mal educado.

Los tiempos han cambiado y los descendientes de Campo y Navas son dignos de los que han reemplazado á los O'Donnell, los Narváez, los González Bravo y los Posada Herrera.

Entonces no había más remedio que acudir á todo género de ardides, y adquirió celebridad el que Campo y Navas puso en práctica para informarse de cómo resolvía el Gobierno un problema político de mucha transcendencia.

Ni los jefes del Gobierno de entonces se permitían convertir sus despachos particulares en Presidencia oficial del Consejo de Ministros; ni éstos, á no ser por enfermedad de su jefe, habrían tolerado que los reuniese en su domicilio.

Los Consejos se celebraban en la Presidencia, establecida en un edificio de un solo cuerpo llamado, si no recuerdo mal, Pabellón de las Milicias, situado á la izquierda del Ministerio de la

Guerra donde hoy forma chaflán la verja del antiguo Palacio de Buenavista. Después fué trasladada al caserón que actualmente ocupa, antigua fábrica de cristales y más tarde morada del célebre pintor D. José Madrazo, gran amigo de la reina gobernadora Doña María Cristina, director durante mucho tiempo del Real Museo de Pinturas y padre de los no menos célebres pintores D. Federico y D. Luis, del ilustre arquitecto D. Juan, del erudito literato D. Pedro y del notable jurisconsulto D. Fernando.

D. Manuel María Santana, fundador de *La Correspondencia de España*, que adquirió más tarde gran notoriedad y una muy regular fortuna, había venido á buscarla en Madrid desde Sevilla, teniendo que ganarse la vida en los primeros tiempos con las revistas de corridas de toros que escribía para *El Español* y otros periódicos de los que por entonces se publicaban.

Simpático, de carácter franco, activo, trabajador, buscó el pan cotidiano como la generalidad de los que á cultivar las letras se han dedicado y se dedican. Se enteró de que en París y en Londres aparecían diariamente unas *Hojas autógrafas* con noticias políticas y financieras que servían de embrionaria información á los periódicos, á los políticos y á los banqueros, creó en Madrid la *Correspondencia autógrafa* auxiliado por Villamil, joven muy laborioso, y por Zuloaga, administrador probo y amigo leal, que prosperaron con Santana; para obtener noticias se puso en relaciones con

ministros, diputados y senadores; la suscripción costaba 25 pesetas mensuales y aunque apenas llegaban á un centenar los suscriptores en España y en el extranjero, esta publicación especial resolvió el problema económico del revistero tauromáquico.

Reunía Santana las condiciones principales para llenar á maravilla su cometido: actividad, audacia, dura epidermis para sufrir los sofiones y las impertinencias de los personajes políticos, gracejo para desarrugar el ceño de los más serios y endiosados políticos, labia y buenos cigarros habanos para poner de su parte á los porteros de los ministerios.

La noticia adquirió bajo su influencia una importancia que venía siendo exclusiva de los llamados artículos de fondo; halló en ella un filón, y para explotarle en gran escala realizó una verdadera revolución en el periodismo. La suscripción de los diarios costaba al mes de 3 á 4 pesetas y no se vendían sus números sueltos. El público se vió un día sorprendido con un periódico que sólo publicaba noticias, muchas noticias de todas clases, mezcladas, barajadas; que se vendía en las calles por los que hasta entonces sólo expendían los llamados romances de ciego ó los fijos de la lotería primitiva, y que sólo costaba dos cuartos cada ejemplar y seis reales al mes la suscripción.

El éxito fué inmenso: en aquella época el periódico que reunía 4.000 suscriptores creía haber llegado al mayor grado de apogeo. Sólo *El Español*,

creado por el gran periodista D. Andrés Borrego y dirigido por Sartorius, después conde de San Luis, había reunido mayor número de lectores; pero contar quince mil, veinte mil, treinta mil, como contó *La Correspondencia de España* á los tres ó cuatro meses de su fundación, se consideró un verdadero prodigio.

Estas cifras parecen hoy insignificantes, porque los rotativos han llegado á tiradas de más de 100.000 ejemplares diarios, y en Inglaterra y Francia hay diarios que cuentan sus lectores por millones; pero entonces una tirada de 30.000 ejemplares representaba un éxito colosal. Antonio Trueba y Bravo y Destuet, auxiliaron á Santana, contribuyendo con los citados Villamil y Zuloaga á convertir en millonario y hombre influyente, al que algunos años antes había venido de Sevilla con un presente muy modesto en busca de un porvenir muy inferior al que le depararon su buena estrella, su incesante actividad y su ingenio para explotar la noticia, que hasta que él la convirtió en Princesa afortunada, no había sido más que la pobre y relegada Cenicienta del periodismo.

Campo y Navas fué su discípulo más aventajado, y aunque al consignar mis recuerdos de periodista he de volver á hablar de Santana y de otros publicistas no menos célebres que él, me he permitido la digresión á que doy fin, para explicar el ardid que consiguió notoriedad á Campo y Navas, ya que como alumno del Conservatorio quedó relegado al olvido.

El Gobierno estaba en crisis, debía celebrar un Consejo de gran transcendencia, en él resolverían dimitir los ministros ó se conjuraría el peligro de muerte que amenazaba al Gabinete. Los políticos aguardaban con avidez el resultado del Consejo y el Gobierno mostraba el mayor interés en que no trascendiesen al público sus acuerdos.

Campo y Navas resolvió informarse á cualquier costa de lo que acordasen los ministros; y muy temprano, cuando los mozos hacían la limpieza, se dirigió al edificio de las Milicias, donde se hallaba como he dicho antes la Presidencia del Consejo y donde además vivía el general Narváez, que era á la sazón el jefe del Gobierno.

La historia no refiere si se entendió con algún portero, ordenanza ó mozo de servicio, ó si cogiendo las vueltas á alguno de estos funcionarios de escalera abajo, á los que conocía y obsequiaba con cigarros ó butacas para los teatros, que abundaban en la redacción de *La Correspondencia*. Lo cierto es que el noticiero predecesor de los *reporters* modernos, se coló en el salón donde celebraba el Consejo sus sesiones, en cuyo centro había una amplia mesa rectangular cubierta con un rico tapete de terciopelo carmesí, provista de paños laterales que bajaban hasta el alfombrado pavimento, con ocho lujosos cartapacios, uno para cada ministro y otro mayor para el Presidente. Por regla general había un puesto vacante, pues era cosa rara que el Jefe del Gabinete no tuviese á su cargo uno de los ocho ministerios. Por último, nueve

magníficos y cómodos sillones rodeaban la mesa, donde los consejeros de la Corona creían hacer la felicidad del país.

Campo y Navas, que era de corta estatura, no muy grueso y en extremo flexible, lo mismo corporal que moralmente, se metió debajo de la mesa colocándose en el centro para que si estiraba las piernas algún ministro no tropezase con él; y allí, provisto de algunas municiones de boca, esperó la hora señalada para el Consejo, once de la mañana.

Nada de más novelesco interés que oir contar al audaz noticiero las angustias que sufrió desde que sintio los primeros pasos de los ministros hasta que terminó la sesión, jurando todos guardar el más religioso secreto sobre lo que habían tratado.

La sesión fué agitada; los políticos de aquel tiempo y más los del partido moderado, eran hombres de carácter que no se dejaban manejar ni aun por Narváez, que tanto respeto y tanto temor infundía.

Al fin, y en esto poco han variado los tiempos, el instinto de conservación pudo más que la fiereza de los intransigentes; se buscó la siempre socorrida fórmula; se encontró, porque jamás falta ingenio á los políticos para permanecer en el poder, y después de un par de horas borrascosas reinó la calma, los consejeros se despidieron cordialmente, el salón quedó solo, silencioso, y Campo y Navas respiró, aunque no por complelo, por-

que aún podía malograrse su empresa si algún portero le veía salir de la sala de sesiones.

Se acercó á la puerta, que no había sido cerrada con llave, aplicó el oído, miró por el ojo de la cerradura y cuando se persuadió de que en la antesala no había nadie abrió cuidadosamente la puerta, salió, volvió á cerrarla y en uno de los corredores encontró al portero mayor, á quien preguntó si estaban aún reunidos los ministros.

Como le conocía y aun solía darle discretamente algunas noticias, no le chocó verle allí. Le dijo que llegaba tarde y que nada podía comunicarle, porque obedeciendo la orden del Presidente, ni él mismo había podido estar en la antesala. Por lo visto habían tratado algo importante y muy secreto, puesto que habían querido que ni los de la casa oyesen el rumor de sus palabras.

Se alejó Campo y Navas fingiendo gran pesar, insinuó que iba á ver si alguno de los ministros le decía algo de lo que habían tratado, suponiendo que después de almorzar serían expansivos... y por la noche refirió *La Correspondencia* con lujo de detalles cuanto había pasado en el Consejo.

Este taimado triunfo periodístico, cuyo origen sólo lo supo entonces Santana, aunque después se divulgó, irritó grandemente á Narváez y á sus colegas y dió lugar á que sospecharan unos de otros, porque sólo la traición ó la debilidad de uno de ellos podía haber enterado al periódico de lo que tan sigilosamente habían tratado, después de las minuciosas precauciones que habían tomado.

Todo el que ejecuta en nuestro país lo que se llama una hombrada, sea la que sea, gana fama de listo y es admirado y hasta envidiado. Cuando cayó Narváez del poder y se supo lo ocurrido, tanto el hombre temible, que en el fondo era un completo andaluz, amable y generoso á veces y á veces déspota y rencoroso, como sus demás compañeros de Gabinete, celebraron la audacia y la buena suerte del redactor de *La Correspondencia.*

Más adelante dedicaré nuevos párrafos á Campo y Navas, que con Llano y Persi, Roberto Robert, Alvarez Ossorio y conmigo, fundó la Asociación de Escritores y Artistas, que aún subsiste.

XXIV

El otro compañero de la clase de declamación de García Luna, Eduardo de Palacio, era cuando le conocí bailarín en los teatros de la villa y corte. Se acostumbraba entonces á intercalar un baile entre la comedia y la pieza final ó el sainete. Un maestro coreográfico componía los bailables, del género andaluz casi siempre, una primera bailarina desempeñaba el principal papel y dos segundas y unas cuantas parejas completaban el cuadro. Fué aquella la brillante época del *Jaleo de Jerez,* las *Boleras robadas* y qué sé yo qué más bailes, que tenían apasionados admiradores, y del emporio de Antonio Ruiz y de la encantadora Conchita, su hija. Eduardo de Palacio, que reunía en su figura todas las condiciones de esbeltez, flexibilidad y

gracia que se exigía á los bailarines, figuraba desde los quince años en el cuerpo de baile de los principales teatros; pero aspiraba á ser actor y sin dejar de bailar por las noches, asistía por las mañanas á la clase de declamación.

Desde la más tierna infancia reveló el talento que posteriormente le permitió ocupar un puesto distinguido en el periodismo como escritor de costumbres. En el *Panorama,* periódico literario con grabados que se publicaba en Madrid por los años de 1844 y 45, aparecieron el retrato de un niño que había brillado en unos exámenes de primera enseñanza y una mención de los méritos que le alcanzaron aquel honor, tan vulgarizado hoy, pero que entonces constituía un homenaje de los más codiciados. El retrato era del niño Eduardo de Palacio. De modesta familia, tuvo necesidad de ganarse la vida, y no encontró mejor medio de utilizar algunas de sus cualidades, que como bailarín en los teatros. En la ciase mostró escasas disposiciones para la declamación: lo reconoció pronto y siguió bailando hasta que cambiando los tiempos cesaron los bailables en los teatros de verso. Algo desarreglado en su modo de ser, aunque siempre hombre de corazón, pasó algunos años viviendo de milagro; pero como las novelas que se repartían por entregas se hallaban en todo su apogeo, se hizo novelista, convirtió en novelas las comedias andaluzas *El eorazón de un bandido* y *Diego Corrientes*, ganó para vivir, escribió algunos artículos humorísticos que fueron muy celebrados, *El Im-*

parcial insertó muchos, adquirió fama, todas las publicaciones solicitaban su colaboración, entre él y Luis Taboada mantenían la higiénica risa en los numerosos lectores de diarios y revistas, algunos días escribía dos ó tres artículos, que pagados primero á cinco duros, luego á tres, luego á dos, porque su producción era inmensa, le proporcionaban un haber de ocho á diez duros cada día, á pesar de lo cual siempre andaba á la cuarta pregunta, porque se daba buena vida y no se negaba ningún capricho.

Abusó de su ingenio, sus admiradores disminuyeron, los periódicos le pusieron á ración, y gastados su espíritu y su cuerpo, sucumbió joven aún, afortunadamente antes de que se eclipsase por completo su buena estrella.

Fué bueno en el fondo, generoso, trabajador cuando necesitaba y necesitaba todos los días. En sus artículos humorísticos había siempre algo de sentimiento, se comprendía que para hacer reir había llorado antes. Verdadero bohemio, se agotaron sus fuerzas al mismo tiempo que sus recursos. Le perdí de vista en los últimos años de su vida; pero me refirieron que dejó un hijo á quien quería entrañablemente y que al ver que quedaba sin recursos, su pena en los últimos momentos fué en extremo dolorosa.

Los demás condiscípulos renunciaron al teatro ó cayeron en el más profundo olvido. Entre ellos sólo recuerdo á Emilia Dávila, que desempeñaba con soltura y no sin cierto gracejo los papeles de

domésticas y lugareñas; á Dolores Gómez, alta, gruesa, una matrona por su corpulencia, entre los veinte y los treinta Abriles, dama obligada en las comedias que ensayábamos; á un Navarrete, ya talludito, que había dejado el Seminario para dedicarse á la declamación y que al fin y al cabo volvió á enfundarse en la sotana; á Sagrario, joven de buena familia, muy empaquetado, muy cortés, algo enfático y obligado galán; á Plácido Hernández, siempre risueño, siempre afable, cajista de profesión, á quien después he visto varias veces, siendo considerado como un perfecto tipógrafo; á un tal Vila, hijo de un catalán que por aquel tiempo editaba una obra monumental relacionada con la Marina española; á un joven llamado Daroca, muy bien educado y muy romántico, todos muy entusiastas, soñadores como yo y confiados en conquistar la gloria y la fortuna al brillar en el palco escénico.

Ninguno de los que he citado y de otros varios cuyos nombres se han borrado de mi memoria, realizaron sus nobles aspiraciones. Otro tanto pasó á los que asistían á la clase de Latorre, de la que sólo Romea y Pedro Delgado lograron gran renombre.

Pero todos creíamos y esperábamos: aún no había llegado para ellos ni para mí la hora del desengaño.

Sólo una alumna llamada María Méndez ó Menéndez, al ser contratada como actriz por una empresa, logró llamar la atención del público y

los inteligentes auguraron que sería émula de Teodora Lamadrid; pero estos augurios no se realizaron. Una traidora enfermedad la llevó al sepulcro poco después de alcanzar sus primeros triunfos, y como pasó rápidamente por la escena, fué olvidada. Mientras fué alumna del Conservatorio, algo extraño que había en su modo de ser nos impulsaba á respetar el misterio que la rodeaba, sin dejar de quererla, porque su bondad y el sufrimiento físico y moral que revelaba su semblante la hacían simpática en extremo.

XXV

Por mis compañeros me enteré de que había dos ó tres teatros caseros que alquilaban las sociedades de aficionados que siempre ha habido en Madrid, y en una de éstas, que actuaba en el antiguo y famoso teatro del Genio situado en la calle de San Pedro, y de la que era director José Rojas, otro tipógrafo que fué más tarde durante muchos años regente de la imprenta de *La Iberia*, establecida en el callejón de Tudescos, me inscribí como socio y con mis compañeros de la clase de García Luna, los discípulos de Latorre y otros aficionados que como la Chocano, Sorzano, Abad y algunos más que no recuerdo, representé comedias y dramas, no siendo por mi corta edad favorecido en el reparto de los papeles, lo que no dejaba de herir algo mi amor propio de aspirante á artista.

Pero aquella vida fecunda en emociones y en jolgorios me agradaba. Por las noches había ensayos, y cuando otra sociedad de las varias que funcionaban necesitaba el escenario, iba con alguno de mis camaradas al teatro Español ó al de la Cruz, ó al Instituto, que en aquella temporada se llamó de la Comedia, ó al teatro nuevo de Variedades, donde empezaba á hacer pinitos la zarzuela con *Colegiales y soldados* y el *Duende*, el famoso *Duende*, que se representó más de cien noches seguidas, cosa insólita entonces.

Por recomendación de los maestros ó por las relaciones con las empresas de los aficionados que gozaban de cierta notoriedad, entrábamos *gratis et amore* en los coliseos; y aunque á mis padres no les gustaba mucho que me retirase á casa á las doce de la noche, que era el máximum de la duración de las funciones, les demostraba yo que aquello no era para mí una diversión sino un estudio, complemento de la enseñanza que recibía en el Conservatorio, y toleraban que trasnochase, aunque á regañadientes.

Y eso que trasnochar era peligroso en aquella época. Rara era la noche que no se veían los transeuntes sorprendidos por ladrones de profesión que les pedían la bolsa ó la vida y que cuando quedaban defraudadas sus esperanzas de apoderarse de lo ajeno solían maltratar, y en ocasiones hasta asesinar á los que les oponían resistencia.

Para evitar en lo posible estas sorpresas, además de los serenos de la villa vigilaban las calles

desde las nueve de la noche hasta la madrugada parejas de guardias ó *guindillas*, equivalentes á los agentes de orden público que hoy funcionan y que la gente del pueblo, siempre aficionada á emplear motes pintorescos, denominaba *gusanos de luz*, porque sujeta con el cinturón llevaban una linterna de reverbero que desde gran distancia proyectaba sus reflejos.

Los atracadores nocturnos se enteraban por aquellas para ellos impertinentes luces de que los guardias no estaban lejos y aplazaban sus fechorías para mejor ocasión. Otras veces, los *gusanos* cubrían la linterna con su capote y se colocaban en los ángulos de las calles de modo que al descubrir el reverbero con sólo hacer un cuarto de conversión á la derecha y otro á la izquierda iluminaban en el espacio de un minuto las dos calles y al revelar de este modo su presencia malograban los robos que estaban á punto de cometerse.

Gracias á los *gusanos de luz* pude salvarme de un atraco, que para los dos hombres que me asaltaron habría sido improductivo, porque á lo sumo llevaría en el bolsillo dos ó tres piezas de dos cuartos y en cuanto al reloj era por entonces un artículo de lujo para un mozalbete de mi edad.

Me retiraba del teatro á cosa de las doce, y para dirigirme á mi casa por el camino más corto, desde la Puerta del Sol por las calles del Carmen, del Olivo (hoy Mesonero Romanos), de la Abada, de Jacometrezo, Travesía de Moriana (que ya no

existe), Tudescos, Plaza de Santo Domingo y calle de Isabel la Católica llegaba á paso ligero y caminando siempre por medio del arroyo, como me había aconsejado mi padre, á mi casa de la calle de San Cipriano.

La noche á que me refiero, casi al final de la Travesía de Moriana, del dintel de una puerta-cochera que cerraba una antigua prendería, salieron dos hombres que rodeándome, después de darme el alto, me obligaron á refugiarme delante de la puerta en donde poco antes estaban en acecho.

—Suelta todo el dinero que llevas, ladrón—dijo uno de ellos.

El terror que infundieron en mi ánimo, me impidió hablar y ni siquiera pude gritar pidiendo socorro.

—Danos por buenas lo que lleves—insistió el ladrón—ó mueres aquí mismo como un perro.

En aquel instante se proyectó una luz sobre el grupo que formábamos, y los dos bandidos echaron á correr por la calle de Tudescos.

Uno de los guardias que estaban de plantón en la esquina que formaban la calle de Jacometrezo y la Travesía de Moriana, tuvo el buen acierto para mí de dar media vuelta á la derecha; los ladrones se apercibieron; mientras corrían grité yo, acudieron los guardias y temblando todavía, les referí lo que me había pasado.

Los tres llegamos á la calle de Tudescos y no había en ella un alma. Los atracadores se habían

escapado por el callejón del Perro y era difícil echarles el guante.

Me tranquilizaron los bondadosos guardias, me acompañaron hasta la Plaza de Santo Domingo, y cuando llegué á mi casa todavía me duraba la agitación nerviosa que había experimentado.

No era el caso para menos: á los catorce años, una sorpresa como la que me dieron aquellos bribones, pudo ser más funesta de lo que fué.

Desde aquella noche fuí con menos frecuencia al teatro y casi siempre acompañado de mi padre. Cuando iba solo, lo que sucedía raras veces, volvía á mi hogar por la calle del Arenal, plaza de Isabel II, Cuesta de Santo Domingo, y un sereno, mediante una corta cantidad mensual, me esperaba en la entrada de la calle de Isabel la Católica y me acompañaba hasta dejarme en mi casa.

Un año después, en la calle de las Beatas, salió de pronto un hombre de la Travesía de la Parada y quiso detenerme; pero pude emprender una carrera vertiginosa, al mismo tiempo que gritaba: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» y llegué jadeante á mi domicilio.

Crean los lectores que no era nada agradable andar en aquel tiempo por Madrid á las altas horas de la noche.

XXVI

Al temor de las sorpresas nocturnas sucedieron en mi ánimo otras preocupaciones.

No eran malas personas mis compañeros de la clase de Declamación ni los del teatro de aficionados; la mayoría de ellos pertenecía, sobre todo los últimos, á familias modestas cuyos hijos se desarrollan, juegan y diablean en las calles desde la más tierna edad, habiendo ido á la escuela solos y en condiciones de hacer novillos á menudo y acabando por aprender un oficio, con lo que dicho se está que la educación de algunos de mis camaradas no era de las más selectas.

El oficio de cajista, que era el que en su mayoría desempeñaban mis compañeros, era más considerado en aquellos tiempos que en la actualidad, porque se exigía á los aprendices no sólo que supieran leer y escribir, que esto era de absoluta necesidad, sino que hubieran estudiado la gramática y de ésta, muy particularmente, la ortografia. Abundaban los buenos oficiales, los correctores prestaban los mejores servicios á los literatos, el aprendizaje era largo y los oficiales tenían á gala sacar buenos discípulos.

Pero los aficionados al arte escénico á quienes conocí y traté eran jóvenes más ó menos avanzados en el aprendizaje, habían rodado por el mundo más que yo, descubrieron á mi inexperiencia de la vida horizontes desconocidos para mí y comencé, estimulado por ellos, á bajar la pendiente que tan funesta suele ser para los que no logran detenerse á tiempo y fijar su planta en terreno llano.

Mi padre fundó una Agencia de negocios; envió

una circular á sus amigos de provincias y como no se presentó mal esta empresa, alquiló un cuarto principal en la casa de la plaza de los Mostenses que hace esquina con la calle del Rosal, á donde daban algunos de los balcones de la citada casa á la que nos mudamos en el mes de Diciembre.

Mejoramos mucho de domicilio y en él permanecimos tres años, lo que no dejó de sorprender á las relaciones de mi familia, porque mi buen padre, no sin protestas reiteradas de mi madre, era muy aficionado á cambiar de vivienda.

Uno de los primeros clientes de la Agencia tenía un pariente en la Jamaica que le enviaba pipas de ron de una de las más acreditadas marcas para que lo embotellase y vendiese en España, y consignó á mi padre, desde la capital de provincia donde residía, una docena de botellas con el encargo de que buscase en Madrid almacenes ó tiendas cuyos dueños, después de enterarse de la superioridad del ron, le hicieran pedidos en firme.

Conté á algunos de mis compañeros de teatro la llegada de las doce botellas, preguntándoles si conocían á un tendero ó almacenista de vinos, con el deseo por mi parte de auxiliar á mi padre en aquella empresa, que no era muy de su gusto, y lo único que me dijeron, después de contestar á mi pregunta negativamente, fué que lo mejor que podía hacer era escamotear una botella, llevarla al teatro por la tarde cuando no hubiera nadie en él y bebérnosla entre todos en amor y compañía, para comprobar su buena calidad.

Seguir aquel consejo me pareció hacer una hombrada y ya tenía yo gana de que dejasen de considerarme como á un niño. Al día siguiente me apoderé de una de las botellas y la guardé sigilosamente en un bolsillo del capote, prenda que usaban los mozalbetes, pues la capa sólo era privilegio en aquel tiempo de los hombres hechos y derechos.

Con el cuerpo de mi inconsciente delito fuí al teatro del Genio á la caída de la tarde, encontré á cuatro ó cinco de mis compañeros, pedimos al conserje una copa invitándole al festín, y el contenido de la botella desapareció en breve como por encanto.

Jamás había probado el ron. En mi casa no se bebía más que agua y sólo en Navidad solemnizábamos la fiesta tomando algunos sorbos de vino generoso.

Al acercar á mis labios la copa de ron que me tocó en el turno, estuve á punto de arrojar el líquido y el recipiente; pero mis camaradas aseguraban que era un ron exquisito y para no ser menos que ellos apuré el contenido de la copa.

Todavía quedó ron para un segundo turno y no tuve más remedio, no queriendo malograr lo que suponía una hombrada, que absorber el líquido de la segunda tanda.

Poco después sentí que mi cabeza se desvanecía, tenía fuego en las entrañas y no sé lo que me pasó. Sólo recuerdo que el bondadoso Plácido Hernández, que no había hecho más que probar el ron

soportando con calma las burlas de los que se mofaban de su miedo á embriagarse, me metió en un Simón, como llamaban á los coches de alquiler, me llevó á mi casa, donde por fortuna no estaba mi padre, refirió á mi madre que los compañeros me habían hecho beber una copa de cognac, guardándose muy bien de aludir á la botella por mí escamoteada, y añadió que sin duda me había hecho daño y que me había acompañado para que mi tardanza en volver á mi casa no alarmase á la familia.

Entre mi madre y la fiel montañesa me acostaron y hasta el día siguiente no me dí cuenta de que había sufrido las consecuencias de la embriaguez, que tanto desprecio me inspiraba al ver á los borrachos en las calles.

Fué aquella la primera vez y á Dios gracias la única en mi larga y accidentada vida, que incurrí en la debilidad que tan despreciable me ha parecido siempre. El recuerdo del disgusto que dí á mi adorada madre y la vergüenza que experimenté al reflexionar en mi mala conducta de aquel día, me han servido para no reincidir, evitando las ocasiones de beber con exceso vinos ó licores y prefiriendo oirme calificar de demasiado prudente y de cobarde ante el alcohol, á caer en la abyección en que sume al hombre el vicio de la bebida.

Cuando llegó á casa mi padre, le dijo mi madre que me había retirado temprano por sentirme indispuesto, que había resuelto que me acostase

dándome te por tratarse de una indigestión, que me había dormido quedándome tranquilo y que aquello no sería nada.

Las madres más honradas engañan á sus maridos por defender á sus hijos.

Al día siguiente cuando me confió que para evitar un disgusto había ocultado á mi padre la verdadera causa de mi indisposición, la abracé con toda mi alma, la referí entre sollozos lo que había sucedido y la prometí con verdadera sinceridad apartarme de aquellos amigos que tan mal me habían aconsejado y por tan mal camino me guiaban.

Era necesario justificar la falta de la botella de ron y mi madre se acusó de haber cometido la torpeza de romperla al tratar de limpiar las doce que había depositadas en la despensa.

Es posible, porque era muy buena, que confiase más tarde á mi padre la verdad; pero si así fué, no se dió por entendido conmigo.

He recordado este insignificante episodio para rendir una vez más tributo á la memoria de mis padres, que con bondad y tacto me apartaron siempre de los peligros que acechan á los jóvenes cuando no se acierta á corregir á tiempo sus defectos ó se emplea la violencia para corregirlos.

En aquella ocasión yo mismo comprendí que las malas compañías podían perjudicarme, renuncié á formar parte de la sociedad de aficionados del teatro del Genio y busqué en otra esfera más morigerada y culta el medio de continuar dando pábulo á mi afición.

XXVII

Aunque después de mi aventura en la Travesía de Moriana fuí con menos frecuencia al teatro, tuve ocasión de ver algunas obras muy notables y de admirar á sus principales intérpretes.

El teatro Español inauguró la temporada á principios de Septiembre con la preciosa comedia de Tirso de Molina *La villana de Vallecas*, interpretada por Teodora Lamadrid, que figuraba ya como primera dama, y por actores tan admirados y queridos del público como Valero, Calvo (D. José), Guzmán, Pizarroso, Barroso, Alverá (D. Antonio), Manuel Ossorio y el concienzudo Lázaro Pérez. La compañía era de las más completas que podían formarse, y tanto la comedia como el sainete *La casa de vecindad,* en que tomaron parte los primeros actores, fueron admirablemente interpretados.

Casi al mismo tiempo abrieron sus puertas los teatros de Variedades y el Instituto ó de la Comedia, situados el primero en la calle de la Magdalena y el segundo en la de las Urosas. Los dos fueron derribados hace diez ó doce años y convertidos en amplias casas de vecindad.

En el antiguo convento de los Basilios, que se hallaba al principio de la calle del Desengaño entre las de Valverde y del Barco, se había construído hacía poco un teatro que se llamó primero del Drama y después de Lope de Vega. También este

coliseo abrió sus puertas con una compañía dirigida por el genial actor D. Juan Lombía, en la que figuraban actrices por entonces muy festejadas, como María Llorens, Catalina Flores, Concepción Ruiz, Concepción Sampelayo, Laura García y los actores Facundo Ayta, que tuvo un período de celebridad, Vicente Caltañazor, que después en el teatro de la Zarzuela fué un verdadero ídolo del público por su gracia cómica, José García, condenado durante toda su vida artística á desempeñar los papeles de traidor y los tipos odiosos de las obras en que tomaba parte, no sin ser un perfecto intérprete de los antipáticos personajes, y Rafael Muñoz, buen galán joven que más tarde al lado de Matilde Díez y Manuel Catalina brilló como un meteoro, porque en lo más florido de su juventnd bajó al sepulcro.

Lombía, un verdadero artista, era además un inteligente empresario: conocía al público y no vacilaba en sacrificar el arte al negocio. Había obtenido grandes éxitos pecuniarios en el teatro de la Cruz con los melodramas que tanto gustaban, siguen gustando y siempre gustarán al público; con las comedias de magia *La Pata de Cabra* y *Los Polvos de la Madre Celestina*, que á tantas generaciones han distraído y recreado y de las que los viejos de hoy, niños entonces, conservan los más gratos recuerdos, y por último con las parodias de óperas que los espectadores saboreaban con deleite, entre ellas, *La Venganza de Alifonso*, caricatura de *Lucrecia*, el *Sacristán de*

San Lorenzo y otras cuyos títulos he olvidado.

Bien es verdad que las campañas que en el mismo viejo teatro de la Cruz, emplazado en el sitio que ocupa actualmente el trozo de la calle de Espoz y Mina que limitan el callejón del Gato, la calle de la Cruz y la plaza del Angel, sostuvo contra el teatro del Príncipe una desesperada competencia, auxiliado por Bárbara Lamadrid y Carlos Latorre representando, entre otras obras, las que más fama dieron á Zorrilla y más gloria á los dos eminentes artistas escénicos. En esta campaña que acabo de citar, acreditó Lombía su talento de actor y su amor al arte; pero la lucha por la existencia y el instinto de conservación imponen sacrificios á veces ominosos.

En el teatro de la Comedia constituía una novedad la aparición de un actor que había permanecido algunos años en la isla de Cuba, de quien hacían grandes elogios los que en la Habana le habían visto en la escena y que según se contaba, á su mérito artístico reunía una educación esmerada, costumbres correctísimas y mucho orden, cualidades que le habían permitido hacer una fortunita. Aludo á D. Joaquín Arjona, de quien en breve hablaré más detalladamente.

Actor genérico, ilustrado y sabiendo sacar gran partido de sus escasas condiciones físicas, logró desde que apareció en Madrid, imponerse al público, y después durante algunos años figuró con gloria al lado de las eminencias, que eran á la sazón Julián Romea, Valero y Catalina. Anto-

nio Vico y Rafael Calvo eran todavía crisálidas.

En el teatro de la Comedia ó sea el Instituto de la calle de las Urosas, se estrenó un drama titulado *El Mulato*, arreglado del francés, en el que Arjona alcanzó uno de sus primeros triunfos en la Península.

Durante la temporada que comenzó en Septiembre de 1850, entre otras obras pude ver en el teatro Español *Luis Onceno*, una de las más admiradas creaciones de Valero; *Don Francisco de Quevedo*, de Florentino Sanz, de la que recitábamos varias escenas en la clase de García Luna; *Los Amantes de Teruel* y *Doña Mencía ó la boda en la Inquisición*, de Hartzenbusch; el *Vaso de Agua*, de Scribe; las obras del teatro antiguo *El Mejor Alcalde el Rey*, *El Alcalde de Zalamea* y la admirable comedia francesa, no menos admirablemente traducida al castellano, *Jugar por tabla*, que obtuvo un brillante y merecido éxito.

Me entusiasmaban aquellas obras, que no podía apreciar en todo su valor; pero que me hacían considerar á sus autores como seres extraordinarios, lo mismo que á los actores que con tanta inspiración y maestría encarnaban los personajes creados por los poetas.

No me ocultaba la distancia que de ellos me separaba; pero tenía fe, y si la enseñanza que recibía en el Conservatorio no correspondía al concepto que de ella me había formado, el estudio particular que me proponía hacer de las obras que más me interesasen, me prepararía á realizar

mis ensueños en la escena cuando estuviese en edad de poder formar parte de una compañía dramática.

Halagado por estas ilusiones, terminó para mí el año 1850, no sin qne algunos días antes recibiese en otro orden de ideas una lección de las que van formando poco á poco la triste experiencia de la vida.

Había ido con mi padre al teatro, y al retirarnos por las calles mal alumbradas y peligrosas que trazaban el camino más corto para llegar á mi casa, como de costumbre caminábamos por el arroyo y á unos cincuenta pasos el uno del otro.

Esta precaución era muy conveniente para evitar sorpresas desagradables.

Iba yo delante, y al desembocar desde la Travesía de la Parada en la corta calle del Rosal, oí un gemido. A favor de la débil luz de un farol ví á un hombre tendido en el suelo sobre un charco de sangre.

Me detuve horrorizado, y me disponía á acercarme al moribundo cuando llegó mi padre y me dijo en voz baja:

—Sigue... y abre la puerta de la calle de nuestra casa lo más pronto que puedas.

Dando diez ó doce pasos llegábamos á la plaza de los Mostenses y antes de tres ó cuatro minutos podíamos estar en nuestra vivienda.

La orden de mi padre, seca y terminante, me llenó de asombro. ¡Pasar sin prestar auxilio á un herido que agonizaba! ¡Mi padre, que tan buen co-

razón poseía, dejaba en el abandono á un infeliz que, como pude ver, tenía clavado en el pecho el puñal con que le habían herido!

Obedecí, abrí con mano trémula la puerta de la calle de mi casa, subimos rápidamente al principal, entramos en nuestro hogar donde sólo estaba sin acostarse, esperándonos, la criada montañesa, y antes de que pudiera preguntar á mi padre por qué habíamos sido tan poco caritativos, se oyeron varias veces seguidas el silbato del sereno y poco después murmullos y voces en la calle del Rosal.

—De buena nos hemos librado—dijo mi padre.—El sereno ha visto al herido, ha pedido auxilio, han llegado sus compañeros; y si como pensaste, obedeciendo á un generoso sentimiento, nos detenemos á socorrer á ese pobre hombre, lo que habría sido inútil porque estaba expirando, nos habrían llevado á la prevención y aun cuando hubiéramos podido demostrar que sólo por un acto de caridad nos habíamos acercado al herido, habríamos tenido que pasar la noche en un calabozo, que comparecer ante el juez para prestar declaración y que acudir al juzgado cuantas veces nos citasen... Me horroriza pensar las molestias que nos habría causado un acto de piedad.

Guardé silencio no sabiendo qué decir, y mi padre añadió:

—Sírvate de gobierno lo que ha pasado esta noche, y hasta mi misma conducta, que de seguro te parece extraña. Cuando veas que riñen hom-

bres ó mujeres en la calle ó que ocurre una desgracia y se forma un grupo en torno de la víctima, apártate con rapidez. La Justicia cumple siempre su deber; pero la curia, es decir, sus auxiliares, tienen establecidos trámites que molestan y desesperan á los hombres de bien. Los tunantes saben cogerla las vueltas y se defienden. En el último tercio del siglo pasado—añadió—ocurrió un caso análogo al que ha podido repetirse esta noche. Era en pleno verano, y en las horas de más calor se cerraban las tiendas, las puertas de las casas, y las calles quedaban desiertas ó poco menos durante aquellas dos ó tres horas. En la Carrera de San Jerónimo fué asesinado un hombre; el asesino, como el que ha herido al moribundo de la calle del Rosal, dejó clavado en el pecho de su víctima el puñal homicida, pudo desaparecer sin ser visto y un caballero que pasó poco después, condolido al oir los gemidos del que agonizaba, se acercó á él y le arrancó el puñal al mismo tiempo que desembocó por una calle próxima una ronda de alguaciles sorprendiendo al caballero con el arma en la diestra. En vano explicó lo que había sucedido y alegó su inocencia: todo le condenaba. Después de ser juzgado con arreglo á las apariencias, fué condenado á expiar en la horca el delito que no había cometido. Pero la Providencia, que vela por los buenos, permitió que uno de los magistrados, que no tuvo más remedio que condenarle con arreglo á la letra de las leyes, fuese testigo del crimen. Vivía en una casa de la Carre-

ra de San Jerónimo, oyó ruido en la calle, se acercó al balcón y separando la cortinilla vió por el cristal de la vidriera á un hombre tendido en medio del arroyo, al asesino que corría y al caritativo caballero que se acercó al moribundo y le arrancó el puñal del pecho. Antes de que el Tribunal dictase la sentencia, declaró reservadamente á sus compañeros lo que había visto; pero como todas las pruebas practicadas condenaban con arreglo á la letra de la ley al inocente, tuvo que conformarse con la resolución del Tribunal, aunque se abstuvo de firmar el fallo. Salvar al reo fué su más vivo deseo desde aquel momento. Pidió audiencia al Rey, que era el bondadoso Carlos IV; bajo juramento le refirió lo que había visto y solicitó el indulto del infeliz próximo á expiar en el cadalso un movimiento caritativo de su corazón. Si esta noche separas el puñal del pecho del herido, como era tu intención, y llega en ese instante el sereno... considera lo que habría sucedido.

Aquel relato aumentó el terror que no había cesado de dominarme y comprendí, no sin profunda pena, que en efecto, los más nobles sentimientos pueden ser funestos para quien los experimenta y los practica.

Reinó el mayor silencio en la calle del Rosal, nos retiramos á nuestros respectivos dormitorios y yo pasé la mayor parte de la noche pensando, que si la Justicia era tan buena como decía mi padre y la curia tan molesta y peligrosa como

aseguraba, algo faltaba á la justicia para ser completamente justa.

El episodio que me refirió el autor de mis días, me sirvió muchos años después para continuar y terminar la novela *La Virgen de la Paloma*, que al marcharse á París—por causas que más tarde referiré—dejó sólo empezada Fernández y González, y para escribir el drama que con el mismo título se representó el año 1867 en el teatro de Novedades primero y después en el de la Zarzuela, de los que era empresario el genial compositor D. Joaquín Caztambide, de quien también hablaré á su debido tiempo.





LIBRO SEGUNDO

1851 á 1854.

I

A las diversas impresiones que había recibido mi espíritu desde mi llegada á Madrid de vuelta de Morón de la Frontera, se unió la de la agitación política que reinaba en España y particularmente en la Villa y Corte al comenzar el año 1851.

Ni por mi edad, ni por mis gustos artísticos estaba en condiciones de interesarme en los pormenores de la cosa pública; pero oía hablar á todas horas á mi padre y á sus amigos del lamentable estado de la Hacienda, que en mi casa se conocía por el atraso con que se pagaba á los empleados y mucho más á los cesantes; del espíritu reaccionario del Gobierno y el despotismo del general Narváez, que era el amo del cotarro; de las persecuciones que sufrían los progresistas, de las deportaciones que se llevaban á cabo, de las iniquidades que cometía la policía dirigida por el famoso D. Francisco Chico, nuestro vecino, puesto que nosotros habitábamos en la casa núm. 17 de la plaza de los

Mostenses y él en el 19, donde siempre había en la puerta un par de hombres de aspecto patibulario provistos de gruesos garrotes, que le guardaban las espaldas. Todos aquellos rumores que llegaban á mis oídos, me sumían en un mar de confusiones.

Los progresistas y los moderados se odiaban con un odio africano; cuanto más arreciaba la persecución más se conspiraba, y entre el pueblo que aspiraba á ser soberano y la policía que no le dejaba respirar, la lucha era encarnizada. Los «polizontes», como los llamaban, tenían que andar con cien ojos para no morir como perros.

Según nos enteramos algunos días después del asesinato del hombre á quien vimos agonizando en la calle del Rosal, era el desdichado uno de los agentes secretos de mayor confianza del Jefe de la policía, y aunque la justicia no pudo descubrir á su matador, todo hizo creer al juez encargado del sumario que la víctima fué sorprendida al dirigirse á casa de Chico y apuñalada por algún enemigo vengativo.

Se iba preparando lentamente la revolución que estalló cuatro años después, y los ánimos de los que luchaban por el triunfo de la libertad, lo mismo que los de los que pugnaban por implantar de nuevo lo más provechoso para su causa del absolutismo, aunque dorando la píldora con la constitución y el sistema representativo, estaban soliviantados.

Los progresistas contaban horrores de Narváez:

todos sacaban á relucir la leyenda de las naranjas, atribuyendo al irritable y desalmado general el horrible crimen de haber fusilado en un pueblo de la Mancha á unos niños á quienes á guisa de juego les arrojó unas naranjas para que corrieran á cogerlas y á una señal suya dispararon los soldados los fusiles, quedando acribilladas á balazos las infelices criaturas.

Esto que ni entonces ni nunca he podido creer, porque tanta perversidad no cabe en el corazón más frío y depravado, se contaba con sus pelos y señales y se consideraba como artículo de fe.

Aquel aire de fronda que corría por todas partes, los temores que por el porvenir abrigaban mis padres, las escaseces y privaciones á que teníamos que someternos, mi cambio de conducta al separarme de los amigos y compañeros que por tan mal camino me llevaban, lo embrionario y rutinario de la enseñanza que recibía en la clase de declamación, las envidias, los amoríos, las riñas y las reconciliaciones que veía en el Conservatorio entre mis compañeros, y más que nada mi impaciencia por llegar á la realización de mis sueños, teniendo que esperar cuatro ó cinco años, porque era un niño y sólo siendo hombre podía ver satisfecha mi aspiración; todo esto producía en mí una confusión, un desorden, un estado enfermizo que me hacía pasar rápida y frecuentemente de la esperanza al desaliento, de la alegría á la tristeza.

Este ha sido siempre el ritmo de mi vida; pero

he logrado en todo tiempo triunfar de las crisis, por largas y penosas que hayan sido. La voluntad me ha sostenido, la fe no me abandonó nunca por completo; cuando la perdía en los hombres la aplicaba á las ideas, cuando la perdía en las ideas renacía en los nobles sentimientos del alma y la fe en estos sentimientos no la perdí jamás.

De todos modos mi afición al teatro, lo que yo suponía mi vocación, no decaía en mi ánimo un solo momento. Asistía á la clase y desempeñaba los papeles que me confiaba el maestro, papeles á propósito para mí: el Agapito de la *Marcela* de Bretón, el Antoñito del *Hombre de mundo* de Ventura de la Vega, el Pipi del *Café* de Moratín y otros por el estilo..García Luna me tomó afecto, le agradaba que le acompañase algunos días á su casa, y por el camino me contaba sus triunfos escénicos y los de su tía la famosa Rita Luna, me refería multitud de anécdotas de los actores de sus mocedades, de Máiquez particularmente; y también, como buen padre que era, me confiaba que tenía un hijo que sería con el tiempo un gran químico y en efecto lo fué. Por entonces estaba en París estudiando, luego iría á Alemania, y el viejo actor concentraba sus esperanzas en la gloria de aquel hijo querido que cumplió cuanto prometía y fué uno de los catedráticos más ilustres de la Facultad de Ciencias de Madrid.

El buen maestro me animaba; aseguraba que tenía disposiciones, que si continuaba aplicándome, cuando llegase á los diez y ocho ó diez y nueve

años, él mismo me proporcionaría un ajuste en buenas condiciones. ¡Cuatro ó cinco años de espera! ¡Una eternidad!

De todos modos agradecía sus buenos deseos y correspondía sinceramente á su afecto. Me preguntaba antecedentes de mi familia, le agradaba que hubiera sido estudiante de Filosofía, que no hubiera llegado á su clase desde un taller ó desde los bastidores de un teatro, que viviese en el seno de una familia de la clase media, y más le habría agradado que procediera de una clase social más elevada, porque una de sus debilidades era preocuparse de las grandezas y ya que no contaba en su abolengo ni grandes capitanes, ni duques ó marqueses, se complacía en recordar su abolengo artístico, asegurando que las más nobles familias del reinado de Carlos IV habían admitido en sus palacios á su ilustre tía. Al retirarse de la escena, le habían hecho merced de una cruz de Isabel la Católica y esto constituía para su ingenua y casi infantil vanidad uno de los mayores goces.

Tanto se familiarizó conmigo, que me convirtió en una especie de secretario suyo, y cuando en aquel mismo año fué trasladado el Conservatorio desde el edificio de la plaza de los Mostenses al ex convento de las Vallecas, situado en el espacio que ocupan hoy el nuevo Casino de Madrid y las casas llamadas de Fornos, por estar en una de ellas los antiguos y concurridos café y restaurant del citado nombre, me rogó que le prestase ayuda para cuidar de los papeles y libros que se guardaban

en un armarito que había en la clase, y como le complacía en todo con el mayor gusto, llegó á tratarme con un afecto casi paternal.

Antes de la mudanza cayó enfermo Latorre y durante un mes largo sus alumnos asistieron á la clase de García Luna. Esto se repitió en la nueva vivienda, porque el gran actor sufrió durante el curso repetidos ataques de la enfermedad que le llevó al sepulcro en el mes de Octubre de aquel año.

Un día nos sorprendió la visita de un caballero de mediana estatura, flaco, anguloso, moreno, con unos grandes ojos que parecían de fuego, una cabellera negra rizosa, una gran viveza en todo su ser y cuyo aspecto general era en extremo original y simpático.

Al verle se levantó de su asiento el profesor, corrió á su encuentro, estrechó su mano cariñosamente y con la más viva satisfacción, dirigiéndose á los alumnos:

—Saluden ustedes—exclamó—al ilustre poeta D. Ventura de la Vega, al aplaudido autor del *Hombre de mundo.*

Todos, que nos habíamos levantado también cuando aquel caballero entró en la clase, nos inclinamos, y al saber quién era no pudimos ocultar la admiración que nos inspiraba el ya célebre autor dramático y la satisfacción de verle entre nosotros.

Habló particularmente con García Luna, volvió éste á su asiento, ofreció una silla á su derecha

al visitante y suspendiendo el ensayo de la comedia que había elegido como lección para aquel día, me ordenó que buscase el ejemplar del *Hombre de mundo,* que en el armario formaba parte de nuestra exigua biblioteca, y dispuso que ejecutásemos delante de su autor las escenas del acto tercero, desde la entrada de Luis con Antoñito hasta el final.

No sin temor nos aprestamos á recitar las animadas escenas que el profesor había designado. Tenía yo á mi cargo el papel de Antoñito, en mi concepto el más difícil de interpretar de cuantos contribuyen á la acción de la comedia, porque siendo un joven apocado, tímido en apariencia, con conatos de audacia espoleado por el amor que le inspira Emilia, camina siempre al borde del ridículo y no debe caer en él, pues en ese caso destruiría todo el efecto de la sospecha que excita en Luis.

Salimos del paso del mejor modo que nos fué posible, y cuando al terminar nuestra tarea llegó la hora de retirarnos, me dijo el profesor que le esperase. En uno de los ángulos de la sala habló con el poeta durante unos minutos. Poco después me llamó y me dijo que el Sr. D. Ventura de la Vega, allí presente, se había encargado de la dirección de un teatro que había mandado construir en su domicilio el escultor D. Ponciano Ponzano; que una de las primeras obras que en dicho teatro casero debían representarse era el *Hombre de mundo,* que no habiendo entre los aficionados con

quienes contaba uno que pudiera desempeñar el papel de Antoñito, había ido á ver si alguno de los alumnos de la clase de declamación podía servirle y que desde luego me aceptaba para representar dicho papel, si no tenía inconveniente en complacerle.

Se había enterado además por el profesor de mis antecedentes, de los de mi familia y tenía mucho gusto en presentarme al escultor, su amigo, y en que formase parte de los aficionados que bajo su dirección habían de presentarse de vez en cuando ante un público reducido, pero selecto.

Asintió con su viveza natural el ilustre poeta á cuanto me indicó García Luna, y muy contento yo por aquella inesperada proposición, aseguré que por mi parte la aceptaba agradecido; pero que antes debía consultar con mis padres, lo que pareció muy puesto en razón á mi maestro y á D. Ventura. Prometí á éste comunicarle aquella misma tarde la resolución paterna que fué, como no podía menos de ser, satisfactoria; cumplí lo prometido y me citó para la noche siguiente en su casa, situada si no recuerdo mal en la calle del Prado, esquina á la del León, donde también vivía el conde de San Luis cuando estalló la revolución de Julio de 1854.

Conocí á sus dos hijos: Ricardo, de mi misma edad, que aún vive para gloria de las letras españolas, siendo digno heredero de su padre, y Ventura, su hermano menor que era el vivo retrato

del autor de sus días, tanto en lo físico como en lo intelectual y que por desdicha falleció en plena juventud.

Acogido afectuosamente por los hijos del gran poeta dramático, cuyo trato sencillo y afable encantaba, en su compañía nos encaminamos al domicilio de Ponzano, en donde aquella noche debía verificarse el paso de papeles de la comedia el *Hombre de mundo.*

II

Tenía el célebre escultor su domicilio en la calle de Zorrilla, que entonces se llamaba del Sordo, en el espacio que actualmente ocupan dos de las casas de vecindad que hay frente á la fachada Norte del Congreso de los Diputados. Por aquel tiempo ultimaba Ponzano la ornamentación del Palacio de la representación nacional, y desde que comenzó, cuatro ó cinco años antes, aquella labor, habitaba una casa sólo de planta baja que se había edificado de exprofeso para que le sirviese de vivienda. Un pequeño jardín separaba esta morada sencilla, pero cómoda y no sin elegancia, de un salón rectangular bastante espacioso, donde el escultor había mandado construir un teatrito capaz de contener de trescientos á cuatrocientos espectadores, sin más objeto que el de complacer á su joven y bellísima esposa, muy aficionada al arte escénico y dotada de facultades privilegiadas para la declamación.

Juanita, que así la llamaban sus amigos, era bastante más joven que su esposo, y tanto para satisfacer sus gustos como para proporcionarla distracción y recreo, el escultor se había esmerado en decorar el lindo y coquetón teatro donde debía lucir su cara mitad sus cualidades de actriz y su peregrina hermosura.

Contiguo á la casa-habitación había un amplio solar cerrado por una tapia que se levantaba en la rasante del edificio provista de una ancha puerta, y en èl, bajo cobertizos, trabajaban los grandes bloques de piedra ó de marmol dos ó tres discípulos de Ponzano y los numerosos obreros que estaban á sus órdenes.

Ventura de la Vega se había encargado de la dirección de los aficionados del uno y del otro sexo que debían representar las obras elegidas por la primera dama y dueña de la casa, de acuerdo con él, ante un escogido público compuesto de los numerosos amigos que en todas las clases sociales tenía Ponzano, admirado por su talento artístico y querido por su bondadoso, más aún, por su angelical carácter.

Como tuve ocasión de ver, porque desde el momento en que le conocí logré su afecto y confianza, vivía exclusivamente consagrado á su arte y á su familia compuesta de su esposa y dos hijos, que entonces podrían tener cuatro años el mayor y dos ó tres el menor. Dotado de una serenidad de espíritu, de una paciencia beatífica, de una amabilidad sincera, cuantos le trataban le profe-

saban verdadero cariño. Sus discípulos y los obreros le adoraban y le respetaban. La nobleza, la lealtad de su alma se reflejaban en sus ojos, de una dulzura inefable.

Hacía el efecto de un ángel encerrado en un hombre corpulento, recio de carnes y desgarbado; pero cuyo conjunto atraía, resultando en extremo simpático.

Fué muy desgraciado en sus afectos íntimos, como en breve diré; pero la noche en que me presentaron á él y á su esposa la alegría rebosaba en su rostro. Ver satisfecha á su adorada Juanita era su felicidad, todo lo facilitaba, á cuantos debían contribuir á realizar el deseo de su esposa los colmaba de atenciones. No había más remedio que quererle.

El paso de papeles se efectuó en el escenario del elegante teatrito. Ventura de la Vega leía magistralmente su preciosa comedia y los que debíamos representarla, al mismo tiempo que le oíamos con la mayor atención, examinábamos si las copias que se habían sacado estaban bien ó contenían errores.

Dos horas duró la lectura y al final, á ruegos de Ponzano y su señora, acompañados al piano por uno de los circunstantes, cantaron los hijos de Ventura de la Vega un dúo de la ópera *Chiara di Rosemberg,* con una expresión y un aplomo que encantaron al auditorio.

Su madre, que había muerto muy joven, fué la Lema, célebre y admirada cantante. No podían

negar que eran hijos de una gran artista y de un gran poeta.

Ocho ó diez ensayos bastaron para que la comedia estuviese lo suficientemente estudiada, y llegó la deseada y temida noche de la representación. Sabido es que el público que asiste á los teatros caseros se distingue por una inagotable amabilidad, lo que no es óbice para que después de aplaudir con frenético entusiasmo se entregue al sabroso placer de la murmuración; pero aquella noche al aplaudir fué justo el selecto auditorio que llenaba el lindo teatrito.

Juanita, que desempeñaba el papel de Clara, realizó con su belleza, su talento, su naturalidad y su buen gusto el ideal del poeta, quien en el papel de Luis demostró que el actor completaba al autor. El papel de Juan había sido confiado á un joven arquitecto, con todas las cualidades necesarias para seducir al público: buen mozo, esbelto, elegante, de facciones correctas, de expresión insinuante, con toda la marrullería del seductor de oficio tan admirablemente caracterizado por el poeta en su comedia. Si no recuerdo mal se llamaba Cortés, era aficionado á la pintura, que cultivaba para distraer sus ocios, porque disfrutando de una posición desahogada no necesitaba utilizar su afición. Un discípulo de Ponzano, llamado Tarragó, catalán, guapo chico, muy resuelto y simpático, hacía el Ramón, criado no menos marrullero que su amo y el amigo de su amo. Los papeles de Emilia y de la argandeña Benita estuvieron

muy bien interpretados por dos señoritas á quienes el director aleccionó á maravilla, y parece ser que yo no me porté del todo mal en el desempeño del papel de Antoñito.

El éxito fué completo, y de los aplausos participaron Ricardo y Venturita Vega, que cantaron con verdadero arte el ya citado dúo de *Chiara di Rosemberg*, entusiasmando al auditorio por la serenidad, el aplomo y la maestría con que interpretaron aquel característico fragmento musical.

Al terminar la función todo eran aplausos, felicitaciones, elogios, apretones de manos, y el más feliz de los circunstantes era Ponzano, que no se cansaba de dar gracias á los que habíamos tomado parte en la función, al público que tan benévolo había sido, ni de colmar de alabanzas á su querida mitad. Los que asistieron á la fiesta quedaron muy complacidos, corrió la voz del éxito alcanzado por los actores de afición y no era suficiente el local para contener á cuantas personas solicitaban ser invitadas.

Continuaron los ensayos y las representaciones; á pesar de mi humilde posición y de mi poca edad, tanto el director como los actores aficionados me mostraban cariño, y hasta me confiaron el principal papel en una comedia en un acto cuyo título no puedo recordar, pero cuyo protagonista era un torero que tenía que reproducir en la escena algunas de las suertes de la lidia taurina.

Para que me amaestrase, fué llamado el *Regatero*, torero de oficio más teórico que práctico;

pero muy relacionado con la buena sociedad madrileña, porque tenía cierto barniz de educación, era ocurrente y se pasaban buenos ratos en su animada y pintoresca compañía.

Esta distinción de que fuí objeto, impuso un sacrificio pecuniario á mi padre. Necesitaba un traje de faena y aunque por mi estatura y desarrollo representaba más edad que la que tenía, no podía servirme el de un torero de profesión y fué preciso buscar lo que necesitaba en las dos ó tres casas que por entonces alquilaban disfraces durante el Carnaval. Se encontró un traje de luces á mi medida, que fué preciso refrescar con nuevos caireles, por lo que el alquiler costó más caro de lo acostumbrado. Entre unas cosas y otras gastó mi buen padre de ocho á diez duros, lo que en su situación fué una dolorosa sangría para su escueta bolsa. Pero salimos airosos del compromiso, y yo, que nunca he sido aficionado á la fiesta nacional considerándola, de acuerdo con el gran Jovellanos, como una de las causas del atraso y hasta de la barbarie que de vez en cuando demuestra nuestro pueblo, me entusiasmé al ponerme aquel vistoso traje.

Una función solemne se celebró también en el teatro de Ponzano que fué un acontecimiento artístico: la representación de la preciosa comedia de Bretón de los Herreros *Marcela, ó ¿cuál de los tres?*, desempeñando la señora de la casa el papel de la protagonista, Ventura de la Vega el del poético D. Amadeo, Pizarroso el del iracundo D. Va-

lentín Rompelanzas, Arjona el del bondadoso tío de Marcela, sempiterno cultivador de sinónimos, encargándome yo del melífluo D. Agapito, lo que fué para mí una honra y una satisfacción. Aparecer al lado de dos actores de merecido renombre y de un gran poeta que era además un artista escénico consumado, debía halagar al modesto alumno del Conservatorio, y confieso que me halagó en extremo aquella distinción.

La representación de *Marcela* fué muy celebrada hasta por los periódicos, que en aquel tiempo carecían de revisteros de salones, y ni aun de las obras que se estrenaban en los teatros daban noticia á sus lectores, limitándose á hacer la crítica de ellas en la revista semanal ó quincenal que publicaban.

De nuevo me engolfé en aquella vida de gratas emociones, de trato ameno con personas completamente distintas de las que había conocido en el teatro del Genio. La sociedad que frecuentaba la casa de Ponzano estaba compuesta de personas bien educadas, inteligentes, en su mayor parte artistas; á pesar de mi poca edad y de mi insignificancia, me mostraban consideración y afecto. El mismo D. Ventura de la Vega y sus hijos me admitían con gusto en su casa; Ponzano y su señora me colmaban de atenciones; de aquella época he conservado buenos amigos y en aquella atmósfera que me hacía pasar veladas entretenidas y me permitía participar de los aplausos de un público escogido y bondadoso, me olvidaba á ratos de la

penuria en que vivía mi familia, de los temores de que por el mal estado de la Hacienda se suspendiese el pago de las cesantías, y de mi impaciencia cada vez mayor de realizar mis pretensiones, no sólo por la satisfacción de mis deseos, sino para ganar algo con que ayudar á mis padres.

El teatro casero de Ponzano tuvo la misma historia que han tenido, tienen y tendrán, con raras excepciones, todos los teatros caseros. El continuo trato de los actores aficionados, la intimidad que entre ellos llega á establecerse y las escenas en que toman parte, contribuyen á despertar pasiones que á veces, cuando es posible, acaban en matrimonio como en las comedias, y cuando no lo es, se truecan en dramas ó tragedias que convierten en pesadumbres y acerbos dolores las alegrías de los éxitos escénicos.

El galán y la dama del lindo teatrito de la calle del Sordo, pasaron de lo pintado á lo vivo; la locura se apoderó de su espíritu, y un día supimos los que tanto habíamos disfrutado, los que queríamos sinceramente al gran escultor, que en su hogar, tan dichoso, habían quedado solos un amante padre y dos tiernos hijos, llevándose toda la dicha que allí había reinado una esposa y una madre, que enloquecida había olvidado sus deberes, condenándose á una eterna desdicha; porque el esposo ofendido perdonó y hasta disculpó á la obcecada mujer, pero no volvió á admitirla en su hogar.

Luis, el menor de los hijos de Ponzano, dotado

con las más felices aptitudes para la escena, fué durante algunos años un actor genérico á quien el público colmó de aplausos, digno antecesor de Ricardo Zamacois y de Mariano de Larra. Un accidente le arrebató la vida en lo mejor de su juventud y del apogeo de su carrera artística. Comiendo con varios amigos tiró á lo alto una aceituna para recogerla con la boca al caer, y la recogió en efecto, pero con tan mala suerte que le asfixió, sin que pudieran salvarle cuantos esfuerzos hicieron sus compañeros y el médico á quien se llamó inmediatamente.

El último tercio de su vida fué penoso para don Ponciano Ponzano; pero ocultaba su pesadumbre para no afligir á sus amigos. Terminó las obras del Congreso y desempeñó hasta su muerte la clase de Escultura en la Escuela de Bellas Artes, dejando un nombre ilustre como artista, y como hombre un piadoso recuerdo de la nobleza de su alma y de su gran probidad.

De sus discípulos á quienes conocí, sólo Tarragó adquirió notoriedad por los trabajos escultóricos que ejecutó con destino á la Catedral de León. Le perdí de vista cuando se dispersó la compañía del teatro casero de la calle del Sordo; pero he preguntado por él siempre que he tenido ocasión, y á sus títulos une, según me han referido, el muy grato de haber sido el primer maestro del hoy célebre escultor Marinas. De los amigos de aquel tiempo, vive aún Agustín Campo, distinguido profesor de armonía en la Escuela Nacional de Música.

III

Finalizaba el mes de Agosto cuando ocurrió la desventura á que aludo en el capítulo anterior y como á fines de Mayo terminó el curso, puede decirse que pasé el verano agradablemente entretenido con los ensayos y las representaciones, que tan desdichado fin tuvieron.

La Agencia de negocios de mi padre, que al principio prometía mucho, no cumplió lo prometido; los apuros crecían en mi casa y yo era más gravoso que útil á mi familia, que debía aumentarse en breve y se aumentó en Octubre de aquel año con el nacimiento de mi hermana Rafaela.

En los momentos de angustia y desesperación, tronaba mi padre contra mis aficiones teatrales y salían á relucir las diatribas contra los cómicos. Aun suponiendo, lo que todavía estaba por ver, que fuese yo un portento, habían de pasar algunos años antes de que empezase á recoger el fruto de mis estudios; y si no subían pronto al poder los progresistas, si continuaban los moderados haciendo mangas y capirotes de la Hacienda y no se cobraban los veinticinco duros mensuales de la cesantía, nuestro porvenir estaba en el asilo de San Bernardino.

Razón de sobra tenía mi padre: á mi edad debía contribuir con algo al presupuesto de ingresos familiar, podía ganar cuatro ó seis reales diarios como escribiente; pero los pasos que se die-

ron para buscar esta ayuda de costa fueron infructuosos.

Conocí en casa de Ponzano á altos funcionarios que podían haberme favorecido; pero solicitar su auxilio era un verdadero abuso y jamás he incurrido en este género de inconveniencias.

Iba yo de vez en cuando al café de Venecia, situado en la casa del ángulo que forman la plaza de Santa Ana y la calle del Príncipe, donde actualmente hay una tienda de espejos. En aquel café se reunían los actores y en él se divulgaban los proyectos de los empresarios de teatros y se iniciaban y ultimaban contratas. Era una especie de bolsín del arte escénico.

En una de mis visitas á dicho café, que se limitaban á tomar algo de lo que en él expendían, porque sólo de vista conocía á algunos de los circunstantes, averigüé por el mozo que me sirvió que la próxima temporada sería magnífica, sobre todo en el teatro del Drama, donde actuaría una compañía numerosa y selecta bajo la dirección de don Joaquín Arjona, con unos empresarios ó sea *caballos blancos*, como en el caló teatral se los llamaba, primerizos y ricos, lo que hacía esperar que serían rumbosos.

Al oir al camarero, pensé que si yo lograba formar parte de la compañía que se estaba organizando, aun en el más humilde puesto; asistiendo á los ensayos aprendería más que en el Conservatorio, y ganando un sueldo, por pequeño que fuese, ayudaría á mis padres á soportar los gastos de la casa.

No eran estas mis aspiraciones: me resignaba á esperar, para inaugurar mi carrera por lo menos de galán joven; pero la precaria situación de mi familia me obligaba á aceptar el sacrificio.

Comuniqué á mi padre mi propósito y le pareció bien: al menos ganaría diez ó doce reales diarios, refuerzo que aunque mermado por los gastos que tendría que hacer para el desempeño de mi cargo, disminuiría los apuros de la familia.

De acuerdo mi padre y yo, lo más urgente era una recomendación para Arjona. García Luna no le trataba y además juzgó disparatado mi propósito. Lo menos debía estar en su clase tres ó cuatro años para aspirar á un puesto distinguido en un teatro. Entrar de *racionista* era una ignominia: valía más ser zapatero ó mozo de cuerda. El buen señor condenó con calor y elocuencia mi proyecto. Pero la tranquilidad y el relativo bienestar de mi familia, si yo aportaba diez ó doce duros mensuales al acerbo común, valía la pena de disgustar al maestro, que al fin y al cabo se olvidaría del discípulo.

Mi padre recordó que el suyo había sido amigo de D. Manuel Bretón de los Herreros, y no dudó que este genial y celebrado poeta cómico tendría suficiente influencia con Arjona para que me contratase.

Escribí á mi abuelo paterno pidiéndole una carta para Bretón, no sin alegar lo urgente que era que ayudase á soportar los gastos de la casa, á fin de no ser gravoso á mi familia; mi padre apoyó

mi solicitud, y pocos días después llegó la deseada carta con otra lamentando mi resolución, condenando una vez más mi propósito de convertirme en *histrión,* palabras textuales, y diciendo á mi padre que mejor hubiera sido haberme dedi- á un oficio. Por lo menos, ya que me obstinaba en ser cómico, debía adoptar otro apellido para no deslustrar el suyo.

La carta para Bretón participaba de su misma enemiga contra los actores; pero en vista de mi obcecada afición y para que llegase por sus pasos contados al inevitable desengaño, le rogaba que me recomendase á Arjona.

Fuimos mi padre y yo á visitar al ilustre autor de tantas y tan admirables comedias, que vivía en la calle de la Montera; nos recibió con gran afabilidad, recordó que había pasado buenos ratos con mi abuelo, cuyos cuentos y chascarrillos hacían agradable su trato, y resuelto á favorecerme, escribió á Arjona una carta muy expresiva recomendándome para que á su lado pudiese adelantar en la carrera artística que me proponía seguir.

Me encargó que volviese á decirle el resultado de su misiva y al salir de su casa, muy satisfechos de su amable acogida, fuimos á ver á Arjona, porque no había que perder tiempo.

Nos recibió también con mucha cortesía, leyó la carta de Bretón, se enteró de mis propósitos, recordó que había tomado parte en la representación de *Marcela,* que como indiqué antes tuvo por

intérpretes á un ilustre poeta y dos notabilísimos actores, elogió amablemente mis disposiciones, pareció agradarle que perteneciese á una familia de la clase media; y como según nos indicó deseaba tener en su compañía gente bien educada, desde luego me admitió en calidad de racionista con doce reales diarios, pagados por quincenas y siendo de mi cuenta los cabos y los trajes que no fuesen de época.

Sentía mucho, según nos dijo, no darme un puesto más importante en su compañía; pero ni por mi edad ni por mi falta de experiencia en la escena podía aspirar á más, hasta que me desarrollase por completo.

Anotó las señas de mi casa, me indicó cuando debía volver á firmar la contrata y nos despedimos de el, contento yo por que los doce reales que debía ganar diariamente me parecían una fortuna y porque esperaba en la práctica teatral adelantar más que en el Conservatorio, y contento mi padre, porque aunque de los diez y ocho duros mensuales gastase cinco ó seis en mis menesteres, lo que restaba, unido á su cesantía y à los ingresos eventuales, resolvía por de pronto el problema que le preocupaba.

Al día siguiente visité á Bretón de los Herreros para comunicarle el feliz éxito de su recomendación. Sencillo, franco, sin darse tono á pesar de su justa celebridad, ni aparecer endiosado como otros autores de menos fuste á quienes fuí conociendo después, me mostró su satisfacción por ha-

ber podido complacerme, me ofreció aprovechar cuantas ocasiones se le presentasen para favorecer mis aspiraciones y me encargó que no dejase de ir á verle alguna que otra vez, sinceramente interesado por mi porvenir.

Desempeñaba entonces las funciones de Director de la Biblioteca Nacional, y tanto en su despacho oficial como en su casa, me recibió siempre con la mayor bondad, y más tarde, cuando me consagré al cultivo de las letras, me dió útiles consejos y me prestó su valioso apoyo.

IV

En uno de los primeros días del mes de Septiembre citó Arjona á todos los que formaban la compañía que debía actuar bajo su dirección en el teatro del Drama, y fuí uno de tantos.

Tenía vivos deseos de conocer las interioridades de aquellos antros pervertidos y pecaminosos, según aseguraban mi abuelo paterno y algunas de las personas que trataban á mi familia.

Hasta entonces mi teatro casero de Morón, sin duda por la negativa de las señoritas á quienes se invitó para que tomasen parte en las representaciones, no había justificado ni remotamente la opinión que el teatro y sus intérpretes merecían á la gente ordenada y juiciosa. En el Conservatorio y en el teatro del Genio pude observar algunas irregularidades, cuyo alcance no me era dado profundizar entonces. El teatro casero de Ponza-

no fué en su exterioridad modelo de buena educación, de amor al arte; pero ya hemos visto como nació y se desarrolló en él, bajo aquella apariencia, un lamentable drama.

Los teatros de verdad, con actores de profesión, debían convencerme de la injusticia, por lo menos de la exageración con que eran considerados los cómicos, ó de la exactitud de las poco piadosas apreciaciones que había visto impresas en el famoso libro que afirmaba ser pecado mortal representar comedias y asistir á su representación, y después oído repetir, aunque con menos austeridad, á personas que gozaban fama de timoratas y correctas.

A pesar de mis primeras impresiones, el concepto que me había formado del teatro desde que en mi niñez asistí en el de la Cruz á una representación del *Trovador*, no me inclinaba á creer que fuese regla general el que expresaban los que suponían que el arte escénico era pura y simplemente una distracción, un recreo, y sus intérpretes unos seres desordenados y viciosos dejados de la mano de Dios, buenos para admirarlos y aplaudirlos por su talento, al mismo tiempo que para despreciarlos, cuando no execrarlos, por su conducta.

A su debido tiempo expresaré el concepto definitivo que la experiencia me hizo formar de ese mundo artificial dentro del mundo real, cuando pude conocerle á fondo.

Entonces, aunque mortificaba mi amor propio

el empleo de simple y modesto racionista, que había obtenido después de haber sido director de escena en mi teatro casero de Morón y parte principal en el de Ponzano, deseaba por momentos entrar de lleno en la vida artística, y acudí con una mezcla de ansiedad y temor al teatro del Drama el día señalado por Arjona para reunir á los individuos de su compañía, que según aseguraban los periódicos y los aficionados inteligentes, era de las más completas y selectas que podían formarse.

Había en el coliseo de la calle del Desengaño un saloncillo con divanes de veludillo encarnado adosados á las paredes en el que, como vi después, durante los ensayos se reunían y conversaban los actores y por las noches los poetas, periodistas y amigos de la casa.

En uno de los primeros días de Septiembre de aquel año de 1851, acudimos al llamamiento del director y en breve llenamos el saloncillo antes citado.

Los circunstantes que se conocían, se saludaban, conversaban; algunos se abrazaban: las señoras, elegantemente vestidas, con mantilla, porque entonces sólo usaban sombrero y eso para pasear en carruaje las damas más aristocráticas y distinguidas de la Corte, se besuqueaban afectuosamente.

Yo era entre todos los allí reunidos el único que no conocía á nadie, lo que aumentó mi cortedad obligándome á permanecer apartado de los gru-

pos, casi ocultándome en un ángulo de la estancia, no sin que algunos me mirasen con extrañeza como á un intruso, sin explicarse mi presencia allí.

Poco después llegaron Teodora Lamadrid y Arjona; como quien dice los soberanos de aquel pequeño imperio, y saliendo á su encuentro algunas de las señoras allí presentes, estrecharon con efusión la mano de la gran actriz, limitándose otras á saludarla con humildad. Los caballeros saludaron también á Arjona efusiva y familiarmente unos, y otros con cierta circunspección, lo que me hizo pensar que los expansivos eran partes principales de la compañía y los circunspectos partes de por medio y algunos, racionistas como yo.

Seguí el ejemplo de los últimos, y al verme Arjona correspondió á mi saludo con una amabilidad que aumentó la extrañeza de los que se apercibieron de ello.

Por indicación de Arjona tomaron asiento en los divanes los circunstantes, y como no había puesto para todos, pues seguramente entre damas, galanes, el representante de la empresa, los empresarios, etc., llegarían á cuarenta los presentes, quedó en pie la gente menuda del sexo fuerte, ya que la proverbial galantería española dejó lugar en los divanes á la gente menuda del sexo bello.

Arjona podría tener entonces de cuarenta á cuarenta y cinco años; era delgado, más bien bajo que alto, de facciones menudas, angulosas, movi-

bles y expresivas, ojos pequeños vivos y penetrantes, cabello negro y cutis muy moreno, casi tostado como el de los hombres que viven continuamente á la intemperie. En su acción, en sus movimientos había una gran flexibilidad, llevaba la ropa con soltura y distinción y no carecía de elegancia. A pesar de estas cualidades no revelaba á primera vista la superior inteligencia de que estaba dotado; pero sí una fina ironía superficial é intermitente que atenuaba la seriedad, expresión natural y característica de su rostro.

Bretón de los Herreros al darme la carta de recomendación para él, me había dicho que además de ser un actor de verdadero genio, era un cumplido caballero, correcto en sus costumbres, correctísimo en su trato y modelo de hijos. Vivía en efecto con su madre, señora muy recatada, que había sido en su juventud una actriz de mucho mérito y una mujer de gran belleza. Arjona era viudo y tenía un hijo que gozaba de muy poca salud. Su hogar era un modelo de orden y de sincero afecto.

Entre los individuos de la compañía figuraba su hermano Enrique, vivo contraste de él en lo físico y en lo intelectual. Menor en edad, en estatura era mayor, casi un gigante, corpulento, vivo retrato de su padre natural, á quien dos años después conocí en Sevilla.

El director de la compañía, sin hacer alarde de oratoria, con la mayor sencillez, manifestó su satisfacción por haber podido reunir á actrices y

actores de tanta valía como los que allí estaban presentes; expresó su deseo de que todos formasen una familia artística que se distinguiera no solo por un afecto fraternal, sino también por una conducta ejemplar, ayudándole en su intento de ofrecer al público una labor esmerada en la representación de las obras.

Nos presentó á los empresarios, dos jóvenes valencianos apellidados Puig, bastante ricos y dispuestos á hacer todo género de sacrificios en pró del arte; añadió que su padre político Sr. Rodrigo, que allí se hallaba, sería el representante de la empresa, y por último anunció que había elegido para inaugurar las funciones la comedia de Moliere *Escuela de los maridos,* tan admirablemente adaptada á la escena española por Moratín, y la linda comedia en un acto *Una apuesta.*

A continuación hizo el reparto de papeles, confiando el de Doña Rosa á Teodora Lamadrid, á quien tributó los mayores elogios con el asentimiento de cuantos le oíamos; el de Doña Leonor á Concepción Ruiz, el de Juliana á María Rodríguez, el de D. Manuel á su hermano, el de D. Enrique á Manuel Ossorio, el de Cosme á Nogueras, encargándose él del de D. Gregorio. Los del Comisario y el Escribano quedaron á cargo de dos partes de por medio, José Alisedo, concienzudo actor y excelente persona de quien fuí muy amigo, y un tal Bermonet.

La *Apuesta* sería desempeñada por Teodora y Arjona.

Terminada la que en aquella sesión podríamos llamar orden del día, se levantó el director, los que estaban sentados le imitaron, se formaron grupos y Arjona presentó mutuamente á los que no se conocían, guardando todo género de atenciones, lo mismo á los que figuraban en primer término que á los que nos hallábamos al final de la escala.

La gente de teatro era entonces, como seguramente seguirá siendo, gente de buen humor; y si á esto se añade que como en todas las profesiones en la de la escena se experimenta verdadero placer al practicar la malévola y sabrosa costumbre de hacer pagar la novatada á los recién llegados, no parecerá extraño que al fijarse en mí uno de los presentes, que según supe después era muy bromista y que á pesar de no ser actor principal, si no parte de por medio, era tratado por los actores principales con mucha deferencia, preguntó á Arjona sonriéndose, al mismo tiempo que me señalaba:

—¿Y este joven á quien no tenemos el honor de conocer, forma parte de la compañía?

Las miradas se fijaron en mí, y como es de presumir, hubiera querido en aquel momento hallarme bajo siete estados de tierra.

—Este joven—contestó Arjona—tiene mucha afición al teatro, ha sido alumno de García Luna en el Conservatorio, me le ha recomendado eficazmente D. Manuel Bretón de los Herreros, y aunque este año desempeñará papeles de escasa

importancia, si sus facultades corresponden á su afición, haremos de él un artista. Es, además, una flor trasplantada—añadió—porque no se ha criado como casi todos nosotros en la escena, y por lo mismo espero que, á pesar de su poca edad, le tratarán ustedes con el afecto que exige el compañerismo.

—No lo dude usted, Sr. Arjona—añadió con afectada seriedad el bromista:—tendremos á honra ser jardineros de esa flor.

—Basta, Sr. Fabiani—insinuó Arjona con seriedad—ya sabemos que es usted digno hijo de su padre, el inimitable gracioso émulo de Guzmán.

Mientras reían unos, se limitaban otros á sonreir y todos cuchicheaban, sentía yo arder mi sangre y de buena gana habría llenado de improperios al que había querido burlarse de mí.

Pero me contuve y hasta me calmé, cuando al pasar á mi lado la incomparable Teodora me dijo:

—En estas casas hay que tener mucha correa. La gente alegre abunda.

A mi vez me sonreí, y como algunas otras de las actrices me saludaron afables y dos de los actores que según supe después eran Manuel y Fernando Ossorio, primeras partes de la Compañía, se mostraron en extremo bondadosos conmigo, mi disgusto cesó y mi ilusiones salieron triunfantes de aquella primeras contrariedad.

V

Al día siguiente comenzaron las tareas, y aunque no tenía nada que hacer en el teatro iba á dar un vistazo á mis *compañeros* y á presenciar los ensayos, que dirigía Arjona con una maestría, una minuciosidad y una conciencia muy superiores á las que practicaba García Luna en la clase.

Actrices y actores, sentados á la derecha del proscenio, formaban un grupo, y al pasar cerca de ellos los saludaba; pero me colocaba en el lado opuesto, de pie el primer día, pues al segundo dispuso Arjona que pusieran una silla para mí, muy contento de mi asiduidad y de la atención que prestaba á los ensayos.

Al final solía acercarme al grupo, y Manuel Ossorio me hacía preguntas para animarme á hablar. El grandullón Enrique Arjona, que más que un hombre hecho y derecho parecía por su carácter superficial y alegre un mocetón muy espigado, me ofrecía ocasiones de aminorar mi cortedad. Teodora, se mostraba benévola conmigo; Concha Ruiz, que era muy guapa y muy romántica, y María Rodríguez, esposa de Enrique Arjona, que no tenía nada de romántica, limitándose á ser una andaluza agraciada y vistosa, celebraban mi afición y hacían también lo posible para ahuyentar el miedo que parecía tener de acercarme al grupo que formaban.

Los actores que no tomaban parte en los ensayos no parecían por el teatro, contrastando mi asiduidad y mi interés con su incuria é indiferencia.

A los pocos días, terminado el ensayo formaba yo parte del grupo, y como mi actitud era siempre circunspecta y á pesar de mis pocos años era formal y no traspasaba los límites de la modesta posición que ocupaba en la compañía, las actrices y los actores que tenían papel en la *Escuela de los maridos* me tomaron un aprecio en el que había algo de protección.

Llegó el 14 de Septiembre en cuya noche debía verificarse la función inaugural. El teatro estaba lleno, no había quedado una sola localidad en la taquilla y los que deseábamos asistir á la representación nos vimos obligados á colocarnos entre bastidores para realizar nuestro deseo.

¡Cuánto admiré á Teodora! ¡Qué idea tan completa del arte me dió Joaquín Arjona!

En los ensayos, los primeros actores se reservan, *rezan* su papel, á lo sumo se ocupan de atender al apuntador para fijar más y más en su memoria lo que deben recitar.

El gran Moliere habría gozado viendo interpretar su obra á Teodora y á Arjona: aquello era arte, y como no podía menos de suceder, además de entusiasmarme me ratifiqué en mi creencia de que el teatro era la manifestación más completa y brillante de todas las bellas artes reunidas en el arte escénico.

La linda comedia *Una apuesta*, fué bordada por los mismos artistas, que encantaron al auditorio.

No se durmió sobre sus laureles el director. Al día siguiente del primer triunfo empezaron los ensayos de las obras que debían seguir á la de Moliere y Moratín: el *Ramo de rosas*, el *Amante prestado*, la *Primera escapatoria*, *Los dos Preceptores*. Con este motivo había gran concurrencia de actrices y de actores.

Nogueras, el primer actor cómico, dirigía los ensayos de las piezas que estaban á su cargo; Arjona los de las demás comedias.

El saloncillo estaba muy concurrido, tenían en él tertulia los actores que aguardaban á que los llamasen al escenario y los que habían terminado su tarea; charlaban, bromeaban, pasaban el rato alegremente, y no queriendo yo ser menos que mis camaradas, me decidí á entrar en aquel punto de reunión, para ir tratando á todos los que formaban la compañía.

Cuando penetré en el saloncillo se hallaban en él entretenidos en agradable charla, dos actrices de las que se habían mostrado más bondadosas conmigo, Cristina Ossorio, que era de mi misma edad, muy bella, muy simpática y muy inteligente, y Dolores Morari, más talludita, que figuraba en la clase de partes de por medio; tres actores, Fernando Ossorio, el bromista Fabiani, Alisedo, y un desconocido para mí, que según supe poco después, era el genial, fácil y festivo poeta Narciso Serra.

Antes de que pudiera acercarme á saludar á los que formaban el grupo, Fabiani, que me había visto entrar en el saloncillo, dijo con acento burlón:

—Aquí viene la flor trasplantada.

Aquella inesperada agresión me detuvo, y encarándome con él, sin cuidarme de los circunstantes, exclamé á mi vez:

—Es usted un insolente y no tolero que se burle de mí.

—Ante todo salude usted á las señoras—añadió.

—Usted ha evitado que cumpla ese deber de cortesía. Les ruego que me perdonen, y en cuanto á usted, lo dicho.

—La florecita tiene espinas, por lo que veo—insinuó el bromista.

—Salga usted á la calle—añadí fuera de mí—y verá usted lo que tiene la flor.

—Niño... ¿me desafía usted?

—Lo que deseo es demostrarle que de mí no se ríe nadie impunemente.

Los circunstantes terciaron, Fernando Ossorio y su hermana trataron de calmarme y los demás exhortaron á Fabiani para que pusiera término á aquella escena, haciendo las paces conmigo.

—Para que reine la paz—dijo Fabiani—es necesario que delante de ustedes me pida perdón por haber contestado con insultos y amenazas á un saludo cordial, que no otra cosa han sido las palabras que he pronunciado al verle.

—En efecto—dijo Serra con mucha seriedad—

Este caballero no le ha dicho á usted nada ofensivo y en cambio usted le ha maltratado. Debe usted darle una satisfacción.

—No se la doy.

—En ese caso no hablemos más—añadió Fabiani.—Nombre usted un padrino, yo designaré otro, que los dos se entiendan y esto terminará, como es debido, en el campo del honor.

Pedí á Fernando Ossorio que me apadrinase, Fabiani nombró padrino á Narciso Serra; los dos se pusieron á hablar en voz baja en un ángulo del saloncillo, Fabiani continuó charlando con las actrices que habían sido testigos de nuestra discusión y yo volví al escenario.

Poco después vino Fernando Ossorio y me dijo que había convenido con Narciso Serra en que aquella misma tarde á las seis nos batiríamos Fabiani y yo á pistola detrás de las tapias del Retiro. Cada padrino iría con su ahijado en un coche, el duelo sería á treinta pasos, disparando los dos adversarios un solo tiro al mismo tiempo. Fabiani llevaría las pistolas.

Convine con Fernando Ossorio en volver al teatro á las cinco, hora en que habrían acabado los ensayos, y resuelto á batirme con aquel hombre que parecía tener empeño en molestarme, me alejé procurando que no me vieran los actores para evitarme la molestia de dar explicaciones acerca de lo que había ocurrido.

He tenido la fortuna de no ser rencoroso, y cuando al salir del teatro á cosa de las cuatro, para

dirigirme á mi casa, llegué por la calle de la Luna á la de San Bernardo, calmada mi indignación reflexioné que había obrado con demasiada ligereza, que la ofensa no había pasado de ser una broma, aunque de mal género; pero al fin broma, y que matar ó morir por tan insignificante motivo era una solemne y podía ser una funesta tontería.

En aquel tiempo ignoraba yo lo que hay de convencional y de artificioso en la mayor parte de los desafíos; había leído algunas descripciones de lances cuyos resultados habían sido lamentables, y para mí, en aquellos momentos, no había duda: ó mataba á mi adversario, á pesar de no haber disparado una pistola en mi vida ó él, más ducho que yo, porque al fin y al cabo era mozo de veinticuatro á veinticinco años, me enviaba al otro mundo, lo que por entonces, ni después tampoco, me habría hecho la menor gracia.

Entregado á estas cavilaciones, pensé que era muy triste morir y más por un motivo tan insignificante; pensé en mi amada madre, en mi padre á quien iba á dar un gran disgusto cualesquiera que fuese el resultado del encuentro; y si no miedo, porque desde muy niño me había enseñado el autor de mis días á no temer estando la razón de mi parte, por lo menos se apoderó de mí una agitación nerviosa y seguí andando al acaso, sin darme cuenta de que iba por la calle y de que la gente me miraba con la curiosidad que inspira lo raro y lo inesperado.

Mi cabeza ardía... la duda, que es lo que siem-

pre me ha hecho sufrir más, me atormentaba. Al fin me conformé con el hecho consumado, y declaro ingénuamente que deseaba morir mejor que matar.

En una tienda de la calle Ancha compré un pliego de papel y un sobre. Bajé hasta la plaza de Santo Domingo y en un café que había enfrente de las calles de Tudescos y Jacometrezo, llamado de los Angeles, pedí un vaso de limón helado y un tintero. Algo más tranquilo, escribí á mi padre anunciándole que cuando leyera aquellas líneas se habría quedado sin hijo; pero que á pesar del gran disgusto que iba á proporcionarle, debía tener la satisfacción de que siguiendo sus consejos y su ejemplo, había defendido mi honra. Añadía algunas frases para mi pobre madre, para mis hermanas, y después de doblar el papel y meterle en el sobre, me encaminé á la plaza de los Mostenses.

Por entonces apenas había porteros en las casas de Madrid; pero hacían sus veces memorialistas, sastres y zapateros remendones, que establecían en los portales previo el permiso del casero sus oficinas ó talleres rudimentarios, prestándose á dar y tomar recados y á vigilar á los que entraban y salían.

En el portal de mi casa funcionaba el Sr. Zacarías, zapatero remendón, célebre en el barrio por sus frecuentes borracheras y las palizas que con igual frecuencia daba á su consorte.

Serían próximamente las cinco menos cuarto

cuando llegué á mi albergue, y al verme el Sr. Zacarías me preguntó qué me pasaba, pues según su frase pintoresca y fúnebre, parecía que acababan de sacarme de una sepultura.

Procuré sonreirme, y cuando supe por él que, como me figuraba, mi padre no había vuelto á casa y que mi madre y mis hermanas habían salido, mostrándome lo más tranquilo que pude, le dije:

—Ya sabe usted, Sr. Zacarías, que estoy en el teatro del Drama.

—Sí, hombre, sí... Por cierto, que me darás algún billete para que vaya á verte algún domingo por la tarde.

—Ya lo creo... Tanto usted como su parienta podrán ir á las funciones que más les gusten.

—Te cojemos la palabra.

—Pero ahora tengo que pedir á usted un favor. Necesito ir al teatro á un ensayo extraordinario, y es muy posible que esté allí hasta las ocho de la noche ó acaso hasta las nueve. Si á las ocho no he venido á cenar, sube usted y dá esta carta á mi padre, diciéndole que acaban de traerla del teatro, ¿está usted? Por nada del mundo se la dé usted hasta las ocho.

—Bien, hombre, bien.

—Ni antes ni después... Si hace usted lo que le ruego, tendrá los billetes que desee para la función del próximo domingo, y en cuanto cobre la primera quincena le daré á usted una peseteja para que se remoje los labios.

—Todo lo haré á medida de tu deseo—añadió el

devoto de San Crispín y de Baco, frotándose las manos de gusto.

Como faltaba poco tiempo para las cinco, fuí á escape al teatro, en donde me esperaba Fernando Ossorio.

En media hora podía llevarnos un coche al paraje designado para el encuentro, detrás de las tapias del Retiro, y mi padrino me anunció que conviniendo que me ensayase, había pedido al encargado de la guardarropía una pistola con las municiones necesarias para disparar diez ó doce tiros.

Fuímos al escenario que estaba casi á oscuras, y colocándose Fernando Ossorio á mi lado en el foro, me puso en guardia y me dió la pistola para que la disparase al oir la palmadita de reglamento.

Era la primera vez que disparaba un arma de fuego y recuerdo que mi diestra temblaba; pero comprendiendo que no debía temblar ante mi adversario, disparé para acostumbrarme las diez cargas, por supuésto sólo de pólvora, que mi padrino, ducho en el manejo de las armas de fuego, colocaba en el cañón de la pistola y atacaba rápidamente con la baqueta.

El avisador había ido á buscar un coche al punto que había entonces cerca de la Iglesia de San Martín, montamos en él encargando al cochero que nos llevase á escape si quería obtener una buena propina, y en media hora llegamos al campo del honor, donde ya nos esperaban Fabiani y Narciso Serra.

Por el camino me había aconsejado Ossorio que si antes de empeñarnos en el lance me lo proponían, no vacilase en dar una satisfacción á mi adversario. El motivo había sido una tontería y no valía la pena de arrostrar las consecuencias de un combate.

—En el mero hecho de aceptarlo y de venir al terreno, ha puesto usted en salvo su honra—añadió.

Yo callaba, y recuerdo que al oirle sentía deseo de llorar; porque en efecto, el motivo del lance era bien fútil. Pero no, dar una satisfacción á quien había querido burlarse de mí y sobre todo delante de señoras, eso nunca. Dispararía al aire, pasaría por torpe y en realidad lo era, no heriría á mi adversario, porque la sola idea de causarle daño me horrorizaba, me dejaría matar... todo menos humillarme.

Cuando nos apeamos y se dió orden al cochero para que se colocase á la misma distancia en que estaba el coche de Fabiani, Ossorio y Serra conversaron y acercándose á mí, me dijo el genial poeta:

—Aún es tiempo de que todo esto acabe pacíficamente. Declare usted ante mi ahijado que no ha sido su ánimo ofenderle, le tenderá la mano y nos marcharemos todos convertidos en buenos amigos.

—El ofendido soy yo—insinué—y carecería de dignidad si hiciera lo que usted me aconseja.

—No hay avenencia...—exclamó Ossorio.—Es

sensible; pero no hay más remedio que efectuar el lance.

—Bien está...—dijo Serra.—Midamos el terreno.

—Quince pasos cada uno.

Midieron el terreno con la mayor formalidad, sacaron de una caja dos pistolas, las cargaron mientras Fabiani y yo esperábamos en el respectivo sitio donde nos habían colocado, cada padrino dió á su ahijado una pistola, recordaron que no debíamos disparar hasta oir la tercera palmada y se colocaron á un lado en el centro de la distancia que nos separaba.

El día había sido espléndido; pero empezaba á anochecer cuando sonó la primera palmada.

Es indecible lo que sufría mi espíritu en aquellos momentos; quería estar sereno y me era imposible; hubiera deseado que la luz crepuscular desapareciese, temía que vieran temblar mi mano y también temía que la bala de mi adversario me hiriese ó me matase.

Sonó la tercera palmada y no sé lo que me pasó, disparé maquinalmente y el fogonazo de la pistola de mi adversario me pareció un relámpago.

—¡Bravo! ¡Venga un abrazo!—me dijo Ossorio.

No me atreví á preguntarle qué había sucedido; pero acto continuo llegaron Serra y Fabiani.

—Venga esa mano—me dijeron, estrechando las mías con efusión.

—Se ha portado usted como un hombre.

—Supongo que no me guardará rencor—dijo Fabiani—y que en adelante seremos buenos ami-

gos. Además tengo que suplicar á usted que me perdone el mal rato que le he proporcionado,

—Y nosotros también—dijeron Narciso Serra y Fernando Ossorio.

—Esto no ha sido más que una prueba...—añadió Fabiani.—En el teatro todos somos gente de buen humor, las bromas abundan, algunas son crueles, hay que reconocerlo. No todos los que se ven en el trance en que usted se ha visto salen airosos, y entonces... del árbol caído se hace leña. Pero usted ha demostrado serenidad y arrojo; se ha hecho merecedor de nuestro afecto, de nuestro compañerismo. Ahora nos vamos los cuatro á comer en la fonda de Perona, donde nos tendrán preparada una suculenta comida que yo pago en albricias de tener por compañero á un niño que vale como un hombre.

Oía yo á Fabiani y no sabía si aceptar con benevolencia la broma que tan hondo disgusto me había proporcionado ó si rechazar aquel odioso juego y pedir que de nuevo nos pusieran en frente.

Venció en mí el primer impulso; al fin y al cabo, aunque por fuerza, había sido héroe, y la dicha de vivir cuando esperaba haber acabado mi corta y triste historia me estimuló á dar un abrazo á Fabiani y á los padrinos. Montamos en los coches; Fernando Ossorio, que era un gran corazón, me pidió que le tutease, me aseguró que en cuanto se supiera en el teatro lo que había ocurrido todos me respetarían, me mostrarían sincero afecto y

Teodora y Arjona serían los primeros en felicitarme por haber arrostrado la *novatada* con tanto pundonor y valentía.

Así fué en efecto: al día siguiente las actrices, los actores, hasta los tramoyistas me felicitaron y *entré* en la Compañía, como las obras teatrales que *entran* de verdad en el público.

Pero el final de la aventura merece ser contado.

A los postres estábamos cuando oimos voces en el corredor que daba paso al cuarto reservado de la fonda de Perona, donde habíamos comido.

En uno de los interlocutores reconocí la voz de mi padre. Quería entrar en el cuarto donde nos hallábamos y el mozo no le dejaba. Salí precipitadamente y al verme me abrazó con efusión.

—Debería castigarte—me dijo—porque me has hecho pasar una hora horrible; pero te perdono porque te veo sano y salvo y porque seguramente te habrás portado como un hombre.

Los tres comensales rogaron á mi padre que entrase en el comedor, le felicitaron por mi conducta, le explicaron que todo ello había sido para ponerme á prueba y porque era costumbre hacer pasar por trances apurados á los novatos.

Mi padre, que había sido militar, recordó las *novatadas* de los colegios militares, se alegró de que no me hubiera *achicado* y añadió que el pícaro portero le había dado mi carta al volver á las siete á casa, la había leído en la escalera y sin decir nada á mi madre había ido al teatro, donde

nada había podido averiguar; pero comprendiendo por su experiencia que el lance no podía ser cosa grave por ser yo demasiado joven y porque los padrinos procurarían evitar una desdicha, no dudando que, como la mayor parte de los desafíos, acabaría el mío en la fonda, se fué á la de Botín, después á la de los Leones de Oro y por último á la de Perona, donde nos había encontrado.

Tomó una copita de ron y marrasquino, Fabiani y Ossorio le aseguraron que me había captado su aprecio, mi padre á pesar de lo escaso de sus recursos quiso pagar el gasto, no se lo consintieron; y como ya eran las ocho muy corridas, se levantó la sesión. Serra y los actores se fueron al teatro y mi padre y yo nos encaminamos á nuestra casa, donde mi pobre madre estaba intranquila.

Nada le dijimos de lo que había ocurrido para no afligirla más de lo que estaba y yo dormí aquella noche sobre mis laureles, fáciles al parecer, pero que para mí no lo habían sido.

Presumo que aún continuarán en los teatros las *novatadas*, ó por lo menos las bromas más ó menos pesadas. Por entonces estaban muy en auge, y eso que la Compañía que dirigían Arjona y Teodora era un modelo de orden, de buena educación y de compañerismo.

Antes de consignar mis impresiones durante la temporada de 1851 á 1852, ya que me ocupo en estos detalles de la vida íntima teatral, referiré dos episodios, uno semejante al de que fuí víctima y

otro más censurable aún, que se realizaron en la siguiente temporada y en la misma Compañía dirigida por Arjona, que del teatro del Drama trasladó sus penates al de Variedades.

Al mes de haber empezado las funciones, se aumentó la Compañía con un joven filipino que podría tener de diez y ocho á veinte años. Era un guapo mozo de la raza tagala no muy caracterizada, pero lo bastante para adivinar al verle que procedía de Filipinas.

Tenía mucha afición al teatro, había representado comedias en Manila, allí le habían asegurado que era un actor de cuerpo entero; no lo había dudado, porque jamás se duda de lo que se desea, y había logrado que su padre, comerciante andaluz establecido en Ilo Ilo, y su madre, una bella tagala cuyo retrato en daguérreotipo tuve ocasión de ver, enviaran á su vástago á Madrid para que estudiase la Declamación y volviese á su país natal hecho todo un Máiquez, un Latorre ó un Julián Romea, á quienes sólo de oídas conocían en el archipiélago.

Se llamaba Montilla de apellido. El nombre no lo recuerdo: cuando escribo estas líneas hace cincuenta y seis años que pasó lo que voy á referir.

Por entonces era general la opinión de que en el llamado Conservatorio de María Cristina perdían el tiempo los que aspiraban á ser actores ó cantantes, y sólo lo aprovechaban los instrumentistas y los compositores. Sobre poco más ó me-

nos lo que siempre ha sucedido y sigue sucediendo.

Los lectores que se han enterado de cómo enseñaban á interpretar las obras escénicas cuando yo era discípulo de aquella Escuela, lo mismo don Carlos Latorre que D. José García Luna, método que según me dicen, sigue siendo el mismo con ligeras y escasas variantes, se explicarán que las personas á quienes recomendó en Madrid á su hijo el comerciante de Ilo-Ilo, le aconsejaran que desistiese de matricularse como pensaba en el Conservatorio y le ofrecieran recomendarle á Arjona para que le admitiese en su teatro. Allí podría asistir á los ensayos, á todas las representaciones y acostumbrarse á la escena al desempeñar los papeles que le repartiesen por modestos que fueran. De este modo aprendería en un año más que durante dos ó tres en el Conservatorio.

Todo esto me lo refirió el bueno de Montilla, porque después de la mala pasada que se le jugó —no lo oculto—con mi colaboración, ó mejor dicho con mi complicidad, fuimos buenos amigos.

Arjona dijo á las personas influyentes que se lo recomendaron que le admitiría con mucho gusto; pero sin sueldo, porque no podía aumentar su presupuesto. Montilla no necesitaba ganar dinero: su padre le había señalado una pensión para que pudiera vivir con holgura, se hospedaba en casa de un pariente y lo que él quería era ver, estudiar.

En estas condiciones fué admitido, y desde que

formó parte de la Compañía su mayor goce era convidar al café á los actores. Con frecuencia se veían en sus manos monedillas de oro, y como era expansivo, franco, ingenuo y ofrecía buenos cigarros, y al salir de los ensayos invitaba á los que seguían su camino á entrar en el café de Venecia, hablaba de la fortuna de sus padres y sobre todo era simpático, cayó en gracia; pero no se libró de la *novatada.*

Su Fabiani fué Manuel Ossorio, nada menos que el primer galán de la compañía.

Como era de carácter dulce, tenía mucha paciencia y aceptaba las bromas de palabra sin incomodarse. Fué preciso extremar el pretexto para llegar al consabido lance de honor.

La conspiración se fraguó entre Manuel Ossorio, que debía ser el protagonista, Fabiani, el actor José María García, hombre de carácter agresivo, quisquilloso, dispuesto siempre á andar en duelos y quebrantos, y dos ó tres más entre los que figuraba yo, no sin cierta fruición, que el corazón humano tiene debilidades incomprensibles.

La cuestión era poner á prueba el valor de Montilla y darle un susto.

Terminado el ensayo el día señalado para realizar el malévolo proyecto; cuando se retiraron el director, las actrices y la mayor parte de los actores, José María García dijo á Montilla y á los que conocíamos el plan fraguado por él y por Ossorio:

—No se marche usted, tengo que hablarle. Ni

ustedes tampoco: quiero que sean testigos de lo que necesito decir á este joven.

El filipino que se disponía á marcharse, se detuvo sorprendido.

Poco después formamos corro y García, á quien como ya he indicado antes de ahora siempre se encomendaban los papeles más odiosos, dijo con la mayor acritud á Montilla:

—Personas de cuya veracidad no puedo dudar, me han asegurado que en el café de Venecia se ha permitido usted hablar mal de mí, no sólo como actor, que eso sería lo de menos, sino como caballero.

—No es verdad—contestó Montilla muy azorado,

—Hay testigos que afirman...

—Esos testigos mienten.

—¿Se atrevería usted á negarlo en su presencia?

—Ya lo creo que me atrevería.

—Vamos á verlo. El Sr. D. Manuel Ossorio, aquí presente, es uno de ellos. ¿Lo negará usted?

—Sí, señor, porque si el Sr. Ossorio asegura que he hablado mal de usted, ó lo ha soñado ó miente á sabiendas.

—¿Que miento?—exclamó Ossorio fingiendo una gran excitación.—Esto no puede tolerarse. Sólo un miserable puede atreverse á desmentirme.

—¿Se ha vuelto usted loco?—dijo Montilla.

—¡Otro insulto! Esto no puede quedar así—repitió.—O me mata ó le mato. Que traigan de la guardarropía dos pistolas cargadas; aquí mismo

vamos á batirnos. Usted, Sr. García, será mi padrino; usted, Sr. Fabiani, puede serlo de ese desgraciado joven. Los demás serán testigos: no hay que perder un momento.

—Pero Sr. Ossorio...—decía Montilla—cálmese usted... yo le ruego...

—Cállese usted—insinuó Fabiani.—Ahora sólo hablan los padrinos.

Alisedo fué por las pistolas que estaban preparadas, se convino en que el combate se verificaría en el escenario, conferenciaron los padrinos, Montilla que no sabía lo que le pasaba, pero que sentía arder en su pecho la sangre tagala, fué colocado en un ángulo del foro, Ossorio en el ángulo opuesto del proscenio, donde había más claridad, padrinos y testigos nos colocamos entre bastidores, se dió la señal, se oyeron dos detonaciones y Ossorio cayó sobre el tablado, exclamando como si estuviera representando un papel en la escena:

—¡Me ha matado!

Tal era el desenlace convenido. Todos nos acercamos al falso moribundo. Montilla permanecía entretanto en su puesto presa de un temblor nervioso y sin saber que hacer.

Fuímos á donde estaba y García, con acento trágico, exclamó:

—¡Desgraciado! Ha quitado usted la vida á un hombre de bien, á un primer actor cuyo porvenir era brillantísimo. Huya usted antes que la justicia le aprisione y le condene por homicida, quizás á morir en el patíbulo.

—Por de pronto, ocultémosle en el telar—dijo Fabiani.

Montilla se echó á llorar como un niño, abrazándose á mí.

De buena gana le habría revelado la verdad de lo que ocurría; pero habría faltado á lo ofrecido y me limité á decirle en voz baja que quizás no habría muerto su adversario. El médico debía llegar de un momento á otro y le ofrecí ir á su escondrijo para enterarle de lo que sucediera.

Un tramoyista que estaba advertido le condujo al telar y allí le escondió en un cuartito que servía para guardar herramientas, cerrando la puerta con la llave, que guardó.

Ossorio, que tenía un excelente corazón, se mostraba arrepentido y quería á toda costa devolver la paz al pobre Montilla. La broma había sido demasiado pesada y se dolía de haber tomado parte en ella. Yo abundé en sus deseos y todos los circunstantes se pusieron de nuestra parte. Pero García que había fraguado el complot quería realizar todo el programa, que se reducía á dejarle encerrado hasta la hora de la función, y después explicarle el objeto de la broma.

Nuestra insistencia venció la de García, y todos menos Ossorio subimos al telar.

El tramoyista encendió un farolillo, porque estábamos en el mes de Noviembre y cuando pasaba lo que refiero hacía ya tiempo que reinaba en las dependencias del teatro la más completa oscuridad.

García, cerca de la puerta, ahuecando la voz murmuró:

—Hay que buscarle por todas partes y llevarle á la cárcel. Que abran esta puerta en seguida ó mando echarla abajo.

El tramoyista abrió y al penetrar en el cuarto nos permitió la luz del farolillo ver al bueno de Montilla sentado sobre un cajón, cubierto el rostro con las manos y llorando con verdadera aflicción.

—Venga usted con nosotros—añadió García disfrazando todavía la voz.

Montilla, profundamente abatido, no se hizo de rogar y nos siguió á través de las empinadas escaleras que separaban el telar del escenario.

Manuel Ossorio estaba sentado delante de la mesilla que había servido durante el ensayo al apuntador, en la que había una vela encendida á cada lado.

Cuando llegamos al escenario, se despojó García de la capa y del sombrero con que había procurado disfrazarse, y con gran contento mío y creo que de todos, porque la broma nos tenía apesadumbrados, dijo á Montilla:

—Él muerto ha resucitado. Allí le tiene usted: vaya á darle un abrazo.

Entonces le animamos, se le informó de que todo había sido una pura comedia, una broma para poner á prueba su valor. Ossorio fué á su encuentro, se abrazaron y durante algunos minutos el buen Montilla no hacía más que sollozar, porque en efecto había sufrido horriblemente, no

por miedo al castigo de la ley, como nos confió después de serenarse, sino por la pena que le producía haber causado la muerte á Manuel Ossorio, á quien quería y admiraba.

La comedia terminó también en la fonda de Perona, obstinándose el filipino en pagar el gasto.

VI

A su vez *entró* en el Teatro como yo había *entrado;* durante la comida le refirieron mi desafío, pasamos un buen rato hasta la hora de ir á vestirnos para la función y hasta que nos perdimos de vista fuimos Montilla y yo buenos amigos.

La circunstancia de no ser ni él ni yo carne de teatro, había inspirado á los que lo eran las bromas que debían demostrar si merécíamos ó no la honra de vivir en su amor y compañía. Los dos salimos airosos de la prueba y esto nos valió el afecto de los que nos habían visto entrar en corral ajeno y querían saber si desde su punto de vista éramos dignos de codearnos con ellos.

En análogas circunstancias que Montilla y yo se encontraba otro actor, subalterno como nosotros.

Se llamaba Merino, era hombre de treinta á treinta y cinco años lo menos, enjuto, demacrado hasta el punto de parecer un esqueleto cubierto sólo por la piel.

Era hermano de un maestro de armas, que en aquellos tiempos en que á causa de las discusio-

nes políticas menudeaban los desafíos, no siempre de mentirijillas; tenía mucho que hacer, porque raro era el duelo del que no era padrino, organizador del combate ó consejero de los duelistas. Era en extremo simpático, tenía un carácter agradabilísimo, una prudencia á toda prueba y procuraba que el honor se salvase con el menor peligro posible de los que se veían en la necesidad de lavar sus manchas.

Pero su pobre hermano, sin oficio ni beneficio, de endeble naturaleza, era en todo, menos en lo bondadoso del carácter, la antítesis del maestro de armas; y más que por amor al arte, por aquello de que el oficio de cómico es, según todavía se dice, de los más fáciles y socorridos, solicitó y obtuvo una plaza de racionista en la Compañía de Arjona.

Tampoco era carne de teatro y se vió obligado á pasar por la consabida bromita, que para él tuvo carácter tétrico.

Los que la idearon se inspiraron en el aspecto fúnebre del buen Merino y una noche se dieron cita á las siete y media, poco antes de la hora en que acostumbraban á ir los actores al teatro, porque en aquella época á las ocho en punto comenzaba la orquesta á tocar la sinfonía de *Semíramis*; la del *Guillermo Tell*, la del *Barbero de Sevilla* ó la del *Nabuco*, y acto continuo empezaba la función, que solía acabar poco antes de las doce.

Se pidió al encargado de la guardarropía que llevase un ataud; Mariano Serrano, que era sastre

de la Compañía y á la vez racionista, confeccionó un muñeco sumamente delgado á cuya cabeza se adhirió una careta de aspecto cadavérico, se colocó el muñeco en el ataud entre cuatro blandones y fué depositado en el cuarto donde se vestía Merino.

Los que habían fraguado el complot, en el que no quisimos tomar parte ni los Ossorios, ni Montilla, ni yo, pidieron en el vestuario hábitos de frailes franciscanos y se ocultaron para que no los descubriese Merino al entrar en su camarín. Pero acechaban para ver el efecto que producía en la víctima de su buen humor el aspecto macabro de su cuarto.

Habían cerrado la puerta con llave y se la dieron al conserje á quien los actores pedían las de sus respectivos camarines. Al llegar Merino pidió la llave del suyo, se dirigió al corredor donde estaba su cuarto y abrió la puerta con la mayor tranquilidad, dando un paso hacia atrás ante el espectáculo que se presentó á su vista.

En aquel instante empezó un canto fúnebre, y fueron acercándose de dos en dos los frailes con velas encendidas.

Momentos antes llegué yo y pude presenciar, no sin disgusto y hasta indignación, aquella escena que querían acelerar sus autores para que no les sorprendiesen Teodora y Arjona, que seguramente habrían condenado la broma, como la condenaron después al enterarse de lo que había pasado.

—¿Qué es esto?—preguntaba Merino balbuceando las palabras.

—Esto es—le contestó el que hacía de prior—que ha fallecido el actor Merino y vamos á enterrarle en el foso.

Pronunció estas palabras con voz solemne, prosiguió el canto fúnebre, impusieron silencio á Merino, que protestaba; entre cuatro cogieron el ataud y atravesando los pasillos y el escenario en medio de las risas de los tramoyistas y de los traspuntes, se dirigieron al foso, volviendo poco después con sus trajes habituales los que habían realizado la broma.

Merino tuvo que retirarse enfermo á su casa y uno de los ex-frailes se encargó de desempeñar aquella noche su papel, que se reducía á una corta escena en el primer acto de la obra que debía representarse.

Arjona se informó de quienes habían sido los autores de la pesada broma, y muy incomodado anunció que en adelante no permitiría escenas como la que aquella noche había puesto de relieve el mal gusto y la falta de piedad de los que la habían ideado.

Pero á pesar de la reprimenda, los que por naturaleza eran bromistas no cesaron en todo el año de zaherir á Merino diciéndole que andaba por el mundo con licencia del guarda del cementerio; que no era un sér humano sino un alma en pena; y como soportaba con calma estoica aquellos chistes de mal género, continuó siendo víctima propi-

ciatoria de los que necesitaban á toda costa hacer de la vida un continuo jolgorio.

VII

A pesar de este episodio, que he referido como los anteriores, para dar una idea de las intimidades de la vida privada que se hacía en el teatro, reinaba entre los actores un gran espíritu de compañerismo. Se cobraba por quincenas y el día del cobro, lo mismo las partes principales que las secundarias del sexo masculino, comíamos juntos á escote en la fonda y algunas veces, cuando el tiempo lo permitía, en los figones y merenderos de las orillas del Manzanares.

Había, como seguramente seguirá habiendo, disgustos por el reparto de los papeles, heridas de amor propio, envidias más ó menos embozadas, intrigas y amoríos: amoríos entre las actrices y los actores de menos importancia, que reñían y hacían las paces con gran frecuencia y facilidad; entre los que tenían permiso para permanecer en el escenario durante las funciones y algunas de las actrices principales; entre las camaristas y los traspuntes, tramoyistas y mozos de los actores. No podían éstos renegar de sus antepasados los mimos, timélicos, histriones, etc. Pero en aquella compañía se guardaban las formas, y no se hacía alarde de incorrección, porque el ejemplo de Teodora, de Arjona y de los Ossorios contenía á los demás, y comparando lo que entonces veía

con lo que después he observado en otros teatros, no sé si porque con los años se ha aclarado mi vista ó porque se prescindía más fácilmente de las conveniencias sociales, puedo afirmar que aquella Compañía, de la que yo en modesta esfera formaba parte, distaba mucho de las antiguas del Corral de la Pacheca, del teatro de los Caños del Peral, según refieren las crónicas de aquellos tiempos, y de las que en la segunda mitad del pasado siglo dieron á conocer el tipo de las suripantas. Y esto haciendo caso omiso de las llamadas Compañías de cómicos de la legua, que han sido siempre grupos de gente de vida airada digna de lástima y á la vez de desprecio.

A pesar de aquel barniz de urbanidad y del indisputable mérito de Teodora y de Arjona, á quienes rendiré más adelante el debido homenaje, entre lo que yo me había figurado que era el teatro y el efecto que produjeron en mi ánimo sus interioridades, había tal contraste que no tardé en perder las ilusiones que me había forjado y—ríanse los lectores—como jamás he podido vivir sin ilusiones, renovando las que perdía al acabar de perderlas, pensé que era preciso regenerar el teatro y acaricié la ilusión de que podía ser yo uno de los que contribuyesen á esta magna obra.

Antes de referir lo que intenté para llevar á cabo tan atrevida é ilusoria empresa, explicaré cómo la experiencia adquirida en las dos temporadas en que formé parte de las compañías que dirigía Arjona y en los dos meses del verano de 1852 que

estuve con Dardalla en el teatro del Instituto, al mismo tiempo que afirmó en mi espíritu el concepto que tenía del arte teatral, le sumió en honda pena al convencerme de que entre mi ideal y la realidad había un profundo abismo.

Mi pasión por el arte escénico me apartaba de otras preocupaciones, incluso las que suelen en la adolescencia y en los albores de la juventud, pervertir el espíritu y malgastar las energías corporales, motivo por el cual no tomaba parte ni en las luchas ni en los jolgorios.

Con más imaginación que reflexión, con más sentimiento que claridad de juicio, no sólo entonces, que era un adolescente, sino en la edad madura y hasta en la actualidad que soy un viejo septuagenario, todo lo he visto no tal cual es sino como me figuraba que debía ser, y como lo que es ilusorio se desvanece tarde ó temprano para dar lugar á lo real y positivo, fácilmente se explican los muchos desengaños que he sufrido al comprender la diferencia que existe en el mundo entre lo vivo y lo pintado.

Las atenciones y bondades de que era objeto en el teatro á pesar de la insignificancia de la situación en que me hallaba, debían haberme halagado.

El representante oficial de la empresa, Sr. Rodrigo, hombre de gran actividad, padre político de Arjona, á quien profesaba el más leal cariño; Molits, ejecutor de las órdenes relacionadas con el trabajo artístico; Jalbo, avisador pincipal viejo

ya, pero fuerte, muy querido de toda la gente de los teatros y padre del pintor escenógrafo que ha sido además durante muchos años conservador del teatro Español; el sastre Mariano Serrano, otro veterano llamado Esteban, capatáz de los comparsas, me mostraron afecto desde el primer momento. Mis pocos años y mi cada día mayor afición les sorprendía, porque la generalidad de los que ocupaban los últimos puestos en las compañías, consideraban su misión como un oficio mercenario menos cansado y mejor retribuído que el de un vulgar artesano, mientras que yo estudiaba y observaba cuanto pasaba en torno mío.

El peluquero, el actrecista, el encargado de la guardarropía, hasta los tramoyistas, eran muy bondadosos conmigo, porque en mi afán de conocer todas las piezas de aquella máquina que producía la emoción artística, hablaba con ellos, les preguntaba, y de una parte mi interés por saber y de otra su satisfacción al poder referir como cosa curiosa y para mí sorprendente lo que para ellos solo era una rutina sin importancia, me ganaba sus simpatía.

El ensayo, la dirección y la ejecución de las obras que se representaban eran asunto predilecto de mi observación y estudio. Arjona, á quien la crítica teatral consideraba como émulo y sucesor del gran Lombía, había alcanzado entusiastas y legítimos triunfos en la *Escuela de los maridos, Adriana Lecouvreur*, el *Agente de policía*, el *Avaro*, el *Tío Tararira*, *Los guantes amari-*

llos y otras obras representadas en la primera parte de la temporada de 1851 á 1852.

A fuerza de talento, de habilidad, de maña, suplía la deficiencia de sus facultades físicas y hacía pasar por genio, por inspiración lo que en él era arte, ó para hablar con más exactitud, sabio artificio. Hacía un minucioso estudio de los personajes ficticios que tenía que encarnar y ni un solo detalle faltaba en la composición de las figuras del cuadro escénico en que aparecía.

No era el mismo actor siempre con diferente aspecto. Arjona desaparecía por completo en la escena y sólo se veía en ella al personaje que interpretaba. Se caracterizaba de un modo admirable, vestía con la más meticulosa propiedad, no olvidaba ningún detalle y producía en los espectadores la ilusión que logra siempre su admiración y sus aplausos.

No dejaba á la inspiración del momento el más insignificante matiz; aunque basado su trabajo en un profundo é inteligente estudio, todo era matemático en su acción, en su voz, en sus posturas, en los efectos que quería producir para dar relieve al personaje y obtener el premio de su labor.

Al reconocer su mérito, recordaba yo á Latorre, que era su antítesis. Dotado éste de verdadere genio, poseedor de las más privilegiadas facultades para la escena, entregándose más á la inspiración que al cálculo, estudiaba con escrupulosa conciencia sus papeles, buscaba los efectos que podían subyugar, arrebatar al público y conse-

guía electrizarle. Pero á pesar de la riqueza de las inflexiones de su voz, siempre insinuante, de su acción siempre adecuada, distinguida y dominadora, de lo que dentro del estudio podía considerarse como inspiración, obedeciendo al estado de su ánimo, á la impresión del momento, el actor absorbía y á veces eclipsaba á los personajes.

En el Manrique del *Trovador*, en el D. Pedro del *Zapatero y el rey*, en el D. Juan del *Tenorio*, en todos los dramas de su extenso y brillante repertorio, era siempre Latorre, que al dar su alma á los personajes ideados por los poetas era, ante todo y sobre todo, el alma del gran actor.

No conocía yo á Romea cuando en mi todavía poco desarrollado magín hacía las anteriores comparaciones; pero intuitivamente me figuraba que las cualidades de Arjona y las de Latorre, reunidas en un solo artista, debían ser el prototipo del actor.

Teodora me encantaba é infundía en mi ánimo ferviente admiración. Su figura proporcionada, escultural, esbelta, elegante; su voz de una dulzura que penetraba hasta lo más hondo del alma, la apacible y sencilla majestad de su actitud en unas obras, la ingénua sencillez que revelaba en otras, la inteligencia que brillaba en sus ojos y se reflejaba en su rostro, el divino arte que inspiraba los efectos que producía, nunca rebuscados, siempre de una naturalidad que se apoderaba del espectador, me hacían considerarla como un sér superior.

Completaban mi admiración y mi encanto el

respeto que infundía su amable seriedad, la aureola de consideración que la rodeaba por su trato á la vez afable y distinguido, por las virtudes que practicaba en su vida íntima contrastando su correcta conducta con la de otras actrices, de las que oía murmurar frecuentemente.

En la *Escuela de los maridos*, en *El sí de las niñas*, en *Angela*, en la *Ley de raza*, sobre todo en *Adriana Lecouvreur*, que fué la obra que consolidó su reputación, colocándola á la altura en donde había brillado Concepción Rodríguez y en donde entonces brillaba Matilde Díez, ofrecieron á mi vista la perfección del arte tal como me la figuraba, y hubo en la admiración que la profesé algo de adoracion.

En aquel tiempo su casa era modelo de la vida familiar. Su marido D. Basilio Basili, notable compositor italiano, la quería entrañablemente. No era por su carácter raro con matices de misantropía el hombre que podía labrar la felicidad de una mujer como Teodora; pero si en la intimidad existían diferencias, no trascendían al público, el esposo respetaba y rodeaba de consideraciones á la esposa y la esposa sabía estimar lo bueno y disculpar lo defectuoso de su marido.

Nadie hubiera sospechado entonces que algunos años después desapareciera Basili como desapareció de su casa, sin un motivo que justificase su resolución, dejando á su compañera y á su hija, y no volviendo nunca á tenerse noticias de su paradero.

Al fin y al cabo, la que tantos dramas había interpretado en el teatro, fué protagonista de un drama íntimo, cuyo desenlace pudo ver en los últimos años de su vida la desventurada madre, cuando al morir su única y adorada hija, dejó unas memorias escritas día por día, en las que vió la que le había dado el sér los tormentos que la había hecho sufrir sin darse cuenta de ello.

Cuando Teodora, viuda ya, llegó al período de la vida en que luchamos con el tiempo para que no se extinga el crepúsculo de la juventud que se aleja de nosotros, un gran poeta con más talento que corazón, con más vanidad que conmiseración, hizo creer á la gran artista que le había inspirado una pasión, y es muy posible que se la inspirase porque el alma no envejece.

Pero al mismo tiempo que á la madre, requirió de amores á la hija, que se hallaba entonces en todo el apogeo de la belleza y de la juventud, y las dos creyeron á aquel hombre, que después de haber hecho dramas y comedias admirables, quiso *vivir* un drama no menos interesante que los que había compuesto para la escena.

La madre, á pesar de su experiencia y de su gran talento, fué la última en apercibirse del doble papel que representaba su adorador. La hija fué quien primero sorprendió el terrible secreto, y vivió algún tiempo obligada á ocultar su martirio, á fingir, á mostrarse tranquila y dichosa, cuando guardaba en su pecho el corazón destrozado por el dolor.

Esta interesante joven, digna de su madre por su talento y su belleza, cayó enferma. Si no recuerdo mal, un cáncer fué poco á poco minando su salud. Su única distracción era escribir diariamente sus pesadumbres, sus temores, sus deseos de alcanzar otra vida mejor que la que pasaba reconcentrada en su dolor.

Solo estas confidencias de la hija revelaron á su madre lo que ignoraba, lo que no había podido presumir; y la lectura de aquellas amargas expansiones llenó el breve tiempo que sobrevivió á la interesante y desgraciada joven.

A las ovaciones, á los aplausos, á la marcha triunfal por la escena de la gran actriz, siguieron los tormentos de una pasión tardía y el martirio de una madre inconsolable.

Pero cuando yo la veía interpretar en el teatro las creaciones de los poetas, cuando oía la fina sátira de su conversación en el grupo que formaban actrices y actores durante los ensayos, cuando admiraba la majestuosa sencillez y la distinguida elegancia de su figura, sentía hacia ella un fervor que tenía mucho de adoración romántica platónica y sobre todo respetuosa, que reconcentraba en ella mi imaginación y mi sentimiento, apartándome de las pequeñeces y miserias que á cada instante sorprendía y librando á mi espíritu de las debilidades y tentaciones que en la edad que entonces tenía y en el ambiente que me rodeaba, habrían podido pervertirme.

Me figuraba yo que la comprendía mejor que

cuantos admiraban sus cualidades de actriz y de mujer; hubiera deseado entonces poder hablar con ella, confiarle mis creencias y mis entusiasmos por el arte; pero ¿quién era yo para aspirar á trocar su indiferencia bien educada en interés y afecto?

Durante las dos temporadas que estuve á su lado, ni pude hacer méritos para que fijara en mí su atención, ni mi instintiva cortedad y mi necesaria modestia me permitieron expresarle la admiración que por ella sentía.

Un año después la escribí desde Sevilla una extensa carta confiándole las impresiones que como actriz y como mujer había producido en mi ánimo, el concepto que yo tenía del arte y el desengaño que había sufrido mi ilusión.

Desde entonces sólo la ví en la escena y jamás me acerqué á ella, á pesar de que en mi calidad de periodista y por añadidura revistero de teatros, me hubiera sido fácil conseguir lo que mi humilde condición de racionista de la compañía de Arjona me había impedido lograr.

Una publicación de la Habana, á donde fué Teodora en busca de nuevos triunfos y de fortuna, me encargó una biografía de la gran actriz, que jamás había querido proporcionar detalles de su vida. Estimaba la crítica razonada y justa; pero odiaba el reclamo. Solo permitió á fuerza de ruegos que se hiciese de ella un retrato como aparecía en *Adriana Lecouvreur*, y aseguraba que jamás se podría escribir de ella una exacta y completa biografía.

Me empeñé en demostrarle lo contrario y pude conseguirlo. Procuré conocer y tratar á uno de sus hermanos, D. Jerónimo, que era empleado del Ministerio de la Gobernación, y que sentía por su hermana una verdadera devoción. Con alguna maña logré que me refiriese pormenores de la infancia y de la juventud de Teodora; completé aquellos datos con los que obtuve de actores y poetas, con mis observaciones durante el tiempo que permanecí en el teatro, y la biografía se publicó cuando estaba en la Habana, sorprendiendo grandemente á la actriz, que según me dijo su hermano, había tenido un verdadero disgusto, motivo por el cual evité que me encontrara al regresar á la Península, para no obligarla á disimular su incomprensible enojo ó á tener que mostrármelo.

Durante la larga y penosa enfermedad que acabó con su vida, no dejé ni un solo día de ir á la plaza de Oriente, donde habitaba, á enterarme del estado de su dolencia, y cuando acabó su vida tan fecunda en gloriosos triunfos y en acerbos pesares, acompañé fervoroso sus restos hasta la última morada.

D. José Calvo, que al pasar la Compañía de Arjona desde el teatro del Drama al de Variedades entró á formar parte de ella como primer actor, era también un verdadero artista. Desde muy joven amargó su existencia una enfermedad del estómago que heredaron la mayor parte de sus hijos. Rafael, que brilló en primer término en la es-

cena española al par de Vico durante algunos años, padecía la misma enfermedad que su padre, y no es posible imaginar las torturas que sufrieron uno y otro al mismo tiempo que premiaban su inspiración y su maestría las entusiastas ovaciones que el público les tributaba.

D. José era de carácter reservado y hasta tétrico: hombre de familia adoraba á sus hijos, su alma noble huía de las menudas luchas que en el teatro producían las envidias y el amor propio; cumplía su deber con religiosidad, la más estrecha conciencia presidía su labor y en algunas obras, en algunos momentos, su natural inspiración y los dolores que sufría, le hacían aparecer sublime.

Bruno el tejedor era su creación predilecta. En toda la obra, pero particularmente en el segundo acto, cuando á favor del espejo se apercibe de que una mano criminal es la que va minando su existencia con el veneno, era tal la emoción que producía en el público, tan sincera la admiración que despertaba, que los espectadores le aplaudían con delirio, con frenesí, en tanto que él, quebrantado por el esfuerzo que había hecho, exacerbado su dolor crónico, al terminar el drama caía anonadado en una silla que le preparaban entre bastidores y permanecía algún tiempo como si estuviera en la agonía.

Ni los actores ni los autores sabían apreciar sus cualidades artísticas. Le consideraban, le querían; pero como por su mal vivía alejado de la vida ale-

gre peculiar de los cómicos y ni se daba tono, ni se preparaba ovaciones, ni solicitaba los encomios de la prensa, vegetaba en la penumbra cuando debiera haberse visto iluminado por los rayos de la más legítima gloria.

En la compañía dramática donde hice mi aprendizaje, se distinguía por su bondadoso carácter, su clara inteligencia y su exquisita educación Cristina Ossorio, que fué después una dama joven muy celebrada y aplaudida y primera dama con gran éxito en los principales teatros de provincias, en los que interpretando las obras del repertorio de Teodora Lamadrid conquistó entusiastas ovaciones. Casó después con el autor dramático Luis Mariano de Larra, y es madre del genial actor Mariano y de Luis, autor de numerosas y aplaudidas obras teatrales. Cuando trazo estas páginas, vive rodeada del amor de sus hijos y estimada y honrada por cuantos han podido apreciar sus virtudes y la inagotable bondad de su carácter.

Eran también muy estimadas la característica Lorenza Campos y Concha Ruiz, otra primera dama muy discreta y simpática. Entre los actores, Manuel Ossorio, primer galán, desempeñaba cumplidamente los papeles que le confiaban y era asimismo un cumplido caballero en su trato. Su hermano Fernando unía al genio artístico un corazón tan noble, tan hermoso, que todos le querían, celebrando su singular talento.

Los demás actrices y actores á quienes conocí y traté, pertenecían á la mayoría de los que consideran

el arte escénico como una profesión, como un medio de ganarse la vida, buscando los aplausos más que por experimentar una satisfacción espiritual, para conseguir buenas contratas.

Los que Arjona capitaneaba, como antes he indicado, eran en general más comedidos, más juiciosos que la generalidad de los que por entonces figuraban lo mismo entre las clases superiores que entre las inferiores.

VIII

Es una gran verdad el axioma que afirma que no hay gran hombre que lo sea para su ayuda de cámara. Si en el tiempo de mis ilusiones y mis entusiasmos por el teatro no hubiera supeditado en mí la imaginación á la realidad, me habría apresurado á dar la razón á mis padres y á los amigos que querían hacerme desistir de mi propósito de dedicarme al teatro.

¿Pero qué sabe de la vida un adolescente de quince años? En la edad madura me he explicado lo que entonces me sorprendía y en ciertos momentos me indignaba.

Hasta los mismos artistas que despertaban mi admiración eran, como no podía menos de suceder, simples mortales y en este concepto estaban supeditados á las pequeñeces, á las miserias, á lo que se llama la prosa de la vida.

Como los autores de las inspiradas obras que representaban, descendían con frecuencia de las

alturas para ponerse al nivel de los más humildes auxiliares de su labor, de los seres más vulgares.

Los que habían nacido y se habían criado en el teatro, no habían sentido la aspiración de la gloria. Si disponían de facultades para brillar en la escena, si deseaban y esperaban los aplausos del público, aun en la hermosa edad de las ilusiones y de las esperanzas, su ideal consistía en los goces del lucro, del amor propio, de la vanidad.

Entre los bastidores y el escenario, hay un abismo. Los grandiosos sentimientos que expresan en el tablado los personajes imaginarios, el fondo del cuadro en que aparecen, las vestiduras que ostentan, todo lo que me entusiasmó en el teatro de la Cruz cuando en mi niñez asistí á la representación del *Trovador*, fascina al público, le conmueve, le entusiasma. Si como el actor después de recibir el homenaje de sus admiradores, el espectador penetrase entre bastidores, el contraste haría que se le cayese el alma á los pies, como con tanta exactitud dice la locución vulgar.

El ayuda de cámara descubriría las miserias, las debilidades, las rarezas y las maldades de su señor, y seguiría sirviéndole y respetándole; pero sintiendo hacia él en su fuero interno el mayor, aunque compasivo, desprecio.

Esto es lo que á mí me pasaba, siendo como era espectador y estando al mismo tiempo en el secreto de lo que entre bastidores sucedía.

La experiencia me ha demostrado que lo que entonces me indignaba es la vida en todos sus ór-

denes y aspectos; porque la vida en el hogar, en la sociedad, en lo público y en lo privado, no es por desdicha más que una comedia que se convierte á veces en drama ó en tragedia, y lo más triste es que debemos aceptarla tal cual es, disfrutando de lo espiritual los que tal dicha alcanzan, ó contemporizando con lo material y deleznable como compensación.

Los que hacen del espíritu caso omiso ó lo consideran como un accesorio supérfluo que adorna, pero del que fácilmente se puede prescindir, están en su elemento entre las pequeñeces y las miserias de la vida; la materia tiene, como el espíritu, placeres y dolores.

IX

Las impresiones y recuerdos que acabo de apuntar, explicarán la lucha en que viví durante las dos temporadas que ejercí, aunque en modesta esfera, la profesión de actor.

Los verdaderos artistas, á quienes admiraba, sostenían mi creencia cuando los veía en el escenario: entre bastidores, al sobreponerse el hombre al actor, desaparecía mi encanto.

La vida íntima del teatro, á pesar de su desarreglo, excentricidades, liviandades y miserias, tenía bastantes atractivos para seducir y contagiar, no á un mozalvete de quince años como era yo, sino á hombres maduros, y hasta á viejos alegres de cascos.

Siempre despiertos los sentidos; siempre encontrando pábulo las pasiones en toda su agitada, sabrosa y abominable escala; ocasiones propicias para pecar á cada instante; tan pronto el llanto en los ojos como la risa en los labios, goces ó sinsabores de amor propio, de vanidad; toda la energía y la vida en el presente, olvido del ayer, despreocupación del mañana; oropel en todo hasta en los sentimientos, tal es como se aparecía á mis ojos el clásico tipo del cómico de raza.

Superficie de alegría loca, mar irisado de luz ocultando miserias como las espumosas olas ocultan los resíduos de los naufragios y las cenizas de los náufragos, no era extraño que las intimidades del teatro ofreciesen atractivos á los seres estragados de otras esferas sociales, que buscan con afán, y en ocasiones á costa de su honra y su sosiego, goces desconocidos.

Contaban los actores jóvenes y de gallardo aspecto, que recibían cartas de damas linajudas dándoles citas amorosas, y si alguno dudaba exhibían las epístolas. Ilustraban sus relatos con pormenores novelescos y á veces melodramáticos, cuando un marido llegaba inoportunamente.

Las actrices se veían festejadas por galanes aristocráticos, ricos banqueros ó políticos influyentes, y eran más ó menos consideradas, según la importancia del adorador á quien favorecían.

En los cuartos de los actores y en el de las actrices, se formaban tertulias á las que concurrían los amigos de la casa; es decir, los que, hombres

de mundo, pero con escaso peculio, no podían permitirse el lujo de sostener relaciones con astros de la escena, y se limitaban á referirles los escándalos de la corte, á murmurar de la actriz A en el cuarto de la actriz B y viceversa, conformándose en el capítulo de los amores con la fácil y modesta conquista de alguna de las partes de por medio, cuando no de una simple-racionista.

Estas últimas, cuyo sueldo no pasaba de diez ó doce reales, generalmente vestían con lujo, ostentaban joyas, recibían en sus camarines á mozalvetes ó á viejos verdes, y consideraban como la cosa más natural del mundo la desordenada vida que hacían, algunas con la aquiesciencia utilitaria de complacientes ó mejor dicho desvergonzadas madres, que cuando hablaban entre ellas de sus vástagos y reñían, hacían el elogio de las niñas alegando el número y la importancia de sus adoradores.

Toda aquella gente trasnochaba: después de la función los hombres se repartían entre las timbas, los colmados ó los cafés, y las señoras, llamémoslas así, que por galantería del empresario eran conducidas á sus domicilios en un coche de cuatro asientos alquilado para este servicio, solían recibir visitas que se prolongaban, según al día siguiente contaban las doncellas á los tramoyistas y á los mozos del teatro.

Como no podía menos de suceder, los trasnochadores se levantaban á las once ó las doce de la mañana, almorzaban de prisa y corriendo para

llegar al ensayo á la una ó las dos. Después del ensayo acudían á las citas amorosas, al café de Venecia ó á las casas de juego, y vuelta á empezar después de la función.

Semejante modo de vivir, tan grato para los que en él habían nacido ó á él se amoldaban; sin poder explicarme en aquel tiempo toda su trascendencia, me era antipático y odioso.

El boceto que trazo no era sólo el de la compañía de que yo formaba parte mínima, sino el de todas las que actuaban entonces en los demás teatros, el de las que en épocas anteriores habían mostrado en las tablas talento, donaire ó picardía, y es de presumir que ampliado y con mayores refinamientos, siga siendo de relativa actualidad.

La característica de los actores de aquel tiempo, era la más absoluta ignorancia. Respecto de la indumentaria, sus nociones se limitaban á saber que las obras según su antigüedad se vestían con traje talar, tonelete, trusa, á lo Felipe II, á lo Luis XIV, á la Federica, de chupa y casaca ó con calzón *colan* (del francés *coulant*) y botas de campana.

Cuando se pasaba de papeles una nueva obra, todos los que debían tomar parte en su representación se apresuraban á preguntar al autor cómo habían de vestirla, y por lo general el autor estaba en indumentaria á la misma altura de los que debían ser intérpretes de su producción, que se ocupaban más de la forma que del fondo.

Había un literato, también autor dramático, don

Luis Fernández Guerra y Orbe, que se había tomado el trabajo de hacer serios estudios históricos, arqueológicos é iconográficos, y era el oráculo de directores de escena, de poetas y de cómicos, además de ser hombre de carácter bondadoso y extensa ilustración, al mismo tiempo que de gran modestia.

Ninguno de mis compañeros se complacía en hablar de cuanto con el arte escénico se relaciona, limitándose á murmurar unos de otros ó á contar cháscarrillos en los que figuraban como protagonistas comediantes antiguos ó contemporáneos.

En medio de aquel conjunto de esplendores y miserias, de manifestaciones inconscientes de genio y de inspiración en la escena y de desórdenes y vicios entre bastidores, donde los halagos á la imaginación y la seducción de las flaquezas humanas, incitaban á dejarse impulsar por aquella pendiente embriagadora, pude librarme de este impulso; no por mi voluntad, que ha sido siempre fuerte y robusta pero que entonces era inconsciente, sino por el gran desarrollo que había alcanzado mi sentimentalismo, mi idealismo.

Cuando un órgano adquiere excesivo desarrollo, lo mismo en los individuos que en las plantas, es con detrimento de los demás que forman el mecanismo fisiológico, y por tanto de las funciones que están llamados á desempeñar en el organismo.

La actividad espiritual producía mi inercia material. Era precisa la honda raíz de mis ilusiones respecto del arte escénico, para que luchasen con-

tra la realidad y sobreviviesen á los desengaños que á cada instante salían á mi encuentro.

Me sentía solo enmedio de una multitud, y aquel estado de ánimo, dados mis pocos años, constituía en mi sér una verdadera enfermedad, de la que no me daba cuenta, pero que alejaba mi espíritu del medio ambiente en que vivía.

X

Una feliz casualidad me ofreció una satisfacción y me proporcionó un amigo que he conservado y conservo á través de tantos años como han pasado.

Poco antes de finalizar la temporada de 1851 á 1852 asistía yo como de costumbre al ensayo de una obra nueva, que si mal no recuerdo era *La Baltasara*. No tenía papel en ella, y como el ensayo de aquel día era el general; es decir, con los accesorios, decoraciones, comparsas, etc., me coloqué en la cuarta ó quinta fila de butacas para apreciar mejor el efecto de aquella producción.

A poco de comenzar el ensayo entró en la sala y se sentó en una butaca contigua á la que yo ocupaba un joven poco más ó menos de mi edad, medio año más, según supe después.

Me fijé en él y desde el primer momento me fué muy simpático.

Durante el primer acto prestamos tanto él como yo la mayor atención á la escena. Mientras mudaban los tramoyistas la decoración y los actores

formaban grupo como de costumbre en el escenario, me dijo el joven desconocido:

—¿No trabaja usted en esa obra?

—No, señor—contesté; y sorprendido por su pregunta, añadí:—¿Cómo sabe usted que formo parte de la Compañía?

—Vengo con frecuencia á este teatro, porque me encanta Teodora y Arjona me parece un actor concienzudo y de mucho talento. Su Compañía es la más completa de cuantas actúan en la presente temporada, he tenido ocasión de ver á usted en la escena, aunque desempeñando papeles de escasa importancia, y me he permitido la indiscreción de hacerle la anterior pregunta. Ruego á usted que me dispense.

—Al contrario, me ha proporcionado usted una satisfacción y á mi vez seré indiscreto. ¿Es usted pariente de alguno de los actores?

—No, señor; soy sobrino de D. Alonso Gullón, de quien habrá usted oído hablar, porque es editor y administrador de obras dramáticas, muy conocido en los teatros.

—Sí, por cierto, he oído nombrarle y hasta le conozco de vista.

—Con ese motivo tengo entrada franca en los teatros y utilizo esta ventaja, porque soy gran aficionado á la literatura dramática y al arte escénico.

Con fácil y correcta palabra me confió que hacía muy poco tiempo que había regresado de París, donde había sido alumno interno en el célebre

Colegio de Henri IV durante cuatro años. Allí había estudiado la literatura clásica de los griegos, romanos, italianos y franceses, se había aficionado á las obras dramáticas, había tenido ocasión de ver representar las tragedias de Racine y Corneille, las comedias de Moliere al mismo tiempo que algunas de las obras modernas de Víctor Hugo, Musset, Dumas; y como se encontraba en su elemento recordando sus estudios y sus impresiones, procuraba aumentar unos y otras, asistiendo á los teatros de Madrid.

Los lectores adivinan que aquel joven cuya cultura me impresionó, era Pío Gullón, quien en su larga y brillante carrera política, militando siempre en el campo liberal, ha desempeñado varias veces las carteras de Gobernación y de Estado con el respeto y la sincera estimación, no sólo de sus amigos, sino también de sus adversarios, reconociendo y proclamando todos la rectitud y la bondad de su carácter, la superioridad de su inteligencia, su fácil, correcta, aquilatada y elocuente oratoria y su esencial y constante probidad moral y política.

En la época en que le conocí, su estancia en París había quebrantado algo su salud; se había consagrado al estudio con demasiada asiduidad, y para reponerse había sido llamado por sus padres á Astorga, su ciudad natal.

Cesó nuestra conversación durante el segundo acto; después volvimos á conversar revelándonos mútuamente nuestro entusiasmo por el arte, ví en

él lo que había buscado hasta entonces sin encontrarlo; le agradaron mis ideas y mis sentimientos, como á mí los suyos, y al separarnos aquel día nos ofrecimos una amistad, que como antes he dicho, no se ha interrumpido ni un solo instante desde entonces, y convinimos en vernos á menudo y continuar nuestros gratos coloquios.

Mientras permaneció en Madrid nos vimos con frecuencia y al vernos no cesábamos de hablar con sincero entusiasmo de literatura y de arte.

En el Verano de 1852 volvió á Astorga, continuamos nuestras relaciones por cartas, y confortado yo al ver que había quien compartía mis creencias respecto del arte, emprendí con verdadera fé la empresa que me proponía realizar, sin comprender por mi falta de experiencia de la vida, la imposibilidad de mi empeño.

Más adelante tendré nuevas ocasiones de recordar al consecuente amigo y de honrar al literato y al hombre de Estado.

XI

Por mi parte, necesitaba seguir ganando el mísero jornal que me daban en el teatro para ayudar á mi padre al sostenimiento de la familia; pero dejé de asistir á los ensayos, me limité á cumplir extrictamente mis obligaciones, permanecía lo más preciso al lado de mis compañeros: sólo la familia de los Ossorios conservaba mi aprecio y no dejaba de admirar á Teodora, á Arjona y á Calvo;

pero no siendo natural, dada su categoría que estos grandes artistas pudieran tratarme como amigo, mis relaciones con ellos eran las de inferior á superior.

Deseoso de una atmósfera menos inficionada, pasaba la mayor parte de las mañanas en la Biblioteca Nacional escudriñando la historia del teatro desde la más remota antigüedad, que me proponía conocer á fondo y escribir cuando hubiera reunido los elementos necesarios para tan ardua empresa. Las tardes y las noches en que estaba libre y no iba á los otros teatros, visitaba á antiguos amigos de mis padres ó permanecía en mi casa con mi madre, que desde el nacimiento de mi hermana Rafaela en Octubre de 1851, no gozaba de completa salud, y á quien durante mis primeros entusiasmos artísticos había descuidado un poco.

La modestia de mi hogar, el calor de la familia, los juegos de mis hermanas me ofrecían un bienestar que contrastaba con las impresiones que recibía en la vida íntima del teatro.

Pero también en mi casa había sinsabores: mi padre no cesaba de abrigar serio temor por el porvenir de España y como consecuencia del suyo.

La lucha política, latente desde hacía algunos años, se exacerbaba por momentos y ocasionaba continuos cambios de gobierno. Narváez había hecho la hombrada de dar sus pasaportes al embajador de Inglaterra porque influía en favor de los liberales; el estado de la Hacienda pública con-

tinuaba siendo desastroso, no se pagaba ó se pagaba á medias, los acreedores extranjeros insultaban en los periódicos ingleses y franceses al gobierno y á la nación; al mismo tiempo conspiraban los cubanos por su independencia, se había verificado la expedición filibustera que capitaneaba Narciso López, la revolución italiana había obligado al Papa á guarecerse en Gaeta y una parte del ejército español mandada por el general Córdoba había ido á Roma á defender los derechos del jefe de la Iglesia Católica. La camarilla palaciega, influída por Sor Patrocinio y los elementos más retrógrados, minaba el terreno á Narváez, quien desesperado se fué á París en Enero de 1851, encargándose Bravo Murillo de la Presidencia del Consejo de Ministros.

En medio de aquella agitación, de aquel caos político, la Reina doña Isabel que siempre fué muy querida, sobre todo del pueblo madrileño, á pesar de sus veleidades y de lo que de su conducta privada se contaba, debía dar á luz á fines del año 1851, y si como se deseaba nacía un Príncipe, podía cambiar el triste aspecto de la situación.

No sucedió así. Vino al mundo en el regio alcázar la que hoy es Infanta Isabel después de haber sido dos veces Princesa de Asturias; y cuando la Reina el día 2 de Febrero de 1852 se disponía á ir á la iglesia de los Jerónimos á dar gracias á Dios por su feliz alumbramiento, el desdichado y execrable cura Merino intentó asesinarla, no consiguiendo más que herirla.

Con todo lo que á la ligera recuerdo, bien puede comprenderse como estarían los ánimos en Madrid y por reflejo en toda España.

Aquellos sucesos preocupaban hondamente á mi padre, no sólo por lo que influían en su desdicha personal, sino porque, como todos los que en aquel tiempo profesaban las ideas liberales, era sinceramente patriota.

En la villa y Corte se vivía en continuo sobresalto; en el mismo partido moderado, que era el que gobernaba, había disidencias, conspiraban unas fracciones contra otras, se apoyaban unos en la influencia de los ultramontanos, otros en la de la Reina madre doña María Cristina; se odiaban, no se trataban con la amabilidad y cortesía que en la época presente se tratan los políticos. No eran compadres, sino real y verdaderamente enemigos.

Recuerdo que siendo jefe político de Madrid D. Melchor Ordóñez, prototipo bajo todos conceptos de los buenos gobernadores cuya raza, dicho sea de paso, se ha extinguido por completo, y de quien todavía se refieren anécdotas que demuestran su rectitud, su energía, su caballerosidad y su carácter independiente y justiciero, mandó llamar á mi padre, á quien había conocido en Málaga hacía algunos años.

Necesitaba vigilar al famoso jefe de la policía D. Francisco Chico, de quien no se fiaba por completo; y como este temible personaje vivía, según indiqué en otra ocasión en la plaza de los Mosten-

ses, averiguó quienes eran los vecinos de las casas inmediatas á la suya.

Cuando supo que uno de ellos era mi padre, recordó sus antiguas relaciones con él, le llamó y encareciéndole el más absoluto secreto, le rogó que durante unos días permitiese permanecer algunas horas cerca de uno de los balcones de nuestra casa á dos caballeros que irían de su parte, autorizados por una carta de su puño y letra.

Fueron en efecto, lo que no dejó de molestar á mi familia, y como es de presumir no supimos el resultado de aquellas pesquisas. Poco después cesó en el mando D. Melchor, y en cambio Chico siguió disfrutando el favor de los ministros y muy particularmente, según se decía, el de la Reina madre.

Por aquellos días ocurrió el conato de regicidio: como es sabido, el reo fué juzgado en breve tiempo, condenado á muerte y la ejecución de la sentencia se verificó en el Campo de Guardias ante una concurrencia extraordinaria.

No sé por qué quise proporcionarme una emoción penosa, y á la caída de la tarde tomé un coche de alquiler ordenando al cochero que me condujera al sitio en donde todavía, según me informaron, permanecía el cadáver del regicida sentado en el patíbulo en que había espiado su crimen.

No se ha borrado nunca de mi memoria la impresión que aquel inconcebible capricho produjo en mi ánimo.

Anochecía y el campo de Guardias estaba soli-

tario. Sólo una pareja de polizontes custodiaba el tablado donde aparecía sentado, cubierto con una hopalanda y un birrete negros, una figura cuyo rostro ocultaba un lienzo blanco. Detrás de aquel espectro se elevaba el madero donde estaba el garrote que había servido para quitar la vida al exonerado eclesiástico.

La silueta del patíbulo en la penumbra y aquella figura siniestra, cuyo rostro ocultaba el lienzo, me horrorizaron en tanto que el cochero, acompañando sus palabras con una brutal risotada, decía:

—Ese ya no vuelve á cantar el *gori-gori*. Bien empleado le está, por haber sido mal cura y mala persona.

Pregunté á los que custodiaban el cadáver si permanecería allí toda la noche, y uno de ellos me dijo que de un momento á otro acudirían el verdugo y sus ayudantes á bajarle del patíbulo para llevarle al cementerio general del Norte, donde sería quemado y aventadas sus cenizas.

Tentado estuve de quedarme á presenciar el terrible programa; pero renuncié á aquel macabro espectáculo y regresé á Madrid, no sin arrepentirme de mi insana curiosidad.

Siempre he tenido horror á estos cuadros terroríficos de la vida humana y sólo dos veces los he buscado de exprofeso para que mi voluntad triunfase de mi temor: la primera, cuando al anochecer fuí á contemplar el cadáver agarrotado del cura Merino; la segunda, en París, al detenerme

después de una breve lucha conmigo mismo, delante de la *Morgue* donde, como es sabido, se depositan sobre grandes mesas de mármol blanco los cadáveres de los asesinados, de los suicidas, de los que han perecido violentamente y no han podido ser identificados. Ambas impresiones duraron mucho tiempo en mi imaginación y no dejaron de mortificarme.

XII

Entre los amigos de mi familia había una señora viuda con tres hijas, dos de su primer matrimonio y una del segundo. Se llamaba doña Concha Ordoño de Pierrard. Su segundo marido, que había fallecido hacía poco era, no recuerdo si hermano ó primo del general Pierrard, bizarro militar, siempre dispuesto á conspirar y á sublevarse en favor de las ideas liberales.

Doña Concha había desempeñado un cargo en Palacio durante la Regencia de doña María Cristina, frisaba en los cincuenta, era de afable trato, de una bondad inagotable, quería á sus hijas entrañablemente y sostenía muchas y buenas relaciones, que se complacían en oir su siempre amena y entretenida conversación.

Su posición no era muy próspera: una regular viudedad y una pensión de Palacio proveían á sus escasas necesidades; pero vivía con decoro, sin apuros, disfrutando de esa dulce tranquilidad que

ofrecen un buen carácter y un presupuesto bien equilibrado.

Su hija mayor, Carolina, estaba casada con un empleado del Gobierno llamado Sola, y marido y mujer vivían felices, porque eran naturalmente alegres, no tenían familia, se querían mucho y se divertían más.

De las solteras, la mayor, del primer matrimonio de doña Concha, se llamaba Cristina, y la menor, del segundo, Isabel, que ha pasado la mayor parte de su vida en Canarias, no se si en Santa Cruz de Tenerife ó en las Palmas, casada con un digno y bizarro militar del Cuerpo del Estado Mayor.

Conservé siempre grato recuerdo de aquella joven sencilla, angelical; pero la que mayor interés me inspiraba era Cristina, porque tenía mucha afición al arte escénico, declamaba con pasión y entusiasmo, y los dos pasábamos buenos ratos estudiando escenas del *Pelayo* y del *Otelo*, que recitábamos en las reuniones nocturnas de doña Concha cuando yo no tenía que tomar parte en las funciones del teatro.

Conocí en aquella casa al entonces celebrado criminalista D. Narciso Selva, viudo de una hermana de doña Concha, con muchos hijos que se criaban á la buena de Dios; porque su padre, de gran talento, de una elocuencia avasalladora, no era nada práctico en las cosas vulgares de la vida, Le cito porque está muy olvidado, y sin embargo, en su tiempo fué una gloria del Foro.

También conocí, y fué para mí un buen amigo y un laborioso é inteligente coloborador, á un joven mallorquín que había venido á Madrid á cursar la carrera de leyes y vivía con unos parientes en la plaza de Bilbao. Se llamaba Pedro Ripoll. Al terminar sus estudios volvió á Palma de Mallorca, fué allí uno de los más distinguidos abogados de la población, sus paisanos le elegieron Senador en dos ó tres legislaturas y falleció hace cuatro ó cinco años después de una vida apacible en el seno de su familia, honrado y aplaudido por sus muchos méritos y querido de cuantos le trataban por su exquisita educación y su carácter inalterablemente bondadoso.

Mientras que él y yo residimos en Madrid fuimos íntimos amigos: después nos escribimos aunque de tarde en tarde, y por último no volvimos á escribirnos ni á vernos; pero en todo tiempo procuré enterarme por los mallorquines á quienes tenía ocasión de ver de los pormenores de la existencia del buen Ripoll y siempre oía alabanzas en su favor.

Cuando le conocí en casa de doña Concha Ordoño á quien había sido recomendado por unos amigos de esta señora que residían en la capital de Mallorca, era también aficionado al arte escénico; aunque es posible que esta afición naciera en él por la que le inspiraba la joven Cristina, cuya belleza y la pasión con que declamaba las trágicas escenas que antes he mencionado, la hacían en extremo interesante.

Fuese por lo que fuera, si se enamoró de la joven, no pasó aquel afecto de ser platónico porque la plaza estaba tomada; pero en todo caso, que sobre este particular nada me dijo, como era bueno se resignó y fué siempre excelente y leal amigo de aquella familia.

Como nos veíamos con frecuencia y me inspiraba confianza, le referí el propósito que por entonces me preocupaba de reunir el mayor número de datos posibles para poder escribir una historia extensa y minuciosa del teatro, desde su origen hasta la mitad del siglo en que vivíamos.

Mi pensamiento le pareció admirable y se ofreció modestamente á ayudarme en tan difícil empresa. Podía disponer por la mañana de algunas horas, era laborioso por naturaleza, le halagaba la idea de alternar con los estudios jurídicos los históricos relativos al arte teatral, y contando con su colaboración puse manos á la obra.

En dos tres ó días tracé el plan del trabajo que me proponía emprender no sin el mayor sigilo, por que á pesar de mis pocos años y de mi natural entusiasmo, no se me ocultaba que mi proyecto era tan superior á las fuerzas de que podía disponer para realizarle, que cuantos se enterasen de él me juzgarían un iluso ó un audaz ignorante.

Ripoll me prometió guardar el secreto, y cuando después de las vacaciones de 1852 volvió á Madrid á cursar el tercer año de Leyes, comenzamos la tarea que nos habíamos propuesto llevar á cabo.

Pensé que mejor que cantar con tono épico las excelencias del Teatro era referir su historia detalladamente para que de este modo, no las palabras sino los hechos, demostraran lo que yo creía á puño cerrado; esto es, que el teatro no se limitaba á ser un recreo, un esparcimiento del ánimo, una diversión, sino como algunos autores han afirmado, escuela de las costumbres, espejo de la vida y además, según mi inexperta pero firme opinión, el conjunto en un sólo foco de todos los resplandores de las bellas artes, y por lo tanto, educador del sentimiento, poderoso elemento de cultura, gloria de la nación que reconociendo las peculiares condiciones de su existencia le honrase, le enalteciese y le considerase según aparecía ante mi imaginación.

Como en todo tiempo, mientras otras ocupaciones perentorias me lo han permitido, me ha preocupado, si no la regeneración puerilmente soñada por mí, al menos el propósito de mejorar las condiciones íntimas en que el teatro vive, en un Apéndice que insertaré al final de este libro podrá ver el curioso lector el plan detallado de la *Historia universal del teatro,* que á pesar de mis vivos deseos no he podido ni siquiera empezar á escribir; la *Memoria* que en 1862 envié al Ministerio de Fomento desde París, donde estudié por encargo del gobierno español la organización del Conservatorio de Música y Declamación que funciona en aquella capital, y el proyecto de una *Escuela del arte teatral,* resultado de estudios y me-

ditaciones inspirados en la afición que desde la infancia he sentido por el teatro.

Nada he podido realizar de cuanto he deseado y me propuse en relación con el arte escénico, y eso que no me ha faltado perseverancia; pero por fin me convencí hace bastantes años de que había mucho de quijotismo en mis propósitos é ilusiones. La triste, pero provechosa experiencia, me demostró que mis soñados *gigantes* no eran en realidad más que *molinos de viento* y me limito á consignar lo que soñé despierto, para que los que acaricien ilusiones y esperanzas análogas á las que compartieron mi juventud apartándome, afortunadamente para mí, de otras preocupaciones menos inocentes y más peligrosas, consagren un recuerdo al que perdió algún tiempo de su vida figurándose que su ídolo era de oro, cuando en realidad era de barro dorado.

Además de la historia propiamente dicha del teatro en todos los tiempos y en todos los países, juzgaba conveniente á mi propósito dar una idea detallada de las principales obras cómicas y dramáticas, refiriendo su argumento, examinando sus situaciones culminantes, los caracteres de los personajes, y completar esta labor de benedictino con las biografías de los autores que las habían compuesto y de los actores que las habían interpretado.

El bondadoso amigo Ripoll se encargó de buscar los datos biográficos, en tanto que yo hacía la exposición del argumento de las obras. Al

mismo tiempo indagué el paradero de algunos cómicos ya retirados de la escena por su mucha edad, les escribí rogándoles que me refiriesen pormenores de su experiencia teatral, y uno de ellos muy anciano llamado Calderi, que residía en Sevilla y que había tenido la curiosidad de anotar sus observaciones, me facilitó preciosas y desconocidas noticias de las Compañías que habían actuado en los teatros de Andalucía desde su mocedad en el último tercio del siglo XVIII, hasta que por sus muchos años á fines de 1840 se vió obligado á abandonar la profesión que tan de su agrado había sido.

Formaban un abultado legajo los datos y las biografías que pudimos reunir Ripoll y yo; mi mayor deseo era completar los elementos necesarios para realizar mi proyecto, el legajo famoso me acompañó en los muchos viajes que hice desde 1860 hasta 1874, y al mudar de domicilio en este último año se perdió, siendo inútiles cuantas pesquisas hice para recuperarlo. ¿Que habrá sido de él?

Diré, como los musulmanes, que estaba escrito que no había de escribir la proyectada historia.

Aquella labor despertó mi afición á los trabajos literarios, y con Ripoll, un compañero suyo llamado Cáceres, que ingresó más tarde en la Magistratura, y Joaquín Ramón, mi condiscípulo de Almería, que había venido á Madrid á terminar el estudio de la Jurisprudencia, formamos una academia que nos reunía en mi casa un día de la

semana, dando lectura en las sesiones que celebrábamos de los artículos que habíamos escrito sobre temas filosóficos, jurídicos ó literarios.

En aquel tiempo conocí á un joven extremeño que seguía la carrera de Estado Mayor y después ha figurado mucho en Madrid. Habitaba en la misma casa de huéspedes que Joaquín Ramón, se llamaba Enrique Gutiérrez de Salamanca, era muy expansivo y muy simpático, pertenecía á una familia pudiente de Almendralejo, si no recuerdo mal, y con la mayor tranquilidad del mundo decía que estaba enfermo del pecho, que los médicos le habían desahuciado y que viviría un año ó dos á lo sumo. La sinceridad con que hablaba, la conformidad con que soportaba su mal, le hacían interesante.

Un día se despidió de mí para siempre, según afirmó, y durante algún tiempo le recordaba de vez en cuando no sin pena, creyendo que se habrían realizado sus temores.

Al cabo de veinte años me sorprendió su encuentro. Entonces me refirió que á muerte ó á vida resolvió su familia que emprendiese varios viajes por mar, y después de pasar algún tiempo embarcado se restableció por completo. Acabó la carrera de Estado Mayor, la dejó, casó con una señorita propietaria de una gran fortuna y llegó á verse en posesión de más de diez millones de pesetas.

Gastó un dineral en antigüedades, compró palacios arruinados ó poco menos para restaurarlos,

acometió diversas empresas, era un torbellino, su imaginación no paraba un instante.

Alguna que otra vez nos encontrábamos, siempre era cariñoso conmigo, siempre tenía entre ceja y ceja algún proyecto colosal. Las últimas noticias que me han dado de este viejo amigo, que no sé si anda todavía por el mundo ó ha pasado á mejor vida, es que estaba arruinado ó poco menos.

Mis tareas literarias, mis visitas á casa de doña Concha Ordoño y las sesiones de la modesta academia, alternaban con el cumplimiento de mi obligación en el teatro.

En aquella época conocí al ilustre y bondadoso D. Juan Eugenio Hartzenbusch y al inolvidable Luis de Eguílaz, que alcanzó un señalado triunfo en el teatro de Variedades con su comedia *Verdades amargas,* después de haber sufrido un verdadero Calvario, porque ninguna empresa quería representar su obra. Fué preciso que don Eugenio de Ochoa, de gran autoridad como crítico dramático, emplease toda su influencia para que Arjona accediese á oir la lectura de la comedia, que hizo el mismo Ochoa, y aun así juzgó que la obra no lograría el éxito que obtuvo. Se resignó á ponerla en escena por complacer á Ochoa; pero el público acogió la comedia con verdadero entusiasmo, Eguílaz ganó la batalla y desde entonces fué considerado como uno de los primeros poetas dramáticos de aquel tiempo, consolidando su justa reputación sus nuevas obras *Los*

soldados de plomo, La cruz del matrimonio, Alarcón y otras muchas no menos celebradas.

Mis relaciones con otros literatos no menos ilustres, comenzaron en los teatros del Drama y de Variedades. A pesar de mi humilde condición, se mostraron afectuosos conmigo, y cuando me consagré por completo á las tareas literarias, algunos de ellos me prestaron importantes servicios.

XIII

A fines de 1852 dejó mi familia el cuarto que habitábamos en la plaza de los Mostenses y nos trasladamos á la que tiene el núm. 16 en la calle del Olivo, llamada ahora de Mesonero Romanos, como homenaje al célebre literato de este nombre, que nació y pasó su niñez en una casa de aquella calle.

Ocupamos un piso entresuelo de reducidas habitaciones, bajo de techo, oscuro, poco ventilado; una de esas muchas casas que hay todavía en la Corte, en las que se dice que se *vive* y en las que en honor de la verdad debía decirse que se *muere*.

Mi padre, que continuaba levantando y cayendo con su Agencia de negocios, creyó que para que se aumentase su clientela le convendría habitar en un paraje céntrico, y lo que sucedió al trasladarnos á aquel piso entresuelo tan mal sano, fué que mi madre, cuya salud estaba quebrantada, cayó enferma en los primeros días de Marzo de 1853.

Al pronto juzgó el médico que se trataba pura

y simplemente de un enfriamiento, tan frecuentes en la estación del año en que estábamos; pero no tardó en comprender que el mal era más grave de lo que había supuesto. La fiebre tifoidea se apoderó de aquella naturaleza, debilitada por haber querido cumplir los deberes de madre criando á mi hermana Rafaela, que á la sazón sólo contaba año y medio.

Pero aunque afligidos mi padre, mi hermana Dolores y yo, que éramos los únicos de la familia que podíamos darnos cuenta de la inmensa desgracia que nos amenazaba, no habíamos perdido la esperanza de conservar á aquella santa mujer á quien todos, incluso la criada montañesa que continuaba á nuestro servicio, y un ama que fué preciso tomar para que acabase de criar á la niña, profesábamos acendrado cariño.

La enferma fué agravándose por momentos, y el día 21 de Marzo estuvo el médico tres veces á visitarla, apurando los recursos de la ciencia y de la buena voluntad para contrarrestar los efectos del mal.

Todo fué inútil. Al retirarse después de la tercera visita, anunció á mi padre que había perdido la esperanza de salvar á la enferma, que yacía en el lecho con una fiebre altísima, delirando sin cesar, pidiendo á cada instante sorbos de agua, porque se abrasaba.

En concepto del médico, sólo un milagro de la Divina Providencia podía devolver la salud á la que iba á dejarnos para siempre.

Oí sus palabras, y para no afligir á mi padre ni á mis hermanas, oculté mi profundo sentimiento mostrándome confiado.

Todos deseábamos llorar y procurábamos contener las lágrimas. Mi padre, que hacía diez noches que no se acostaba, estaba rendido y á fuerza de ruegos logramos que descansase dos ó tres horas. Bien las necesitaba para poder resistir el inmenso dolor que nos esperaba.

Mi hermana Dolores, que tenía trece años, se sentó á la cabecera del lecho de la enferma y allí permaneció toda la noche. Mis otras dos hermanas, una de ocho años y la más pequeña de diez y ocho meses, no podían comprender lo que pasaba; las acostaron, durmieron, y á las doce de la noche reinaba en mi pobre hogar un silencio sepulcral, alterado por la fatigosa respiración de mi madre y por las palabras que de vez en cuando articulaba, presa del delirio, y que yo procuraba comprender sin conseguirlo por más que acercaba mi oido á sus abrasados labios.

Cuando me quedé solo en un gabinete contiguo al dormitorio en donde mi adorada madre agonizaba, recordé las palabras del médico: «Sólo un milagro de la Divina Providencia, podía salvarla.» ¿Y por qué no había de hacer aquél milagro?

Pasé largo rato ensimismado, y sin darme cuenta de lo que hacía, cogí un papel una pluma y con los ojos inundados de lágrimas escribí una plegaria pidiendo á Dios que no me arrebatase á mi madre.

Fué aquella la primera poesía que brotó de mi corazón; incorrecta, pero sentida, vibrante de emoción y de dolor.

Poco después oí pasos; temeroso guardé el papel, como si hubiera cometido un delito, y con mi padre, que estaba intranquilo y no podía conciliar el sueño, entré en el dormitorio, donde mi hermana Dolores lloraba silenciosamente.

La respiración de mi madre era más fatigosa; pero menos fuerte que momentos antes.

Las indiferentes campanadas de un reloj indicaron que eran las cuatro de la madrugada del día 22 de Marzo. En aquel instante un leve suspiro, al que siguió un fúnebre silencio, nos reveló que la existencia de mi adorada madre había terminado.

Han transcurrido más de cincuenta y cinco años cuando escribo estas líneas y todavía recuerdo con toda su dolorosa intensidad aquella terrible noche.

Ni un sólo día he dejado de recordar á mi madre, asociando su memoria á mis alegrías y á mis pesares, y debiendo á la influencia que siempre ha ejercido en mí su recuerdo, la fuerza necesaria para no cometer en los momentos de extravío, de que nadie se libra, ningún acto que, de vivir, hubiera podido avergonzarla y mortificarla.

He respetado y querido á cuantos han sabido honrar y amar á su madre: la perversidad es incompatible con este puro é inefable amor.

Era miércoles Santo cuando fué enterrada mi

madre en una pobre sepultura del Cementerio general del Norte. Carecíamos de recursos para guardar sus cenizas en paraje mejor; pero toda la tierra es buena para recibir los restos humanos: no en balde la llamamos madre.

Mi padre quedó viudo á los cincuenta y dos años de edad. Mi madre, pocos días antes de morir, había cumplido cuarenta y cuatro. Una hermana de mi padre llamada Ramona, que residía en Sevilla, de mucho corazón y poco seso como ví después, condolida de la situación en que quedaba su hermano, con cuatro hijos y sin más mujer en la casa para cuidarlos que el ama Rosalía, asturiana que en su calidad de nodriza debía ser más dada á la vida regalona que á la activa, escribió ofreciéndonos su hogar y asegurando que haría lo posible por reemplazar á la que llorábamos.

Respiraba su carta tal sinceridad, nos ofrecía un cariño tan grande y unos cuidados tan necesarios, sobre todo para mis hermanas, que mi padre que podía cobrar su cesantía en cualquier parte y que en Madrid, teniendo que atender á sus hijos, nada podía hacer para aumentar sus ingresos, resolvió aceptar el ofrecimiento de su hermana.

La muerte de mi madre me decidió á abandonar la profesión de actor; las sesiones de la academia casera cesaron; en mi ser se produjo un cambio del que ni yo mismo me daba cuenta, las ilusiones que agitaban mi mente se evaporaron, el sentimiento llenó mi alma; y aunque sólo contaba

diez y seis años y mi carácter era expansivo, reconcentré en mi padre todos mis afectos y durante algún tiempo, ni un solo rayo de alegría iluminó la oscuridad en que quedó mi espíritu.

Por las noches salíamos mi padre y yo y no sabíamos hablar más que de la ausente. Faltándole su confidente habitúal, depositó en mí su confianza. Le asustaba el porvenir de mis hermanas, sin madre cuando mas la necesitaban, á merced de una mujer honrada, pero de carácter dominante, sin educación, estimulada por la codicia como la mayor parte de las que venden al mejor postor el alimento que deben al hijo que abandonan á otra mujer más pobre que ellas, menos desalmadas ó quizás con mejores sentimientos, puesto que crían á sus hijos y á los que les confían las madres codiciosas de dinero.

En nuestras conferencias solitarias nos preocupaba el porvenir de mis hermanas y también el mío; porque habiendo dejado de cobrar el sueldo que me proporcionaba el teatro, quedaba en la más estéril ociosidad sin carrera, sin empleo y era de todo punto necesario que ganase algo para contribuir al sostenimiento de la familia.

La oferta de mi tía Ramona entusiasmó á mi padre. Se habían separado siendo niños, apenas se conocían, y lo único que sabíamos de ella era que habiendo contrariado sus padres unos amores, en su mocedad, despechada y al mismo tiempo condolida de un hombre viudo, que casi le doblaba la edad y tenía ocho ó diez hijos, se casó con

él, vivió en su compañía algún tiempo, mostró mucho cariño á los huérfanos y al fin llegó la indispensable separación.

Al fallecer su esposo, se casó en segundas nupcias con su antiguo pretendiente y con él vivía en Sevilla cuando nos ofreció su casa y sus cuidados.

También habitaban en la misma ciudad mis abuelos paternos, ya muy ancianos; y el deseo de residir á su lado en los últimos años de su vida, era otro aliciente para que mi padre considerase como un bien inesperado nuestro cambio de residencia.

A principios de Mayo se decidió el viaje, y á la carta en que mi padre comunicó á su hermana su resolución, contestó con la mayor alegría estimulándonos á emprender la marcha en seguida, porque ansiaba abrazar á sus sobrinos y consagrarse á ellos, ya que Dios no la había dado hijos y esperaba hallarlos en nosotros.

Fué necesario hacer almoneda de los muebles y enseres de nuestro ajuar; mi padre tuvo que dar los pasos indispensables para cobrar sus pagas en Sevilla; las despedidas de los amigos ocuparon algunos días; yo pedí cartas de recomendación á algunos de los literatos á quienes había conocido en el teatro, y entre unas y otras cosas transcurrieron un par de semanas.

Por fin nos empaquetamos en una galera acelerada mi padre, mis tres hermanas, el ama Rosalía, yo, y el 2 de Junio llegamos al término del viaje.

Mi tía Ramona vivía en la plaza de San Francisco y en su casa debíamos hospedarnos, según lo convenido. Apenas penetramos en el portal oímos en la escalera ruidosas exclamaciones:

—¡Hijos, hijos de mi alma!—gritaba una señora que bajaba de dos en dos los escalones con los brazos abiertos.—¡Hijos de mis entrañas! ¡Idolos míos! ¡Hermano amado!

Por fin nos encontramos en una de las mesetas de la escalera, y aquella señora, joven aún, muy guapa y muy simpática, nos comió á besos, dejaba á una de mis hermanas para abrazar á la otra, y mi padre y yo éramos también objeto de sus cariñosas demostraciones: parecía querer reunirnos á todos en un amplio, prolongado y casi eterno abrazo. No ví hasta entonces ni después he visto vehemencia igual á aquella, y eso que la vehemencia ha influído siempre en mi carácter.

Su marido nos recibió también con agrado; pero su reserva contrastaba con la expansión de nuestra tía.

Refiero estos insignificantes pormenores, porque ocurrió lo que sucede siempre cuando los sentimientos se exageran.

Llegamos á Sevilla por la mañana y el resto del día pasó disfrutando unos y otros de la deseada reunión. En el siguiente, surgieron algunas complicaciones, naturales cuando se albergan seis personas en una casa en donde viven dos cómodamente. En resumen, á los cuatro días éramos una carga pesada: la cara alegre de mi tía se mostraba

fosca y mi padre, que no tenía mucha paciencia, planteó la cuestión que los políticos llamarían de confianza. Hubo explicaciones, excusas, recriminaciones; mi padre salió á buscar casa, la halló muy cerca en un piso bajo de la calle de Tintores que nos alquilaron con los muebles más precisos; los hermanos rompieron amistades y aquella tarde nos separamos de la que había prometido ser una madre para nosotros.

Mi abuelo paterno, que era muy despreocupado y todo lo sacrificaba á la tranquilidad de su espíritu y á la comodidad de su cuerpo, dijo á mi padre:

—Si me hubieras consultado, te habría quitado de la cabeza el viaje á Sevilla para vivir en compañía de tu hermana. Es buena, tiene mucho corazón pero poca cabeza, es muy impresionable y con ella no hay medio de saber á qué atenerse.

En Andalucía, como observé, las familias y los amigos riñen, hacen las paces, vuelven á reñir y entre risa y llanto, alegría y pena, van pasando la vida, no siempre á gusto, los que en cambio disfrutan de un cielo y un suelo que son un paraíso.

Mi abuelo y su hija estaban á la sazón reñidos, como ellos mismos decían, por más que mi tía iba á ver de tapadillo á su madre, que entre madres é hijos todo se disculpa y todo se perdona. Posteriormente se reconciliaron, y estas alternativas en las relaciones de familia me cogían de nuevas, porque no estaba acostumbrado á ver la vida bajo aquel aspecto triste y pintoresco á la vez.

Instalados en la calle de Tintores, sin más recursos que los veinticinco duros mensuales de la paga de mi padre y dispuestos á permanecer en Sevilla algún tiempo para ver si mejorábamos de suerte, presenté las cartas de recomendación que me habían dado en Madrid.

Una de ellas era para un sobrino político de doña Concha Ordoño, llamado Pierrard, no recuerdo el nombre, que me acogió afectuosamente y se prestó á iniciarme en los usos y costumbres de la ciudad andaluza.

Otra de las cartas era para D. Juan José Bueno, uno de los más distinguidos abogados de Sevilla y al mismo tiempo literato de mérito y muy acreditado, que también me recibió con suma amabilidad, y como le confié mis aficiones literarias, me puso en relaciones con los Piñal, propietarios del periódico *El Porvenir,* en cuya redacción conocí á Teodomiro Fernández, activo y laborioso periodista, y á D. Joaquín Guichot, hombre de gran talento y vasta ilustración, que se ocupaba en formar unos interesantes cuadros sinópticos de la historia de España.

Creo que aún vive, ó por lo menos vivía cuando hará cosa de dos años tuve ocasión de preguntar por él á personas de Sevilla que le conocían. En esa época contaba más de ochenta años.

Era costumbre en aquel tiempo, que los jóvenes unidos por los lazos de la amistad formasen una pareja poco menos que inseparable. Juntos recorrían de dos en dos las calles; frecuentaban los

Montañeses, tiendas en las que se comían boquerones, se bebía manzanilla y se celebraban *juergas* como las que se han generalizado en la mayor parte de las poblaciones de España, con *tocaores*, *bailaoras* y alguno que otro inglés á quien estos jolgorios agradaban en extremo. Los camaradas no se separaban más que para dormir, comer ó *pelar la pava*.

No sólo los jóvenes del pueblo, sino los de la clase media y los aristocráticos, vestían de corto en Primavera y Verano, luciendo en el Otoño y el Invierno las airosas capas andaluzas, de un corte especial en extremo gracioso, y cubrían su cabeza con un fino y casi microscópico calañés.

No he vuelto á Sevilla desde aquel lejano tiempo é ignoro si habrá variado esta parte importante de la indumentaria. Por entonces era considerado como forastero quien no ajustaba su traje á aquel característico figurín.

Mi nuevo amigo Pierrard descuidó á los suyos para dedicarse á mí y hacerme los honores de la ciudad; pero como nos hallábamos en pleno Verano no necesité hasta más tarde proveerme de la capa torera y el calañés complementario.

En pocos días me dió á conocer las calles, plazas y solitarios paseos de la ciudad; me presentó á uno de sus mejores amigos, que luego lo fué mío y muy querido por la nobleza de su corazón, Serafín Morusi, perteneciente á una familia de las más pudientes, que pasaba la vida en apacible ociosidad.

Antes de mi llegada, frecuentaban los dos durante la primera parte de la velada una casa de la Alameda de Hércules, donde vivía un Sr. Valdivia con su esposa y su hija; ésta última tipo completo de la belleza física andaluza. Habitaban en el piso bajo, y en el superior vivía un Sr. Mendoza, escribano, ya entrado en años, casado con una joven llamada Teresa, de negros y expresivos ojos, de cabellera también negra, quebrada de color, de facciones finas y correctas, formando en su conjunto el tipo especial de una mujer en extremo interesante. Tenía en su compañía á una hermana, poco mayor que ella, Concha García, también muy agraciada y de un carácter angelical.

Las dos hermanas bajaban por la noche á la tertulia de los Valdivias; la hija de éstos cantaba preciosas canciones andaluzas que por entonces gozaban de gran boga: el *Piñonero*, la *Gitanilla*, el *Contrabandista herido*, y también las clásicas *malagueñas*, *sevillanas*, *polos*, el *vito-vito* y las *soledades*, música melancólica y alegre, insinuante y perezosa, acariciadora, de una poesía natural, sencilla, encantadora, que por la tristeza de que estaba poseído armonizaba con el estado de mi ánimo y hasta podría decir que deleitaba á mi dolor.

A las diez terminaba la reunión, las vecinas subían á su domicilio á cenar, la familia Valdivia hacía otro tanto, Pierrard, Morusi y yo dábamos unas cuantas vueltas por la Alameda, y cuando en una de las rejas del piso bajo de la casa que

acabábamos de abandonar se abría cautelosamente una vidriera y la misma operación se repetía en otra reja próxima, mis amigos se despedían de mí y mientras ellos se aprestaban á *pelar la pava*, como se decía entonces y seguirá diciéndose, Pierrard con Dolores Valdivia y Morusi con Concha García, que eran sus respectivas novias, yo me encaminaba á la calle de Tintores, no sin envidiar aquellos coloquios que desconocía y debían ser agradabilísimos, á juzgar por lo que me referían mis amigos.

Pierrard y Morusi eran ya talluditos: el primero contaba lo menos veinticuatro años y veinte el segundo. Yo no había cumplido aún diez y siete: tenía que esperar algún tiempo antes de conocer el misterio que apenas podía adivinar.

Una amistad desinteresada, pero muy sincera, se estableció entre Teresa y yo. Esposa, y madre de veintidós á veintitrés años, la niña de unos cuantos meses á quien daba su seno y acariciaba con efusión genuinamente andaluza, más que una hija parecía en sus brazos una hermosa muñeca. La expresión de su rostro era austera, reservada, de una seriedad que imponía y subyugaba; pero aquel aspecto era la máscara social de un alma naturalmente alegre, ingenua, anhelante de emociones tranquilas, pero intensas.

No estaba yo en edad de comprender muchos de los problemas que la vida nos obliga á resolver de mejor ó de peor manera: posteriormente comprendí que Teresa había resuelto el más tras-

cendental de su existencia, con gran abnegación primero, con no menos resignación después.

Nacida en el seno de una familia de la clase media de desahogada posición, su padre había experimentado pérdidas, los disgustos habían acelerado su fin, y su madre quedó viuda con dos hijas, sin más recursos que los restos de su pasado bienestar, estirados todo lo posible.

Concha y Teresa, hábiles bordadoras, trabajaron para una tienda que vendía mantillas y velos. Delante de un amplio bastidor pasaban las dos hermanas horas y horas enriqueciendo las blondas y el tul con los preciosos bordados que ejecutaban sus hábiles manos.

Con el producto de aquella labor, contribuían á los gastos del modesto hogar y adquirían los sencillos trajes con que se engalanaban para ir á misa los domingos, á las procesiones en Semana Santa y á la Feria, que entonces como ahora, era el jardín donde la flora andaluza, en forma de mujeres, ostentaba todos sus encantos.

La joven que pasa diez ó doce horas al día cosiendo ó bordando, por fuerza tiene que ser soñadora. Piensa y siente á la vez; sufre la nostalgia de un país desconocido que adivina y en el que quisiera vivir. Si el espejo la revela que es bella; si al ir con paso corto y á prisita desde su casa á la Iglesia y con paso menos precipitado desde la Iglesia á su casa, es decir á la prisión, oye esos piropos tan originales, tan poéticos, tan saturados de pasión, aunque esta pasión sea momentánea

como un relámpago, que prodigan en Andalucía los varones á las hembras, mientras sus manos bordan en los días de labor, su imaginación borda también, y sus bordados que sólo ven ellas, y que yo me los he figurado muchas veces con admiración devota y respetuosa, despiertan en su corazón esperanzas, forjan en su mente ilusiones que la triste realidad convierte en penas que oculta el pecho aunque los ojos las revelen, y degeneran en enfermedades físicas, poéticas anemias que cierran para siempre ojos soñadores y llevan al seno de la madre tierra ilusiones, esperanzas, todo un poema de felicidad que empieza y no concluye.

¡Pícaro dinero! Las que no lo poseen y son honradas y adorando á una madre viven y trabajan para ella, constituyen una excepción cuando se casan á su gusto. Por regla general se *colocan*, aceptan el porvenir que les reserva la suerte; y si se conforman y son esposas dignas, madres amorosas, preciso es admirarlas, quererlas y respetarlas.

Teresa se vió solicitada por un hombre que podía ser su padre; era honrado, de buen carácter; su escribanía no era de las más pingües, pero estaba muy acreditada y producía lo necesario para proporcionar el bienestar á una familia. Era la realidad, sin los bordados de la imaginación, que asegura la tranquilidad apacible de quien no experimenta las angustias del mañana, y aceptó el sacrificio de sus ensueños.

Su madre y su hermana vivirían con desahogo; si no el amor, latiría en su pecho la gratitud, y como era buena, juiciosa, trabajadora y sinceramente agradecida; como había sido el encanto de un hogar pobre, lo fué también de un hogar en donde no faltaba nada de lo necesario.

Su alma alegre, expansiva, plegó sus alas; continuó bordando con su hermana, probablemente seguiría soñando mientras sus dedos trabajaban sobre el tul y la blonda; su hija representaba para ella los únicos goces de su espíritu; pero en su exterioridad no aparecía más que la esposa correcta y solícita, la madre cuidadosa y previsora, la mujer digna por todos conceptos de simpatía y de respeto.

Me complace consignar estos recuerdos, porque aunque ni un solo instante pasó por mi imaginación de adolescente que adivinaba la juventud, la más remota idea de ofender, siquiera fuese con el pensamiento, á quien se aparecía á mis ojos dotada de cualidades morales y domésticas tan admirables, más que como un sér humano como un sér ideal, debo reconocer que ejerció gran influencia en mi modo de comprender y de apreciar al bello sexo.

Acostumbrado desde niño por la educación que había recibido á respetar la propiedad, ni un solo instante codicié aquella flor que tenía dueño; pero no me estaba vedado admirar su belleza y aspirar su aroma.

Andando por el mundo, he visto que lo mismo

los hombres que las mujeres—en mayor número aquéllos que éstas—se indignan ante el temor de ser engañados físicamente en el afecto conyugal, y en lo que con el espíritu se relaciona, las que podrían calificarse de infidelidades espirituales, ni les preocupan ni les importan.

Aún diré más: los hombres en su inmensa mayoría apenas paran mientes en la psicología femenina; es decir, en los tesoros de ideas, sentimientos, fantasías, creencias, adivinaciones, supersticiones y genialidades, que duermen en el alma de la mujer hasta que hay quien acierta á despertarlas.

Partiendo de este concepto que debo á la experiencia, he comparado á la mujer con un piano, y perdóneseme la comparación. El piano puede ser un mueble sencillo ó lujoso: para mi metáfora es lo mismo. Ocupará un espacio en una habitación modesta ó adornará un salón. Si su dueño es artista, se preocupará de sus cualidades filarmónicas, y al interpretar en su teclado las creaciones de los inspirados compositores ó al pedirle que exprese sus sentimientos, sus ideales, experimentará una satisfacción, complaciéndose en hacer partícipe de ella á sus amigos. Pero que nadie pulse aquellas teclas, que nadie codicie el mueble, que nadie intente arrebatárselo.

Si no es artista, allí estará el piano adornando la sala ú ocupando un espacio en una habitación. Los secretos que puede revelar no preocupan á su propietario, la música es un ruido más ó menos

agradable para él, y si un amigo aficionado le visita, no tiene inconveniente en que toque el piano á su sabor, ni en dejarle á solas con el complaciente instrumento. Si sus ocupaciones le obligan á alejarse, se marcha; si se queda y el pianista toca algún aire popular: una jota, una polka, una habanera, el dúo de una ópera muy oída ó la canción picaresca de una zarzuela, disfruta á su manera y hasta le ruega que repita. Si el *virtuoso,* que en este caso sigue siéndolo en el genuino sentido de la palabra, se mete en honduras é interpreta la música sublime de Mozart, de Beethoven, de Chopín ó de Schumann; si, soñador, arranca al piano modulaciones que revelan el estado de su ánimo, el propietario del instrumento se aburre, pretexta cualesquiera ocupación para alejarse, piensa que aquellas melodías armonizadas por el genio, por la imaginación y por el sentimiento son pura y simplemente lo que se llama, no sé por qué, *música celestial;* y lo único que siente es que se rompa alguna cuerda del piano ó que se desafine. Lo demás, ¡qué le importa! Y, sin embargo, el piano guarda en sus cuerdas misteriosos secretos que duermen en su seno mientras no los despiertan. Nada más fácil que obtener la confidencia de esas cuerdas estáticas, para quien sabe hacerlas hablar.

Hiere las teclas un sér vulgar: pues las cuerdas no ofrecerán más que vulgaridades. Las pulsa un sér en cuya alma rebosa el sentimiento, cuya imaginación puede volar por los espacios ideales...

entonces las dormidas cuerdas se despiertan y revelan sus misteriosos ensueños, produciendo el mayor y el más puro de los deleites.

Después de esta sincera explicación, ¿perdonarán las mujeres la metáfora? De seguro me absuelven las que, conservando incólume para su dueño el piano mueble, han tenido ocasión de saber que hay pianistas que dejando á su propietario las finas maderas, el marfil de las teclas, ó sea el instrumento con todos sus adornos y riquezas, se han llevado y conservan como un tesoro, los secretos que han arrancado al instrumento; es decir, lo más misterioso, lo más recóndito, lo más interesante del alma femenina.

Tanto mejor para los que viven en el quinto cielo. La prosa de la vida no se preocupa de esas menudencias. El hortelano se complace en que admiren los frutos de su huerto; el jardinero hasta se alegra de que contemplemos sus flores y no priva, ni podría privar á los que pasan cerca de su jardín, de que aspiren el perfume que exhalan. Pero que alguien se atreva á coger la violácea ciruela, la roja fresa ó el dorado melocotón; que alguien coja las flores en que se mira el jardinero, y entonces se verá cómo defienden los dos propietarios lo que legítimamente poseen.

Esta digresión me ha servido para explicar cómo Teresa y yo éramos y podíamos ser amigos; cómo aun siendo inexperto pianista pude arrancar algunos misteriosos secretos que no dejaron de causarme sorpresas agradables, á las dormidas

cuerdas de su alma y cómo aquella mujer tan respetada por mí, abrió á mis ojos horizontes nuevos y despertó en mi corazón sentimientos que, unidos á los que ya latían en él, me trazaron el camino que he seguido en mi profesión de escritor.

En una palabra, Teresa fué para mí sin darse cuenta de ello, mi primer maestro de psicología. La recuerdo con afecto y con pena: dos años después, cuando la epidemia colérica causó tantos estragos en Sevilla, fué una de las primeras víctimas. Su hermana Concha me comunicó tan triste nueva, la lloré, y más tarde tuve ocasión de ver á aquella niña que era su encanto, convertida en una mujer vivo retrato de su madre, y en una buena esposa.

Como los novelistas que saben cumplir su obligación se inspiran en la vida real más que en las fantasías ó caprichos de su imaginación, he procurado siempre, mejor que inventar, aderezar con los atractivos del arte los caracteres y las situaciones que han convivido conmigo, y en una de las primeras novelas que escribí, ya anticuada y por lo tanto justamente olvidada, que se publicó con el título de *Un cuerdo y un loco*, hay algo, la esencia al menos, de cuanto la malograda Teresa me hizo comprender y sentir.

Por las noches solíamos vernos en la tertulia de los Valdivia; alguna que otra tarde pasaba una ó dos horas al lado de las dos asiduas bordadoras cerca del bastidor, y aunque menos poética que su hermana, también Concha oía nuestra conver-

sación, que no tenía para qué ocultarse, y tomaba parte en ella, aunque calificándonos de demasiado románticos.

No se limitaba mi vida en Sevilla á visitar la casa de la Alameda de Hércules. Veía con frecuencia á mi anciana abuela, que tanto á mí como á mis hermanas nos tomó gran cariño. No nos faltaban ni sus caricias, ni caramelos de los que le llevaba con frecuencia su esposo. Era mi abuelo tan aficionado á golosinas, que tenía hecho con un confitero el trato de darle una peseta diaria por el derecho de tomar cuantos dulces quisiera, á condición de comérselos en la misma confitería; pero de vez en cuando compraba además caramelos para obsequiar á su vieja consorte.

La abuela Juana fué muy feliz mientras permanecimos en Sevilla: su hijo y sus nietos la embelesaban. No salía de su casa, en la plaza de San Lorenzo, más que para ir á la iglesia del mismo Santo, oir misa y rezar al Cristo del Gran Poder, al que profesaba gran devoción.

Mi abuelo, también muy anciano, pero fuerte, porque en mi familia por parte de padre la regla general ha sido disfrutar de gran longevidad, salía de casa por mañana y tarde, frecuentaba un café donde se reunía con sus antiguos amigos y entre éstos figuraba como el más íntimo un señor de su edad, padre de uno de los más ilustres cirujanos del pasado siglo, del que ha inmortalizado el nombre glorioso de Federico Rubio.

Por entonces hacía poco tiempo que había ter-

minado su brillante carrera y á ruegos de mi abuelo asistió á mi hermana Rafaela en una enfermedad gravísima que nos hizo temer su muerte. La salvó, y como era hombre de gran corazón y la niña al recobrar la salud parecía agradecerle con su predilección lo que por ella había hecho, la tomó gran cariño y con su carácter franco, jovial y su constante buen humor decía á mi padre que era hija de los dos. Fuimos buenos amigos mientras permanecimos en Sevilla, y en Madrid se reanudó aquella sincera amistad, que duró hasta la muerte del insigne doctor.

Su justa gloria vive en el recuerdo de cuantos le conocieron, vivirá eternamente en la Historia de la medicina y la cirujía, y el Instituto que fundó con el más caritativo interés perpetuará también su preclaro nombre, su ciencia y su gran corazón.

XIV

Como en algunas de las cartas de recomendación que me facilitaron en Madrid mis buenos amigos indicaban mi afición á la literatura, creí indispensable justificar su insinuación, y aprovechando las impresiones que habían producido en mi ánimo los paisajes, el cielo, los monumentos y las figuras bellas ó graciosas que aparecían en el pintoresco y simpático cuadro que ofrecía á mis ojos la ciudad andaluza, escribí algunas poesías y el artículo *La velada de San Juan*, que se publicó

al año siguiente de mi llegada á Sevilla en el periódico *El Porvenir*, muchos años después en otros diarios madrileños y que he reproducido en la colección de mis obras literarias, porque aunque vale poco ó nada, es la expresión sincera de una de las emociones que conserva mi espíritu como grato recuerdo.

Por mediación de mi inseparable amigo Pierrard conocí en los primeros tiempos de mi estancia en Sevilla á un tal Ibarra, hombre entonces de veintiocho á treinta años, que desempeñaba un empleo, no recuerdo si en el Ayuntamiento ó en una oficina de Hacienda; pero que tenía verdadera pasión por el teatro, lo que nos hizo congeniar desde nuestra primera entrevista.

Representar dramas apasionados era su deleite; hablar de las obras dramáticas, su conversación predilecta; asegurar que habría sido un gran actor, que lo sería, porque estaba decidido á serlo, su más profunda convicción.

Al fin realizó su propósito, abandonando su empleo, y siguió la carrera escénica con escasa fortuna.

No recuerdo qué parentesco tenía con él un joven poco mayor que yo llamado José María Nogués, que vivía en su compañía, era poeta y publicaba un semanario literario titulado *La Aurora*.

Nogués se estableció en Madrid algunos años después, ingresó en el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, escribió comedias y zarzuelas que obtuvieron buen éxito, ha disfrutado fama de labo-

rioso, ha sido un hombre honrado, un excelente padre de familia y un distinguido literato. Durante muchos años ha desempeñado el cargo de oficial de la Biblioteca del Real Palacio, en la que todavía presta servicios; porque cuando trazo estas líneas se conserva bastante fuerte á pesar de su edad.

Cuando le conocí era director de un periódico; eso sí, muy pequeño, del tamaño de un pliego de papel del llamado de oficio; pero podía reproducir en él las poesías que brotaban de su númen, los artículos que trazaba su pluma, y me pareció un fausto suceso entrar en relaciones con él.

No tardé en confesarle tímidamente que también escribía renglones desiguales y me pidió que le *favoreciese* con alguna de mis composiciones para publicarla.

No me hice de rogar y á los dos ó tres días—no antes para no revelar lo que deseaba con ansia—le llevé, después de copiarla con mi mejor letra, que siempre ha sido bastante mala, la plegaria que escribí la noche en que mi inolvidable madre agonizaba.

Ibarra la leyó, ó mejor dicho la declamó; pareció al auditorio que merecía ser publicada y salió á luz algunos días después en la *Aurora*.

Verla en letras de molde me ofreció la pueril alegría que en igual caso han experimentado y seguramente experimentarán todos los autores noveles.

Otra satisfacción más justificada y más duradera me proporcionaron mis relaciones con Nogués.

Este amigo me habló de un joven que á juzgar por las poesías que había escrito y publicado en su revista, estaba llamado á conquistar gran fama.

Deseé conocer aquellas composiciones que tanto elogiaba, buscó Nogués los números del periódico en que habían sido publicadas, las leí y no tardé en ser como él admirador del vate, desconocido entonces y que en efecto llegó á ser una de las glorias más puras y legítimas de la literatura española: Gustavo Adolfo Becquer.

A ruego mío le citó Nogués encareciéndole mi vivo deseo de conocerle personalmente, se apresuró á complacernos y una tarde nos reunimos en la redacción de la *Aurora*.

No sin reiteradas instancias de mi parte, porque era ingenuamente tímido y modesto, recitó algunas poesías dignas hermanas de las que yo había leído y celebrado; para corresponder á su amable insinuación dije una de las mías, Nogués leyó un romance, y hablando de arte y de literatura transcurrieron agradablemente dos ó tres horas que nos parecieron muy breves.

Honramos á los grandes poetas á quienes admirábamos; con sencillez encantadora demostró Becquer que había leído mucho y aprovechado la lectura; animándose al ver el interés y la simpatía que me inspiraba, dejó vislumbrar algo de su alma soñadora que la mía, soñadora también, comprendió entusiasmada; y cuando abandonamos la casa hospitalaria que nos había reunido, me acompañó á la mía, mostrándose conmigo más explíci-

to y afectuoso que en la entrevista que acabábamos de celebrar.

Convinimos en vernos á menudo, en confiarnos nuestros proyectos literarios, en ser verdaderos amigos; y á partir de aquella para mí inolvidable tarde del mes de Agosto de 1853, nos unió una amistad sincera é íntima que abrió á mi alma a identificarse con la suya, nuevos y encantadores horizontes.

Mi carácter franco y expansivo contrastaba con el suyo reservado y melancólico; pero no tardó mi sinceridad en vencer su reserva, un rayo de alegría y de esperanza penetró en su corazón, y á los pocos días de nuestras conferencias, que nos hacían olvidar el tiempo y el espacio, conocíamos á fondo nuestro pasado, nuestro presente, nuestras aspiraciones para el porvenir, y creo que el año escaso que transcurrió desde que nos vimos por vez primera hasta que nos separamos al regresar yo á Madrid con mi familia en Julio de 1854, fué para Becquer y para mí uno de los períodos más dichosos de nuestra existencia.

XV

El aspecto exterior de Andalucía era y seguramente seguirá siendo, sobre todo en Sevilla, la alegría, la broma, el buen humor, la exageración lo mismo en las satisfacciones que en los pesares. Ingenio rápido, chispeante, que al herir acaricia; la metáfora y el chiste espontáneos, fáciles, conti-

nuos; amores y odios profundos al parecer, en realidad más impresión que sentimiento; entusiasmos febriles seguidos de indiferencia ó de despecho; amistades vehementes y sinceras mientras duran, pero seguidas de enemistades no menos sinceras y rápidas; poca fijeza, mucho mariposeo, todo sonrosado ó todo negro; promesas sentidas en el momento de expresarlas y olvidadas con la mayor facilidad; llantos ruidosos y risas locas, todo superficialmente encantador.

Tal como le describo apareció á mis ojos el carácter ó por lo menos el aspecto exterior de la generalidad de los sevillanos. Becquer, formal, ingenuo, soñador, romántico; pero sobre todo sincero y artista en toda la extensión de la palabra, era una excepción entre sus paisanos; y como se persuadió de que el entusiasmo que con sus poesías había despertado en mí no era impresión, sino convicción, nada más natural que el cariño que nos unió desde el momento en que nos conocimos á fondo.

La atmófera de broma, de superficialidad, de continuo bureo que nos rodeaba, contrastaba con la tristeza que había dejado en mi alma la muerte de mi madre. Tampoco Becquer se hallaba en su elemento en su ciudad natal por más que, afable y bondadoso, aceptaba las chanzas de sus amigos, siempre de buen humor como perfectos andaluces. Así es que al identificarnos, realizamos los dos una aspiración ideal; inconsciente, pero necesaria á nuestro espíritu.

Mientras permanecí en Sevilla raro fué el día que dejásemos de vernos. Las mañanas, ó las tardes en que me era posible prescindir de personas estimadas, pero cuya conversación no me ilustraba ni me deleitaba como la de Becquer, las pasábamos juntos, muchas veces en mi casa donde mi padre y mis hermanos le veían con el mayor gusto; otras recorriendo las calles de la ciudad que ofrecían recuerdos históricos relacionados con la literatura ó con el arte; visitando con minucioso esmero la Catedral, el Alcázar, la Casa de Pilatos y otros monumentos no menos dignos de admiración; ó escudriñando los parajes más característicos de la población y oyendo yo con embeleso y asombro la detallada descripción que mi cada día más querido amigo hacía de las bellezas arquitectónicas, pictóricas y esculturales que contemplábamos y sabía él de memoria, ó las leyendas, tradicciones y consejas, cuyo recuerdo evocaban en su mente casas, plazas, calles y callejones de la ciudad, que me refería reflejándose su rica fantasía en las interesantes descripciones de lugares y personas.

El hermoso paseo de las Delicias, casi siempre solitario, era el que con preferencia elegíamos para nuestras excursiones, que se prolongaban á veces hasta que la noche nos sorprendía lejos de la ciudad.

Oía yo con delicia las últimas poesías que había escrito, el argumento de los poemas y leyendas que bullían en su cerebro, á los que más tarde

dió vida inmortal y forman parte de sus obras; los delicados sentimientos que de su alma pasaban á cada instante á sus labios; los episodios tristes. casi todos, muy pocos risueños de su vida de huérfano; el juicio que le merecían los libros que había devorado; el anhelo de gloria que sentía; las esperanzas que acariciaba cuando en Madrid lograra darse á conocer. Hablando él como quien desahoga un pecho largo tiempo oprimido, oyendo yo sus confidencias, no ya con interés, sino con devoción; gozando al ver que despertaba en mi corazón fibras que dormían, admirándole y queriéndole con una mezcla de idolatría por lo que se agigantaba á mis ojos cuanto más me dejaba penetrar en su cultivado y generoso espíritu, y de gratitud por los horizontes que abría ante mí dando forma á emociones é ideas que eran todavía nebulosas, costeábamos el apacible Guadalquivir entre naranjos, sauces, álamos y palmeras, respirando un ambiente saturado de la esencia de las flores silvestres, bajo un cielo sereno, diáfano, que nos ofrecía bellos crepúsculos, y cuando retrasábamos la vuelta á la ciudad, el grandioso espectáculos de millares de estrellas temblorosas bordando como ricos brillantes el manto de la noche ¡Qué horas aquellas tan felices, tan puras, tan hermosas!

XVI

En nuestros paseos por las Delicias solíamos detenernos algunos instantes en el paraje que Bec-

quer ha descrito tan admirablemente manifestando su deseo de que al morir le enterrasen allí. La idea de la muerte no le aterraba; antes por el contrario, hablaba de ella con frecuencia recordando que en su familia, por rara excepción, habían llegado sus antepasados á cumplir cuarenta años.

Aún no contaba cinco cuando perdió á su padre, pintor muy estimado en España y que alcanzó gran fama en Inglaterra con sus cuadros de tipos y costumbres andaluces, adquiridos y celebrados por los ingleses, que desde tiempo inmemorial son muy aficionados á cuanto con Andalucía se relaciona.

Se llamaba D. José Domínguez Becquer, era oriundo de Alemania por su madre, y con su hermano menor y discípulo D. Joaquín, fué uno de los fundadores del Liceo sevillano, donde brillaron tantos artistas y literatos.

En el Museo de Bellas Artes de Sevilla se conservan con mucha estimación algunos de sus cuadros, y cuantos le habían conocido y tratado me hablaron de él con los mayores elogios.

De su matrimonio con doña Joaquina Bastida y Vargas tuvo seis hijos, de los cuales fué el cuarto Gustavo, que nació el 17 de Febrero de 1836 en la casa de la calle del Conde de Barajas señalada con el número 26, que hace algunos años adquirió y mandó demoler el matador de toros Fuentes, edificando en el solar la elegante casa que habita y en cuya fachada ha colocado una lápida conme-

morativa del nacimiento del querido y admirado poeta, honrándose al honrarle.

A los pocos meses de perder á su padre murió también su madre y los seis niños, el mayor de diez años y el menor de dos escasos, se encontraron en la más lastimosa horfandad.

Un tío de la madre de Becquer llamado D. Juan de Vargas, no muy sobrado de recursos, recogió á los huérfanos desvalidos, atendió á sus necesidades, costeó la educación primaria de los mayores, fué para ellos un cariñoso protector, y empleando las influencias de que pudo disponer, logró que Gustavo fuese admitido en el Colegio de Pilotos de San Telmo, establecido desde el siglo XVII en el edificio que al ser suprimida la famosa escuela de cosmógrafos y mareantes, fué restaurado espléndidamente y rodeddo de amplios y magníficos jardines para que sirviera de morada á los duques de Montpensier cuando fijaron su residencia en la capital de Andalucía.

Para ingresar en aquel Colegio era preciso que el aspirante fuese huérfano, pobre y de familia que pudjera alegar algún timbre de nobleza. Los que se hallaban en estas circunstancias eran mantenidos y educados á espensas del gobierno de la nación. Usaban uniforme, y desde la instrucción primaria hasta los conocimientos naúticos indispensables para desempeñar el difícil empleo de piloto de altura, constituían la enseñanza en aquel benéfico establecimiento.

Becquer, de quien puede decirse que jamás tuvo

voluntad respecto de los actos vulgares de la vida, dejándose llevar con apacible resignación como la hoja del arbol á merced del viento, fué un colegial tranquilo, aplicado, complaciente, bondadoso.

Completó allí y perfeccionó su instrucción primaria, y de la profesión que iba á adquirir en aquella escuela, solo le agradaba la idea de que surcaría el mar, iría á lejanas tierras, arrostraría peligros y su imaginación hallaría en aquellos viajes y en aquellas peripecias el pasto que necesitaba.

Aun no había cumplido diez años, cuando ingresó en el Colegio otro adolescente poco mayor que él, que no tardó en ser su compañero predilecto por que los dos tenían más disposiciones para remontarse á las nubes que para surcar el mar cuando acabasen sus estudios.

El nuevo colegial se llamaba Narciso Campillo, de quien he de ocuparme varias veces durante el curso de mi relato, por que también fué amigo mío como podía serlo dado su carácter, se distinguió como poeta de un refinado clasicismo y desempeñó en Madrid durante muchos años la cátedra de Retórica y Poética en el Instituto del Noviciado.

Los dos rapaces: de once años Becquer y de doce Campillo, hilvanaron como Dios les dió á entender un drama titulado *Los conjurados*, que se representó en el Colegio por los autores y otros alumnos de su misma estofa.

Gustavo hablaba de aquella tentativa como de

una travesura; pero algunos fragmentos que recordaba y otros que Campillo no había olvidado y que tuve ocasión de oir, revelaban lo que aquellos poetas incipiente serían con el tiempo.

Sus aficiones literarias los impulsaron á escribir una novela del género de las de Walter Scot, que era el único novelista que conocían, y que debía fascinar á Gustavo por la mezcla de realidad y fantasía, que es la característica de las obras del célebre literato inglés.

La novela no se terminó, porque el gobierno suprimió el Colegio y los colegiales, pobres y huérfanos, se quedaron sin asilo, sin instrucción y à la ventura de Dios.

Campillo solo era huérfano de padre y volvió al lado de su madre, excelente señora que para atender á sus necesidades estableció una casa de huéspedes.

Becquer fué recogido por su madrina doña Manuela Monahay, quien después de haber viajado mucho, en desahogada y casi próspera posición, decidió establecerse definitivamente en Sevilla. Era señora de clara inteligencia, algo rara según decían algunas de las contadas personas que con ella tenían trato, muy aficionada á leer y poseedora de una regular biblioteca en la que su ahijado encontró entre otros libros que influyeron poderosamente en su expíritu, las *Odas* de Horacio traducidas al castellano y las *Poesías* de Zorrilla, que por entonces eran leídas con entusiasmo, no

solo en las ciudades, sino en las más humildes aldeas de España.

El adolescente saboreó las *Odas* de Horacio, que le admiraban por su belleza clásica; las de Zorrilla que le entusiamaban por su romanticismo fantástico, y fluctuando entre aquellos dos polos vivió dos años casi sin salir de la casa de su protectora, á quien agradaba verle tan juicioso, tan aplicado, sin ocasionar la menor molestia y resignado con su suerte.

La buena señora no se apercibía de que no era natural aquella vida en un mozo de doce años, de que no jugaba, de que estaba engolfado en la lectura; porque no había dejado de devorar ni uno solo de los libros que poseía su madrina, en su mayoría novelas de Chateaubriand, de madame Stael, de D'Arlincourt, de Jorge Sand y de Balzac; poesías de Lord Byron, de Musset, Víctor Hugo, Lamartine, Espronceda; los fantásticos cuentos de Hoffmann, y algunas otras obras por el estilo.

Tan rico y tan copioso alimento, robusteció el espíritu de Becquer á costa de su organismo, y como muchas veces recordaba, pasó dos años en un mundo ideal, no acariciando más aspiración que la de ser poeta á su vez.

Pero la excelente madrina comprendió que su ahijado necesitaba una profesión para ganarse con ella la vida cuando fuese hombre, y como la de poeta no constituía una carrera ni siquiera un oficio, pensó que el joven que daba muestras de tan rica imaginación, podía ser pintor como había

sido su padre. No era tampoco muy socorrida aquella profesión; pero en Sevilla vivían con desahogo algunos que la ejercían.

Artista ante todo y sobre todo, agradó á Becquer aquella resolución, y en el año 1850 comenzó á ejercitarse en el dibujo bajo la dirección del pintor D. Antonio Cabral Bejarano, que en el mismo local del Museo provincial de pinturas, del que era conservador, tenía su estudio con algunos discípulos aventajados.

Su hermano Valeriano, dos años mayor que él, era discípulo de su tío D. Joaquín, que tenía otro estudio en el Alcázar.

Grandes disposiciones mostró Gustavo para el dibujo, y tanto por su aplicación como por su apacible carácter fué muy querido de su maestro, que era autor de algunos cuadros muy notables, entre los que alcanzó celebridad uno de grandes dimensiones que representaba una escena de la novela de Cervantes *Rinconete y Cortadillo* y que formó parte de la magnífica galería de pinturas del unas veces millonario y otras empobrecido banquero D. José de Salamanca.

Pero si en la clase copiaba del yeso y del natural, en su casa se dedicaba Becquer á reproducir en el papel, como los veía su imaginación, los tipos y las escenas de las novelas, poemas y poesías que continuaban siendo su lectura predilecta, y de aquella época conservaba cuando nos conocimos numerosos dibujos, que de haberse conservado darían una idea exacta de lo que preocupaba al

poeta en cuya mente luchaban sus dos ídolos: Horacio y Zorrilla, quedando al fin triunfante el último.

Dos años permaneció en el estudio de Cabral Bejarano y por consideración á su tío, que servía de padre á sus hermanos Valeriano y Luciano, resolvió la madrina que estudiase con él la pintura. Luciano era el menor de los seis huérfanos: los dos mayores habían ido á América en busca de fortuna, sin que Gustavo suspiera nunca que fué de ellos, y el que le seguía en edad había fallecido.

No duraron mucho las lecciones del nuevo maestro: penetrado de la vocación de su sobrino, comprendió que sería mejor literato que pintor y le aconsejó que se consagrase por completo á las letras. Juzgó, no sin razón, que debía aprender latín para leer en su propio idioma á los poetas del Lacio, costeó los gastos de esta enseñanza; y cuando nos conocimos, Becquer, que seguía viviendo con su madrina, estaba dedicado por completo al estudio, no sólo del latín, sino de la literatura clásica, de las obras didácticas de arte y al de la Historia, cuyos dramáticos episodios le interesaban en extremo.

Campillo era su gran amigo: los dos continuaban componiendo versos, y concibieron el proyecto de hacer de la conquista de Sevilla un poema épico del que sólo escribieron tres cantos. Emprendían agradables excursiones en lancha por el Guadalquivir y frecuentaban el paseo favorito de

Becquer, las Delicias, que, como indiqué antes, fué también cuando nos conocimos teatro de nuestras expansivas conferencias.

A los pocos días de nuestras relaciones amistosas me presentó á Campillo, quien desde luego se apareció á mi vista tal cual era; porque á sinceridad y á franqueza pocos le ganaban.

Por su figura, su carácter, sus costumbres y hasta sus gustos, era el polo opuesto de Gustavo. Coincidían únicamente en su amor á la poesía: en lo demás Campillo era el tipo completo de los andaluces á quienes oía yo calificar de *guasones;* es decir, un mozo que, al menos en la apariencia, había tomado la vida como cosa de broma y que de todo sacaba partido para reir y solazarse.

Alto, flaco, enjuto, anguloso, con facciones muy acentuadas cuyas líneas parecían un esbozo de caricatura, ágil, flexible, juguetón, fondo excelente, carecía de poesía en su persona, siendo como era al mismo tiempo un perfecto poeta de la escuela sevillana y pudiendo competir sus robustos y esculturales versos, de más forma que fondo, con los de Herrera, Rioja, Lista y el sucesor de aquellos ilustres vates D. Antonio Rodríguez Zapata, que si no recuerdo mal, era á la sazón canónigo de la Catedral, muy estimado como humanista.

Estudiaba la llamada Filosofía, era muy aplicado; también había leído mucho, y cuando pude darme cuenta de su erudición, que me maravillaba por lo mismo que yo carecía de ella, uní al

afecto que le profesaba cierto respeto que era en honor de la verdad lo que me inclinaba á estimarle, porque cuando no hablábamos de literatura, su escasa seriedad, contrastando con su ilustración y la belleza de sus versos, me disgustaba y otro tanto pasaba á Becquer, aunque ni lo decía ni siquiera lo demostraba.

Gustavo y yo nos comprendíamos mejor, y cuando estábamos á solas parecía que nos hallábamos en nuestro verdadero elemento.

Becquer era no menos ilustrado que Campillo; pero cuando emitía una opinión ó citaba en apoyo de sus afirmaciones las de los autores que había estudiado, se expresaba con tal modestia, que más que hacer alarde de su saber parecía disculparse de la necesidad en que se hallaba de contradecir á su interlocutor. Campillo en cambio se mostraba intransigente y autoritario.

Solíamos reunirnos para celebrar nuestras conferencias literarias en mi casa ó en la de Campillo. Una y otra tenían, como muchas de las casas de Sevilla, por lo menos en la época á que me refiero, un cuarto contiguo á la azotea, que en el lenguaje vulgar llamaban *soberao;* es decir, una especie de camaranchón que solía servir para guardar trastos viejos.

El de Campillo era espacioso y estaba amueblado con una mesa, un estante para los libros y unas cuantas sillas: un verdadero cuarto de estudiante no muy sobrado de recursos; pero comparado con el de mi casa resultaba lujoso. Mi cama-

ranchón era pequeño y aguardillado; habilité á guisa de escritorio un cajón grande que habíamos utilizado para trasladar desde Madrid á Sevilla algunos bártulos, cubrí sus exterioridades con una colcha de percal oscuro, con periódicos confeccioné una carpeta y completé el recado de escribir con una jícara que hacía veces de tintero y una pluma de ave. Delante del hueco del cajón había una silla, y dos baules vacíos adosados á la pared servían de asiento á mis visitantes. A pesar de su modestia, me parecía un Edén cuando allí reunidos leíamos nuestros versos ó hablábamos de nuestros proyectos literarios.

¡Cuántas noches pasé en aquel pobre retiro pidiendo inspiración á la musa ó leyendo los libros que me prestaban; porque en aquel tiempo no había en mi casa más que un ejemplar del *Quijote*, al que era muy aficionado mi padre, y unas cuantas comedias y dramas que yo había adquirido mientras estuve en el Conservatorio ó formé parte de la Compañía de Arjona.

Becquer quería entrañablemente á su hermano Valeriano, que como he indicado, cultivaba la pintura. Todo hacía suponer que sería, como fué, un gran artista. Su carácter era más abierto, más expansivo que el de Gustavo; sus ojos, de un azul pálido, insinuantes, cariñosos, revelaban su ingénita bondad.

Algunas tardes nos acompañaba en nuestras excursiones, alegrando nuestra tristeza con su conversación siempre animada y á veces irónica, aun-

que nunca ofensiva. Ninguno de los dos hermanos se quejaba de la medianía en que se desarrollaban: su cuerpo perezosa y difícilmente, su espíritu agitado y codicioso de emociones.

En Enero del año 1854 resolvió Valeriano hacer un retrato mío al óleo, y en cinco ó seis breves sesiones lo terminó, ejecutando una verdadera obra de arte. Le tengo en gran estimación, no sólo por los recuerdos que evoca en mí, sino porque seguramente es una de las pocas obras pictóricas que se conservan de Valeriano Becquer. La necesidad le obligó á cultivar más el dibujo que la pintura, y como dibujante de tipos y costumbres ha dejado en el *Museo Universal*, en la *Ilustración de Madrid* y en otras publicaciones análogas, admirables pruebas de su viva y profunda observación y de su maestría para manejar el lápiz.

Algo más me queda que decir de Valeriano, y mucho de Gustavo. Este primero, aquél después, realizaron su aspiración de vivir en Madrid, y en la Villa y Corte continuamos viéndonos diariamente Becquer y yo, uniéndose á nosotros en amistad y aspiraciones Luis García Luna, también sevillano y poeta.

Los seis años que transcurrieron desde que volvimos á reunirnos en Madrid, hasta que nos separamos en Junio de 1860 con motivo de mi primer viaje á París, fueron para Gustavo y para mí bastante accidentados.

A su tiempo referiré lo que el todavía desconocido poeta sufrió en Madrid; pero antes de evocar

otros recuerdos de mi estancia en Sevilla, creo oportuno consignar lo que en nuestro deseo de conquistar la fama á que aspirábamos resolvimos hacer Becquer, Campillo y yo.

Este propósito lo referí en un artículo que se publicó hace muchos años; pero entonces no tenía á mano las notas y fragmentos de memorias que he conservado, é incurrí en algunos errores que salvará el presente relato.

Una tarde, después de un largo paseo, perdió nuestra conversación la vaguedad que solía caracterizarla. Eramos ya hombres ó poco menos, no podíamos perder tiempo, debíamos tomar una resolución formal para asegurarnos un porvenir.

Nuestro bello ideal era residir en Madrid; la Corte era el palenque donde debíamos luchar. Con tal motivo fuí aquella tarde á los ojos de mis compañeros de ilusiones poco menos que un oráculo, y obedeciendo instintivamente á la petulancia natural de todas las personas en los momentos en que sirven para algo, ponderaba yo las facilidades que debíamos hallar en Madrid para realizar nuestros deseos.

En honor de la verdad había perdido, ó mejor dicho, no me había tomado hasta entonces el trabajo de formarme una idea exacta de mi ciudad natal: Becquer nos pintó el Madrid que veía en su imaginación; yo aseguré que era tal como Becquer lo pintaba, porque su descripción me entusiasmó y Campillo, más práctico que nosotros, á quien sus gustos clásicos permitían vivir á la vez

en el cielo y en la tierra, preguntaba detalles que, aunque prosaicos, daban idea de su buen sentido. Contesté satisfactoriamente á sus preguntas, los tres nos embriagamos de entusiasmo y juramos, ya de noche á la luz de la luna que rielaba sobre las aguas del Guadalquivir, trasladarnos á Madrid, ser allí hermanos y convertirnos en los poetas más célebres de nuestro tiempo.

—Pero no podemos ir con las manos vacías—dijo Campillo.

—Es preciso llevar lo menos un tomo de poesías—añadió Becquer.

—Un tomo, y más colaborando en él tres poetas, exige obras de mucho mérito. Sólo así encontraremos editor—afirmó Campillo.

—Por eso no hay que apurarse—insinué yo con la mejor buena fe—nos sobrarán editores.

—¿Cuánto calculas que nos darán por el tomo?—me preguntó Campillo.

—Un dineral—contestó Becquer antes de que yo pudiera responder.

—¡Eso es, una fortuna!—asentí.

Después de un largo y animado debate, convinimos en reunirnos todas las noches en el camaranchón que servía á Campillo de gabinete de estudio; leeríamos las composiciones que escribiéramos; serían escrupulosamente examinadas, desechadas ó sometidas á corrección, y cuando por unanimidad las aprobásemos, se depositarían en una arquita de madera de pino que poseía Campillo.

Este pacto se cumplió al pie de la letra. Becquer era más tolerante que Campillo: éste no perdonaba el menor defecto, y las composiciones caían bajo el peso de la ley que habíamos establecido y que ¡cosa extraña, siendo españoles! respetábamos religiosamente. ¡Con qué ardor trabajábamos!

Ya había en el arca guardadora de nuestro tesoro un centenar de poesías, cuando nos sorprendió la Primavera de 1854.

Después de calcular las páginas que llenarían aquellos versos, y de leer con la imaginación los elogios que unos críticos que nosotros formábamos á nuestro gusto, dedicarían al libro anunciando al mundo la aparición de tres grandes poetas, Becquer nos dijo con la mayor formalidad:

—El momento de emprender el viaje se acerca. El libro está en el arca. Es preciso buscar recursos. El pasaje, la manutención, todo eso representa gastos. Necesitamos algún dinero y hay que buscarlo.

Quizás fué aquel el primer momento en que Becquer vió la vida con toda su triste realidad.

Campillo se quedó silencioso y triste.

Su madre podría darle lo necesario para el viaje; pero ¿cómo iba á tener valor para separarse de ella?

Yo regresaría á Madrid con mi familia, y no necesitaba anticipos.

Becquer prosiguió haciendo cuentas.

—Vamos á ver—dijo sentándose á la mesa y dis-

poniéndose á trazar guarismos sobre un papel, que conservo como una reliquia.—Hagamos un presupuesto para saber á qué atenernos. ¿Cuánto nos darán por el tomo, sobre poco más ó menos?

Campillo y yo nos miramos.

—Figuremos una suma aproximada—continuó Becquer, volviendo á ser poeta y haciendo de la aritmética una lira —¿Qué calculáis que nos dará un editor, teniendo en cuenta que no somos aún celebridades?

—¡Qué menos que dos ó tres mil duros!...—me atreví á insinuar.

Campillo me miró asombrado. Sin duda le parecía que yo soñaba.

Pero Becquer, indignado ante mi indicación, que juzgó mísera y hasta ridícula, entusiasmándose, todo alma, todo ilusión, todo grandeza:

—¡Tres mil duros! ¡Sesenta mil reales!—exclamó.—¡Eso se paga á cualquier coplero!... ¡Vergüenza daría á un editor ofrecernos esa suma irrisoria! Pongamos trece mil ó un poco más: noventa mil reales para cada uno de los tres.

—Bien; pongamos lo que dices—añadí yo, que creía en Becquer como si hablara por su boca el Evangelio.

Campillo nos miró con la sonrisa que retozaba en sus labios cuando aparentaba creer lo que no creía.

Becquer escribió en el papel que he hecho fotografiar como una curiosidad, los guarismos y su aplicación, tal como aparecen en el facsímile que

reproduzco en esta página, seguro de que sus admiradores le verán hasta con devoción.

Antes de sumar hizo un cálculo y vió que los gastos de casa, vestido, viajes, comida, criados,

60,000 — obras de caridad —
30,000 — casa —
60,000 — vestir —
20,000 — viages —
40,000 — comidas
40,000 — criados y carruajes —
20,000 — amores —

270,000

carruajes y amores sólo ascendían á doscientos diez mil reales. Sobraban sesenta mil.

—¿En qué los gastaremos?—exclamó Becquer después de una breve pausa.

Su pregunta nos pareció un problema insoluble. ¡Dios mío! ¿En qué gastaríamos aquel sobrante? Eramos poetas y no sabíamos dar empleo á aquella cantidad.

Permanecimos algunos momentos perplejos; nos mirábamos, mirábamos al techo, escudriñábamos nuestra experiencia, y nada...

—¡Ya sé en qué vamos á gastar lo que sobra!—dijo Becquer de pronto.

Y trazó en la parte superior del papel la línea que aparece antes que las demás:

«60.000 reales.—Obras de caridad.»

Nuestra alegría por aquella inspiración no tuvo límites. Después de retratarse Becquer moralmente con aquella inspiración, nos separamos satisfechos.

¡Tres pobres, poco menos que de solemnidad, pensando en dar limosnas! ¡Decididamente éramos poetas!

¿Qué suerte cupo á aquellas poesías, que después de otorgarnos celebridad debían ofrecernos el placer de realizar obras caritativas?

En el próximo libro, donde he de recordar cuanto nos ocurrió desde la segunda mitad del año 1854 hasta fines de Mayo de 1860, los lectores á quienes seguramente interesará cuanto se relaciona con Becquer, verán como nuestras risueñas ilusiones se convirtieron en tristes desengaños.

XVII

Mientras permanecí en Sevilla, aunque con menos frecuencia porque la mayor parte del tiempo la pasaba con Becquer, seguí visitando á Teresa y á su hermana Concha; de vez en cuando alternaba con Pierrard y Morusi; pasaba algunos ratos en el *Porvenir* con Teodomiro Fernández, redactor infatigable de aquel periódico que era en-

tonces el más importante de cuantos se publicaban; en su redacción conocí á José Benavides, autor dramático de mucho mérito; á Serafín Adame y Muñoz, abogado y literato distinguido; á Javier Ramírez, á quien sus paisanos llamaban el poeta *mosca* porque los duques de Montpensier, que se mostraban muy afectuosos con los poetas, le habían regalado un precioso alfiler que figuraba una mosca tallada en un brillante.

No dejaba de ver á D. Juan José Bueno en su bufete próximo á la Catedral, donde siempre me recibía afectuosamente, dándome buenos consejos morales y literarios, y también frecuentaba, aunque de tarde en tarde, el trato del ilustrado y laborioso Guichot, que trabajaba con asiduidad de benedictino en sus *Cuadros sinópticos de la Historia de España.*

Por mediación de mis abuelos conocí al ya anciano D. José Manuel Arjona, personaje importante que en su calidad de Asistente de Sevilla había realizado numerosas mejoras en la población, entre las que figuraba el Paseo de las Delicias. Desde el año 1820 hasta que por su mucha edad cesó su inteligente actividad, cuanto de útil, benéfico y artístico se hizo en Sevilla, se debió á su iniciativa.

Cuando le conocí era hombre de setenta y cinco á setenta y ocho años; alto sin que el peso de la edad le encorvase, de facciones muy acentuadas y expresivas; de una viveza nerviosa que rayaba en vehemencia: todo en él revelaba la voluntad que

le había permitido vencer los obstáculos de la pereza rayana en desidia de sus compatriotas.

En sus mocedades había hecho versos y fundó una Academia particular de Letras humanas, en la que á imitación de los Arcades de Roma cada uno de los académicos tomó un nombre de los que entonces parecían poéticos y hoy resultan ridículos. El poeta Reinoso se llamaba *Fileno,* D. Alberto Lista *Licio*, D. José María Roldán *Danilo* y D. Manuel Arjona *Arjonio.*

El recuerdo de sus aficiones literarias fué sin duda el motivo que le impulsó á mostrarse conmigo afectuoso. Los viejos en quienes la triste experiencia ó el estéril egoismo no han secado el corazón, experimentan verdadero placer cuando se acerca á ellos un joven aspirando á ser lo que en sus mocedades fueron, y este placer aumenta cuando se trata de artistas y poetas.

Solterón durante mucho tiempo, ya en edad madura se había casado con una señora que contaba seguramente veinte ó veinticuatro años menos que él y que desde los albores de su juventud había sido ferviente admiradora del Asistente de Sevilla. Al ser su esposa, se consagró por completo á hacerle grata la vejez con sus cariñosos cuidados.

Doña Rosario Andrade, que así se llamaba, no vivía más que para su marido. Le cuidaba con maternal esmero y se complacía recordándole en el ocaso de la vida cuanto en los albores de ella había realizado en beneficio de sus paisanos y en favor de su fama.

Hasta los pecadillos y deslices que el buen señor había cometido en su juventud, no solo eran disculpados por su afectuosa compañera, sino que encontraba en alguno de ellos motivos para ensalzar á su esposo.

D. Manuel Arjona, que había sido un arrogante mozo y gran adorador del bello sexo, sostuvo relaciones muy formales con una actriz de cuya peregrina belleza y singular talento quedó memoria en Sevilla. De aquellos amores nacieron dos vástagos á quienes su madre crió y educó con el mayor esmero, haciendo con ellos una vida retirada y ejemplar.

Andando el tiempo, por iniciativa de doña Rosario que quiso calmar el remordimiento que sufría su esposo, reconoció D. Manuel á sus dos hijos y se enorgullecía de ser su padre, porque sobre todo uno de ellos fué por su talento, su moralidad, su ilustración y su mérito artístico digno de todo género de consideraciones. Los lectores comprenderán que me refiero á D. Joaquín Arjona, el célebre actor. El otro era su hermano Enrique, vivo retrato físicamente del autor de sus días.

Cuando supo D. Manuel que yo los conocía, que había formado parte de la compañía de actores organizada y dirigida por su hijo mayor, se aumentó su afecto hacia mí y tanto él como su esposa, que hacía gala de haber impulsado á su marido á cumplir su deber, se complacía en encomiar las cualidades no solo de los hijos, sino de la madre.

Convencido de que dado mi carácter no podría

realizar mi dorado sueño de ser artista escénico; ya que me había decidido á cultivar la literatura, me propuse ser autor dramático y pensé y escribí un drama titulado *Isabela*, que como todas las primeras obras de los que emprenden tan difícil profesión, nació condenada á ser olvidada y destruída. Pero entonces la ilusión me engañaba y también engañó á D. Manuel y á su señora, á quienes pareció poco menos que un portento mi primer ensayo dramático.

D. Manuel me aseguró que cuando yo regresase á Madrid escribiría á su hijo, no rogándole sino mandándole que representase mi obra; y así lo hizo, dando lugar á un episodio que referiré á su debido tiempo.

XVIII

Mi abuelo paterno que había visto con gran satisfacción mi renuncia á ser cómico; aunque no esperaba gran cosa de mis aficiones literarias, como sus amigos por halagarle ponderaban los versos y artículos que de vez en cuando publicaba yo en los periódicos, toleraba mis aficiones literarias y hasta las protegía.

Me recomendó á un impresor á quien trataba, y logró que se decidiese á publicar una colección de versos míos que titulé *Ensayos literarios*. Si tenía éxito, los beneficios pecuniarios serían para el impresor: si por el contrario, no resultaba de la

publicación ningún provecho, mi abuelo le indemnizaría.

Excuso añadir que tuvo que indemnizarle, con cuyo motivo solo se imprimieron tres pliegos de la obra. Por cierto que para ilustrar un romance calcado en los caballerescos del Duque de Rivas, que se titulaba *Osir y Elvira*, hizo Becquer un dibujo que no llegó á grabarse y que conservo como un recuerdo de mi gran amigo.

Pero aquel intento de publicación me proporcionó la para mí inmensa dicha de conocer al ilustre poeta D. Antonio García Gutiérrez, autor del *Trovador*, de aquella obra que me había iniciado en los misterios de la poesía dramática, que me había valido mi primer triunfo escolar y que despertó mi afición al arte escénico.

De paso para Chiclana, lugar de su nacimiento, permaneció algunos días en Sevilla; era amigo de los contertulios de mi abuelo, se vieron en el café á donde concurrían y aprovechando la oportunidad le dijo que tenía un nieto aficionado á perder el tiempo con las musas y que le agradecería que leyese alguna composición mía, manifestándole con franqueza si podía esperarse algo de mi númen ó si sería mejor que dejase la lira y me dedicase á un oficio con que ganar la vida.

García Gutiérrez, á quien muchos años después tuve ocasión de tratar, era sinceramente modesto hasta el punto de rayar su modestia en timidez. Como Becquer, parecía pedir perdón á todo el mundo por la justa celebridad que había alcanzado. Se

le admiraba al oir sus versos, al asistir á la representación de sus obras dramáticas; pero cuando se le conocía á fondo no había más remedio que quererle.

Todo le parecía bien; para todas las faltas hallaba disculpa ó se refugiaba en el más discreto silencio cuando la nobleza de su alma, verdaderamente angelical, le impedía en el orden moral aceptar como bueno lo que le parecía malo.

Jamás le oí murmurar de ningún escritor, lo que no es cosa corriente entre literatos. Para que emitiese una opinión, un juicio, era necesario obligarle y aun así todo era delicadeza y bondad en sus frases. Era esencialmente poeta y poeta optimista.

Ofreció complacer á mi abuelo, y al día siguiente fuí á la fonda en donde se hospedaba, llevándole los tres pliegos que se habían impreso de mis poesías.

Amable en sumo grado, leyó algunas composiciones, que no le parecieron mal. ¡Qué habían de parecérselo ante mi inexperiencia y mi entusiasmo!

Creía yo entonces, como han creído y siguen creyendo los poetas noveles y algunos que no lo son, en la necesidad de los prólogos, y le indiqué que me consideraría muy honrado y muy dichoso si me hacía la merced de presentarme al público.

No sabía decir que no: quizás fué éste el monosílabo que menos salió de sus labios durante su vida, y ofreció complacerme.

Guardó los pliegos, me anunció que iba á pasar unos días en Chiclana, que allí aprovecharía un rato para escribir el deseado prólogo y que al regresar á Sevilla me daría las cuartillas para que se imprimieran.

Mi alegría fué inmensa; pero no tardó en trocarse en pesadumbre. Los periódicos de Cádiz y los de Sevilla anunciaron que un incendio que ocurrió en la casa del poeta había destruído los libros y papeles que en ella guardaba, perdiéndose entre otros el manuscrito de un drama que había terminado con el título de *Roger de Flor* y cuyo recuerdo le sirvió más tarde para escribir su célebre *Venganza catalana*.

Según me refirió al pasar rápidamente por Sevilla, las llamas habían consumido también los tres pliegos de mis poesías y una parte del prólogo ofrecido que había podido escribir. Tenía que regresar con premura á Madrid desde donde debía partir para América con un empleo del Gobierno, y por estos motivos ví defraudadas mis esperanzas.

Lástima fué que el fuego destruyera una obra que como todas las de García Gutiérrez debía ser admirable; pero más tarde agradecí al voraz elemento que consumiese mis pobres versos, como agradecí al público que los acogiese con indiferencia. Si al fin se hubiera terminado la impresión de mis *Ensayos literarios*, no habría tardado en avergonzarme por haber creído que merecían los honores de las letras de molde.

Mi abuelo pagó al impresor el coste de los tres

pliegos, y tanto él como mi padre me llamaron á capítulo. Iba á cumplir diez y siete años y no tenía oficio ni beneficio. No había tiempo que perder; debía dejar de andarme por las ramas; las letras sin un patrimonio podían dar honra pero no provecho; me recordaron la pobreza de Cervantes, y si aquel genio superior había tenido que vivir de limosnas y á pesar de ellas había pasado hambre, ¿qué podía esperar yo, que no era más que un principiante, siendo de presumir que como había dejado en buen hora el teatro, acabaría por mandar á paseo los renglones desiguales?

Mi padre insistió en que su deber era darme una carrera y añadió que habiendo consultado á personas de peso y experiencia, le habían aconsejado que me matriculase al primer año del Notariado. Era la de escribano una carrera corta; en dos años podía llegar á ser depositario de la fe pública, no se necesitaba entonces el título de bachiller en Filosofía, era cosa de coser y cantar. Cuando menos lo pensase, me encontraría en disposición de ser oficial de una Escribanía; después llegaría á ser notario de estos reinos, y era un axioma en aquel tiempo que no había un solo notario ni un solo farmacéutico que siendo listos, trabajadores y usando levitas ó gabanes con mangas un poco anchas, no lograsen hacer fortuna.

He de confesar, no sin reconocer que la profesión de notario es cuando se desempeña con conciencia un sacerdocio, que ninguna proposición que me fuese menos grata podía haberme

hecho el bueno de mi padre. Pero reconocí la razón que tanto él como mi abuelo tenían para obligarme á adquirir una posición á la vez honrosa y lucrativa, y decidido á obedecerles dejé á su gusto la elección.

Cursé, pues, el primer año del Notariado, teniendo por profesor á D. Narciso Suárez, á quien recordarán aún los viejos escribanos que fueron sus discípulos. Aquel excelente maestro era un completo romántico por sus sentimientos, sus inclinaciones y hasta por su figura fina, atildada, su voz melíflua, su exquisita educación y su inagotable amabilidad.

Nada más antitético que aquel profesor, todo él poesía, y la parte de la ciencia jurídica que explicaba, interesante desde el punto de vista teórico; pero llamada en la práctica á convertirse en papel sellado, formulismos, triquiñuelas, ó sea la Curia, que es como si dijéramos el reverso de la medalla de la Justicia.

Me lamenté con Becquer de mi suerte, aseguré que no sería escribano por nada del mundo, continué escribiendo versos que todavía no pasaban por la censura de mis compañeros de ilusiones, porque aún no habíamos emprendido la tarea de llenar de versos la famosa arquilla; pero asistía con puntualidad á clase, y aunque mi imaginación se entregaba á sus gratos devaneos mientras que el profesor explicaba la lección, logré captarme su aprecio porque en el día de su santo, 29 de Octubre, le sorprendí con una epístola en tercetos

celebrando sus méritos personales y haciendo votos por su felicidad: una de esas poesías que después he considerado como ineptas y vulgares, incluso las destinadas á los Mecenas, porque aunque los busqué en los comienzos de mi vida literaria, no tardé enconvencerme de que el único Mecenas que deben desear literatos y artistas es el público, que remunera sin humillar y no obliga como los grandes potentados de la época de Cervantes y de Lope de Vega, á que se llamen criados suyos los que Dios ha querido al darles soberano ingenio, que sean superiores á los príncipes y magnates.

Pero entonces no había formado opinión sobre este punto, y recuerdo que escribí y dediqué odas á los duques de Montpensier, que ni siquiera por cumplido me dieron las gracias; á las dos jóvenes que más brillaban en Sevilla por su belleza en aquel tiempo: Elisa Pimentel y Elisa Luján, después ilustres señoras, que recibieron mis versos por conducto de dos ancianitas, cuyo nombre no puedo recordar, que me mostraron mucho aprecio y á quienes encargaron que me manifestasen su amable gratitud.

En aquella pendiente no tuve más remedio que festejar á mi maestro, y declaro que acogió con gran satisfacción mi poesía cuando se la entregué diciéndole su objeto. Al día siguiente me encargó que le esperase al terminar la clase, y cuando nos quedamos solos me felicitó, confiándome que sentía gran entusiasmo por la poesía y

que en su mocedad también había hecho versos.

Con este motivo aproveché la ocasión para explicarle por qué siendo tan apasionado de las musas había emprendido la carrera del Notariado; y á partir de aquella breve conferencia se mostró amabilísimo conmigo, hasta el punto de avisarme un día antes cuando se proponía preguntarme en clase, para que estudiase la lección, gracias á lo cual pude salir airoso las tres ó cuatro veces que durante el curso tuve que responder á sus preguntas.

Al llegar la época de los exámenes estaba yo seguro de no ser aprobado y esto me entristecía por el disgusto que iba á proporcionar á mi padre.

En tan apurado trance decidí confiar al bondadoso D. Narciso la aflictiva situacion de mi espíritu.

Fuí á su casa una mañana y le dije:

—D. Narciso, los exámenes se acercan y estoy seguro de no poder contestar á las preguntas que me depare la suerte. No he estudiado porque, la verdad, no tengo afición á la carrera que me han obligado á seguir, ni mucho menos vocación. Pero si me suspenden, como en justicia merezco, voy á dar un disgusto á mi familia y particularmente á mi buen padre. Ha sido usted muy bondadoso conmigo, y debo y quiero ser leal con usted. Le juro que nunca seré notario; que aunque pase una vida de pobreza seré escritor. ¿No habría algún medio de evitar á mi padre la pesadumbre que va á causarle mi desaplicación?

D. Narciso me dirigió una mirada compasiva.

—Tanto le disgusta á usted la profesión de notario?—me dijo.

—No es que me disguste: la creo, por el contrario, de una gran importancia, digna del mayor aprecio y respeto; pero me faltan vocación y afición.

—Dentro de un par de años podría usted ganar un sueldo regular en una notaría. Las letras dan renombre, pero no fortuna.

—Lo he pensado y repito que aunque curse los dos años y acabe la carrera, jamás la ejerceré.

—Pues bien, hijo mío—añadió con acento cariñoso—ante esa formal promesa y para evitar la pena que ha de experimentar su señor padre si es usted reprobado, no hay más que un medio, censurable, que yo no adoptaría sin el juramento que acaba usted de hacer y mi deseo de ayudarle en el trance en que se encuentra. Cuando se presente usted al examen, cualquiera que sea el número de la bola que saque, indique usted el de una lección que haya estudiado bien. Procuraré que nadie se entere de este subterfugio, y crea usted que ni por un hijo haría lo que le propongo; pero le he tomado á usted cariño, y además no va usted á ser notario, así es que á nadie perjudicamos.

Al oirle se me saltaron las lágrimas de gratitud y le abrazé con toda mi alma.

Estudié cuanto se relacionaba con los testamentos; en el solemne acto del examen hice lo que ha-

bíamos convenido, expliqué la lección del mejor modo que pude y fuí aprobado.

A nadie revelé este secreto, ni entonces ni después; pero ahora le consigno como un homenaje á la piedad de aquel excelente profesor. ¡Cuántas veces le he bendecido!

Mi padre que no las tenía todas consigo por que no me veía estudiar, se tranquilizó acariciando la esperanza de que terminaría la carrera en Madrid, á donde debíamos trasladarnos, por que en Sevilla nuestra situación era cada día que pasaba más precaria.

En Junio ya habíamos terminado Becquer, Campillo y yo el que debía ser famoso tomo de poesías; estábamos seguros, por lo menos Gustavo y yo, de que en breve seríamos célebres y ricos y me sonreía la idea de poder decir á mi padre antes de que terminara el año al entregarle los miles de duros, que según la cuentas galanas de Becquer debía darnos el editor Fenix: «Quien gana haciendo versos una cantidad como esta, no necesita ser notario. Cuelgo la carrera y en adelante no seré más que literato.»

¡Qué buenas compañeras de la vida son las ilusiones! ¿Por qué nos abandonarán cuando más las necesitamos?

XIX

El Jueves Santo de 1854 publicó *El Porvenir* mi oda á la *Muerte de Jesús*, que como todas las poesías que escribí en aquel primer período de mi

vida literaria, estaba inspirada en las de Lista, Nicasio Gallego, Quintana, y algo también en las de Espronceda. Eran éstos entonces mis poetas favoritos: apenas había leído versos de Zorrilla, desconocía los de los románticos alemanes y franceses, y aunque Becquer dejaba adivinar en sus composiciones lo que serían las *Rimas* que han eternizado su fama de poeta, estaba yo en el período de duda, de vacilación que precede á la formación del gusto y del estilo personales.

Mi oda, de escasa importancia, tuvo la suerte de agradar á D. Juan José Bueno, quien se ofreció á darme una carta de recomendación para el Duque de Rivas, que era gran amigo suyo, seguro de que con su protección me abriría camino cuando regresase á Madrid, lo que según el propósito de mi padre debía suceder en cuanto terminase el curso universitario.

Más adelante referiré un episodio á que dió lugar la carta recomendatoria del bondadoso señor Bueno, que me servirá para recordar la nobleza de alma del ilustre autor de *Don Alvaro ó la fuerza del sino.*

La oda antes citada, más por mi poca edad que por su mérito, que es insignificante, me ofreció el agradable aunque peligroso placer que brinda la lisonja, y la satisfacción de conoccr á la joven poetisa Carolina Lamas de Letona, sobrina de D. Antonio López de Letona, que algunos años después fué general del ejército y uno de los más ilustrados escritores militares de España.

Vivía Carolina con su madre, viuda, en una modesta medianía, y para dar expansión á su alma y expresión á sus tristezas, había escrito poesías de una sencillez y una sinceridad encantadoras. Brotaban los versos de su pluma como el agua cristalina del manantial, como el perfume de la violeta. Desconocía las reglas del arte poética y apenas tenía noción de lo que es el mundo, porque siempre había vivido con su madre en la más completa soledad. Acaso ignoraba que existía la alegría; pero en su corazón rebosaba el sentimiento, había en él adivinaciones de cosas celestiales, y al expresar sus emociones, sus deseos, sus esperanzas, inspiraba pena y cariño, cautivaba é imponía una especie de devoción.

No puedo recordar quien me presentó á aquellas dos interesantes señoras: lo que no se ha borrado de mi alma es la impresión que me produjeron las poesías que á fuerza de ruegos me dió á leer aquella joven que apenas contaría dieciseis años, sencillas, naturales, ingenuas, latidos del corazón más que palabras, puras, diáfanas, tan distintas de las esculturales, sonoras y un tanto rebuscadas, más para fascinar á la imaginación que para despertar el sentimiento, de los poetas á quienes hoy calificamos de clásicos y que me habían servido de modelo.

Aquella era la poesía natural, la que sin ritmo satura las palabras ó mejor aún, los gritos con que las madres expresan el amor que sienten por sus hijos cuando son exclusivamente suyos por-

que los tienen en sus brazos y aún no pueden volar de aquel nido de caricias.

La lectura de aquellos versos influyó mucho en mi ánimo, persuadiéndome de que la verdadera poesía no necesita galas para impresionar, y de que vale más que una oda con brillantes imágenes, la desaliñada copla que expresa un sentimiento ó consuela un dolor.

Una inocente niña, revelando en sencillos versos su alma hermosa, me enseñó más que los que hasta entonces me habían servido de maestros.

Bien es verdad, que lo poco que he sabido en el mundo me lo han enseñado las mujeres: mi madre la primera; la señora gaditana que me regaló *El Conde Montecristo*, después; Teresa y Carolina más tarde, y luego otras más de quienes hablaré á su tiempo ¡Cuánto tengo que agradecerles!

El lector malicioso pensará que en el relato de mis recuerdos incurro de exprofeso en algunas omisiones. «¿Pues qué, á los diez y siete años—se dirá—se limitaban los jóvenes poetas de quien nos habla y el mismo narrador, á considerar simplemente como maestras de psicología á las mujeres á quienes conocían y estimaban? ¿Ninguna les había inspirado la curiosidad de conocer á fondo el hermoso juguete ó el sentimiento, inconsciente aún en su edad, de lo que se llama el primer amor?»

A estas preguntas, que no dejan de ser lógicas, contestaré que según enseña la fisiología, cuando un órgano adquiere más desarrollo que el natu-

ral que le está encomendado, es á expensas de los demás, y lo mismo que en el orden fisiológico sucede en el psicológico.

El hermoso juguete, particularmente á Becquer y á mí, nos revelaba ó por lo menos nos figurábamos que nos revelaba, el secreto que podía interesarnos, dado el vuelo que habían adquirido nuestra imaginación y nuestra sensibilidad. Aún hay más, quizás el temor de que no fuese todo verdad tanta belleza, temor intituitivo y tal vez injustificado, nos estimulaba á querer conservar una ilusión que nos ofrecía contínuas é inefables dichas.

Preferíamos tener un ideal á tener una novia; el arte y la poesía nos envolvían en un nimbo ds castidad inconsciente; y quien en este caso excepcional se halle, hará bien al agradecerlo á la Providencia. Todo debe llegar á su tiempo: si llega antes ó después, tanto peor para los que se adelantan ó se retrasan.

Las omisiones que ahora sospecha el malicioso ó experimentado lector, irán desapareciendo oportunamente.

Apenas pude disfrutar de la amistad de Carolina Lamas de Letona y de su bondadosa madre, tan dignas de estimación como de respeto. A poco de conocerlas salí de Sevilla, y aunque nos escribimos alguna que otra vez, y cuando cinco ó seis años después vinieron á Madrid volví á verlas, pronto tornaron á Sevilla y sólo supe que Carolina publicó un tomo de poesías, que como tantos otros

hermanos suyos brilló un momento, fué saludado con una simple gacetilla por los periódicos, yo le dediqué un artículo haciendo justicia á sus bellezas, y cayó en el olvido.

Nada volví á saber de aquella interesante joven, á quien he recordado muchas veces en medio de la lucha por la vida que me he visto obligado á sostener, deseándole la felicidad que merecía.

En Sevilla conocí también á Federico Díez de Tejada, poeta de altos vuelos entonces, que no tardó en venir á Madrid en busca de fortuna y que no brilló como era de esperar, tal vez por su carácter raro, misterioso, incomprensible.

Una tarde en que Becquer y yo, después de un largo paseo, descansábamos en uno de los bancos de la plaza del Duque, se acercó un joven poco mayor que nosotros, alto, recio, algo bizco; y de buenas á primeras, nos dijo:

—Sé que son ustedes poetas; yo también y por eso los saludo.

Al pronto nos miramos Becquer y yo figurándonos por el aspecto y sobre todo por la mirada que nos dirigió, que si no un loco, era por lo menos un candidato á la locura.

Nos refirió que había nacido en Ronda, que había empezado á estudiar Leyes en Sevilla y que muy pronto se trasladaría á Madrid, donde seguramente brillaría, como podríamos suponer por una oda á Dios que había compuesto y que para que supiéramos lo que podía hacer, iba á recitar.

Sin aguardar á nuestra aquiesciencia se hizo

lugar entre los dos, y á media voz y con vehemencia recitó su oda, sonora, escultural, de la que recuerdo cuatro versos que tanto á Becquer como á mí nos admiraron. Entre otras cosas por el estilo, decía al Sumo Hacedor:

«La sombra de tu espíritu gigante
creó la noche umbría,
y un destello no más de tu semblante
hizo brotar esplendoroso el día.»

Becquer no se entusiasmó tanto como yo; pero los dos reconocimos el extro de aquel vate, también imitador de Quintana y de Nicasio Gallego, le felicitamos y en adelante fuimos amigos; pero había algo en su naturaleza refractario á la nuestra.

Se mostraba pretencioso, altivo, y sobre todo como he dicho antes, incomprensible.

Por fin realizó su propósito de residir en Madrid, y recomendado á Cánovas del Castillo, á quien entusiasmaban los versos rotundos y turgentes, por su mediación obtuvo un empleo y le favoreció cuanto pudo; pero el vate que se prometía alcanzar gran celebridad no salió nunca de una triste medianía. La prosa de las casas de huéspedes mitigó y aun creo que acabó con su númen. Solterón recalcitrante y empleado por necesidad, cuando nos encontrábamos, lo que no era frecuente, me confiaba que escribía un poema que habría de ser asombro de las gentes; pero ninguno de sus anuncios se realizó. Soñaba con grandezas y se

complacía en inventar sucesos prósperos que de un momento á otro debían cambiar su vida. Había en él algo de lo que presumimos cuando se nos apareció en la plaza del Duque. Con verdadero talento, ni brilló ni logró resolver satisfactoriamente el problema de su vida.

Pocos fueron los que pudieron apreciar lo que realmente valía en él: su mismo protector se limitó á proporcionarle los medios de subsistir y nada más. Con su carácter raro, intratable á veces y siempre soberbio, le habría dejado mal en las posiciones brillantes que hubiera podido otorgarle. Por todas estas causas se malogró el poeta, y el hombre pasó una vida solitaria, triste, sin verdaderos amigos y sin que nadie pudiera descifrar el enigma que entrañaba su existencia.

También tuve ocasión de conocer á otro poeta de verdadera inspiración y de carácter afabilísimo, que residía habitualmente en Cádiz, pasó una temporada en Sevilla y Campillo, de quien era amigo, nos le presentó á Becquer y á mí.

Se llamaba Arístides Pongilioni, podría tener la edad de Campillo y su cuerpo contrahecho ofrecía como contraste una cabeza noble y un rostro de correctas facciones muy expresivo y muy simpático.

Sus poesías nos admiraron; todas ellas revelaban una inteligencia privilegiada y un corazón de la más delicada sensibilidad. Era, en efecto, bondadoso, ingenuo y agradecía el cariño que le demostrábamos y que merecía por sus cualidades.

Al penetrar en su espíritu, al adivinar los tesoros de ternura que guardaba su alma en aquel cuerpo raquítico y desgarbado, se experimentaba tristeza. ¿Cómo se había escondido aquella chispa de celeste fuego en una envoltura humana tan imperfecta y desdichada?

Aristídes Pongilioni volvió á Cádiz, donde fué siempre muy estimado y alcanzó fama. De cuando en cuando, siendo yo periodista, leía en los diarios y revistas de la culta ciudad andaluza las inspiradas composiciones del interesante y querido poeta, y puedo asegurar que he conservado de él un grato recuerdo de admiración, de piedad y de verdadero afecto.

XX

Antes de consignar las últimas impresiones que recibió mi ánimo en Sevilla, á donde siempre he deseado volver sin conseguirlo, referiré un episodio de escasa importancia en sí, aunque algo pintoresco y característico.

Como indiqué al hablar del teatro casero del escultor Ponzano con motivo del papel de torero que desempeñé en una de las piezas que se representaron, nunca he tenido afición á la fiesta tauromáquica, que tanto deleita y apasiona á mis queridos compatriotas. Pero mis amigos Pierrard y Morusi intentaron comunicarme el entusiasmo que les inspiraba la lidia tradicional y castiza, y para complacerlos no tuve más remedio que asis-

tir á una de las corridas de la temporada primaveral del año 1854.

Solo tres veces en mi vida he penetrado en los circos taurinos: la primera en Sevilla, la segunda en Madrid accediendo á otro amable ruego, y la tercera, también en la Corte, con motivo de una función de Caballeros en plaza que se celebró no recuerdo por qué fausto suceso y á la que en mi calidad de cronista de la Diputación provincial de Madrid, tuve que asistir, como suele decirse, de oficio.

El espectáculo que ofrecen los circos antes de comenzar la lidia es verdaderamente admirable y en cierto modo sugestivo. Los palcos, los tendidos, las gradas atestados de gente; mujeres bellas y vistosas con sus blancas mantillas, hombres de todas cataduras, rebosando en unas y otros la animación, la alegría, la ansiedad; vendedores de flores, de abanicos y naranjas, alguaciles con trajes del tiempo de Felipe IV y monos sabios con blusas encarnadas; aquel conjunto inquieto, impaciente, que con sus murmullos y su movimiento parece el oleaje de un mar espléndido iluminado por un sol radiante, sorprende, fascina, y unos á otros se comunican los espectadores la locura que entraña aquel estado de ánimo.

Comprendo que entusiasme á los extranjeros y sobre todo á los ingleses. Aquel rescoldo debe calentar almas que necesitan boxear; es decir, luchar á brazo partido para entrar en calor.

Excuso decir que soy y he sido siempre un

completo ignorante de cuanto con las corridas de toros se relaciona, á pesar de lo cual hubo en Sevilla un prójimo que me consideró como inteligente taurófilo.

Así suelen juzgarse con frecuencia la capacidad y las condiciones de las personas.

Siempre he tenido la suficiente flexibilidad para identificarme con el medio ambiente en que me he hallado. Me asimilo hasta el acento peculiar de cada región; me adapto pronto á las costumbres, sobre todo cuando las costumbres y el acento me son simpáticos, y en Sevilla creían los que no me conocían lo bastante que era andaluz, como juzgaban que era aragonés los que á los pocos días de estar en Zaragoza, donde he pasado muy á gusto algunas temporadas, conversaban conmigo.

Hago esta indicación, por que á penas ocupé mi asiento en un tendido de la Plaza de toros de Sevilla, dispuesto á complacer á los que me habían obsequiado y hasta contagiado por los que me rodeaban, en vez de ser una disonancia formé parte del acorde, y conversando no solo con mis amigos, sino con los demás compañeros de tendido, me asimilé su actitud, sus gestos, sus palabras; comentaba lo que oía y veía empleando términos análogos á los que escuchaba en torno mío, y lo mismo Pierrard que Morusi llegaron á creer que había querido sorprenderlos, al mostrarme no solo aficionado sino entusiasta admirador de las corridas de toros después de haber asegurado que el espectáculo era completamente nuevo para mí.

Había, como siempre ha habido y habrá, rivalidades entre los diestros que toreaban aquella tarde y entre los espectadores. Se hallaban en toda la plenitud de su gloria, digámoslo así, el famoso diestro *Desperdicios* y no recuerdo bien si eran sus contrincantes aquella tarde *Cúchares*, *Lavi* ó el *Currito*, que por entonces formaban con el *Tato* y el *Salamanquino* la flor y nata de los matadores de toros. Ello es que debían torear tres cuadrillas de las de más cartel y que sus respectivos jefes compartían el favor de los aficionados que formaban tres bandos, entusiasta cada uno de ellos de su respectivo ídolo.

De esto me enteré pronto, y como era de todo punto necesario para no hacer mal papel formar en uno de los tres partidos; de buen humor como estaba aquella tarde, resolví sin saber por qué llevar la contraria á mis amigos. Aseguraban éstos con la más profunda convicción que entre el famoso *Desperdicios* y sus rivales no había punto de comparación. *Cúchares* y *Lavi*, ó los que fuesen, porque no recuerdo bien quines eran los contrincantes de *Desperdicios* toreaban por lo fino, según mis camaradas; tenían arte, eran verdaderos maestros, valientes sin temeridad, con una mano izquierda primorosa. En cambio *Desperdicios* les parecía un glotón que se atracaba de toro, que carecía de principios, que á cada instante se jugaba la vida, y qué sé yo qué otros defectos le achacaban.

La mayoría de los compañeros de tendido esta-

ban de acuerdo con mis amigos, y la verdad es que aunque yo no podía apreciar el mérito de los diestros, no dejaba de comprender ante la serenidad, la gentileza y la gracia de sus predilectos, que entre ellos y el arrojado *Desperdicios* había gran diferencia; á pesar de lo cual, por decir algo, me declaré partidario del último, asegurando que su valor, su lucha casi cuerpo á cuerpo con las fieras, rayaban en el heroísmo.

La mayoría de los que estaban en el tendido me miraron con extrañeza y mis amigos se escandalizaron de mi afirmación, no sin insinuar que me bromeaba, para calmar la indignación que notaron en los circunstantes; pero uno de éstos, menos sufrido que los demás, dijo con tono avinagrado, aunque sin mirarme:

—Quien diga que *Desperdicios* es un torero, ni sabe lo que es torear, ni debe estar en un tendido, sino en en el corral con los cabestros.

Recuerdo bien la frase, que me sulfuró.

Mis amigos y yo íbamos á contestar á aquel exabrupto, cuando se anticipó á nosotros un mocito que ocupaba detrás de mí un asiento en la fila superior.

—Los que debían estar en el corral y mejor aún en un estercolero, son los que sin crianza ni educación pretenden alternar con personas decentes—exclamó, encarándose con el que me había insultado.

—¿Lo dice usted eso por mí?—interrogó el primero levantándose furioso.

—Eso no se pregunta: por usted lo digo.

—Déjenme ustedes tragarme á ese hombre—añadió mi ofensor queriendo desasirse de los que le sujetaban para arrojarse sobre mi inesperado y desconocido protector.

Todos los circunstantes terciaron para restablecer la paz, lo que se consiguió pronto y fácilmente; porque esas tempestades cuando hay cerca amigables componedores se calman en seguida.

Dí las gracias á mi defensor, que resultó un currito en plena juventud, de la clase del pueblo; pero acomodado, á juzgar por su traje aseado y correcto, de aspecto artificiosamente brabucón y haciendo gala de una rebuscada finura.

—Si he sacado la cara por usted—me dijo—es porque su sentir es como el mío. Donde está *Desperdicios* no hay quien le iguale en sangre ni en valentía, y esto—añadió—lo digo y lo sostengo en todas partes. Quien no lo quiera oir que se tape los oídos.

Algunos le miraron en actitud amenazadora y poco faltó para que se renovase la bronca; pero en aquel momento un grito general nos obligó á mirar al redondel.

El toro había enganchado á un banderillero, volteándole dos ó tres veces en medio del horror de los espectadores, y ya no se pensó más que en aquella desgracia, discutiéndose con calor si el infeliz á quien llevaban moribundo á la enfermería había dado bien ó mal un quiebro, dejándose coger por torpeza ó por temeridad.

Deseé por momentos que acabase la fiesta, y aunque mis amigos aseguraban que la corrida había sido magnífica, lo cierto es que á pesar de mis bromas, que habían estado á punto de costarme caras, pasé una mala tarde y me ratifiqué en la opinión poco optimista que me había formado de las corridas de toros.

Pronto se borró de mi ánimo aquella mala impresión y ya ni me acordaba de *Desperdicios* ni de mi improvisado defensor, cuando deseoso de ver antes de abandonar á Sevilla una de las calles más típicas, que se llamaba de las *Siete Revueltas*, penetré en ella una tarde casi al anochecer.

Era bastante larga, sinuosa, con más tapias traseras de casas que edificios con entrada practicable; había alguna que otra tienda, y á la hora en que la recorría estaba solitaria.

Al terminar una de las revueltas ví á corta distancia á un hombre que caminaba en sentido inverso al mío, y que parándose y mirándome, exclamó:

—Camará... vengan esos cinco... ¿no me conoce usted?

Me fijé en él y reconocí al mozo que en el tendido de la Plaza de toros había simpatizado conmigo y había salido á mi defensa.

Le saludé no sin cierto recelo, porque en buena ley no sabía quien era y la desierta calle no la más á propósito para salir airoso de encuentros como aquel.

—Vamos á tomar unas cañitas—me dijo.—Aquí

cerca hay un montañés de los más acreditados de Sevilla, que tiene una manzanilla que hace olvidar las penas.

—Vamos donde usted quiera—dije resuelto á convidarle.

Entramos en la tienda del montañés; pidió unas cañas de la mejor manzanilla que hubiera para que no le dejaran mal, ya que me había ponderado la buena calidad de la que allí expendían; mientras que apuró media docena de cañas, saboreé una; refirió el mocetón que nos servía que yo era muy inteligente en achaques de tauromaquia; aseguró que por ser partidario de *Desperdicios*, que era su ídolo, estaba dispuesto á dejarse matar por mí y cuando deseoso de poner término á aquella sesión que no era de mi agrado, dejé sobre el mostrador un par de pesetas, que era todo mi caudal, para pagar el gasto que habíamos hecho, mi desconocido amigo dió dos pasos hacia atrás, sacó rápidamente una navaja de grandes dimensiones, la abrió y encarándose conmigo en actitud amenazadora, dijo:

—Coja usted esas monedas más pronto que la vista, si no quiere que le saque el redaño. Lo que hace usted conmigo es una ofensa que no perdonaría ni á mi padre. Usted será rico y yo pobre; pero á persona decente nadie me gana, y cuando yo convido pago yo.

Volviéndose acto contínuo hacia el mozo, añadió:

—Si le cobras al señorito puedes rezar el Credo,

porque no vas á tener tiempo de llegar al «Su único hijo».

—Cálmese usted—insinué no muy tranquilo.— No he querido ofenderle. Mi deseo ha sido sólo obsequiar á usted, porque le estoy muy agradecido.

—Si es así—añadió mi hombre en otro tono guardando la navaja—pague usted, que á mi nadie me gana á ponerme en la razón.

Pagué. Salímos de la tienda, se empeñó en acompañarme, me dijo su nombre que olvidé; y cuando nos separamos para no volver á vernos en la vida respiré, no sin pensar que la riña en el tendido y la escena de la navaja con su finalidad, constituían dos rasgos típicos de una buena parte de los simpáticos habitantes de la tierra de los hijos de María Santísima.

XXI

Los amigos con quienes pasaba mi abuelo la primera hora de la tarde en el café que frecuentaba eran de la cáscara amarga como llamaban entonces á los progresistas, y para ellos no era un secreto que se conspiraba sin tregua ni descanso contra el gobierno del Conde de San Luis, jefe de la fracción conservadora compuesta de los llamados polacos que, según se decía, de acuerdo con el banquero Salamanca y otros capitalistas de los que entran con todo, como la romana del diablo, realizaban escandalosos negocios, hacían su voluntad atropellando las leyes y desafiaban las iras,

no sólo de sus naturales enemigos los sufridos progresistas, sino las de los mismos moderados que los combatían en nombre de la *moralidad,* palabra que en política simboliza codicia ó por lo menos necesidad del poder.

El Gobierno se defendía persiguiendo á los conspiradores, enviando cuerdas de deportados á las Marianas y á las Filipinas, ejerciendo sobre el país una desvergonzada tiranía, arruinándole para saciar sus inagotables apetitos y teniendo con el alma en un hilo á los pacíficos habitantes de las ciudades que esperaban á cada instante verse sorprendidos por motines, insurrecciones militares y otras análogas explosiones de la pasión política.

Se decían unos á otros en voz baja y con el mayor misterio que los generales O'Donell, Serrano y otros de su cuerda estaban unidos, resueltos á destruir el yugo opresor; y los siempre bonachones progresistas no dudaban de que al fin y al cabo triunfaría la libertad al son del Himno de Riego, cuya música les electrizaba.

Algunos de los que formaban tertulia con mi abuelo y entre ellos mi padre, eran cesantes y como debían su triste situación á sus ideas liberales, estaban seguros de que serían premiados sus servicios y volverían á disfrutar del socorrido presupuesto. La esperanza les sonreía; comentaban las noticias de los periódicos, alguno que otro leía cartas de correligionarios de Madrid y como no había más remedio, como de un momento á otro debía estallar el deseado pronunciamiento cuyo

primer chispazo había sido sofocado en Zaragoza para convertirse con mejor fortuna y de un momento á otro en voraz hoguera, todos estaban soliviantados.

—A ver si ahora hace algo en tu favor tu antiguo amigo el general Serrano—dijo mi abuelo á mi padre.

Poco ó nada podía esperar de él: cuando fué ministro universal, cuando su influencia era omnímoda por ser el favorito de la reina había contestado á todas las cartas que mi padre le había escrito con buenas palabras, pero sin realizar ningún acto que demostrase interés.

Sin embargo, mi padre, progresista de pura raza, se hacía ilusiones. Es cierto que no había dispensado al general Serrano el favor que doña Mariquita, su madre, le había pedido; pero al negarse á faltar á la verdad había demostrado su honradez, su amor á las ideas liberales y Serrano sabía apreciar aquel noble comportamiento. ¡Vayan ustedes á los políticos con estas delicadezas!

De todos modos, como en Sevilla nada había podido conseguir para mejorar su precaria situación, resolvió nuestro regreso á Madrid donde vería á sus amigos, se informaría de lo que se proyectaba, prestaría servicios si había ocasión para ello, y todo se preparó en mi casa para ponernos en camino á mediados de Junio.

Esta determinación me agradó en extremo, porque no dudaba de que en Madrid y más aún con la prometida carta de recomendación de don Juan

José Bueno para el Duque de Rivas, encontraría pronto el anhelado editor llamado á publicar el tomo de poesías, que aunque no produjese todo lo que Becquer se figuraba, nos sacaría de la pobreza en que estábamos sumidos y nos abriría las puertas del templo de la celebridad.

Convine con mis compañeros de ilusiones en escribirles á menudo, en que juntos ó separados se trasladarían á Madrid en cuanto les fuera posible, y formamos una lista de las composiciones que guardaba la arquilla de Campillo para que el incógnito editor pudiera formarse una idea aproximada de lo que le ofrecíamos.

Penoso fué el momento en que nos despedimos de los abuelos: en su avanzada edad suponían que no volveríamos á vernos. Mi abuela Juana lloraba como una Magdalena mezclando con sus sollozos la promesa de que pediría al Cristo del Gran Poder que nos amparase en el viaje y nos tomase bajo su protección.

Mis hermanas y yo, que la queríamos mucho y muy sinceramente, llorábamos también, la abrazábamos, la besuquábamos, y mi padre no era quien menos conmovido estaba en aquellos instantes.

Mi abuelo, más entero que nosotros, consolaba á su vieja, como él decía, asegurándola que todavía la llevaría á Madrid para pasar una temporada á nuestro lado, y salpicaba la conversación con bromas que no le salían de adentro; pero se dominaba y en su fuero interno estaba seguro de que

aquella despedida era definitivamente la última.

Mi buen amigo Serafín Morusi, de cuyo sensible y generoso corazón he conservado siempre un dulce recuerdo, quiso obsequiarme antes de mi partida con un paseo por el Guadalquivir hasta San Juan de Aznalfarache. Fué aquel agasajo una sorpresa agradabilísima, que dejó en mi alma una emoción que siempre evoca mi memoria con el mayor gusto.

La excursión se verificó la víspera del día en que debíamos emprender el viaje á Madrid. En una apacible noche, á cosa de las ocho, nos reunimos en el embarcadero Dolores Valdivia y su madre, Teresa y su hermana Concha, Pierrard, Morusi y yo. Había querido mi buen amigo que todas aquellas personas tan queridas por mí, se reunieran para darme la despedida, ofreciendome al mismo tiempo uno de los cuadros más poéticos genuínamente sevillanos.

Cuidó Morusi de que no faltase á bordo una guitarra, y cuando en pleno río, entre las filas de árboles que ornaban sus orillas, bajo un cielo sereno iluminado por la luna cuyos tibios rayos esmaltaban la espuma que formaban los remos al batir el agua, bogábamos con rumbo al pintoresco pueblecillo, término de la primera parte de la excursión, rogamos á Dolores Valdivia que cantase algunas de aquellas canciones andaluzas que tan bien interpretaba. La esbelta y agraciada joven accedió á nuestro ruego, y al oir aquellas melodías tan sentidas acompañadas por el ritmo de los

remos, bajo aquel cielo y entre aquellos árboles, me parecía que soñaba.

En San Juan de Aznalfarache desembarcamos, se tomó su refrigerio preparado por nuestro obsequioso anfitrión, y al regresar ya cerca de las doce de la noche, conseguimos que Teresa cantase una canción, letra de Becquer con música de un modesto maestro compositor que era á la vez maestro de baile, cuyo nombre siento no recordar, por que adoraba á Gustavo y había logrado que le escribiese unas cuantas canciones de las que mi amigo y compañero no hizo nunca mérito; pero que se cantaron mucho en Andalucía por aquel tiempo y probablemente seguirán cantándose sin saberse quien fué su autor.

Cantó Teresa con una expresión, con una delicadeza de sentimiento que entusiasmaron al auditorio. La velada acabó á satisfacción de los que habíamos disfrutado de sus encantos: sólo Teresa y yo nos separamos con profunda tristeza.

—Se va usted á Madrid, allí nos olvidará y nunca volvermos á vernos—me dijo cuando nos despedimos.

—Siempre me acordaré de usted—respondí estrechando su mano con respetuosa efusión.

En efecto, no volvimos á vernos. Ya referí que en el siguiente año fué una de las primeras víctimas de la epidemia colérica que diezmó á España.

Su hermana Concha, que me había dado una carta para una tía suya que vivía en Madrid casa-

da con un comerciante y que tenía un hijo, según noticias excelente pianista, me recomendó mucho que no dejase de visitar á sus parientes y que la escribiese alguna que otra vez.

Mis amigos Pierrard y Morusi me acompañaron hasta mi casa en la calle del Alfaqueque, á la que nos habíamos trasladado al comenzar el año desde la de Tintores, y allí nos despedimos también para siempre.

Morusi lloraba al abrazarme. Era un gran corazón y hubiera deseado volver á verle, frecuentar su trato, ser siempre su amigo. Las vicisitunes de la vida no me lo han permitido.

Al día siguiente, cuando menos podíamos esperarlo, nos sorprendió mi tía Ramona á quien no habíamos visto desde que nos separamos de ella á los dos días de llegar á Sevilla. Supo que regresábamos á Madrid, deseaba hacer las paces con su hermano á quien quizás no volvería á ver, porque según nos anunció estaba muy enferma; y como puede suponer el lector, llorando á lágrima viva, abrazó á mi padre, nos besó cariñosamente á mis hermanas y á mí, y todos nos alegramos de aquella inesperada y sincera reconciliacion.

Llegó el momento de partir. La galera debía ponerse en marcha á la caída de la tarde, porque aunque estábamos á mediados de Junio apretaba el calor y se viajaba de noche, descansando los viajeros en el centro del día. A la posada de donde partía el vehículo acudieron á despedirnos el bue-

no de D. Manuel Arjona, su excelente señora, Campillo, Gustavo y Valeriano Becquer, algunos otros amigos de mi padre; y después de los naturales abrazos y apretones de manos nos empaquetamos en la galera, que emprendió su perezosa y socarrona marcha, conduciendo sin sospecharlo las esperanzas de mi alma que creía avanzar hacia el triunfo de sus aspiraciones.

La amistad de Gustavo, el valioso concurso de Campillo, los cartas de recomendación que llevaba para el Duque de Rivas y para el gran actor don Joaquín Arjona, á quien nada menos que su padre exigía que representase mis obras; la seguridad de encontrar un espléndido editor para nuestro tomo de poesías, el próximo viaje á Madrid de mis dos compañeros y ¿por qué no declararlo, aunque sea pueril la confesión? la confianza de conquistar en breve la anhelada celebridad y poner término á las zozobras, á los apuros y á las privaciones que me habían rodeado hasta entonces en el seno de mi familia, amenguando los goces que me ofrecían mi sentimiento y mi imaginación, llenaban mi espíritu en aquellos momentos de una inefable felicidad.

Las molestias del viaje no me preocupaban, ni siquiera me apercibía de ellas: lo que me desesperaba era la lentitud de la marcha. Hubiera deseado volar, y sin embargo, la pesada galera cuya parsimonia maldecía, retardaba el momento de comenzar la lucha que me esperaba, que Becquer debía compartir conmigo, que fué para los

dos de dolorosa prueba durante seis largos años, que acabó para Gustavo tras un breve periodo de franca, pura y legítima gloria con su prematura muerte y continuó siendo constante compañera de mi vida, con breves períodos de tregua, y la realización ya en edad avanzada de una parte de mis aspiraciones.

En el segundo tomo de estos recuerdos referiré los pormenores de mi agitada existencia desde 1854 hasta 1872, curiosos unos é interesantes otros, si no por lo que á mí se refiere, por las personas y los sucesos con que se relacionan.



APÈNDICE

Cumplo lo que he ofrecido en la página 263 de este libro; aunque respecto de la Memoria que remití desde París en Junio de 1862 al ministro de Fomento como resultado de la comisión que en Mayo en 1860 me confió para que estudiase la organización del Conservatorio de Música de la capital de Francia, me limito á reproducir las conclusiones con que terminaba mi trabajo. Eran éstas, después de un largo preámbulo para justificar la conveniencia de la creación en el Conservatorio de música y declamación de Madrid de una cátedra de *Historia y filosofía del arte*, la fundación de una *Biblioteca musical y dramática*, de un *Museo de instrumentos de música* y el establecimiento de un *Orfeón normal* en el que pudieran dar á conocer su vocación y facultades los alumnos, para ingresar en vista de ellas en las clases superiores. La *Biblioteca* se formó, aunque no es muy completa; el *Museo*, más incompleto aún, comenzó á organizarse, si no estoy mal informado, con algunos donativos. Respecto de la cátedra, en las *Bases* que reproduzco íntegras en este apéndice, podrán ver los aficionados á estos estudios lo que se intentó y realizó hasta el año 1880.

* * *

Para dar una idea del proyecto de la *Historia universal del teatro*, que me propuse escribir cuando apenas contaba diez y seis años, y que como indiqué, no pasó de proyecto, á continuación inserto el plan que redacté.

La obra debía titularse: *El Teatro, historia universal del arte escénico y de la literatura lírico-dramática.* Constaría de tres ó cuatro tomos, conteniendo el 1.° Concepto del Teatro: su historia desde la más remota antigüedad hasta la época de la civilización griega, y el 2.° Historia de los teatros etrusco, romano é indio

y relación entre el arte escénico y dramático y la Historia Universal desde la destrucción del Imperio Romano hasta el Renacimiento. En los demás tomos debía aparecer la historia de los teatros italiano, español, francés, alemán, inglés, portugués, ruso, escandinavo y de los países de Oriente, hasta el año en que la obra quedase terminada, y como resultado de la filosofía y de la historia del arte teatral, su necesaria y completa reforma.

No me limité á trazar las anteriores líneas generales, sino que hice el sumario, por decirlo así, de la materia de que debía constar cada tomo, y para dar una idea de lo que me proponía realizar, copio á continuación el programa del que debía ser tomo 1.°

«Concepto de la literatura dramática y del arte escénico.—Orígenes del Teatro.—Teatro griego: primera época de la tragedia hasta Eschilo.—Segunda época: Sofocles y Eurípides. — Análisis de las tragedias de la primera y la segunda época.—Juicios críticos más acreditados de todas ellas.—Comedias anteriores á Aristófanes: análisis y juicios diversos de las comedias de Aristófanes y Menandro: primera y segunda época.—Biografías de los autores trágicos y cómicos, y de los actores ó intérpretes de las obras teatrales.—Concepto que las comedias y tragedias permiten formar del carácter y civilización de los griegos.—Arquitectura teatral.—Indumentaria.—Juegos y fiestas de los antiguos griegos.»

Fácilmente se comprende el tiempo y el trabajo que habría exigido la ejecución de mi propósito, destinado á quedarse en proyecto.

En lo que insistí fué en mi deseo de convertir en profesión artístico-literaria la que ejercían los cómicos, casi todos por rutina; y en medio de mi agitada vida no he cesado de hacer gestiones para realizar mi intento. Pero todo ha sido inútil; como referiré al continuar la narración de mis recuerdos é impresiones, la resistencia pasiva me persiguió sin tregua, lo que parece un contrasentido y no lo es en España. Desengañado de conseguir mi anhelo, en 1880 redacté y publipué las *Bases de una Escuela del Arte teatral*, que reproduzco en las siguientes páginas.

Proyecto de bases para la fundación de una Escuela especial del Arte teatral.

I

El Arte Teatral.

La manifestación más amplia, más completa, más grandiosa y más trascedental del arte es el Teatro. Sería prolijo repetir cuanto se ha dicho para demostrarlo: estudio ó distración, escuela ó espectáculo, es un agente civilizador; irresistible, porque se apodera del corazón humano; universal, porque no exige á los que civiliza ni siquiera que sepan leer.

El Teatro, sin embargo, ha nacido en todos los países como planta espontánea, se ha asimilado poco á poco los elementos necesarios á su existencia y desarrollo, y ha llegado por su propia virtud desde el carro de Thépis á la Gran Opera de París, desde las perspectivas naturales de los coliseos griegos y romano á las maravillas de la pintura escenográfica moderna, desde los gritos lúbricos de la báquica orgía á los poemas sublimes de Calderón y de Shakespeare, desde el mimo al artista; en una palabra, desde la barbarie á la civización, cuyo progreso marca como brillante estela en la historia de la humanidad.

Gracias á este maravilloso desenvolvimiento el poeta, verdadero *Deux ex machina* en el Teatro, ha podido ser dueño del universo, no solo en el orden intelectual y afectivo, sino hasta en el físico; ha puesto á su servicio todas las creaciones para crear con ellas á su vez, y ha dado al *arte teatral*, que así le llamaremos, una perfección de procedimientos que iguala y aventaja en ocasiones á la idea que palpita en sus entrañas.

Delante de nosotros marchan Francia, Inglaterra y Alemania en la arquitectura, en la maquinaria, en el decorado y atrezzo y hasta en la aplicación de los progresos de la ciencia á los efectos teatrales. Superan los franceses y los italianos á los artistas escénicos españoles en calidad y cantidad. Italia y Alemania, seguidas muy cerca de Francia, comparten el cetro del arte lírico. Ráfagas brillantísimas del genio dramático, unas veces como la luz del sol que vivifica, otras como la del rayo que mata, aparecen de cuando en cuando en la escena francesa; pero por dicha nuestra, en la idea, en el alma, en lo que es la sustancia de las representaciones teatrales, en la poesía dramática, España ha sido siempre la primera nación y su presente, digno de su pasado, permite descubrir á través de la hojarasca que produce la codiciosa especulación, el hermoso laurel del triunfo, verde siempre como en las manos de Calderón y Lope, de Alarcón y Moreto, de Tirso y Moratín, del Duque de Rivas y García Gutiérrez, de Hartzenbusch y Martínez de la Rosa, de Ventura de la Vega y Zorrilla, de Bretón de los Herreros y Serra, de Tamayo y Eguilaz, de Ayala y Florentino Sanz, de Rubí y Núñez de Arce, de Sellés y Cano y de Blasco y Gaspar.

Si estos, tan justamente celebrados poetas, rompiendo el molde en que funden su inspiración por ineludible necesidad, pudieran disponer de todos los elementos que concurren á la completa producción del arte teatral, de creer es que consolidarían para España el primer puesto de la literatura dramática en la república de las letras. Pero por desdicha, desde la concepción de un pensamiento hasta su desarrollo en la escena, hay para el poeta una senda penosa en la que á cada paso sufre su idea amargos desengaños y dolorosas amputaciones.

El poema dramático necesita para vivir encarnarse en los artistas: puede ser modesta y aun mísera la vestidura de los cuerpos en que se infunda el alma de la obra; pueden los accesorios ser pobres y mezquinos, que sin lujo y en escenarios deleznables brillaron el númen de Calderón y el de Shakspeare; pero el cuerpo, digno del alma que debe reflejar, el actor con los atributos del genio, es absolutamente indispensable.

Para la producción del arte teatral es factor necesario el artista escenico. ¿Cuenta el poeta con todos los que exige la composición artística de su obra? En este caso, libre su inspiración, rico de medios, marcará en sus creaciones las luminosas huellas del impaciente progreso humano. ¿Le faltan? Pues entonces, preso su pensamiento, sujeto á la implacable necesidad, cortando á cada instante vuelo á su inspiración, renunciando á lo bello ante el temor de lo ridículo, sólo podrá exhibir una obra imperfecta, ojos de fuego en cabeza raquítica, alma grandiosa en cuerpo contrahecho.

De otro modo, el poema dramático fruto del genio omnipotente, solo encuentra en el libro la majestuosa sepultura de los muertos célebres: para que palpite en la escena tiene que sacrificar su creador el don más bello del alma, la libertad. Por eso para conocer á los grandes poetas del pasado, tenemos que acudir á las bibliotecas, donde yace aprisionado su pensamiento en las inanimadas páginas del libro: y si de vez en cuando sale á la escena, es bajo el triste peso de las no menos tristes cadenas de una refundición.

¿Quién interpretaría hoy la escena de los sepultureros del *Hamlet,* la de las brujas del *Macbeth?* ¿Qué autor se atreve á distribuir armónicamente entre los personajes, la importancia, el interés de una obra; á bosquejar un cuadro de muchas figuras que ofrezcan en la

variedad de la expresión la unidad de la idea, que es el arte? Intentad reproducir en la escena con los elementos que existen el lienzo de Pradilla *Doña Juana la Loca*, y esa grandiosa composición resultará una pobre caricatura.

No es, sin embargo, achaque de la época actual ni vicio patronímico de nuestro país la desigualdad que ha existido y existe entre la concepción dramática y la ejecución escénica, con notoria desventaja de la última. Si han ilustrado el teatro una María Ladvenat, una Baltasara, una Rita Luna, una Concha Rodríguez, una Matilde Díez y una Elisa Tenorio; un Olmedo, un Morales, un Maiquez, un Caprara, un Latorre, un Romea, un Lombía y un Arjona... ¿que son unas cuantas perlas preciosas en el fondo del mar?

Los cómicos, como han sido llamados en España hasta hace poco, han llegado á la escena, por regla general, sin más preparación «que la de haber recitado por afición algunos versos ó representado alguna comedia en casas particulares,» como se indica en un curioso libro publicado el año 1800 en Madrid (1), añadiendo su autor que con tan insignificante enseñanza «es consiguiente que todo lo que ejecuten sea sin conocimiento, por acaso, ó siguiendo el método vicioso ó rutina de imitación de aquellos actores que en el sentido común del vulgo ignorante, fueron graduados de algún mérito».

La historia del arte escenico sería en extremo curiosa y útil. No es del caso trazarla, ni siquiera á grandes

(1) *Origen y naturaleza de las pasiones. del gesto y de la acción teatral*, por D. Fermín Eduardo Zeglircosac.—Imprenta de Sancha, pág. 3.

rasgos; pero abarcando con una sola mirada cuanto encierra, salta á la vista desde luego un culpable abandono. Ni los poetas, ni los críticos, ni los maestros en las letras humanas han intentado organizar la enseñanza de un arte el más difícil y complejo, puesto que se forma con el concurso de los demás.

Cuando el poeta era á la vez actor, procuraba dar á su papel todo el relieve y colorido que exigía; pero actor y poeta ó actor sólo notable, descuidaba el conjunto de la interpretación, y hasta le complacía la inferioridad de los demás intérpretes; que la sombra aumenta el esplendor de la luz.

Alguno que otro consejo aislado, recuerdos consignados por acaso acerca de los rasgos característicos de la declamación de los Roscios y Esopos, de los Kemble y Lekain; fugaces apuntes de Baron ó de Talma, de la Clairon ó de la Mars; anécdotas y chascarrillos reproducidos en Memorias ó conservados por tradición; opúsculos didácticos de Lombía y Barroso, de Latorre y de Capo; un *Manual* y un folleto sobre la representación de las tragedias del inolvidable é irremplazable Julián Romea, y aisladas y someras consideraciones en los tratados de Poética y en las Historias particulares ó generales del Teatro: hé aquí los esparcidos y desordenados elementos de educación que se han puesto al alcance de los que han pretendido ser actores.

No debemos, por tanto, culpar á los que surgiendo de las bacanales paganas, recordando en la oscura Edad Media su miserable origen en las alegrías del templo cristiano, aceptando de los reyes y magnates las dádivas del buen humor que excitaban sus chistes bufonescos, perseguidos y excomulgados por la Iglesia, señalados con el desprecio y el vituperio por la Ley, han llegado á ser en medio de la grandiosa civilización mo-

derna, cuerpo del alma más bella de la creación, del alma de la poesía, del alma del arte.

«Haznos llorar ó haznos reir», les ha dicho en todo tiempo la sociedad; y buscándolos en los momentos de tristeza ó de tedio como se busca la copa que contiene el licor del olvido, los han abandonado después como se arroja el vaso en los transportes de la embriaguez. Nadie se ha cuidado hasta ahora ni de mostrarles el camino de su redención, ni de reconocerles las cualidades que les distinguen de los demás seres. Cuando el actor ha llegado como Roscio á ser maestro de Cicerón, como Talma á ser amigo íntimo de Napoleón I y como Romea á formarse una Corte con todas las ilustraciones de su época... tan señalados triunfos los han debido exclusiamente á sus prendas excepcionales. Se han formado, se han desarrollado y se han impuesto á la admiración por su propia virtud. Mirada de águila han necesitado para abarcar y reunir en su inteligencia lo que se halla esparcido en todo el mundo físico y moral; fuerza de voluntad inquebrantable han sentido en su alma para sobreponerse á la rutina, losa la más pesada que abruma al genio cuando aspira á salir de lo vulgar.

Pero el olvido de muchos siglos debe y puede ser reparado. Hoy es de todo punto indispensable esta reparación. O el arte teatral se entrega maniatado á la especulación, que es lo mismo que vender en subasta los sagrados timbres de gloria de una nación ó una familia, y en este caso sólo en los libros yacerá abandonada la poesía dramática, ó hay que formar actores dignos de él, para que brille y cumpla su gran misión social.

No hay más que recordar la reciente animada polémica sostenida en revistas y folletos por autores, acto-

res y empresarios; no hay más que ver las obras que se representan cortadas todas por un mismo patrón, el de las facultadas que tienen los escasos artistas que poseen algunas; no hay más que oir las quejas de los poetas y del público para adquirir el convencimiento de la apremiante necesidad de elevar la representación escénica á la altura en que se halla la concepción dramática.

Antes de formular las bases de esta enseñanza, paréceme oportuno condensar en breves líneas cuanto de una manera indirecta y más ó menos útil se ha ideado y planteado para ofrecer á los que se consagran á la profesión escénica conocimientos prácticos ó teóricos.

Hasta fines del siglo pasado la imitación y el ejemplo fueron los únicos preceptores. En 1812 se estableció en el Conservatorio de París una cátedra de *Historia y de Literatura*. Sustituída por una clase de *Lectura* y posteriormente por la de *Estudio de papeles*, en la que se enseñaba á los alumnos á hacer análisis psicológicos y estéticos de las obras dramáticas, no se juzgó suficiente esta enseñanza y en 1857 se restableció la cátedra de *Historia y Literatura bajo el punto de vista del arte y del teatro*, cátedra que ha desempeñado con lucimiento hasta su muerte el actor del teatro francés Mr. Samson, y que en la actualidad explica con mayor extensión el distinguido crítico Mr. de la Pommeraie.

En el Conservatorio de Milán, la enseñanza, más amplia desde hace mucho tiempo, se divide en ARTÍSTICA y LITERARIA. Una y otra se subdividen en PRIMARIA y SUPERIOR.

La instrucción LITERARIA PRIMARIA consta de las siguientes clases: *lengua italiana, lengua francesa, instituciones literarias, aritmética, geografía, elementos*

de historia patria y universal, y nociones de los deberes y derechos del ciudadano.

La instrucción LITERARIA SUPERIOR comprende estas asignaturas: *historia y filosofía de la música, teoría y literatura poética con explicación de los sagrados textos litúrgico-musicales, teoría y literatura dramática en su relación con la música, historia universal bajo el punto de vista estético.*

La instrucción literaria, complemento importante de la artística, se aplica esencialmente en el Conservatorio de Milan al perfeccionamiento de los compositores y artistas músicos.

En el de Madrid se creó en 1857 una cátedra de *historia y literatura dramática,* para cuyo desempeño fué designado D. Eduardo Velaz de Medrano, y no habiendo acudido á inaugurarla, fué suprimida. En 1873 trató el Gobierno de establecer una clase de *Estética aplicada á la música y á la declamación y literatura musical y dramática*; pero después de unas oposiciones sin resultado fué también suprimida en 1875.

Ni una ni otra podían satisfacer la necesidad que venían á llenar. La primera era poco y la segunda mucho. La historia de la literatura dramática sólo interesaba á un escaso número de alumnos; la clase de estética, obligatoria para todos, exigía de su parte alguna preparación. No es posible enseñar con provecho la estética, que es una asignatura de Facultad, á niños y jóvenes de ambos sexos que sólo saben leer y escribir, algo de gramática, y en fin los rudimentos que comprende la educación primaria, aprobados de prisa y casi siempre por recomendación.

Obsérvase, pues, que sólo indirectamente y como respondiendo de un modo embrionario, á una necesidad inconsciente, se ha procurado iniciar á los alumdos de

los Conservatorios en la historia y teoría del arte, y en el conocimiento de la literatura general. Recientemente se han fundado en París un *Curso de la historia de la música* y en Madrid una clase de *Historia y literatura musical* y otra de *Acústica*; pero todas las enseñanzas enunciadas, útiles ciertamente, ni obedecen á un plan científico, ni bastan á proporcionar al artista escénico la educación general y especial que necesita para desempeñar su misión.

Entiendo por tanto, que para realizar tan noble fin convendría la fundación de ESCUELAS ESPECIALES DEL ARTE TEATRAL, destinadas á educar y formar, por lo menos á cuantos en el orden intelectual y afectivo hayan de concurrir á las representaciones teatrales, líricas ó dramáticas. Continúen en buen hora las escuelas de música que sostienen los gobiernos educando y formando compositores, instrumentitas y cantantes; pero que todos ellos antes de concurrir á realizar el arte teatral hallen en el troquel de esas escuelas, cuya creación propongo, el sello de la ilustración y de la inspiración especiales que han de ofrecer al genio lírico ó dramático la libertad y la amplitud de que carecen y al teatro el perfeccionamiento que reclama.

Extenso y rico es hoy el campo de los conocimientos humanos: un plan y un método acertados para escoger y propagar los que convengan al logro de la aspiración que se siente, y el resultado será satisfactorio.

Los que yo elegiría para crear las escuelas mencionadas, tendrían por objetivo ofrecer al aspirante á artista, previa la conveniente preparación probada en un examen rigoroso, una ilustración general subordinada á las leyes fundamentales de la estética; esto es, los que facilitasen el estudio y conocimiento de la belleza, cuya realización perceptible es el arte en cualesquiera de

sus manifestaciones, ó en todas á la vez, que es el arte teatral, buscándola, analizándola y sintiéndola en la naturaleza, en la historia, en la ciencia y en el arte mismo; medio el más fácil y eficaz de que el artista, ejercitando el sentimiento estético. que es su esencia y su fuerza creadora, vea y comprenda las grandezas y maravillas de la creación, el origen y las evoluciones de las sociedades, el desenvolvimiento moral y material de los individuos, las pasiones que agitan al corazón humano, su causa y sus efectos, los triunfos de la inteligencia que marcan el progreso y realizan la civilización, y por último, la ley providencial á que obedece el arte. Estudio curiosísimo, fascinador, de interesante novedad, que impresionando á la imaginación, fija de una manera indeleble en la inteligencia el conocimiento que adquiere, lográndose por este método sinóptico dos resultados importantes: ilustrar al alumno, y desarrollar con esta ilustración sus facultades artísticas.

Hé aquí ahora el plan que me parece más á propósito para desarrollar el pensamiento enunciado y organizar la enseñanza en una Escuela especial del arte teatral, cuya fundación en España *creo urgente y provechosa.*

II

Bases de una escuela especial del Arte teatral.

El artista necesita saber y ejecutar: su instrucción, por lo tanto, debe ser TEÓRICA y PRÁCTICA.

ENSEÑANZA TEÓRICA: *Historia y teoría del arte.—Historia universal del Teatro.—Literatura dramática.—Dirección de escena.—Higiene del artista escénico.—*

Legislación y administración en sus relaciones con el Teatro.

ENSEÑANZA PRÁCTICA: *Ortofonía, pronunciación de idiomas y lectura artística.—Gimnasia.—Esgrima.—Estudio de papeles.—Conjunto.—Dibujo característico.*

Esta instrucción, gradual, podría distribuirse en tres cursos:

PRIMERO

Teoría . . .	Historia y teoría del arte. Higiene.
Práctica. .	Ortofonía, pronunciación de idiomas y lectura. Gimnasia.

SEGUNDO

Teoría . . .	Historia universal del Teatro. Primer curso de dirección de escena.
Práctica. .	Estudio de papeles. Esgrima.

TERCERO

Teoría . . .	Literatura dramática. Segundo curso de dirección de escena. Legisladión y administración.
Práctica. .	Conjunto ó ejecución de obras. Dibujo característico.

La asignatura que con el nombre de *Dirección de escena* **dividido en dos años ó partes, comprendería en el 1.º**—*Historia general; Ritos, Ceremonias, Usos y costumbres antiguos y modernos; Arqueología é indumentaria;* **en el 2.º.** *Generalidades científicas y particularmente de la Física y la Química; Arquitectura y mecánica en sus aplicaciones al Teatro; Nociones de las artes liberales y manuales que concurren al decorado, atrezzo, guardarropía, sastrería y peluquería teatrales; Bibliografía y Dirección artística.*

Fácilmente se entiende que estos conocimientos han de ser muy someros y preparados por el profesor de tal manera, que impresionen y puedan conservarse y ampliarse por el alumno en la práctica al dirigir la escena.

Resulta de este plan y de la distribución y gradación de la enseñanza que está llamado á difundir, que en el primer curso la *Historia y teoría del arte*, despiertan, dirigen y perfeccionan en el alumno el sentimiento de lo bello, predisponiéndole á realizarlo en el arte, cuyos secretos ¡ha descubierto y cuya noble misión ha comprendido en toda su extensión. Al mismo tiempo la *Ortofonía*, ó sea la corrección y perfeccionamiento de su órgano vocal, la *Pronunciación de idiomas*, la *Lectura artística* y la *Gimnasia*, en cuanto tiende al desarrollo de las facultades físicas, preparan la materia, por decirlo así, para que sirva dignamente al espíritu. El cuerpo es para el actor la expresión de su arte, lo que el color para el pintor, lo que el sonido para el músico, lo que el marmol ó el bronce para el escultor. Necesita dominarle, darle toda la flexibilidad, todo el poder indispensable para que obedezca ciegamente al alma. Alma y cuerpo se ejercitan, como vemos, partiendo de puntos equidistantes para llegar á un solo centro en el que se confunden.

En el segundo curso, la *Historia del Teatro*, es decir, de la manifestación más completa del arte á que va á consagrar toda su vida, le enseña las lecciones del pasado, le identifica con las glorias y los martirios de la institución que contribuye á sostener, estrecha más y más los lazos que con ella le unen, siente el vivo deseo de enaltecerla, de ser digno de los que le han precedido, y ávido de ilustrarse para ilustrarla, encuentra la satisfacción de este deseo en el estudio de

los conocimientos que comprende la primera parte de la asignatura que designo con el nombre de *Dirección de escena.* El *Estudio de papeles,* es decir, el análisis psicológico de los los caracteres, de las facultades del alma representadas en los diversos personajes que reanima en la escena el genio de la poesía dramática, le permite con el sentimiento de lo bello que ha adquirido y el perfeccionamiento de las dotes físicas que ha alcanzado, estudiar los personajes ya creados, y aprender á estudiar los que el poeta cree para él. La *Esgrima.* útil en muchas ocasiones, lo es como complemento de la *Gignasia* para dar gallardía á los movimientos y adquirir á la vez que la superioridad de la inteligencia con los estudios teóricos, la superioridad de la destreza y el desembarazo en la acción, que son la gracia de la fuerza.

En el tercer curso se amplía y consolida la ilustración del alumno con el estudio de la *Literatura dramática,* que debe practicarse de dos modos: por el análisis comparativo de las obras teatrales, líricas ó dramáticas, y por medio de ejercicios imaginativos de creación y composición, á fin de poner en acción los conocimientos adquiridos. La clase de conjunto y la segunda parte de la de *Dirección de escena,* colocan al artista en condiciones no sólo de ejecutar sino de dirigir la complicada representación de una obra teatral; y la *Legislación y administracion,* en cuanto se relacionan con el individuo y la colectividad en la esfera del teatro, completan la educación del artista, permitiéndole actuar libremente y prestar el debido concurso al poeta. Un solo perfil falta: la inteligencia y el cuerpo unidos para producir el efecto, crean la figura que ha de aparecer al público: esta figura tiene un carácter físico, que sólo puede dárselo el conocimiento del *dibujo característico.*

Como complemento de toda esta enseñanza, sería conveniente establecer cursos especiales de *Historia de la arquitectura teatral y de la pintura escenográfica, decorado, atrezzo y guardarropía;* de *sastrería y peluquería históricas*, y de *mecánica teatral,* para sustituir á la rutina con exactos conocimientos, útiles al servicio de la escena en lo concerniente á los accesorios; y otro, por último, de *instrucción de comparsas,* indispensable para desterrar de la escena esas figuras rígidas, esos movimientos torpes, esos grupos que aparecen en ella desentonando la composición artística.

Una *Biblioteca* con el mayor número posible de obras dramáticas y líricas y cuantas libros se han dedicado al estudio del arte y la literatura; un *Museo* que ofreciese por medio de imitaciones, dibujos ó figurines, ejemplares de los edificios, habitaciones, muebles, trajes, adornos, armas, utensilios, etc., etc., que pueden necesitarse para el conocimiento del pasado en todos sus detalles, y por último, un *Teatro Modelo* aunque en pequeñas proporciones, para poner en práctica las teorías expuestas en las diversas asignaturas, completarían la ESCUELA, haciéndola en mi concepto, digna de una nación verdaderamente civilizada y de la importante misión artística que estaría llamada á realizar.

No se me ocultan las dificultades que se oponen á la realización de este proyecto. Pero por lo mismo que la rutina de una parte y el egoismo satisfecho de otra, son los mayores enemigos que puede hallar al paso, me ha parecido útil arrojar modestamente la semilla de una idea, cuya realización es necesaria y apremiante. ¿Está en la conciencia de todos los que se preocupan del arte teatral la necesidad de formar artistas escénicos dignos de la poesía dramática? Pues esto bas-

ta para que yo crea oportuno someter á la opinión las reflexiones que me ha inspirado el estudio de tan importante asunto.

La iniciativa particular ha creado la *Institución libre de Enseñanza*, ese centro de ilustración que rompiendo moldes estrechos y gastados, abre nuevos y dilatados horizontes en el procedimiento y en los fines á la actividad intelectual de la juventud. Timbre de gloria será sin duda alguna esa institución que anticipa la hora de los progresos á nuestro país. ¿Por qué no ha de encontrar el arte lo que ha hallado la ciencia?

Arrojo, pues, la semilla, disguesto á secundar cuantos esfuerzos se hagan para que fructifique. Que se unan los que simpaticen con mi proyecto, que cultiven juntos la planta, que sumen voluntades y venzan obstáculos; que si la idea tiene razón de ser, tardará más ó menos en hallar forma, pero al fin la hallará.

Madrid 1.° de Noviembre de 1880.



FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
9	11	nun-	nunca
19	13	nada más	únicamente
37	3	justas	justos
62	2	comienzo	verano
76	9	sacardote	sacerdote
282	30	aceptó	acepta
293	20	Julio	Junio
295	7	hermanos	hermanas
341	11	el	al
345	10	formamos	formulamos

Además en la pág. 168 deben suprimirse las palabras: *que las campañas.*

La impresión
de este libro comenzó
en Diciembre de 1908 y quedó
terminada en Mar-
zo de 1909.

